

Florence E. Babb

Después de la Revolución



Género y Cultura Política
en la Nicaragua Neoliberal



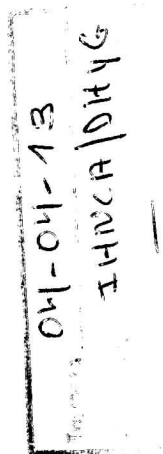
Florence E. Babb es doctora en antropología y profesora de estudios de la mujer de la Universidad de Florida. Por más de veinte años ha investigado en los temas de género y cultura política en Nicaragua, Perú, y Cuba. Entre sus publicaciones se encuentra el libro *Entre la Chacra y la Olla: Economía política y las vendedoras de mercado en el Perú* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2008). Actualmente se publicó un libro sobre la política del turismo en América Latina, *The Tourism Encounter: Fashioning Latin American Nations and Histories* (Stanford University Press, 2011).

Foto Portada:
Rosa Argentina Fonseca Robleto
en su Cafetín de Mujeres.
Fotógrafa: Florence Babb

Después de la Revolución

Género y Cultura Política
en la Nicaragua Neoliberal

FLORENCE E. BABB



305.5

B112

Babb, Florence E. Después de la revolución: género y cultura política en la Nicaragua neoliberal; traducido por Adriana Soldi, David Traumann, Margarita Cruz -- Managua: IHNCA-UCA, 2012. 380 p.: fotos b y n + 1 mapa

ISBN: 978-99924-29-07-5

1. GENERO 2. NICARAGUA – POLÍTICA ECONÓMICA 1990-2000
3. PROGRAMAS DE AJUSTE ESTRUCTURAL 4. CULTURA
POLITICA
5. NEOLIBERALISMO

I. Título

Edición original:

“After revolution: mapping gender and cultural politics in neoliberal Nicaragua / Florence E. Babb”, University of Texas Press. First edition, 2001. ISBN 0-292-70899-8 (cloth.: alk. Paper / ISBN 0-292-70900-5 (pbk.: alk. paper).

Primera Edición en Español, 2012, por el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana IHNCA-UCA

Derechos de autor de la edición en Nicaragua cedidos al Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, IHNCA-UCA.

© University of Texas Press

© Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica de la Universidad Centroamericana, IHNCA-UCA

Cuidado de edición: Margarita Vannini

Traductores: David Traumann, Adriana Soldi y Margarita Cruz

Diseño portada y contraportada: Arco Producciones, S. A.

Fotos: Florence E. Babb

Foto retrato de Florence E. Babb: Victoria Rovine

Producción: Jan Kees de Rooy

Impresión: Printex S.A.

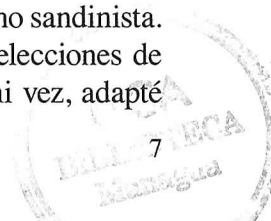
Índice

Prefacio a la edición nicaragüense	7
Agradecimientos	11
1. INTRODUCCIÓN	15
Escribir después de la Revolución	
2. NEGOCIACIÓN DE ESPACIOS	45
La política de la ubicación según género	
3. “Managua es Nicaragua”	77
Género, memoria y política cultura	
4. Un lugar en el mapa	107
Lo local y lo nacional visto desde el barrio	
5. El desmantelamiento de la revolución	153
Mujeres, cooperativas urbanas y neoliberalismo	
6. De la cooperativa a la microempresa en la era postrevolucionaria	211
7. Narraciones sobre el desarrollo, la nación y el cuerpo	241
8. Hacia una nueva cultura política	279
9. Conclusión	329
Recordando Nicaragua	
Bibliografía	357

Prefacio a la edición nicaragüense

Escribo el prefacio a la traducción en español de mi libro *Después de la Revolución* con plena conciencia de la cantidad de cambios extraordinarios ocurridos en Nicaragua y en el mundo desde su publicación en inglés hace diez años. Nicaragua, al igual que varias otras naciones latinoamericanas, se identifica ahora con el giro a la izquierda en la región, la así llamada marea rosa, desde que los sandinistas retomaron el poder en las elecciones de 2006. No obstante el contexto distinto en el que aparece esta edición, es un placer especial para mí que este trabajo salga a luz en el país donde llevé a cabo esta investigación entre 1989 y 2000, y que pueda por fin estar a disposición del público en el lugar del que he escrito por largo tiempo y cuya población me acogiera con tanta calidez. Imagino que ahora mis lectores más exigentes juzgarán si logré captar un período de abrupta transición que hizo época, cuando la nación pasó de tener un gobierno revolucionario a uno neoliberal. Sólo espero no haber errado demasiado en mi evaluación de ese tiempo tan complejo y a menudo ambivalente, en que el paisaje político y económico sufrió cambios tan drásticos y cuando las respuestas sociales y culturales al cambio polarizaron el país.

Mi interés en Nicaragua nació por lo menos una década antes de empezar esta investigación, como lo comprueba la carta que escribí a un periódico estadounidense en octubre de 1978, cuando era estudiante. En ella protestaba por la intervención de mi país y la cobertura que los medios nacionales daban a la insurrección sandinista, que en ese entonces cobraba fuerza. En 1989, cuando hacía planes para llevar a cabo una investigación antropológica en Managua sobre la participación de las mujeres en actividades económicas en pequeña escala, anticipaba que realizaría mi trabajo durante otra década de gobierno sandinista. Empero, como bien saben los nicaragüenses, las elecciones de 1990 cambiaron el curso de la historia y yo, a mi vez, adapté



estos planes en la nueva situación. Decidí estudiar el efecto de los cambios en la vida de las mujeres y los hombres, que ahora debían reinventar sus pequeñas cooperativas urbanas para convertirlas en microempresas o bien, como en muchos otros casos, fracasar conforme las nuevas reglas del juego. Durante el proceso de mi investigación visité Nicaragua una docena de veces y me fui interesando cada vez más en los movimientos sociales que surgían en respuesta a las nuevas condiciones, pero aparte de las organizaciones de masas creadas antes por un Estado centralizado. El libro es el resultado de esta mezcla de intereses y tiene por objeto explicar la primera década postsandinista, sobre todo a personas extranjeras como yo, cautivadas por los logros de la revolución nicaragüense, que ahora no sabían cómo interpretar el giro neoliberal que había dado el país.

La finalización de mi proyecto de investigación en el año 2000, descrita en el epílogo del capítulo de conclusión, no significó el final de mi relación con Nicaragua. Hice otros cuatro viajes en la siguiente década, el más reciente en 2010, y continué publicando mi trabajo sobre la evolución del proceso de cambio en el país. Me interesaba profundizar aún más en el movimiento de mujeres y en la lucha de las minorías sexuales por obtener derechos (Babb 2003), y también analizar el surgimiento del turismo como una de las principales industrias y medios para reconstruir la nación (Babb 2004, 2011). Mis últimas visitas después del regreso de Daniel Ortega al poder revelaron una vez más las divisiones que han afectado la nación por tanto tiempo, aunque de manera particularmente dolorosa pues entre los grupos divididos por fracturas políticas están sandinistas y feministas cuyas diferencias se amplían cada vez más. Mientras algunos críticos acusan al gobierno por sus políticas autoritarias y verticalistas, los partidarios del FSLN responden con sus propias contraacusaciones de elitismo y clasismo. Lo que más llama la atención es la opinión que tienen ciertos sectores de que el liderazgo sandinista muestra las mismas tendencias que la dictadura derrocada por una revolución social tres décadas atrás (Babb y Setright 2011). Como escribí en las últimas líneas de mi libro hace diez años: “El pueblo nicaragüense espera a ver en

qué dirección soplará el viento y qué le depara el porvenir”, pero ahora, al igual que entonces, será el pueblo nicaragüense el que construirá ese futuro (Babb 2001:261).

Deseo manifestar mi reconocimiento a la valiosa colaboración recibida de muchas personas, además de aquéllas a quienes expresé mi gratitud en la edición inglesa, durante mi más reciente trabajo en Nicaragua y su posterior traducción al español. Aynn Setright, junto con su esposo Guillermo Pérez Leiva, ha sido una amiga y colaboradora de cuyo criterio y apoyo he llegado a depender desde la publicación de mi libro en inglés; agradezco a Aynn su generosa hospitalidad y agudas observaciones, y su gentileza de presentarme al Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica. Los lectores nicaragüenses y de otros países latinoamericanos podrán acceder a este trabajo gracias a la dedicación y talento de tres traductores: Adriana Soldi, David Traumann y Margarita Cruz. Mis asistentes de investigación en la University of Florida, Diana McCarley y Molly Green, también merece mi más cálido aprecio por sus interpretaciones siempre fidedignas y perspicaces de mi estudio tanto en su versión original como traducida durante los años de trabajo conjunto. Margarita Vannini, Directora del IHNCA, manifestó apoyo a este proyecto de traducción desde el principio en 2008 y le ha dado seguimiento hasta el final. Agradezco también a Ninoska Maya y Jan Kees de Rooy del INHCA por su ayuda esencial en la publicación de mi libro. Deseo, asimismo, agradecer a Norma Helena Gadea cuya fotografía aparece en la portada de la primera edición por la inspiración que provoca su música y por permitirme usar su imagen en mi trabajo; a la amistad de Rosa Argentina cuya fotografía está en la portada de esta edición de mi libro; y a Dora María Téllez, ejemplo de activismo político feminista y de integridad, quien brindó observaciones provocadoras y estimulantes sobre el estado de las investigaciones académicas en el contexto actual. Por último, deseo manifestar mi agradecimiento al Vada Allen Yeomans Endowment de la University of Florida por el apoyo brindado desde 2005, el cual fue fundamental para realizar mis últimos viajes a Nicaragua y hacer posible la traducción de este libro.

Dedico esta edición nicaragüense de *Después de la Revolución: género y cultura política en la Nicaragua neoliberal* a la memoria de Grant Gallup, anfitrión y amigo excepcional desde que lo conocí en Managua, en 1993. Grant, conocido por su nombre local Padre Mauricio de Casa Ave María, estuvo profundamente dedicado a la justicia, a la crítica social y a los numerosos nicaragüenses que llegó a amar en el lugar que consideraba su hogar.

Florence E. Babb

Gainesville, Florida, Julio de 2011

Referencias

Babb, Florence E.

2001 *After Revolution: Mapping Gender and Cultural Politics in Neoliberal Nicaragua*. Austin, TX: University of Texas Press.

2003 "Out in Nicaragua: Local and Transnational Desires After the Revolution," *Cultural Anthropology* 18(3):304-328.

2004 "Recycled *Sandalistas*: From Revolution to Resorts in the New Nicaragua," *American Anthropologist* 106(3):541-555.

2011 *The Tourism Encounter: Fashioning Latin American Nations and Histories*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Babb, Florence E. and Aynn Setright

2011 "Gender Justice and Political Inclusion: Sandinistas, Feminists, and the Current Divide," *Enlace Académico Centroamericano*, Managua, Nicaragua (Dora María Téllez, editor). <http://www.enlaceacademico.org/base-documental/biblioteca/documento/gender-justice-and-political-inclusion-sandinistas-feminists-and-the-current-divide/>

Agradecimientos

Visité Nicaragua por primera vez en 1989, último año de gobierno sandinista, y regresé por corto tiempo un año después. Los dirigentes revolucionarios habían sufrido ya la histórica derrota electoral de 1990 y se había instalado un nuevo gobierno de coalición. Mi investigación se extendió a lo largo de la incierta década siguiente, gracias al apoyo generoso de las becas del programa Fulbright y de la Wenner-Gren Foundation, además de una beca de tres años para miembros destacados del cuerpo docente y otras becas de investigación otorgadas por la University of Iowa. Este período de abrupta transición política y económica fue tumultuoso pero no enteramente desalentador, como intento demostrar a través de mi estudio de diversas respuestas culturales en el período postsandinista.

Durante estos años, tuve la fortuna de contar con la gentil cooperación de muchas personas en Nicaragua y Estados Unidos. Amalia Chamorro, Nelly Miranda, Marcos Membreño y Leslie Hunter me brindaron una cálida acogida en mi calidad de becaria Fulbright tanto en la Universidad Centroamericana (UCA) como en el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE). Fue también de gran provecho para mí haber conocido en Nicaragua a Paola Pérez Alemán, Rita Arauz, Amy Bank, Alejandro Bendaña, Luis Carvajal, Antonio Chávez, Ana Criquillon, Hazel Fonseca, Mary Bolt González, Nadine Jubb, Lillian Hall, Stefan Platteau, Rita Fletes, Monika Fredebrecht, Patricia Castellón, Damaris Ruiz, Enrique Ulloa Barrera y María Elena Palma, sólo para citar a algunas de las numerosas personas con las que me relacioné entre investigadores, activistas y trabajadores.

Agradezco las recomendaciones críticas de estudiosos estadounidenses como Les Field, Karen Kampwirth, Frances Rothstein, Rosario Montoya, Tom Walker, Rose Spalding, Elsa

Chaney, Stephen Tulley, Paula Ford, Elise LoBue, Jon Wolseth, Alyssa Cymene Howe, Julie Anderson, Mary Weismantel, Lynn Stephen, Sheryl Lutjens, Nina Glick Schiller, Karen Tranberg Hansen, Kim Marra, Sue Lafky y Daniel Balderston. Deseo, asimismo, expresar mi gratitud a otras personas que en un momento u otro han trabajado en Nicaragua por su colaboración intelectual y práctica, entre las cuales cabe destacar a Ken Coleman, Carmen Diana Deere, Laura Enríquez, Ann Ferguson, Roger Lancaster, Margaret Randall, T.M. Scruggs y Richard Stahler-Sholk.

A menudo la vida en Managua planteaba retos y debo manifestar mi aprecio por la ayuda investigativa que recibí y las comodidades que me proporcionaron en los distintos hogares y barrios de la ciudad. Gocé de manera muy especial la compañía y cocina de Grant Gallup cuya Casa Ave María llegó a ser mi hogar en Nicaragua. Ana Patricia Moreno, estudiante nicaragüense de posgrado de la University of Iowa, fue una valiosa asistente de investigación durante un verano boreal en Managua y también transcribió varias entrevistas grabadas cuando regresó a Estados Unidos, al igual que otra estudiante, Consuelo Guayara. Dos estudiantes de la Universidad Centroamericana, Alexandra Shutze y María del Socorro Miranda Blanco, también me ayudaron en el estudio.

Algunos colegas y amigos de la University of Iowa, entre los que ya mencioné, me instaron a completar este trabajo y para ello colaboraron conmigo para que yo tuviera tiempo de escribir, por lo cual les estoy muy agradecida. Deseo también expresar mi agradecimiento a Will Thomson por diseñar los mapas que aparecen en este libro y a Joy Osborn Daniels por elaborar el índice. Al excelente personal editorial de la University of Texas Press, en especial a Theresa May, Leslie Tingle, Sheila Berg y Heidi Haeuser agradezco haber contribuido a que este proyecto de muchos años se convirtiera en un libro.

Mi hijo, Daniel Babb, compartió conmigo algunos de los mejores momentos y también los más difíciles durante dos veranos boreales que pasé en Managua – donde celebró

su sexto y séptimo cumpleaños, y creció junto con este libro. El apoyo personal e intelectual que mi compañera, Victoria Rovine, me brindó durante el proceso de escribir este libro fue de valor incalculable, incluso leyó mis borradores cuando se acercaba la fecha tope para entregar su propio libro y me acompañó en mi viaje más reciente y gratificante a Nicaragua. Dedico, pues, este trabajo a Daniel y a Vicki.

INTRODUCCIÓN

Escribir después de la Revolución

Hace dos décadas, después del triunfo de la Revolución Sandinista, Nicaragua capturó la imaginación del mundo y recibió una atención casi obsesiva. Desde lejos se observaba con admiración y consternación cómo este pequeño país centroamericano había logrado poner fin a 43 años de dictadura y se esforzaba por llevar adelante un amplio programa de transformación social, que contemplaba una reforma agraria, la reestructuración del empleo urbano y mayor acceso a la salud, la educación y los servicios sociales. No obstante, a pesar de la oposición generalizada que la dictadura de Somoza había enfrentado en Nicaragua, no tardó en hacerse evidente una clara línea divisoria entre partidarios y opositores del gobierno revolucionario que había llegado al poder, aun cuando esta línea supuso la división de las lealtades familiares en muchos casos. Las diferencias políticas de género y entre las clases sociales se profundizaron durante la década sandinista de los ochenta y han persistido hasta ahora a través de nuevas formas adoptadas en la década neoliberal de libre mercado de los años noventa.

Esta obra trata sobre las experiencias de los habitantes de bajos ingresos de Managua, la capital de Nicaragua, durante la época turbulenta en que fueron los protagonistas del escenario local, nacional e internacional. El proceso de cambios sociales, políticos y económicos emprendidos en este país se vio alterado dramáticamente por intervenciones externas así como por problemas internos no resueltos durante el período revolucionario. El libro examina el período de transición posterior al gobierno sandinista, cuando los gobiernos elegidos en los años noventa hicieron retroceder las reformas que el Estado había respaldado e introdujeron medidas para promover el desarrollo de una economía de mercado, que dejaba en desventaja a la clase trabajadora, los pobres, las mujeres y otros grupos no pertenecientes a la élite. Sin embargo, esta década también fue testigo del surgimiento de una sociedad civil integrada por organizaciones de base, organizaciones no gubernamentales (ONG) y movimientos sociales constituidos por los nuevos sujetos sociales de la revolución. Los mismos grupos desfavorecidos por las políticas actuales han aprovechado con frecuencia, los nuevos espacios de movilización política.

Las mujeres, y en un sentido más amplio las relaciones de género, son fundamentales para los argumentos planteados en este trabajo. Los cambios que trajo consigo la Revolución Nicaragüense y sus repercusiones tuvieron consecuencias a todas luces diferentes para hombres y mujeres, debido en parte a las responsabilidades que éstas han asumido siempre en el hogar. En efecto, las tareas domésticas se han vuelto más onerosas a medida que las políticas de ajuste estructural, vitales para el desarrollo del modelo neoliberal, han derivado en una reducción del apoyo estatal a los servicios sociales, a las oportunidades de empleo y a los niveles salariales. En un contexto de persistente desigualdad de género y creciente conservadurismo social, los hombres y el Estado suelen alentar a las mujeres trabajadoras, sobre todo si tienen hijos pequeños, a que dediquen atención prioritaria a sus obligaciones familiares. Las contradicciones que refleja esta situación tanto para el sistema económico, que depende de la participación

de las mujeres, como para ellas mismas se refleja con claridad en este trabajo investigativo. También queda claro que algunas mujeres y otras personas en situaciones de vulnerabilidad negocian activamente los términos del neoliberalismo y reclaman nuevos espacios sociales de formas que reflejan la profunda influencia de sus historias personales y nacionales.

Este trabajo describe muchos aspectos que son propios de Nicaragua, pero también gran parte de la experiencia vivida por el país tiene mucho en común con otros países y regiones en situaciones similares. Por consiguiente, tendré oportunidad de hacer comparaciones con otras sociedades postrevolucionarias y otras naciones que han adoptado el modelo de desarrollo neoliberal. La situación de las mujeres de bajos ingresos y de todos los grupos cuyos derechos han sido vulnerados en la Nicaragua de los años noventa tiene mucho en común con la de numerosos grupos subalternos en otros lugares donde se han puesto en marcha ajustes estructurales y programas sociales conservadores. Desde un punto de vista más positivo, los recientes acontecimientos en Nicaragua han influido en y se han visto influidos a su vez por las políticas culturales de corte liberal establecidas en otras regiones de Latinoamérica y del mundo. Espero, por lo tanto, que las repercusiones de este estudio trasciendan Managua o Nicaragua por considerar que son pertinentes en una amplia gama de países.

Algunos acontecimientos notables ocurridos en Nicaragua en los últimos diez años forman un paréntesis que abarca el período en estudio y ofrecen un breve vistazo del proyecto que describo a continuación. Dos hechos muy diferentes que ocurrieron en los primeros meses de mi investigación se convirtieron en acontecimientos clave en la historia reciente del país. En marzo de 1991, el gobierno anunció una “maxidevaluación” de la moneda para estabilizar una economía grotescamente inflada, de acuerdo con el programa neoliberal que ya por una década venía causando efectos drásticos en otras partes de Latinoamérica. Ese mismo mes, el Festival del 52% reunió a distintos grupos feministas y cooperativas de mujeres durante varios días de alegres actividades culturales

y políticas en celebración del Día Internacional de la Mujer, evento que culminó con su separación de la principal asociación de mujeres ligada al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). En ese contexto de repentino ajuste económico y ruptura feminista, conocí a numerosas mujeres que llegarían a ser muy importantes para mi proyecto.

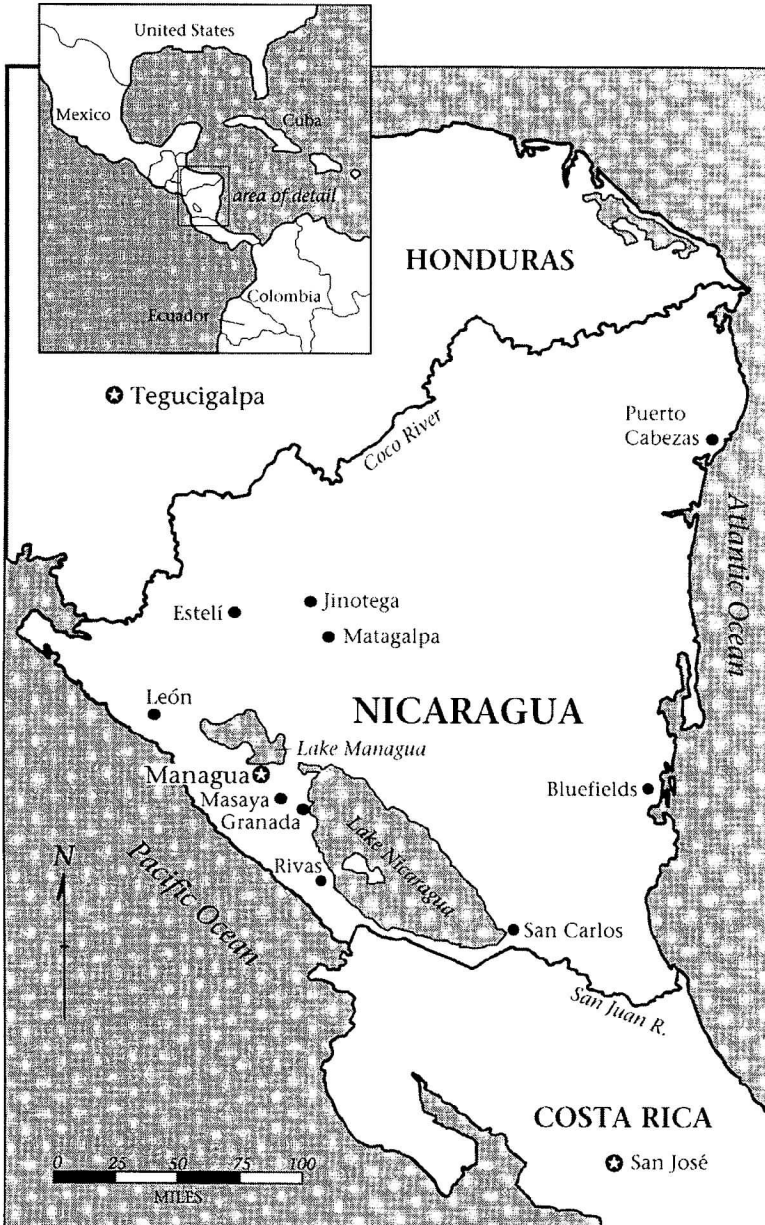
En los últimos años de esta década neoliberal hubo sorprendentes yuxtaposiciones que abarcaban desde lo trágico a lo absurdo. En octubre de 1998, Nicaragua y los países vecinos sufrieron la terrible devastación causada por el Huracán Mitch, cuyos efectos seguirán sintiéndose por mucho tiempo en toda la región. Sin embargo, un mes más tarde los funcionarios públicos celebraban a lo grande la inauguración en Managua de un nuevo centro comercial destinado a una reducida élite y de un restaurante McDonald's, ambos aclamados como símbolos de la modernidad que al fin llegaba al país. Este tipo de acontecimientos dispares fue muy común a finales del siglo veinte y los nicaragüenses, perfectamente concientes de lo irónico de la situación, han venido organizándose para responder a las nuevas condiciones de lucha.

La situación actual de Nicaragua debe entenderse en el contexto de su pasado. Por lo tanto, analicemos el entorno histórico de ese período de tendencias contradictorias y transiciones incómodas al pasar de una dictadura a una revolución, y de ésta a una economía de mercado neoliberal. A continuación presentamos un breve vistazo de los principales rasgos de la historia nicaragüense, en la cual resaltan algunos acontecimientos recientes que luego se retomarán en capítulos posteriores.

Visión histórica

Aunque Nicaragua es un país pequeño, aproximadamente del tamaño de mi estado natal de Nueva York, también es un país cultural y geográficamente diverso¹.

Mapa de Nicaragua



Conocido como “la tierra de lagos y volcanes”, este país tropical forma parte del istmo de América Central y limita al norte con Honduras y al sur con Costa Rica. A lo largo de la frontera sur, el río San Juan conecta el mar Caribe con el Lago Nicaragua y deja una franja de tierra de sólo dieciocho kilómetros de extensión entre el Lago de Nicaragua y el Océano Pacífico. Esta característica hizo que el país fuera tomado en serio como candidato para la construcción de un canal interoceánico, lo cual atrajo la atención de Estados Unidos y otros intereses antes de que se optara por Panamá. Desde hacía mucho tiempo, Nicaragua y la región habían sido lugares de gran interés geopolítico y seguirían siéndolo por varios años.

La región occidental de Nicaragua, que limita con el Océano Pacífico y fue colonizada por los españoles, es la más poblada. Sus habitantes son, por lo general, descendientes de europeos e indígenas, o sea, mestizos de habla hispana. Aunque el uso de este término indica una identidad nacional unificada, en realidad esconde las diferencias culturales y étnicas entre la población urbana y rural de esta región, que abarca zonas costeras, montañas y pueblos del interior. Algunos investigadores han señalado el mito de la “Nicaragua mestiza” al demostrar que las poblaciones, culturas y comunidades indígenas siguen teniendo una presencia importante en la zona del Pacífico y en la región de la Costa Caribe. La diversidad es más evidente en la Costa Caribe, con un territorio más extenso aunque mucho menos poblado, que en el pasado fue un protectorado británico. La diáspora africana provocada por la esclavitud dio lugar a una población “creole” africana-nicaragüense, de habla inglesa, en la zona del Caribe. Los creoles se concentraron sobre todo en la zona circundante de Bluefields. Entre los grupos indígenas cultural y lingüísticamente diversos, afincados a lo largo de la costa y al norte en dirección a la frontera con Honduras, están los miskitos cuyo conflicto con los sandinistas fue motivo de polémica en los medios de comunicación occidentales².

Aunque la región adquirió cierta independencia según los términos de la Constitución y la Ley de Autonomía de 1987, sigue siendo objeto de marginación política en el ámbito nacional.

La ciudad de Managua, ubicada en la región del Pacífico, entre el Lago de Managua (Xolotlán) y el Lago de Nicaragua (Cocibolca), es ahora la ciudad más influyente del país, aunque en términos históricos su importancia sea reciente. Las ciudades coloniales de León y Granada, fundadas en 1524 poco después de la llegada de los españoles al territorio que hoy se conoce como Nicaragua, siguieron perteneciendo al Virreinato de Nueva España (México) hasta la declaración de Independencia de Centroamérica en 1821 y la formación de la Federación Centroamericana, que se desintegró en 1838. A lo largo del siglo XIX, León y Granada rivalizaron en poder durante un prolongado periodo de conflicto entre los liberales, identificados con León, sus comerciantes y profesionales, y los conservadores, identificados con Granada, su aristocracia terrateniente y trabajadores rurales. En 1846, Managua fue declarada ciudad y seis años después, en 1852, fue designada capital de Nicaragua con el propósito de sofocar estas rivalidades y contribuir a la unidad nacional. No obstante, unos años más tarde, los liberales invitaron al aventurero estadounidense William Walker a unirse a sus fuerzas en contra de los conservadores. Walker vino a Nicaragua, derrotó a ambos bandos y se declaró presidente de Nicaragua, que gobernó entre 1856 y 1857, antes de ser expulsado por una alianza de países centroamericanos.

En 1893, los liberales tomaron el poder al mando de José Santos Zelaya e introdujeron varias reformas, pero una vez más la intervención de los Estados Unidos cambió el curso de la historia de Nicaragua al derrocar a Zelaya e instalar un gobierno conservador. Los liberales, con Benjamín Zeledón a la cabeza, se alzaron en una rebelión que fue aplastada por los marines norteamericanos que desembarcaron en Corinto en 1912. A excepción de un breve intervalo, estas tropas se quedarían en Nicaragua hasta 1933, cuando ya habían creado y entrenado un ejército, la Guardia Nacional. Durante la época de la ocupación estadounidense, liberales y conservadores se enfrentaron otra vez en una guerra civil. En 1927, todos, menos el general liberal Augusto César Sandino, acordaron un armisticio. Sandino exigía que los marines se retiraran, pero al ver que eso no ocurría,

decidió internarse en las montañas con sus tropas y prepararse para una guerra de guerrillas. El alcance de esta acción se extendió y desembocó en una política antiimperialista, que se ganó la simpatía de observadores internacionales. Inspirado por varias corrientes intelectuales y activistas de izquierda, Sandino y su ejército lucharon contra los marines y la Guardia Nacional hasta que los Estados Unidos se retiraron del país a inicios de 1933. Sandino negoció un acuerdo de paz con el presidente Juan Bautista Sacasa, pero Anastasio Somoza, jefe de la Guardia Nacional, mandó asesinar a Sandino en febrero de 1934 y luego ordenó la masacre de muchos de sus seguidores.

El régimen de la familia Somoza (1936-1979) empezó cuando Anastasio Somoza García (a quien sucedieron sus dos hijos, Luis y Anastasio Somoza Debayle) derrocó a su tío, Juan B. Sacasa. Corruptos y proclives a utilizar la fuerza, los Somoza y la Guardia Nacional fueron adquiriendo cada vez más poder, mientras se enriquecían a expensas del país; fueron muy temidos y odiados. En 1961, se fundó el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), inspirado por la lucha de Sandino y la Revolución Cubana que había triunfado dos años antes, para oponerse al régimen abusivo de los Somoza. Un movimiento popular de estudiantes, trabajadores y campesinos, guiado por el FSLN, se organizó para protestar contra la pobreza y las injusticias de que era objeto la mayoría de la población del país. La cruel malversación de la ayuda internacional recibida por Nicaragua después del devastador terremoto que destruyó gran parte de Managua en 1972, motivó a más nicaragüenses a oponerse al gobierno de Somoza. Miembros de las clases medias y altas se unieron a la clase obrera urbana y rural, al igual que a la población de escasos recursos para tratar de poner fin al régimen. Después de superar diferencias políticas internas, el FSLN encabezó una resistencia popular y una insurrección general que culminó con el derrocamiento de Anastasio Somoza Debayle en julio de 1979. Luego de un breve período durante el cual el país fue gobernado por una Junta de Reconstrucción Nacional compuesta de cinco miembros, entre ellos Violeta Barrios de Chamorro, se estableció la Dirección

Nacional del FSLN, constituida por nueve hombres, uno de los cuales, Daniel Ortega, fue elegido presidente en las elecciones de 1984. Las mujeres tuvieron una participación muy activa en la lucha revolucionaria, pero ninguna de ellas ocupó un lugar en la Dirección Nacional del FSLN mientras el partido ostentó el poder.

La década de gobierno revolucionario (1979-1990) empezó con la exuberancia que le daba su joven liderazgo, el compromiso de transformar la economía política del país y pasión por la justicia social. No obstante, desde el comienzo surgieron tensiones de clase, pues la prioridad que los sandinistas asignaban a la redistribución de los recursos para beneficio de la mayoría pobre amenazaba con recortar los privilegios de las clases medias y altas. La reforma agraria, los subsidios a los precios de los alimentos, los programas de vivienda y el acceso universal a los servicios de salud y educación fueron las medidas que recibieron mayor impulso. Se establecieron organizaciones sectoriales para supervisar la puesta en práctica de las políticas y visión sandinistas en los barrios, así como entre trabajadores rurales y urbanos, artesanos, jóvenes y mujeres. Los sandinistas, a pesar de haberse inspirado en los modelos vigentes en las sociedades socialistas y estar deseosos de realizar un profundo proceso de cambios dirigidos por el Estado, toleraron la participación de la empresa privada en la nueva “economía mixta”. Por otra parte, la búsqueda de apoyo entre las organizaciones populares para poner en práctica la voluntad del gobierno ocultaba un cierto verticalismo, una administración de arriba hacia abajo que más tarde fue objeto de severas críticas tanto entre las bases como en el mismo seno del FSLN.

Las relaciones con Estados Unidos tuvieron un efecto temprano y pronunciado en la política nicaragüense desde el inicio de la década sandinista. Si bien la administración Carter había aceptado al gobierno revolucionario con fría resignación, la de Reagan, que llegó al poder dieciocho meses después, veía a los sandinistas con alarma y los consideraba una extensión del comunismo soviético. Por lo tanto, durante

su gobierno prevalecieron políticas intervencionistas. Estados Unidos entrenó y apoyó a un ejército contrarrevolucionario nicaragüense (la resistencia) para que luchara por derrocar al gobierno. Asimismo, cortó toda ayuda al país y congeló las relaciones comerciales. La guerra y el embargo económico hacían que el gobierno sandinista enfrentara crecientes dificultades para seguir adelante con sus planes de impulsar programas sociales innovadores y que a veces adoptara posturas menos democráticas cuando priorizaba la defensa y se dejaban de lado otros objetivos.

A pesar de los grandes logros de la Revolución Nicaragüense, desde la perspectiva de los años noventa, es evidente que las iniciativas locales tuvieron a menudo que subordinarse a los intereses partidarios; se suprimieron las organizaciones feministas y gay; y se tomaron decisiones políticas de importancia, como el ajuste estructural de 1988, sin haber realizado suficientes consultas. Algunos analistas internos y externos del FSLN siguen sin ponerse de acuerdo sobre cuánto más lejos se podría haber llegado con la democratización en las condiciones de guerra y de crisis económica imperantes, y cuánto habría influido esta situación en las elecciones de 1990.

Tal como sucedieron las cosas y a diferencia de 1984, cuando unas elecciones democráticas apoyaron la continuación del liderazgo de Daniel Ortega y el gobierno del FSLN, en 1990 se eligió sorpresivamente a Violeta Barrios de Chamorro, candidata de la Unión Nacional Opositora (UNO), una coalición de catorce partidos. En retrospectiva, fue el deseo de los nicaragüenses de vivir en paz y con seguridad económica, aunado a sus crecientes críticas al gobierno sandinista por el manejo de la crisis, lo que determinó el resultado. Las elecciones evidenciaron una brecha de género, pues hubo más mujeres que votaron por Violeta de Chamorro como reflejo de la escasa atención que el liderazgo revolucionario había prestado a los desproporcionados efectos de las dificultades económicas y la turbulencia política en las mujeres.



Celebración anual del 19 de julio en conmemoración de la victoria de los sandinistas contra la dictadura de Somoza (obsérvese la manta colgada en la vieja catedral con la leyenda: "Muerte al somocismo").

Sin embargo, a pesar de la anuencia de la Presidenta Chamorro a llegar a acuerdos con el FSLN, que seguía siendo el partido político más poderoso del país, su gobierno introdujo medidas de estabilización y ajuste impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) que resultaron agobiantes para la mayoría de nicaragüenses. Como era de esperarse, la guerra que libraba la resistencia y el embargo económico llegaron a su fin, pero la ayuda por parte de los Estados Unidos no fue tan generosa ni tan expedita como se había esperado. Más aún, la reducción del sector estatal Estado y el desarrollo de la economía de mercado – marcas distintivas del neoliberalismo – tuvieron un impacto social que resultó perjudicial para un amplio sector de la población. La devaluación de la moneda detuvo la inflación galopante, pero la tasa de desempleo alcanzó niveles alarmantes y los precios de los bienes recién llegados sólo eran asequibles para la élite.

El FSLN se reagrupó durante los primeros años de la década de los noventa para determinar el nuevo papel que

desempeñaría ahora que no estaba en el poder; de ahí que actuara alternativamente en oposición y en colaboración con el gobierno. Consciente de que su excesiva centralización había sido un error, el FSLN había empezado ya antes de las elecciones a otorgar mayor autonomía a las organizaciones populares, por ejemplo a los Comités de Defensa Sandinista (CDS) en el ámbito vecinal y a la Asociación de Mujeres Nicaragüenses “Luisa Amanda Espinosa” (AMNLAE). Sin embargo, la demanda interna de mayor independencia por parte de estos grupos fue desatendida por el partido, lo que impulsó a algunas personas a formar asociaciones alternativas. La tensión en el seno del FSLN con respecto a cuánto poder de decisión otorgar a las organizaciones de base continuó hasta 1995, cuando el partido se dividió en dos facciones: el FSLN, más ortodoxo, y el recién formado Movimiento Renovador Sandinista (MRS) que exigía mayor democratización en el contexto de la nueva situación nacional.

Un FSLN debilitado no pudo ganar las elecciones de 1996, que llevaron al poder a Arnoldo Alemán, alcalde de Managua hasta entonces. Este político populista de derecha obtuvo el apoyo de algunos nicaragüenses con su campaña en pro de modernizar y mejorar la ciudad. Otros se mostraron consternados por su aparente afán de borrar toda expresión de la revolución y porque como presidente tenía planes para impulsar aún más el modelo de desarrollo neoliberal. Durante los últimos años del siglo veinte, el gobierno de Alemán siguió promoviendo la libre empresa en un contexto mundial competitivo, mientras su país pasaba por una situación de creciente desempleo y subempleo, y declinaban los niveles de salud, y educación. Arnoldo Alemán reveló de la manera más dramática la insensible naturaleza de su gobierno al no actuar con rapidez ante el desastre causado por el Huracán Mitch. La reacción de muchos nicaragüenses fue pedir ayuda una vez más a las organizaciones populares y no gubernamentales, porque la sociedad civil les ofrecía mejores posibilidades de enfrentar la necesidad nacional de justicia económica y social.

El título de este libro *Después de la Revolución: género y cultura política en la Nicaragua neoliberal* refleja que está

centrado en los años posteriores al triunfo de la Revolución Nicaragüense en 1979 y sobre todo en la década que siguió a las elecciones de 1990. Realicé mi investigación en los años noventa, una etapa de transición que significó en gran medida el retroceso o la desarticulación de la revolución. No obstante, la revolución perduró e incluso se profundizó desde que el FSLN perdió el poder, por ejemplo en las formas de participación democrática y el respeto por el pluralismo político. Por eso cuando digo *después* de la revolución no es que intente presentarla como algo estático y ahora consignada a la historia, sino como un proceso que ha sufrido cambios, algunas veces para mejor y otras para peor, pero que sigue dándole forma a la política local y nacional. No cabe duda de que los nicaragüenses tienen mucho que lamentar y mucho se ha perdido, pero las nuevas culturas políticas parten del pasado y permiten que las generaciones más jóvenes construyan sus propias visiones revolucionarias para el futuro.

Lectura de la Revolución

En consideración a los múltiples significados atribuidos a Nicaragua tanto en el país como en el mundo, tanto en el pasado como en la actualidad, es útil recordar la manera como esta nación se convirtió en objeto de controversia alrededor de ciertas posturas culturales y políticas consideradas provocadoras en la era de la globalización. Dependiendo de cómo se manifiestan los distintos puntos de vista, Nicaragua ha sido objeto de anhelo o lamento, de esperanza o temor, en medio de un proceso radical de transformación social³. Los criterios para determinar si la Revolución Nicaragüense logró o no superar las injusticias e ineficiencias del pasado han entrado en conflicto con frecuencia. Asimismo, muchas veces resultaron infructuosas las discusiones sobre la democratización y la ciudadanía por desacuerdos sobre qué tan incluyente había sido el proceso político. Los simpatizantes de la izquierda latinoamericana y de todo el mundo celebraron la noticia de la victoria sandinista. En Estados Unidos y en otros lugares hubo

una rápida respuesta de grupos solidarios, muchas personas y brigadas viajaron a conocer y apoyar esta revolución durante una década de transformación que posteriormente se convirtió en resistencia. Activistas y académicos se integraron al proyecto revolucionario, incluso algunos de ellos cambiaron sus planes de investigación para poder hacerlo. Escritores, artistas, economistas e ingenieros formaban el heterogéneo grupo que aportó su tiempo y energía a lograr lo que esperaban sería un modelo de cambio social de base amplia.

Muchos de los que viajaron a Nicaragua en esos años extraordinarios descubrieron que sus experiencias en ese país cambiaron sus vidas para siempre. La escritora estadounidense y poeta feminista Adrienne Rich escribió un ensayo pionero sobre la política de la ubicación en 1984, un año después de un viaje que realizó a Nicaragua donde llegó a apreciar la forma en que “un lugar en el mapa es también un lugar en la historia” (1986:212) y la importancia de “reconocer nuestra ubicación, teniendo que nombrar la tierra de donde venimos” (219). En Nicaragua escribió: “Pude sentir lo que significa ser, disidente o no, parte de esa bota alzada de poder, la fría sombra que proyectamos hacia el sur” (220)⁴.

Nicaragua también fue el escenario de un análisis de los “intereses de las mujeres” que ofreció la feminista Maxine Molyneux, socialista británica (1986), quien se basó en las experiencias que vivió en Nicaragua a principios de los años ochenta para formular sus conceptos sobre los intereses prácticos y estratégicos de género. Este método para evaluar si las sociedades revolucionarias han abordado bien las preocupaciones de las mujeres ha sido muy debatido entre investigadores preocupados por su situación en un sentido más amplio. Si bien algunos encuentran útil la distinción que hace Molyneux entre las luchas de las mujeres por intereses inmediatos y prácticos, como alimento, techo y empleo, y por aspectos estratégicos de más largo plazo para transformar las relaciones de género, otros argumentan que por lo general ambas luchas se encuentran entrelazadas, sobre todo en las sociedades del tercer mundo. Sin embargo, aquí lo más notable



Murales como éste en la UNAN Managua, incluyendo el familiar retrato de Sandino, son ahora escasos.

es que la experiencia de Molyneux la llevó a concluir que “las revoluciones, como la que ocurrió en Nicaragua, no permiten llegar a conclusiones simples debido a las fuertes presiones a las que están sujetas, el corto tiempo que tienen de estar en el gobierno y la consiguiente desigualdad en su trayectoria, sobre todo con relación a las mujeres” (1986: 282– 83).

La conocida escritora y poeta feminista Margaret Randall vivió en Nicaragua durante varios años, luego de más de una década en Cuba. Como activista nacida en Estados Unidos, dedicó su atención a la posición cambiante de las mujeres en la sociedad revolucionaria de estos dos países. Sus conversaciones y entrevistas con mujeres nicaragüenses la llevaron a plantear preguntas cada vez más críticas acerca del compromiso de la revolución con la democratización de las relaciones de género, aun cuando siguió siendo partidaria del FSLN, leal a los principios de la política sandinista (Randall 1981, 1992, 1994).

Proveniente del otro lado del mundo, el escritor hindú Salman Rushdie viajó a Nicaragua por varias semanas en 1986

y regresó a Londres a escribir las memorias de su viaje. Tal como señaló, sabía que las revoluciones tenían la tendencia a “ir mal”, luego de empezar “con idealismo y una visión romántica” para terminar “con expectativas traicionadas y esperanzas rotas” (1987:12). Aunque su estadía en el país fue breve, la visita lo afectó profundamente, tanto como para que al final reconociera con admiración que no le quedaba otra opción que escribir un libro. Rushdie concluyó: “He dejado Nicaragua inconclusa, por decirlo de algún modo, un país en el que las antiguas fuerzas opuestas de creación y destrucción protagonizaban un choque violento. El pesimismo, tan de moda en nuestra época, me indicaba que al final los destructores siempre demostrarían más fuerza que los creadores y, de hecho, quienes desbaratarían la Revolución Nicaragüense serían hombres con enorme poder” (168).

Al igual que Rushdie, la escritora y periodista mexicana Alma Guillermoprieto (1995) fue a Nicaragua con dudas acerca de hasta qué punto la revolución se había democratizado. Su visita coincidió con las elecciones de 1990, cuando la población trataba de darle sentido al sorprendente resultado. Al comprobar los problemas que habían enfrentado los sandinistas cuando intentaron superar las enormes desigualdades y falta de desarrollo heredadas del gobierno de Somoza, observó que la promesa de la oposición de alcanzar la paz y poner fin al servicio militar, junto con el probable final del embargo económico impuesto por Estados Unidos, le dio a Violeta Chamorro la autoridad moral para atraer votos. El informe de Guillermoprieto sobre una nación desmoralizada en busca de reconciliación, a pesar de sus diferencias fundamentales, nos da una idea de la poderosa impresión que Nicaragua dejaba en sus visitantes.

La fotógrafa y periodista Susan Meiselas (1981) plasmó un inolvidable retrato de Nicaragua el año anterior a la victoria sandinista, 1978-1979, y volvió una década después para rodar una película cuando el país ya se encontraba en una etapa de transición. Su documental político, *Fotos de una Revolución* (1991), evoca algunos recuerdos heroicos y otros amargos de

las personas que había fotografiado años antes, y sus reflexiones sobre lo que fue y lo que pudo haber sido la revolución. Como internacionalista que compartió las esperanzas de la revolución, Meiselas comenta con tristeza los significados de la revolución después de las elecciones de 1990: “Un sueño para algunos, ... mucho más para los nicaragüenses”.

Éstos son sólo algunos de los muchos relatos que reflejaban cierto grado de simpatía con la revolución y que llegaron a un público más amplio⁵. Sin embargo, los medios de comunicación occidentales fueron en general mucho menos tolerantes, a menudo expresaban una opinión muy crítica del gobierno sandinista y describían a Nicaragua como un país fuera de control. En los años ochenta, la noción del Presidente Ronald Reagan de que Nicaragua representaba una grave amenaza “en nuestro propio traspatio” para la seguridad nacional de Estados Unidos, se reflejaba en el discurso público dominado por los medios de comunicación⁶. Las frecuentes distorsiones y patrañas sirvieron para garantizar el entrenamiento y la orientación de la resistencia, así como la cancelación de préstamos a la república rebelde. Incluso en la década postsandinista de 1990, hubo políticos conservadores en los Estados Unidos que aprovecharon toda oportunidad para oponerse a la ayuda a Nicaragua, siempre que podían demostrar la continua influencia del FSLN⁷. Así las cosas, el amplio apoyo internacional a la revolución y a sus ideales democráticos constituye un homenaje a la nación nicaragüense.

Llegada tardía a la Revolución

Mi relación con Nicaragua y la redacción de este libro refleja mis deseos, esperanzas y preocupaciones por un pequeño país que intentó con valentía cambiar el curso de la historia. En julio de 1979 yo era una estudiante de postgrado que escribía mi tesis basada en una investigación que realizara en Perú, país que en ese momento atravesaba por una crisis económica y muy pronto se sumiría en un conflicto político que se convirtió en una guerra civil. Al mismo tiempo, me

preparaba para empezar mi primer trabajo en el campo de la enseñanza académica y compartía con muchos de mis compañeros la angustia de mantenernos fieles a nuestros compromisos como activistas y continuar al mismo tiempo con nuestra carrera académica. Como miembro de algunos grupos de solidaridad latinoamericanos, en particular de Acción Unida para las Mujeres de Chile, me esforcé por conciliar mi política antiimperialista y feminista con mi desarrollo profesional.

Recuerdo una noche de verano en Buffalo, Nueva York, cuando me encontraba conversando con una amiga en un café al aire libre y nos enteramos del triunfo de los sandinistas. Luego de cuatro décadas de la dictadura de los Somoza al amparo de Estados Unidos, un movimiento revolucionario que contaba con el apoyo popular había logrado tomar el poder. En ese momento compartí la euforia de una generación que había alcanzado la mayoría de edad durante la guerra de Vietnam y ansiaba encontrar ejemplos de triunfos populares en su lucha por la autodeterminación. Empezando en aquel tiempo hace ahora dos décadas, y al igual que Cuba veinte años antes, Nicaragua llegó a ser vista en todo el mundo como un faro de luz para otros países.

Mi experiencia en Perú en 1977 coincidió con el giro a la derecha después del experimento “revolucionario” en ese país, con todo y lo ambivalente que éste pudo haber sido bajo la presidencia de Juan Velasco Alvarado (1968-75). En mis viajes posteriores durante los años ochenta, encontré una tensión creciente entre militares e insurgentes de Sendero Luminoso que empezaban a enfrentarse directamente, lo que causó una escalada de violencia tanto en la región andina como en Lima. Al igual que otros antropólogos que trabajábamos en Perú, tuve que orientar mi interés hacia otros lugares cuando se volvió demasiado peligroso seguir con mi investigación en Los Andes. Lo irónico es que esta situación me dio la oportunidad de visitar Nicaragua, considerada aún por muchos como un centro de agitación política.

En retrospectiva siento que siempre llego tarde a las revoluciones. Habiéndome perdido los años de reformas

radicales de principios de los años setenta en Perú, estudié el impacto social que tuvo la crisis económica en este país. Tuve un interés similar en la Revolución Cubana, la más trascendental y perdurable del hemisferio, y como miembro recién incorporado de la facultad de la Universidad de Colgate, organicé un grupo de estudio para ir a Cuba en el invierno boreal de 1980. Pero el éxodo de Mariel nos obligó a cancelar el viaje y no pude visitar la isla hasta 1993, cuando se encontraba en el difícil trance del “Período Especial”, un tiempo de austeridad durante la peor crisis económica de la era postrevolucionaria. Una vez más me había perdido el apogeo de una revolución, pero de todos modos pude apreciar las similitudes entre las luchas de los latinoamericanos, que tanto habían logrado contra todo pronóstico y ahora seguían luchando con obstinación para minimizar sus pérdidas⁸.

Viajé a Nicaragua por primera vez en 1989, cuando este país también enfrentaba dificultades económicas y arreciaba la oposición política al gobierno revolucionario. Los sandinistas sufrían los efectos del embargo de Estados Unidos y de la guerra civil, por lo cual habían impuesto medidas de ajuste estructural que reducían y recortaban considerablemente los servicios estatales. Sin embargo, el gobierno revolucionario parecía contar con fuerte apoyo y las preparaciones para las elecciones presidenciales de 1990 indicaban una fácil reelección de Daniel Ortega. No obstante, lo que casi todos consideraban como nada más que un período difícil para el gobierno sandinista resultó ser su hora final, ya que fue Violeta de Chamorro, la candidata de la coalición UNO, quien llegó al poder.

A estas alturas, había tenido la suerte de recibir financiamiento para continuar mi investigación en Nicaragua por varios años. Pude visitar el país todos los años desde 1989 hasta 1993, luego volví en 1996, 1998 y 2000. Me quedaba en Managua por períodos que abarcaban desde unas cuantas semanas hasta varios meses, para un total de más de un año. Tuve que cambiar mi propuesta original de estudiar a las mujeres trabajadoras de la ciudad durante la segunda década revolucionaria a la luz de los muchos reveses que

sufrieron la economía y la sociedad, y durante ese tiempo compartí la consternación de numerosos nicaragüenses y sus simpatizantes. No obstante, también me di cuenta de que las experiencias históricas de las mujeres y los hombres durante la revolución, los había preparado como sujetos sociales que sabrían enfrentar la transición política y económica en marcha. Desde mi posición de investigadora en Managua, observé y documenté respuestas culturales al neoliberalismo introducido por el gobierno algo conciliador de Violeta Chamorro, así como a la versión del gobierno más derechista de la Alianza Liberal de Arnoldo Alemán, quien ganó las elecciones de 1996. Aunque la atención internacional puesta en Nicaragua ha disminuido desde que los sandinistas perdieron el poder, puede ser que sea precisamente *después* de la revolución cuando se lleve a cabo la larga lucha por la democratización y la justicia económica. Como se demuestra en este libro, la sociedad civil y los movimientos sociales emergentes ofrecen soluciones alternativas a la desesperación y una nueva cultura política va adquiriendo fuerza en el país.

Escribir después de la revolución: un esbozo de este libro

Mi investigación en Managua empezó con la transición política y económica de Nicaragua después de las elecciones de 1990, en particular sus efectos en las mujeres trabajadoras y de bajos ingresos. Identifiqué cuatro cooperativas urbanas que visité muchas veces en el transcurso de mi investigación para ver cómo se desarrollaban las mujeres en los entornos de trabajo que se originaron en el período sandinista. Además, visité organizaciones gremiales, oficinas de gobierno y centros de investigación a fin de recopilar material que me permitiera darle sentido al cambio dramático que experimentaba el país. También establecí una relación especial con el barrio en que me había alojado en los últimos años, donde reuní material etnográfico y realicé entrevistas con los habitantes, muchos de los cuales se habían sumado a la economía informal.

Aunque mi investigación me llevaba por estos senderos, también me interesé por los movimientos sociales que emergían en Nicaragua en los años noventa. Tenía especial interés en el revitalizado movimiento de mujeres y en el creciente movimiento gay y de lesbianas, aunque también estaba impresionada por la visibilidad que iban adquiriendo los movimientos indígenas, ambientales y otros. Me di cuenta de que estos movimientos tenían cierta relación con mi investigación e incluso se podían entender como una respuesta cultural al neoliberalismo y a las nuevas expresiones de lucha en Nicaragua. A través del tiempo, pude apreciar la oportunidad que los movimientos le ofrecían a la sociedad civil para definir una “nueva forma de hacer política” y ampliar el proceso de democratización que había empezado con los sandinistas.

Llegué a considerar que mi proyecto era de muchas maneras como una etnografía multisitiada⁹. En primer lugar, estaba interesada en los diferentes puntos de vista desde los cuales estudiar Nicaragua. Con frecuencia tuve ocasión de estudiar las distintas maneras como la atención internacional en Nicaragua fue determinante para nuestra percepción de la experiencia del país. No es sorprendente que muchas de mis impresiones iniciales sobre Nicaragua provengan de Estados Unidos, de los medios de comunicación y de organizaciones políticas de izquierda. Durante mi investigación, seguí con atención los discursos contrastantes relacionados con Nicaragua en el ámbito nacional e internacional, gracias en parte a mi doble afiliación a dos instituciones durante mis primeros años en Nicaragua. Tanto la Universidad Centroamericana (UCA) como el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE) me prestaron su apoyo y me dieron la oportunidad de asociarme con una universidad jesuita de orientación sandinista, por un lado, y con una escuela de estudios de postgrado en administración de empresas de orientación neoliberal, por el otro¹⁰.

Por lo demás, realicé mi investigación desde varios lugares de Managua. Esta ciudad, con una población de más de un millón de habitantes, es un amplio espacio urbano que

ha crecido mucho desde que fue destruida por el terremoto de 1972. Para viajar de un extremo a otro de la ciudad cuando visitaba cooperativas, centros de investigación, ministerios, centros de mujeres y casas de familias durante mi trabajo de campo, dependía mucho de taxis y vehículos alquilados, incluyendo en algún momento, un camión. En los años que duró mi investigación viví en barrios de clase trabajadora y de clase media en diversas partes de la ciudad: con una familia miskita de la Costa Atlántica, con una mujer profesional perteneciente a una familia de clase media de Managua que vivía con sus hijos, y con activistas “internacionalistas” e investigadores como yo. Durante los dos veranos que llevé a mi hijo conmigo aprendí mucho sobre los lugares para el cuidado de niños, las escuelas y los ambientes de esparcimiento que la ciudad ofrece a los más pequeños. Más adelante me establecí en un vecindario de gente trabajadora y profesionales donde realicé un estudio del barrio, aunque éste fue sólo parte de un proyecto más grande ubicado en múltiples lugares.

Este proyecto multisitiado tiene muchas dimensiones. En los últimos años me di cuenta de que Nicaragua es “bueno para pensar” sobre cuestiones políticas y culturales que se plantean actualmente en los estudios de antropología y de Latinoamérica¹¹. A través de mi investigación en Nicaragua, he podido explorar temas que abarcan desde la política de la ubicación a los discursos sobre el desarrollo y hasta las identidades sexuales y de género en una sociedad postrevolucionaria. Concibo este libro como una serie de ensayos, un formato que me permite presentar productivamente diversas perspectivas importantes al reunir la información recopilada por más de una década. No pretendo hacer un análisis detallado de la historia y la política de Nicaragua, pues ya otros lo han hecho con mucho éxito, trato más bien de participar en diversas discusiones centradas en temas de relevancia actual, no sólo para los nicaragüenses sino también para todos nosotros¹². Espero poder demostrar que Nicaragua nos ofrece un rico escenario para el debate en la investigación contemporánea y de algunos de los temas más importantes de nuestra época, no sólo en este país sino también



Gigantona sostenida por un joven que apareció bailando en un evento de mujeres.

en otros lugares. Aunque mi enfoque es multisitiado, mi objetivo general es contribuir a que se conozca Nicaragua como un país que no hace mucho arriesgó su futuro en un proceso de transformación social, y luego en la etapa postrevolucionaria se atrevió una vez más a reinventarse a sí mismo como una nación más democrática.

El capítulo 2 ofrece un análisis de la política de la ubicación en Nicaragua e introduce la temática que se desarrolla en los capítulos posteriores. Empiezo con la derrota electoral de los sandinistas en 1990, cuando ganó una coalición de partidos que una vez en el gobierno trastocó muchos de los cambios revolucionarios de la última década e impuso medidas neoliberales para hacer que el país volviera a la senda capitalista. Luego, planteo que a pesar de la desesperación inicial que experimentaron muchos nicaragüenses debido a este resultado y a la crisis económica que sobrevino, hubo una serie de aperturas políticas y culturales que permitieron el surgimiento de movimientos sociales independientes en oposición tanto al gobierno como a determinadas prácticas

poco democráticas de la izquierda. A menudo las mujeres han sido clave en estos procesos, debido a que son las más afectadas por las nuevas políticas económicas, y como activistas de los movimientos recién organizados. Examinó estas tendencias, en apariencia contradictorias, e instó a un análisis que abarque tanto la economía política como la cultura política.

El capítulo 3 trata sobre el rostro cambiante de la capital de Nicaragua a la luz de los esfuerzos por borrar las manifestaciones del pasado revolucionario y presentar un ambiente receptivo para los inversionistas extranjeros y la élite nacional. El uso del espacio urbano en la época neoliberal muestra la influencia de las relaciones de género y de poder, mientras que el afán de modernidad invisibiliza a las mujeres y los habitantes de bajos ingresos en general al ocultarlos de la vida pública o ubicarlos en lugares marginales. Es irónico que las difíciles condiciones sirvan de catalizadores para que la sociedad civil enfrente de una manera más unida los problemas de la nación. El enfoque multidimensional que aquí se ofrece toma Managua como una ventana a través de la cual se pueden ver las relaciones con el resto del país y del mundo, y apunta a una antropología urbana según la cual la ciudad es tanto lugar de investigación como tema de estudio. Managua se reconstruye según intereses poderosos, lo cual no ha ocurrido sin generar una reacción.

El barrio de Managua donde viví durante mi primera estancia en Nicaragua en 1989, se convirtió en una base operativa durante mis visitas posteriores a partir de 1993. El Capítulo 4 ofrece un retrato etnográfico del barrio y los resultados de mi investigación acerca de los hogares de esta parte de la ciudad. Mientras recojo ciertas partes de las entrevistas con algunos habitantes, también me concentro en conversaciones más largas que tuve en repetidas visitas a varias personas que con el correr de los años llegué a conocer muy bien, desde una sandinista activa y un autoproclamado historiador hasta los miembros de un grupo familiar muy grande y pobre con quienes compartía la cuadra en nuestro barrio. Espero poder transmitir un sentido de la vida cotidiana en un área urbana conocida por la mezcla

de sus habitantes, que pertenecen tanto a la clase trabajadora como a la clase media, al igual que por su variado apoyo político al gobierno sandinista y a los que le sucedieron. Gran parte de la historia gira en torno a los esfuerzos actuales por sobrevivir a la adversidad, cuando tanta gente depende de la economía informal para subsistir, y lo que el barrio nos pueda decir acerca de la ciudad y la nación.

El Capítulo 5 analiza en detalle las consecuencias de la política neoliberal y de ajuste estructural en Nicaragua, a través de un análisis de las mujeres de bajos ingresos que trabajaban en las cooperativas de Managua. Varias analistas feministas han contribuido a fomentar una atención muy necesaria a los duros efectos del neoliberalismo en el hogar, donde las mujeres tienen por lo general la responsabilidad de mantener a sus familias y enfrentar el alza de los precios, la reducción de los servicios públicos y la privatización de la atención de salud en una sociedad que se rige por el mercado. Sin embargo, señalo que si bien el análisis de los hogares y el trabajo no remunerado de las mujeres ha conllevado a un cambio necesario en nuestra forma de pensar acerca del desarrollo económico, también es importante examinar la manera como las mujeres responden al ajuste a través de su trabajo remunerado en y fuera del hogar. Mi argumento es que aunque las mujeres son las que a menudo sufren los peores embates del neoliberalismo tanto en el seno del hogar como fuera de éste, también sacan fuerzas de su reciente historia de movilizaciones sociales, lo que las distingue de las mujeres de otras partes de Latinoamérica.

En el Capítulo 6 me sumo a la discusión sobre las sociedades postsocialistas que han cambiado rápidamente la organización y las relaciones de trabajo, para documentar la experiencia de Nicaragua y qué nos puede enseñar. En concreto, abordo la transformación de las cooperativas organizadas durante el régimen sandinista en microempresas que se ajustan a los principios neoliberales; también sigo los destinos cambiantes de las cooperativas urbanas de artesanos, costureras, panaderos y soldadores que acompañé a lo largo de mi investigación, las que estaban integradas principalmente

por mujeres. Una vez más, vemos que si bien durante la década de los noventa se dismantelaron muchos proyectos revolucionarios, la revolución dejó su legado. El resultado ha sido una productiva tensión social entre mujeres trabajadoras de la ciudad y aquellos hombres que no están preparados para renunciar a lo que lograron a un costo tan alto.

Muchos estudios antropológicos relacionados con el desarrollo han utilizado un modelo de economía política para examinar los esfuerzos y los resultados de los programas de desarrollo. En el Capítulo 7, me desvíé de ese modelo para plantear preguntas culturales concernientes a la manera como los discursos relacionados con el desarrollo y la nacionalidad no sólo reflejan las diversas orientaciones políticas sino que también influyen en las prácticas y en los resultados finales. En la década pasada, Nicaragua nos ofrece un ejemplo muy útil de la manera como pueden desarrollarse discursivamente los enfoques económicos y políticos antagónicos. En los análisis sobre microempresas y el sector informal como temas de desarrollo, tomo en consideración las principales corrientes para luego recurrir a las entrevistas con habitantes pobres de la ciudad y con trabajadores que articulan una respuesta más personal y visceral a las condiciones actuales, tal como están grabadas en sus cuerpos y mentes. Mi objetivo es llamar la atención sobre los discursos no dominantes que apuntan a enfoques alternativos y críticos.

En el capítulo 8 examino con mayor detalle las respuestas claramente culturales a la transición económica y política en la Nicaragua neoliberal. En este capítulo abordo esos movimientos sociales emergentes que han trascendido de las organizaciones partidarias de la década pasada y planteo una serie de temas que se relacionan con identidad cultural, democratización y derechos humanos. Examino con distintos niveles de detalle el barrio y los movimientos de mujeres, lesbianas y gays, indígenas, jóvenes, pacifistas y ambientalistas. Asimismo, estudio una organización sindical que antes fue sandinista, porque los sindicatos han insistido en una nueva forma de hacer política. Los grupos de la sociedad civil, las organizaciones

no gubernamentales y los movimientos sociales han sido importantes como apoyo a estas nuevas iniciativas, pero las personas fieles al FSLN también han tomado nota de la nueva vida que los movimientos le ofrecen a una nación que lucha por restablecer su identidad en la etapa postrevolucionaria.

En el último capítulo me pregunto qué se recordará de Nicaragua, al mismo tiempo que vuelvo a examinar con mayor detalle algunas preguntas planteadas anteriormente en el contexto de la Nicaragua neoliberal al final del siglo. Reexamino las formas en que las ideas acerca de Nicaragua se han transformado en los “recuerdos” populares de la revolución y sus secuelas en el país y fuera de éste, y cómo ha cambiado el paisaje cultural durante este período de globalización. Además, intento descubrir qué símbolos culturales se vislumbran en el horizonte mientras el país lucha por recuperarse de la masiva destrucción del Huracán Mitch. Algunos observadores han sugerido que la movilización social posterior al desastre es similar a lo que ocurrió en los años setenta cuando, como consecuencia del devastador terremoto, las tensiones políticas derivaron en la revolución social. No obstante, sin ser demasiado optimista respecto de la sociedad civil y de la manera como ha reunido fuerzas para responder a la crisis, debemos tomar nota y admirar la determinación de los nicaragüenses de hacer algo más que sólo reconstruir la misma sociedad. Su deseo de hacer un llamado a la memoria colectiva y reinventarse a sí mismos una vez más como nación en proceso de volverse más democrática, más tolerante a las diferencias culturales y más insistente en el desarrollo sostenible por el interés de la población y del medio ambiente son motivo suficiente como para tener esperanza.

Muchos escritores vieron en la revolución nicaragüense un nuevo movimiento social, que un número más reducido de escritores llamó “postmoderno”, debido a que la revolución se alimentó de los esfuerzos colectivos de una amplia gama de actores que intentaron transformar el significado y la representación cultural, al igual que la sociedad (Beverly y Oviedo, 1993). Sin embargo, con el fin de la década

postsandinista de los años noventa y del milenio, las condiciones de postmodernismo bajo el triunfante capitalismo mundial son todavía más evidentes como consecuencia del proyecto económico neoliberal, un FSLN fragmentado, y la prometedora respuesta de la sociedad civil y los movimientos sociales¹³. Mi estudio, inspirado en un reciente trabajo que reúne lo político y lo cultural para entender mejor las actuales tendencias en Latinoamérica (Álvarez, Dagnino y Escobar 1998), también contempla la economía desde un análisis feminista de las tendencias contemporáneas en Nicaragua y otras partes. Por último, el interés de este proyecto está más centrado en plantear preguntas que en responderlas, porque el cambiante terreno del neoliberalismo y de la globalización de fines del siglo XX afecta nuestro pensamiento de formas que pueden resultar muy valiosas para reconfigurar nuestra comprensión de Nicaragua en el mundo.

- 1 Algunas de las obras consultadas en el resumen histórico que sigue son Burns, 1991; Hoyt, 1997; Walker, 1997; Gordon, 1998; Gould, 1998; y LeoGrande, 1998.
- 2 En este trabajo utilizo la convención de describir regiones y culturas del “primer mundo” como “occidentales” para diferenciarlas de las regiones o culturas “no occidentales” o del “tercer mundo”, aunque la terminología sea problemática. En algunos casos podría ser preferible utilizar “norte”, aunque este término no contribuya a reducir la imprecisión geográfica y las limitaciones analíticas. En todo caso, es preciso reconocer que Nicaragua está ubicada en el hemisferio occidental y comparte muchos atributos con occidente.
- 3 Deborah A. Gordon (1995: 433) comenta sobre la forma en que los conceptos de revolución social y los viajes a países como Cuba y Vietnam han figurado en los deseos de feministas e izquierdistas occidentales, incluyendo antropólogos que empezaban a adquirir conciencia de las prácticas imperiales.
- 4 Véase una valoración del aporte de Rich a los estudios actuales de la política de ubicación, véase Kaplan 1994.
- 5 Véase también, por ejemplo, *Seven Days in Nicaragua Libre* (1984) del poeta Lawrence Ferlinghetti, el informe de Peter Davis (1987) basado en una breve visita a Nicaragua, y las cartas desde Nicaragua escritas por Rebecca Gordon (1986) quien pasó seis meses con Witness for Peace. Otros escritores que han viajado a Centroamérica también han escrito las memorias de sus experiencias (v.g. John Didion [1983] sobre El Salvador). Viajar a Nicaragua tuvo un profundo efecto en las vidas de antropólogos que trabajaron allí durante la década de la Revolución Sandinista. Michael James Higgins y Tanya Leigh Coen (1992:7), escribieron: “Vemos las esperanzas y los sueños del pueblo de Nicaragua y del pueblo del barrio William Díaz Romero como la búsqueda de una forma de democracia radical”. Roger N. Lancaster (1992:9) escribió: “Y puedo decir – como George Orwell cuando escribió sobre Cataluña – que por primera vez en mi vida realmente creí en el socialismo”. Charles R. Hale (1994:vii) expresó la esperanza de que su libro transmitiera “un sentido de los mejores principios e ideales de la Revolución Sandinista que inspiraron

gran parte de lo que hice, y que ha dejado una influencia indeleble en mi manera de pensar acerca de la relación entre activismo político y antropología académica". Edmond T. Gordon (1998:2), quien pasó casi diez años viviendo en la Costa Atlántica de Nicaragua, se pregunta: "¿Cómo escribir sin nostalgia acerca del período definitorio en la vida adulta de uno?" Y Les W. Field (1991:13) señala: "Desde mi perspectiva la Revolución nicaragüense fue el evento más interesante del mundo". Un boletín reciente de Nicaragua Network, publicado desde hace veinte años en Washington D.C. capta muy bien los sentimientos de muchas personas que se identificaron con las luchas de Nicaragua:

El sueño sigue en las vidas de aquellos que fueron transformados por la Revolución. Sigue vivo en la respuesta colectiva de tantas comunidades a los destrozos causados por el Huracán Mitch. Sigue vivo en la determinación de los trabajadores de las maquilas (muchos de los cuales ni siquiera habían nacido en 1979) para organizarse y defender sus derechos. Sigue vivo en los movimientos ambientalistas y de mujeres, y en tantas otras organizaciones que luchan por la justicia social.

De muchas maneras el sueño sigue vivo también en nuestro país. De los aproximadamente 100.000 ciudadanos estadounidenses que visitaron Nicaragua en los años ochenta, miles se transformaron y siguen activos hasta el día de hoy en movimientos sociales y de derechos humanos en este país (Chuck Kauffman, coordinador adjunto, abril de 1999).

- 6 Véase Rosset y Vandermeer, 1983, y Diskin, 1983 para un análisis crítico de la política de EEUU y la cobertura periodística de los medios estadounidenses en Nicaragua.
- 7 Para una discusión de la campaña propagandística de Estados Unidos contra Nicaragua, véase Walker 1997:11-12.
- 8 Este grupo dirigido por Margaret Randall examinó el impacto del Período Especial en mujeres trabajadoras, artistas, escritoras y miembros de familia.
- 9 Véase Marcus (1999) para mayor discusión de una etnografía multisituada.
- 10 Para una breve descripción del INCAE véase Colburn 1991:50-54. El INCAE fue fundado a raíz de una solicitud del presidente John F. Kennedy en 1963 de que Harvard Business School y el Gobierno de Estados Unidos ayudaran a establecer un centro de estudios de postgrado de alta calidad en Administración de Empresas en Centroamérica.
- 11 Arjun Appadurai y Carol A. Breckenbridge (1992) al escribir sobre "patrimonio" en la India, encuentran que los museos son "buenos lugares para reflexionar". Thomas Abercrombie (1999:150) ha descrito una reciente colección de ensayos andinos como "buenos para reflexionar" acerca de la antropología contemporánea y América Latina.
- 12 Para valoraciones de la revolución nicaragüense, véase Booth, 1985; Walker, 1986, 1991; Spalding, 1987; Martínez Cuenca, 1992. Para descripciones del período postsandinista, véase Spalding, 1994; Prevost y Vanden, 1997; y Walker, 1997.
- 13 Beverley y Zimmerman, 1990:ix-xvi ofrecen un análisis de la idoneidad de la crítica postmoderna a las revoluciones centroamericanas. Como indican los autores, puede resultar problemático extender un concepto desarrollado en sociedades de consumo, capitalistas y avanzadas a la región centroamericana, la que en algunos casos todavía espera el arribo de la "modernidad". No obstante, argumentan que las formas que adopta la resistencia cultural, como se evidencia en Nicaragua y otras partes, "se basan en un terreno posmoderno entendido en sentido amplio" (xii). Señalan dos problemáticas definitivas en la cultura posmoderna que sí son pertinentes a la región: el colapso de la distinción entre las culturas de élite y popular, y el colapso de las "grandes narrativas" del progreso "occidental". Marxista en sus orígenes (véase Jameson, 1984) el postmodernismo es crítico de la tradición marxista europea, lo cual lo hace de particular pertinencia para el análisis de sociedades e historias del tercer mundo.

Capítulo 2

NEGOCIACIÓN DE ESPACIOS

La política de la ubicación según género

Nicaragua se convirtió en el centro de la atención internacional cuando la revolución de los años setenta condujo a la década sandinista de los ochenta. En la imaginación social de esa década, especialmente en los Estados Unidos, la nación centroamericana se volvió importante. Cuando di una charla sobre mis investigaciones preliminares en una conferencia de antropología en 1990, un hombre me preguntó cuál era la población de Nicaragua. Cuando le respondí que era de casi cuatro millones de habitantes, me respondió de inmediato: “No lo puedo creer”. Al igual que muchas otras personas cuyos puntos de vista sobre el mundo dependen de los medios de comunicación masivos, el conocimiento que este hombre tenía de Nicaragua como una de las principales fuentes de preocupación de los Estados Unidos, sobre todo en la época de sus históricas elecciones presidenciales, contribuyó a la idea de que debía tener más gente u ocupar un espacio geográfico mayor en el planeta. La reacción fue muy diferente cuando volví a los EE.UU. después de un viaje de investigación en 1996. Le conté a un colega (quien también me preguntó cuál era el

tamaño de la población nicaragüense, que había aumentado a casi cuatro millones y medio) sobre las campañas políticas y los numerosos candidatos para las elecciones presidenciales de ese año, las que habían atraído mucho menos atención en los Estados Unidos, y me comentó que le parecía que se estaba creando “una tempestad en un vaso de agua”. Era evidente que Nicaragua había perdido tamaño e importancia en la percepción popular desde la época en que era considerada un peligro inminente por encontrarse en “nuestro traspatio”.

Durante los últimos diez años, he reflexionado sobre cómo la investigación en Nicaragua ha estado enmarcada en construcciones externas del país y, en general, en la manera como la historia altera la política de la ubicación. He abordado mi trabajo como una etnografía multisituada que atraviesa fronteras y contempla procesos de vinculación entre contextos locales y sistemas mundiales (Marcus, 1998). Lejos de la experiencia de campo, estos aspectos han provocado un cambio en la orientación analítica de mi trabajo. Este capítulo toma como punto de partida las negociaciones entre géneros por el espacio social en Nicaragua y a la vez explora algunas de las tensiones existentes desde una perspectiva que toma en cuenta tanto la política económica como cultural. Los capítulos siguientes ofrecen un análisis más detallado de varios temas que aquí se abordan, incluyendo las cooperativas urbanas y los movimientos sociales que fueron centrales para mi investigación. En los capítulos 3 y 4 a continuación analizo las demandas de espacio social, más específicamente en Managua y en uno de sus barrios.

Las reivindicaciones revolucionarias de Nicaragua

El negociar literal o figurativamente el espacio social, político y económico tiene una resonancia especial en Nicaragua. Hace dos décadas, la culminación de la lucha contra la larga dictadura de Somoza, condujo al surgimiento de un gobierno revolucionario que pretendió ocupar un espacio

político anteriormente en manos de una pequeña élite. Los sandinistas transformaron el sistema de tenencia de la tierra en el área rural, la manufactura urbana y la distribución de bienes y servicios de tal manera que quienes antes habían sido privados de sus derechos, tuvieran por primera vez acceso a oportunidades económicas que les permitieran ganarse la vida con dignidad. Más aún, el espacio social conquistado a través de la lucha fue compartido por los nuevos actores en el escenario nicaragüense, incluyendo a campesinos, habitantes urbanos de bajos ingresos, jóvenes y, de mucha importancia para el presente análisis, las mujeres¹.

Las mujeres participaron activamente en la Revolución y durante el gobierno sandinista. A fines de los años ochenta, su participación fue volviéndose cada vez más activa en las organizaciones “sectoriales” y de base de los trabajadores sandinistas en zonas rurales y urbanas². Aunque durante este período las mujeres tuvieron que hacer frente a la creciente demanda de su tiempo en y fuera del hogar, también aprovecharon las oportunidades para analizar la subordinación de género a la que estaban sometidas individual y colectivamente (Pérez Alemán, 1992: 250). En la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC) y en la Central Sandinista de Trabajadores (CST) surgieron mujeres que ocuparon posiciones de liderazgo, incluso algunas que más tarde ayudarían a formar un movimiento feminista independiente (Criquillon, 1995).

A la organización de masas compuesta de mujeres y formada por el FSLN desde 1979, antes de la victoria sandinista, se le conoce como la Asociación de Mujeres Nicaragüenses “Luisa Amanda Espinosa” o AMNLAE, llamada así en honor a una de las primeras mujeres que cayó en combate en la lucha contra Somoza. La asociación daba apoyo a las mujeres de los sectores populares y alentaba su participación política y económica dentro del contexto de las prioridades del FSLN. Bajo El FSLN y AMNLAE respondieron a la presión de diferentes grupos de mujeres que llamaban a poner fin a las desigualdades de género. En 1987, el FSLN emitió una declaración pública que reconocía la posición subordinada de las mujeres en la

sociedad nicaragüense y sus legítimas demandas de cambio. En esta época, AMNLAE también expresó su compromiso con la igualdad de género y su voluntad de abrirse a un proceso más democrático. Sin embargo no ocurrió así porque AMNLAE siguió siempre sometida a los intereses partidarios (Chinchilla, 1994).

Los logros obtenidos durante los primeros años del gobierno revolucionario fueron puestos a prueba a finales de la década revolucionaria cuando la guerra civil y el bloqueo económico socavaron los esfuerzos por llevar servicios de salud, educación y empleo a la mayoría de la población. Los éxitos alcanzados por las mujeres también se vieron amenazados porque éstas tenían que asumir la responsabilidad de mantener a sus familias cuando los hombres eran reclutados para la guerra o no conseguían trabajo. Es más, AMNLAE había pospuesto el debate sobre los privilegios de los hombres y el poder masculino, por ser temas demasiado sensibles en aquel momento. Así empezó a reducirse el espacio que se había abierto para las mujeres en el proceso de transformación social.

Desde las elecciones de 1990, muchas de las reformas progresistas de la década anterior han sido revertidas. La plataforma neoliberal del gobierno de la UNO tuvo consecuencias difíciles, sobre todo para las mujeres, quienes a menudo tuvieron que luchar por mantener sus hogares y sus familias cuando las políticas de ajuste económico eliminaron puestos de trabajo y servicios sociales de los cuales habían llegado a depender³. Sin embargo, lo que más llama la atención es que también aumentó la participación política de las mujeres nicaragüenses en los movimientos sociales autónomos que surgían en los años noventa. Estos movimientos o redes, a menudo estructuradas de una manera informal, que tratan temas tan diversos como la salud materna, la violencia contra las mujeres, los derechos de homosexuales y lesbianas, el medio ambiente y la crisis económica⁴.



Parte de un mural en la Casa Ave María, que representa a mujeres heroicas de Nicaragua, por Pablo Danilo Téllez y el Grupo Artístico Contraste.

En este capítulo examino y reconsidero dos tendencias que al inicio no consideré relacionadas. Por un lado, la cambiante economía política cuyo énfasis en la privatización y en la industrialización dirigida al modelo agroexportador ha significado muchas veces la marginación de las mujeres; por otro, la expansión del activismo político basado en numerosas reivindicaciones que trascienden la economía y abarcan los derechos humanos y políticas de género en estos momentos en que el gobierno acaba de dar un fuerte giro a la derecha. Empecé mi investigación en Managua centrada en la economía política, al mismo tiempo que daba seguimiento a las cambiantes fortunas de un grupo de mujeres (y de algunos hombres) que trabajaban en pequeñas industrias y comercios en la ciudad. No obstante, mientras documentaba los nefastos resultados de la política neoliberal para las mujeres urbanas de bajos ingresos, pude observar con alivio (e incluso participar en) algunas actividades feministas, como reuniones, marchas y conferencias, que ocurrían con una frecuencia cada vez

mayor en el país. Este aspecto llegó a ser para mí como un “segundo proyecto” en Nicaragua, o sea, darle seguimiento al prometedor desarrollo de iniciativas independientes entre las mujeres tanto de la clase media como de los sectores populares quienes se están abriendo un espacio político y cultural.

En vista de lo anterior, quisiera plantear, como uno de los argumentos centrales de este libro, que desde los años noventa existe una conexión importante entre la cambiante economía política y el crecimiento de los movimientos sociales feministas y de otra índole, tema que examinaré más a fondo en los capítulos posteriores. Si bien los críticos del gobierno sandinista aseveran que el desarrollo de movimientos más autónomos es el resultado de un proceso de democratización postelectoral, los partidarios del FSLN lo describen como la continuación de la movilización social que había en la última década. En lo particular, considero que no es simplemente ni lo uno ni lo otro, sino que se trata del surgimiento de movimientos sociales más independientes, quizá producto del cuestionamiento de la política vertical del partido sandinista, la fuerte oposición a la política del gobierno neoliberal, la continua movilización bajo un gobierno que tolera cierto grado de disidencia política, y el deseo de plantear cuestiones pasadas por alto o silenciadas por los partidos políticos establecidos tanto antes como después de las elecciones de 1990. En los capítulos siguientes abordo el tema de la conexión entre las economías políticas cambiantes y los movimientos sociales emergentes que luchan por el espacio social en Latinoamérica, para luego analizar el caso de Nicaragua.

Luchas por el espacio en Latinoamérica: economías políticas cambiantes y significados culturales

En años recientes, los investigadores han prestado cada vez mayor atención al espacio y al lugar en sus discusiones sobre cómo se negocian los recursos y significados políticos y sociales en los distintos escenarios. Los geógrafos y antropólogos culturales han sido muchas veces los interlocutores

de estas discusiones, algunas veces influidos por la crítica posmodernista de las formas en que el control del espacio está determinado por género, raza, clase y, por lo general, construido socialmente (Spain, 1992; Keith y Pile, 1993; Momsen y Kinnaird, 1993; Radcliffe y Westwood, 1993). Como señalan Keith y Pile (1993:1), el debate se centra en “la relación entre tiempo y espacio; el potencial de la política; y la construcción de la identidad.” Su argumento es que a finales del siglo XX se volvió necesario trascender de la teorización del poder como “la expresión de una singular dimensión de la opresión, como clase, género o raza”. Como destacan éstos y otros autores (Beverley y Oviedo, 1993; Kaplan, 1994), una política de ubicación debe tener en cuenta las complejas relaciones entre todas estas dimensiones y también vincular los contextos locales de lucha a sistemas de poder más amplios. En otras palabras, la atención a la micropolítica de la ubicación debiera estar acompañada de un análisis de las relaciones macroestructurales en el plano regional, nacional y transnacional.

Además, las relaciones sociales de dominación contemporáneas deben verse como si fueran fluidas, en un constante proceso de cambio. Como advierte Caren Kaplan (1994: 138): “Cualquier explicación exclusiva de espacio, lugar o posición se vuelve totalmente abstracta y universalizante sin la especificidad histórica”. El valor que tiene esta perspectiva no radica en regresar a una visión de la ubicación según la cual ésta es determinante para el desarrollo de procesos sociales. Esta visión se utilizó para fundamentar las explicaciones de desigualdad de género en las relaciones que tienen las mujeres con la esfera privada y la movilidad de los hombres en el ámbito público⁵. La organización espacial y los significados atribuidos a los lugares que ocupan los actores sociales en conjunto con un análisis de cómo éstos se disputan, pueden más bien profundizar nuestra comprensión de las luchas actuales, donde sea que ocurran.

Un ejemplo muy bien conocido y convincente es el de las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina, quienes se posesionaron de un área pública para protestar contra las

“desapariciones” y el terrorismo de Estado, lo que transformó la plaza principal de Buenos Aires en un espacio para que las mujeres se expresen políticamente. Como escribe la socióloga María del Carmen Feijóo:

Las Madres mostraron capacidad de innovación en la dimensión cultural de hacer política. Su originalidad fue evidente en la creación de nuevas formas de movilización como la ronda (caminata alrededor de la plaza), que le dio nuevos significados a los antiguos símbolos (por ejemplo los pañuelos blancos); su capacidad para darle otro significado a un espacio público (la plaza) y sostener su actividad política fuera del alcance de los partidos políticos (1989:78).

Al escribir sobre los movimientos sociales en Latinoamérica, Arturo Escobar y Sonia Álvarez (1992) trazan la relación entre la apertura democrática y la crisis económica durante la así llamada década perdida de los años ochenta y el surgimiento de los “nuevos” movimientos sociales. Identifican vínculos fundamentales entre cambio político y económico por un lado, y la formación de una identidad colectiva por el otro, un punto clave que ha orientado mi pensamiento acerca de lo que significa negociar espacios en la Nicaragua postsandinista. Como señalan Escobar y Álvarez, las duras políticas de libre mercado introducidas para contrarrestar la crisis de la deuda y la alta inflación en toda Latinoamérica, contribuyeron a lo que algunos denominaron “retroceso del desarrollo”, con el aumento de la pobreza y otros desplazamientos sociales. Sin embargo, a pesar de la fragmentación que esta situación ocasionó, en este periodo surgieron nuevas formas de resistencia y lucha colectiva que abarcaban desde la organización de comedores populares en asentamientos de precaristas hasta movimientos ambientalistas, feministas, de salud y de derechos humanos⁶.

Las condiciones económicas y políticas no sólo han dado lugar a otras formas de organizarse entre sectores sociales emergentes sino que han surgido nuevos análisis que cuestionan los trabajos anteriores fundamentados en las

teorías de la modernización y dependencia. Según Escobar y Álvarez (1992:3), las recientes investigaciones muestran que “una multiplicidad de actores sociales establecen su presencia y esferas de autonomía en un espacio social y político fragmentado. La misma sociedad está determinada, en gran medida, por la pluralidad de estas luchas y la visión de aquellos que integran los nuevos movimientos sociales”.

John Beverley y José Oviedo (1993:1) han escrito acerca del giro dado en Latinoamérica hacia el postmodernismo, que ha revitalizado el debate en la izquierda. Este giro también ha dado lugar a nuevas formas de pensar sobre la relación entre culturas locales y la política transnacional. Escobar (1992: 63) observa (aunque para algunos parezca contraintuitivo) que las percepciones posmodernistas han captado más atención en Latinoamérica que en otras partes y señala: “Aquí se hace más evidente que en otros lugares del mundo que la idea de una gran ‘teoría de los movimientos sociales’ encuentra una resistencia activa”. Este autor describe una crisis del desarrollo que puede explicar tanto el surgimiento de nuevos movimientos sociales como el giro teórico hacia métodos más pluralistas que reflejan el deseo de abarcar las diferencias culturales.

Los modelos de desarrollo que han provocado resistencia son aquéllos que se pusieron en marcha durante la década de 1980 y que introdujeron un paquete tras otro de ajuste y austeridad, lo cual produjo “un vasto paisaje de identidades, como ‘el analfabeta’, ‘el campesino sin tierra’, ‘las mujeres excluidas del desarrollo’, los ‘hambrientos y desnutridos’, ‘los que pertenecen al sector informal’, los ‘marginados urbanos’, entre otros” (Escobar 1992:67). Es crucial comprender esta fragmentación de identidades para examinar los movimientos sociales contemporáneos, incluyendo a los mismos actores sociales a los que nos hemos referido anteriormente. Además, necesitamos comprender que estas luchas se libran no sólo alrededor de las condiciones materiales sino también en torno a los significados políticos y culturales reivindicados por los sujetos sociales en los espacios ocupados por los Estados capitalistas. Como se verá, la producción de “nuevas formas de

hacer política”, o la construcción de una nueva cultura política tiene gran fuerza en el escenario nicaragüense.

Las minorías raciales y étnicas, al igual que los sectores pobres y de la clase trabajadora, entre las que se cuentan las mujeres, son importantes en los nuevos movimientos en Latinoamérica (Jaquette, 1994; Stephen, 1997). Además, las feministas, los gays y las lesbianas, que representan diferentes clases y grupos étnicos, ocupan un lugar prominente entre estas identidades colectivas que se forjan y movilizan por el cambio. El impresionante surgimiento de los movimientos feministas en toda la región durante una década de crisis económica y política ha sido debatido por varios autores que han asistido a los encuentros que las feministas de Latinoamérica y el Caribe han venido celebrando cada dos años a partir de 1981 (Sternbach *et al.*, 1992). El crecimiento del feminismo y de los movimientos gay y lésbicos se ha acentuado desde los años ochenta, ya sea debido a estas crisis o a pesar de ellas y de los obstáculos que han enfrentado para organizarse (Jaquette, 1989; Álvarez, 1990; Babb, 1997b).

Los contextos del cambio en Nicaragua

La historia reciente de Nicaragua la convierte en un país excepcional en Latinoamérica por varios motivos. La lucha contra el régimen de Somoza contó con el apoyo de distintos sectores, incluyendo los de clases media y trabajadora, la población urbana pobre, campesinos, estudiantes y profesionales. Se calcula que alrededor de un 30% de los que se movilizaron para participar en la lucha eran mujeres (Molyneux, 1986). El período que condujo a la victoria sandinista de 1979 se caracterizó por la coalición de un amplio movimiento social cuyos participantes se parecían en muchos sentidos a los que hoy día integran “nuevos” movimientos sociales en otras partes del continente. Algunas de las mismas condiciones que motivaron a los actores sociales en otros países ya se habían manifestado en Nicaragua, donde afectaron a la mayoría subalterna en los sectores privados de derechos civiles.

La Revolución Nicaragüense fue la primera en Latinoamérica desde el surgimiento de los movimientos feministas contemporáneos alrededor del mundo, lo cual quizá explique la participación significativa de las mujeres en la insurrección y la atención que el gobierno sandinista brindó a las necesidades de las mujeres. No obstante, las demandas explícitas de género se subordinaban a menudo a los intereses partidarios. Entre los cambios fomentados por los sandinistas, la reforma agraria y los nuevos tipos de empleos urbanos también beneficiaron a las mujeres; se desató, asimismo, una campaña ideológica contra el sexismo en los medios de comunicación (Padilla, Murguialday y Criquillon, 1987; Chinchilla, 1994).

Esta apertura para las mujeres se vio amenazada cuando la defensa nacional y la austeridad económica se convirtieron en prioridades a medida que avanzaba la década. En 1988, los sandinistas empezaron un programa de ajuste estructural que aumentó las dificultades y cuyo precio político fue la pérdida de apoyo al proceso revolucionario (Brenes *et al.*, 1991a). En retrospectiva, podemos decir que la elección de 1990 se decidió uno o dos años antes, cuando la gente se cansó de las condiciones de crisis y quería ante todo la paz adicional de mantener a sus familias podría explicar la brecha de género en las elecciones, puesto que el voto por la coalición de la UNO fue mayor entre las mujeres.

Aunque desde 1990 empezaron a surgir movimientos sociales autónomos en un contexto neoliberal cada vez más parecido al del resto de Latinoamérica una década antes, hay algunos precursores de estos movimientos en la Revolución Nicaragüense. Conforme los actores sociales de sectores marginales se iban incorporando a la revolución, las mujeres participaban como combatientes y también apoyaban la lucha de otras maneras valiosas. AMNLAE movilizó a las madres para que apoyaran a sus hijos e hijas en el proceso revolucionario, y más adelante para que se organizaran como madres de héroes y mártires. Las madres han desempeñado un papel importante en el apoyo material e ideológico a la lucha

sandinista, aunque paradójicamente, Violeta Chamorro utilizó su imagen de madre y su atractivo maternal para obtener apoyo a la UNO y derrotar a los sandinistas (Kampwirth, 1996b)⁷. Sin embargo, como veremos, los movimientos sociales actuales se distinguen por su carácter más independiente y su voluntad de romper con la política partidaria.

Después de la inesperada derrota de Daniel Ortega en las elecciones de 1990, el FSLN tuvo una valiosa oportunidad para la autorreflexión y las bases del partido hacían un llamado para que éste fuera más incluyente y democrático. Aquellas feministas que se habían mantenido activas en el partido durante largo tiempo, estaban entre quienes criticaban el *status quo* y exigían un debate abierto. En consecuencia, se prestó mayor atención a las debilidades internas del partido, mientras el gobierno de la UNO promulgaba cambios rápidos que agravaban los problemas económicos y políticos del país. El FSLN logró cohesionarse para hacer frente al programa económico de la UNO iniciado en marzo de 1991, a pesar de que el partido se vio afectado por crecientes divisiones internas y la separación de algunos de sus miembros activos. El programa de la UNO incluía una drástica devaluación de la moneda y el Plan de Conversión Ocupacional financiado por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID), que recortaba drásticamente el empleo en el sector estatal y ofrecía incentivos a los trabajadores para que renunciaran y empezaran pequeños negocios.

Las referencias al espacio social y político abundan en la década del desplazamiento que se produjo en el país a partir de las elecciones de 1990. El ala derechista de la UNO ganó un espacio sustancial en el gobierno, pero tuvo reveses en la Asamblea Nacional. Los sandinistas aprovecharon el espacio disponible y lograron como mínimo que se escucharan sus críticas a los programas neoliberales de ajuste y estabilización que promovía el gobierno. Empezaron a demandar opciones. Argumentaban que “abrir espacios económicos para la mayoría es la única forma de despolarizar el país” (*Envío* 1993:10). Las mujeres estaban

entre quienes hacían un llamado a una nueva cultura política, que permitiera enfrentar las implicaciones de género de las drásticas políticas económicas neoliberales.

En 1995, una tendencia disidente, el Movimiento Renovador Sandinista (MRS), formó su propio partido, lo cual debilitó al FSLN como oposición al gobierno pero resultó en una discusión más abierta sobre la falta de respuesta adecuada del partido a sus bases (*Barricada Internacional*, 1995a). Aquellos activistas e investigadores (por ejemplo, Beverley y Oviedo, 1993) que vieron la Revolución Sandinista como un movimiento social postmoderno ejemplar, una alternativa pluralista y heterogénea a los modelos de desarrollo socialista y capitalista existentes, quizá se hayan sentido consternados por la división en el partido y las acusaciones de prácticas antidemocráticas (Criquillon, 1995; O'Kane, 1995). Sin embargo, lo anterior indicaría que aunque la Nicaragua neoliberal aspire a ingresar de lleno a la modernidad, las condiciones complejas de la posmodernidad también se hacen sentir. Por un lado, tanto la derecha como la izquierda se han fragmentado desde 1990 y, por el otro, las corrientes políticas y sociales pluralistas que surgen hoy día en el seno de la sociedad civil ofrecen esperanzas de alcanzar un futuro más democrático⁸.

Espacios económicos en el territorio urbano

Aunque la Presidenta Chamorro, mejor conocida en Nicaragua como Doña Violeta, trató de ponerle un rostro maternal a las drásticas reformas económicas, en Managua muchas mujeres y hombres de bajos ingresos tenían cada vez menos confianza en la capacidad del gobierno para mejorar sus vidas. La moneda se estabilizó, pero el desempleo y el subempleo llegaron al 60% justo cuando la privatización de los servicios de salud y los recortes en los servicios sociales despojaron a los pobres en áreas urbanas de la red de seguridad que los había protegido durante la década anterior (*Envío*, 1994:7).

Mis entrevistas y conversaciones en Managua durante los años del gobierno de la UNO indican que con las nuevas políticas, motivadas por un giro ideológico a la derecha, se intentó cerrar muchos de los espacios que se abrieron durante el período sandinista. Por ejemplo, la autora del Plan de Reconversión Ocupacional del Ministerio de Hacienda y Crédito Público opinaba que los recortes de empleados del sector público beneficiarían a muchas mujeres trabajadoras pues les permitiría volver a sus casas para cuidar a la familia (entrevista a Fátima Reyes, 18 de julio de 1991). En efecto, un número desproporcionado de mujeres y de sandinistas en general adoptó este plan que ofrecía hasta veintidós meses de salario mensual (un total de US\$ 2,000) para que dejaran sus empleos y formaran microempresas como parte del esfuerzo por privatizar la economía y reducir el gasto social. Muchas mujeres invirtieron en mantenedoras para vender gaseosas y helados en su casa, negocios que estaban destinados a fracasar en una economía ya saturada de pequeñas empresas informales.

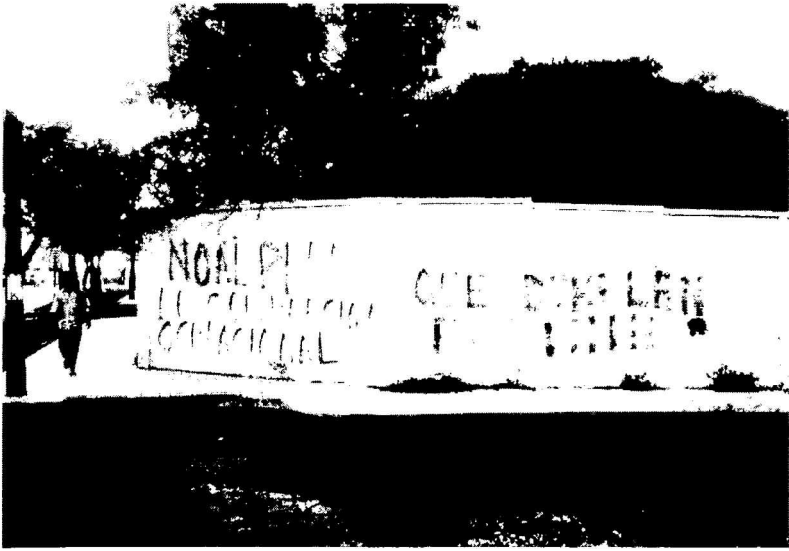
El resultado de este plan mal concebido para reducir el sector estatal y privilegiar el sector privado sigue aumentando aún más el desempleo y el subempleo. Sin embargo, cuando abordé los obstáculos especiales a los que las mujeres debían hacer frente en las pequeñas industrias y comercios con los funcionarios del Ministerio de Fomento, Industria y Comercio (MIFIC) a cargo del desarrollo de la microempresa, pocos mostraron interés en discutir los efectos que la política actual iba a tener en esas mujeres. Al parecer, a los funcionarios no les preocupaba que las mujeres se vieran obligadas a asumir una carga más pesada en el hogar como resultado de los recortes en salud, educación y cuidado infantil. Tampoco parecían comprender que las consecuencias de una economía nacional orientada al libre mercado eran precisamente las que causaban la quiebra de tantas microempresarias. Según estos funcionarios, el mercado “neutral” había permitido que todos compitieran, pero para las mujeres de bajos ingresos era evidente que los dados estaban cargados en su contra.

El rápido deterioro de la base económica de las mujeres se ha hecho muy evidente en Managua durante estos últimos años. He seguido de cerca cuatro cooperativas urbanas que se organizaron en la última década en diferentes partes de la ciudad. Estos grupos estaban conformados por costureras, soldadoras, panaderas y artesanas, ocupaciones tradicionales y no tradicionales de las mujeres. Las costureras y soldadoras eran sólo mujeres, mientras que entre los miembros de las cooperativas de panaderos y artesanos había hombres y mujeres. Todas las cooperativas tuvieron que luchar para seguir funcionando durante el período posterior a 1990. Entre éstas, la de costureras y panaderos que se formaron poco después que los sandinistas llegaron al poder y alentaron la colectivización de las pequeñas industrias. Se organizaron cooperativas de servicios en las cuales sus miembros trabajaban desde el hogar, pero tenían un local central para vender, reunirse y realizar otras actividades. Sin embargo, en 1993 ambas cooperativas se vieron forzadas a vender sus locales porque no podían seguir pagándolos. La explicación de estos procesos reside en la caída de las ventas de pan y de ropa producida localmente, como resultado de la falta de capacidad económica de los nicaragüenses para comprar incluso estos productos básicos y de los cambios en las condiciones económicas que favorecían la importación de bienes y la gran industria. Aunque se ha continuado trabajando sin el apoyo de las cooperativas, la producción de pan se ha reducido hasta en un 50%. En la cooperativa de ropa a la que he dado seguimiento casi se ha paralizado la producción, al igual que en muchas otras.

Las otras dos cooperativas han tenido experiencias un poco diferentes. El grupo de mujeres soldadoras, organizado en 1991 después que unas doce amas de casa completaran un programa de entrenamiento de diez meses, sufrió varios reveses y cesó operaciones un par de años más tarde. La cantidad de mujeres afiliadas a esta cooperativa, que trabajaba en el taller de un centro para mujeres, fue disminuyendo como resultado de una serie de problemas, incluyendo rencillas interpersonales, la resistencia de los maridos que no querían

que sus esposas trabajaran y la falta de trabajo estable. Aunque contaban con un espacio donde trabajar, no tenían seguridad de que estuviera siempre disponible; es decir, que la ausencia de un ambiente de trabajo estable también constituía un problema para ellas. A principios de 1993, dejó de existir la organización y aunque algunas siguieron empeñadas en encontrar trabajo, otras regresaron a sus hogares y familias. Una de las dos antiguas coordinadoras de la cooperativa, la única mujer soltera del grupo, apareció en un breve reportaje periodístico a consecuencia del cual recibió ofertas para trabajar con un par de soldadores. Ella estuvo anuente a unírseles, pero unos meses después me contó que las oportunidades de trabajo eran mucho más escasas que las que había anticipado. Se quedó sin trabajo durante mucho tiempo hasta que encontró un puesto de oficina en un hospital. La otra coordinadora viajó a Estados Unidos con un grupo de nicaragüenses para recibir capacitación técnica con el auspicio de USAID, pero no se qué pasó con este selecto grupo.

La cooperativa de artesanos estaba integrada por varias mujeres y hombres que hacían joyas de plata y coral, además de dos mujeres que elaboraban tapices decorativos y otros artículos con corteza del árbol de tuno que se encuentra en la costa caribe de Nicaragua. La cooperativa, establecida en 1987, se enorgullece de la calidad de su trabajo, pero sus miembros han experimentado una fuerte caída en las ventas por el deterioro de la economía y la disminución de visitantes extranjeros. En 1992, las trabajadoras de corteza dejaron la cooperativa por razones familiares, una de ellas porque su marido se oponía a que trabajara y la otra porque sentía que sus hijos necesitaban mayor atención. Es muy posible que las malas ventas hayan contribuido a sus decisiones, aunque no lo expresaran directamente. La cooperativa puede ser considerada exitosa a pesar de los reveses sufridos. Después de una larga espera, obtuvo un préstamo y una donación de una organización no gubernamental (ONG) para construir un taller nuevo y más espacioso, que se terminó en 1992. La cooperativa fue seleccionada entre las diez que recibirían apoyo adicional



Graffiti en protesta contra el Plan de Reconversión Ocupacional pintado en una esquina en Managua.

de la Cámara Nacional de la Pequeña y Mediana Industria (CONAPI) para demostrarle a USAID que las pequeñas industrias en el país eran muy prometedoras. En los últimos años, la cooperativa ha buscado nuevos mercados y probado nuevas técnicas creativas, pero todavía no está claro si tendrá éxito a largo plazo.

Las medidas impuestas desde 1990 en Nicaragua siguen la misma fórmula aplicada a otros países latinoamericanos en los últimos diez años, aunque su impacto puede ser mayor. El plan neoliberal, exigido por el Banco Mundial y el FMI, administrado por USAID y promovido por actores locales, fue puesto en marcha con inusual rapidez. Por lo tanto, sus consecuencias han sido más drásticas para la mayoría de pequeñas empresas y negocios que no pueden competir con industrias de mayor tamaño o con productos importados que han empezado a inundar el mercado. Más aún, la red de seguridad de productos subsidiados en el marco del gobierno sandinista desapareció con tanta rapidez que incluso las industrias más pequeñas con

potencial competitivo no han podido sobrevivir por mucho tiempo. Sin duda, las negociaciones políticas del gobierno con grupos de oposición de miembros de la élite y con los sectores populares han modificado el curso del neoliberalismo en la Nicaragua postrevolucionaria. Las organizaciones de masa que siguen activas y los movimientos independientes han obtenido concesiones en las áreas de participación de los trabajadores, reducción de la represión y protección del sector estatal. Por varios años se entablaron negociaciones que condujeron a un contrato social conocido como la “concertación” (Spalding, 1994).

La única opción para muchos de aquéllos cuyos negocios han fracasado o cuyos trabajos en el sector público han sido eliminados, es buscar trabajo en el sector informal de manufactura a pequeña escala, el comercio o los servicios. Mi investigación en un barrio de Managua abarcó una mezcla de comerciantes de bajos ingresos, artesanos y personal de servicio, además de varios profesionales que trabajaban en diversas actividades. Entrevisté a algunos líderes del barrio y a personas de la clase media, pero me centré en los miembros de la comunidad de bajos ingresos que no ostentaban puestos de liderazgo. Las categorías de clase y género se traslapaban en numerosos casos de mujeres que tenían empleo informal, sin regulación ni protección, trabajaban en sus casas y ganaban un ingreso marginal. Muchas, incluyendo algunas que se acogieron al Plan de Reconversión Ocupacional, abrieron pequeñas ventas en su casa, pero hay una abundancia tal de pequeñas ventas que muy pocas son rentables. Numerosas mujeres me describieron las dificultades por las que atravesaban para poder alimentar a sus familias y cubrir otros gastos. Me contaron cómo tenían que “estirar, estirar y estirar” sus ingresos y de su lucha “por sobrevivir”.

En situaciones de escasez de empleos en el sector formal y a falta de centros de cuidado infantil, el trabajo informal en sus hogares permite que las mujeres integren el cuidado del hogar y las responsabilidades económicas, una ventaja a pesar de los bajos ingresos. Cabe señalar que estas mujeres también

tienen un pie en la esfera doméstica y otro en el ámbito público, ya que literalmente ocupan el umbral de la puerta de entrada a sus casas. Sin embargo, según la analista nicaragüense Paola Pérez Alemán (1992), puede ser que esta práctica de género sea impuesta por los cambios en el Código del Trabajo, pues “institucionaliza las diferencias entre las esferas pública y privada, y más importante aún, asigna papeles específicos a cada sexo”.

En 1992, la reforma de los códigos penal, civil y laboral introdujo medidas que contradecían la Constitución nicaragüense aprobada por el gobierno sandinista en 1987. El nuevo código penal reafirma el importante papel que tienen las mujeres en el hogar y la crianza de los hijos. Si bien la violación se ha vuelto un crimen público, la ley obliga a las mujeres embarazadas como resultado de una violación a llevar a término su embarazo. La ley también prohíbe las relaciones sexuales que no sean heterosexuales, niega así los derechos humanos de los homosexuales y lesbianas, además de imponer una sexualidad normativa. Hay fuerzas en juego que tratan de limitar la participación de las mujeres y de las minorías sexuales en la vida pública, aunque el resultado no esté claro, ya que estos grupos se resisten y demandan mayor inclusión en los espacios sociales.

Espacios y movimientos sociales

En los años posteriores a las elecciones de 1990, surgió un movimiento feminista autónomo en Nicaragua. Como lo describió una activista después de la derrota electoral “AMNLAE sufrió una crisis, pero el movimiento se diversificó cuando empezaron a cobrar fuerza las diferentes tendencias e ideas que no se ajustaban a la organización” (Alemán y Miranda, 1993:23). Cuando AMNLAE no cumplió con el acuerdo de renovar y democratizar el movimiento de mujeres, un grupo de feministas se separó para establecer un movimiento más diverso e independiente. Esa decisión se dio a conocer con la celebración del Festival del 52% (porcentaje de mujeres

entre la población) que se llevó a cabo en conmemoración del Día Internacional de la Mujer en marzo de 1991, como una alternativa a la participación en el Congreso Nacional de AMNLAE.

Cuando asistí a este festival de fin de semana, descubrí una animada reunión de representantes de centros y organizaciones de mujeres, asociaciones de artesanos y grupos de teatro y arte, entre otros. Estuvieron presentes muchas mujeres de Managua, pero también llegaron de todas partes del país para mostrar su trabajo y compartir información e ideas. Conocí a mujeres de dos de las cuatro cooperativas que mencioné anteriormente. El evento de tres días de duración generó gran expectativa y se llevó a cabo en el principal parque de ferias de la ciudad. Hoy se considera que fue un momento decisivo en la historia de la organización del movimiento feminista de Nicaragua. Las mujeres habían demarcado claramente su territorio y reivindicado un nuevo espacio social donde desarrollar un movimiento.



El ex presidente Daniel Ortega entre un grupo de mujeres líderes en el Congreso Nacional de AMNLAE.

La energía generada por el festival no terminó allí, sino que se tradujo en planes de realizar un encuentro nacional, anunciado para enero de 1992. La meta era traer a mujeres de todo el país, independientemente de su afiliación política, para que asistieran a tres días de talleres y discusiones. Las organizadoras esperaban a unas trescientas o cuatrocientas mujeres, pero se inscribieron más de ochocientas y se tuvo que trasladar la reunión al centro de convenciones más grande de Managua, lo cual envió una poderosa señal a la sociedad. El tema de la reunión fue “Unidad en la diversidad” y el evento se caracterizó por esta determinación de unirse a pesar de las diferencias. Algunas activistas y escritoras muy conocidas compartieron con mujeres del campo, algunas de las cuales nunca antes habían estado en Managua. Nos dividimos en seis grupos de trabajo, con los de mayor participación centrados en la economía y el medio ambiente, la sexualidad, y la violencia contra las mujeres. Los grupos de trabajo analizaron la situación que enfrentaban las mujeres y propusieron algunas acciones concretas. Al final del encuentro se establecieron redes para trabajar por tema. Estas redes han seguido forjando el movimiento de mujeres y contribuyendo a que éstas accedan a los espacios públicos, incluyendo los medios de comunicación.

Después de una década de práctica revolucionaria, no es sorprendente que estas mujeres hayan asumido una perspectiva histórica de su situación actual. Lograron determinar cuáles habían sido los problemas de la última década, incluso antes, y trataron de encontrar la relación entre muchos temas en apariencia dispares, ya sea que examinaran los efectos de la crisis económica en sus vidas o el aumento de las denuncias de violencia en su contra. Por ejemplo, en el grupo de trabajo sobre economía, las mujeres abordaron el costo psicológico de la crisis económica, en especial para mujeres y niños. En una sesión plenaria se hizo un llamado al grupo que analizaba la violencia en contra de las mujeres para que ampliara su noción de violencia e incluyera la tensión que experimentan las madres de los héroes y mártires de la revolución. Cuando se planteó

que la sexualidad es un aspecto de toda relación humana, las participantes del grupo sobre sexualidad debatieron qué tan amplia debía ser su definición de sexualidad.

En marzo de 1992, se realizó otro encuentro de mujeres, esta vez de toda Centroamérica, en Montelimar, un centro turístico de la costa del Pacífico, para preparar el Sexto Encuentro de Feministas de Latinoamérica y el Caribe que se celebraría en El Salvador en noviembre de 1993. Este encuentro, el más grande de su tipo que se organizaba por primera vez en Centroamérica, se caracterizó por el entusiasmo de las mujeres que comprendían su significado histórico. La fuerte presencia del feminismo en la región disiparía algunos supuestos muy arraigados, por ejemplo la imagen común que se tiene de Centroamérica como un lugar atrasado culturalmente (Babb, 1997b).

Las mujeres nicaragüenses, en representación de más de veinte asociaciones feministas y de las redes mencionadas anteriormente, formaron el Comité Nacional Feminista (CNF) en esta oportunidad. Empezaron a preparar el encuentro continental y una serie de proyectos locales. Organizaron las actividades del Día Internacional de la Mujer en 1993 con énfasis en los recientes reveses que han sufrido los derechos de las mujeres debido a la reciente revisión de los códigos penal, civil y laboral que el legislativo llevó a cabo de maneras muchas veces desfavorables para las mujeres. El 8 de marzo, la quema simbólica de estos códigos en una marcha y concentración expresó el rechazo de las mujeres a una legislación nacional que "legitima una sociedad discriminatoria y sexista, a pesar de la igualdad que dispone la Constitución Política" (Aleman, 1993:19).

En años recientes el movimiento de mujeres ha logrado avances y enfrentado problemas inherentes a su desarrollo. Las desavenencias sobre estrategia política provocaron la disolución de la CNF a mediados de los años noventa, pero se volvió a establecer durante el período de emergencia después del Huracán Mitch. A diferencia de los esfuerzos iniciales para desarrollar una agenda feminista nacional, la mayoría



Participantes en el Encuentro Nacional de Mujeres "Unidad en la diversidad" celebrado en Managua.

de actividades ahora tienen lugar en el seno de grupos más pequeños. Puntos de Encuentro, una ONG con buenas fuentes de financiamiento, ofrece un amplio espectro de investigación y activismo que abarca género, clase, raza y otras fuentes de desigualdad, mientras que Las Malinches (llamadas así en recuerdo de la indígena que fue intérprete de Cortés, conquistador de México) tiende a un enfoque vanguardista, intelectual y feminista, y desempeña un papel de liderazgo en la CNF y la coalición centroamericana de grupos feministas La Corriente. Las redes siguen siendo una parte vital en continua actividad del trabajo por la salud de las mujeres, los derechos reproductivos y la campaña contra la violencia.

No sólo el movimiento feminista sino también el movimiento gay y lésbico ha crecido y se ha apoderado del espacio social en los años posteriores a las elecciones (en efecto, hay una considerable superposición de movimientos, en los que se destaca el papel de las mujeres). Aunque se realizaron reuniones privadas durante los años de gobierno sandinista, el partido desalentó los esfuerzos de gays y

lesbianas por reclamar un espacio público. Esta imposición se mantuvo hasta 1991, cuando varios grupos organizaron y planearon la primera celebración pública del orgullo gay en Nicaragua. Una muestra representativa de la población de Managua acudió a una noche de celebraciones que incluyó cine, música, baile y un panel de discusión sobre las experiencias de los nicaragüenses que se identificaban como gay. Al año siguiente, la decisión del gobierno de reactivar una represiva ley de sodomía que prohibía las relaciones no heterosexuales provocó una acalorada discusión y debates durante varias semanas de eventos realizados en reconocimiento de la comunidad gay y lesbiana del país. En 1993 se planificó todo un mes de actividades, y las organizaciones gay y lésbicas siguieron creciendo. Estos grupos ganaron espacio público a través de varios centros dedicados a la salud, la sexualidad, la educación sobre el SIDA, y también de bares gay para socializar. La consigna escuchada con frecuencia: “Por una sexualidad libre de prejuicios” refleja el espíritu del movimiento. Hombres y mujeres hacían un llamado a fortalecer la igualdad de derechos y la libertad de expresión; vinculaban estos derechos a metas más amplias de liberación humana. Al igual que el activismo feminista, el de gays y lesbianas se ha expresado en años recientes por medio de grupos pequeños que abordan los temas de SIDA, homofobia y derechos humanos. Los investigadores que han venido documentando los cambios políticos en Nicaragua empiezan hasta ahora a tomar en cuenta estas tendencias recientes (Ferguson, 1991; Lancaster, 1992; Randall, 1992, 1993; Thayer, 1997)⁹.

Hacia una nueva cultura política

A la luz de los cambios culturales, políticos y económicos en Nicaragua, no sorprende que un mayor número de analistas trascienda de la aplicación estricta de modelos de economía política para abarcar también cuestiones culturales¹⁰. En 1996, con el país en plena campaña presidencial, muchos

nicaragüenses insistían en la urgencia de abordar cuestiones “culturales” como la resolución de conflictos en el norte del país, donde se habían organizado grupos armados de antiguos miembros de la Resistencia y campesinos sandinistas. Estos grupos presionaban al gobierno para que respondiera a sus demandas de tierra, democratización y ampliación de derechos a toda la población, antes de hacer efectivo cualquier nuevo modelo económico u orientación política. Aquéllos que durante mucho tiempo estuvieron comprometidos con la revolución sandinista hacían un llamado a construir una nueva “cultura” de paz y reconciliación. Como me dijo el historiador Alejandro Bendaña, ex asesor del gobierno sandinista: “El neoliberalismo fragmenta a la sociedad y la pregunta es cómo se reagrupa la gente para luchar” (entrevista 3 de julio de 1996). El señalaba casos de afirmación cultural, e indicaba que las batallas culturales de indígenas, ambientalistas y mujeres ofrecían opciones muy enriquecedoras. Atribuía a la experiencia nicaragüense de la revolución el haber hecho posible que algunos miembros de la sociedad adquirieran el nivel de conciencia necesario para contribuir a la democratización del país.

El interés por examinar aspectos de identidad nacional y cultural en un país tan profundamente dividido por razones de origen étnico (costa del Pacífico, costa del Atlántico), de clase, género, y orientación política, se puede observar en la actual proliferación de literatura sobre el tema. Algunos libros recientes con títulos como *Nosotros los nicaragüenses* (Solórzano, 1995) así como *Identidad y crisis* (Fundación Internacional “Rubén Darío”, 1995) indican un fuerte interés entre los nicaragüenses por la autorreflexión crítica. Asimismo, se publicaron las memorias de una conferencia sobre nacionalismo e identidad organizada por el Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (Kinloch, 1995). Su editora reflexiona sobre la identidad nicaragüense en un contexto de reconciliación democrática y desarrollo nacional. Critica la anterior noción de diversidad cultural según la cual ésta representa un obstáculo para la “modernización” y hace

un llamado a superar las diferencias mediante el diálogo. El economista marxista Peter Marchetti (1995), entre otros, se refiere a la identidad nacional como la cuestión clave de finales de siglo y muy probablemente de las próximas décadas. Marchetti argumenta que es fundamental para Nicaragua abordar los temas de identidad y desarrollo económico si desea satisfacer las necesidades de una población tan diversa como la que tiene el país.

Las recientes investigaciones antropológicas llevadas a cabo en Nicaragua analizan las economías políticas en proceso de transformación y los cambiantes significados e identidades culturales, con especial atención a género y sexualidad (Higgins y Coen, 1992; Lancaster, 1992; Field, 1999). Este enfoque parece reflejar tanto el paisaje transformado de la cultura y la política nicaragüense, como la tendencia entre los intelectuales a interpretaciones pluralistas de la historia y la sociedad. Varios escritores han observado que muchos de los que han sufridos los efectos más drásticos de las políticas recientes en Latinoamérica, por lo general están empezando a negociar los términos de una mayor participación en la sociedad a través de acciones colectivas (v.g. Escobar, 1992:83).

En Nicaragua, se hizo evidente el alto grado de relación entre acontecimientos aparentemente muy disímiles en los años noventa: la crisis económica, las contradicciones internas del gobierno de la UNO, las rupturas políticas en la izquierda, el giro ideológico a la derecha durante el gobierno de la Alianza Liberal de Alemán, por un lado, y el surgimiento de movimientos autónomos que demandaban espacio social, por el otro. Para explicar estos acontecimientos un tanto contradictorios a pesar de estar relacionados, debemos dirigir nuestra mirada a la coyuntura histórica después de las elecciones de 1990. En primer lugar, el hecho de que los sandinistas perdieran las elecciones trajo consigo no sólo una abrupta transición política, sino también un período de mayor reflexión en el FSLN. Forzado a reconocer los errores pasados de un liderazgo verticalista, el partido tuvo

que abrirse a formas de organización más independiente. En segundo lugar, es posible que los nicaragüenses estuvieran buscando no sólo una vida nueva, sino también nuevas formas de aprehender la vida propia precisamente en el contexto de tiempos en extremo difíciles. Los grupos subalternos han resistido la ideología conservadora del gobierno y encontrado oportunidades para la expresión colectiva de su identidad al anteponer género, sexualidad, raza y clase como elementos clave en una nueva agenda política de oposición.

Sin embargo, no todos los activistas nicaragüenses estarían de acuerdo con el peso que se ha dado a los temas de género y poder. Las mujeres que participan activamente en el FSLN por medio de AMNLAE y las organizaciones sectoriales desestiman a veces estas cuestiones por considerarlas irrelevantes tanto para las mujeres campesinas como para las vendedoras de los mercados (Quandt, 1993:13). Rita Fletes, presidenta de la Asociación de Pequeños Comerciantes de los Mercados de Nicaragua, ex vicecoordinadora de AMNLAE y la segunda mujer en la lista para diputados del FSLN por Managua, estuvo entre quienes anteriormente criticaban el feminismo. No obstante, cuando hablé con ella en 1996, tenía una opinión distinta. Hace algunos años, pensaba que las feministas tenían muy poco que ofrecer a las mujeres de las clases populares cuyas principales preocupaciones eran sus familias y su trabajo, pero ahora cree que los grupos que han surgido desde 1990 hacen una contribución importante a estas mujeres. Fletes señaló incluso que es necesario respetar la diversidad y que una coalición de mujeres de todos los partidos políticos podría promover los intereses de las mujeres de diferentes clases (entrevista con Rita Fletes, 8 de julio de 1996). Este cambio de mentalidad respecto de la compleja relación entre género y clase se ha hecho evidente después del período sandinista.

Obviamente los debates sobre la relevancia del feminismo para las mujeres de distinta procedencia social y económica son tan bien conocidos en Nicaragua como en otras partes. Cabe señalar que en los últimos años los diferentes grupos de

mujeres nicaragüenses, no sólo de la clase media privilegiada, han hecho un llamado para terminar con la violencia doméstica y las desigualdades de género en el hogar y en el trabajo, además de acatar las leyes. Los concurridos talleres que han tratado estos temas en los centros de mujeres de los vecindarios de Managua son prueba del gran interés que existe. Es más, la necesidad, muy sentida por cierto, de coordinar el trabajo sobre los “temas de mujeres” en un contexto feminista inspiró la organización del Comité Nacional Feminista (CNF) en 1992. No obstante, éste se disolvió dos años después cuando las diferencias de clase y los desacuerdos sobre las prácticas feministas provocaron una división (por esa misma época el FSLN se separaba en dos tendencias).

Algunos de los grupos que estaban antes en el CNF, en particular aquéllos que estaban vinculados más de cerca a los sectores populares, organizaron más adelante una nueva alianza feminista (*Barricada Internacional*, 1995: 17-24). La crisis originada por el Huracán Mitch llevó a algunos grupos a regresar al CNF, salvo al menos una importante ONG feminista, Puntos de Encuentro, que decidió mantenerse aparte. En vista de las recientes divisiones, sería razonable preguntarse si los nicaragüenses que sufren las consecuencias económicas y políticas más duras, y los más activos en los movimientos sociales, no son en esencia dos grandes grupos marcados por diferencias de clase. Hasta cierto punto parecen ser distintos, con intelectuales y personas de clase media en papeles clave en los movimientos emergentes, en tanto que las personas más pobres no disponen de mucho tiempo ni tienen esperanza suficiente para ser políticamente activos. No obstante, las nicaragüenses de clase trabajadora y de los sectores populares participan en diferentes actividades y ocupan posiciones de liderazgo en varios centros de mujeres. Mi investigación ofrece otros ejemplos de participación entre mujeres de origen popular en los movimientos sociales, incluyendo las socias de dos cooperativas de Managua a quienes conocí por primera vez en el Festival del 52%. Asimismo, a los encuentros asistieron trabajadores urbanos

y rurales; artesanos y mercaderas participaron en los talleres sobre violencia doméstica; mujeres de cooperativas se unieron a las comunidades feministas y gay cuando se movilizaron para manifestarse contra la ley que penaliza la sodomía; y las mujeres de una cooperativa de costura que demostraron espíritu empresarial y solidaridad cuando diseñaron camisetas para protestar por la celebración del quinto centenario de la conquista española de Latinoamérica. Por último, las marchas del Día Internacional de las Mujeres y las redes feministas han atraído a mujeres de distinta proveniencia social.

Con esto, vuelvo al punto mencionado anteriormente: no quiero establecer una nueva dicotomía según la cual las actividades políticas “cuentan” más en algunos campos que en otros. Como varios otros autores han señalado respecto a Latinoamérica en general, las mujeres hacen política y construyen nuevas identidades en múltiples sitios, desde la familia y el hogar hasta los lugares de trabajo y las calles (Westwood y Radcliffe, 1993:20). En Nicaragua, las luchas actuales por el espacio son al mismo tiempo negociaciones políticas, sociales y discursivas por los recursos materiales y los significados culturales; estas luchas no tienen formas ni lugares fijos. Las mujeres trabajadoras de las cooperativas urbanas defienden sus espacios de trabajo para poder ganarse la vida, mientras las activistas feministas se apoderan del centro de convenciones más grande de Managua para celebrar una asamblea nacional. He planteado que estos fenómenos están relacionados entre sí; de hecho, surgen de las mismas condiciones y hay indicios de que los movimientos de carácter más cultural le infunden nueva vida a la lucha permanente por la justicia social y económica.

Desde 1990 existen indicadores claros en Nicaragua de que las mujeres y otros grupos subalternos utilizan métodos perfeccionados durante más de una década de actividad revolucionaria en negociaciones colectivas por el espacio político y social. En el entorno de la Nicaragua de fines de siglo, a pesar de una economía e ideología nacional represivas, se formaban nuevas coordinaciones y alianzas

que prometían – tal como lo han expresado las feministas – la construcción de una nueva forma de hacer política y una nueva cultura política. Sin subestimar el contexto de desesperación económica, del giro político hacia la derecha de los gobiernos neoliberales y de la campaña ideológica por los valores familiares y tradicionales que retratan a las mujeres trabajadoras y activistas como “desnaturalizadas”, todavía existen razones para creer que los movimientos sociales emergentes en el país se basarán en nuevas interpretaciones y significados culturales para penetrar los espacios sociales que hasta ahora empiezan a abrirse.

- 1 Muchos investigadores han escrito sobre la Revolución Nicaragüense y la transformación social que realizó el gobierno sandinista (v.g., Booth, 1985; Walker, 1986; Spalding, 1987). Véase Padilla, Murguialday y Criquillon, 1987; Collinson, 1990; y Randall, 1994 para un debate sobre el papel de la mujer en estos procesos.
- 2 Los sandinistas establecieron organizaciones de base que llegaron a estar integradas por casi la mitad de la población adulta. Se organizaron por sectores, incluyendo los Comités de Defensa Sandinista (CDS), la Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza (AMNLAE), la Juventud Sandinista (JS), la Asociación de Trabajadores del Campo (ATC), la Central Sandinista de Trabajadores (CST) y la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG) (Walker, 1986:107).
- 3 En el capítulo 5 me ocupo más a fondo del impacto de género de los ajustes estructurales en Nicaragua. Elson, 1991 y Benería y Feldman, 1992 ofrecen evaluaciones feministas de las consecuencias de los ajustes estructurales para las mujeres en diferentes partes del mundo.
- 4 Sin embargo, tal como argumento en este capítulo, esta coincidencia de crisis económica y movimientos sociales emergentes nos sorprende menos cuando consideramos el desarrollo tan difundido que tuvo el feminismo en Latinoamérica durante la “década perdida” de los ochenta. (Sternbach *et al.*, 1992). Véase también Quandt (1993), que ha escrito sobre el surgimiento de las organizaciones populares en Nicaragua después de las elecciones de 1990.
- 5 Abordo esta cuestión de las esferas pública y privada y el trabajo productivo y reproductivo en Babb, 1986.
- 6 Véase Fisher, 1993; Radcliffe y Westwood, 1993; Mujica, 1994 para un debate sobre estas luchas colectivas entre mujeres latinoamericanas.
- 7 Véase Kampwirth, 1996b para una discusión sobre la política maternal de Violeta Chamorro y el programa de género de la UNO. Ambas campañas electorales estuvieron profundamente condicionadas por cuestiones de género, con “Daniel” representado como un gallo con navajas puestas, listo para dar la pelea y “Doña Violeta”, simbólicamente vestida de blanco, con los brazos extendidos, como la imagen de la Santa Madre. Estas imágenes contribuyeron a la brecha de género que se observó en la votación. Las mujeres pueden haber estado más dispuestas que los hombres a respaldar a la candidata que personificaba la esperanza de poner fin a la guerra y a las penurias económicas. También Lancaster (1992: 290-93) comenta sobre la dimensión de género en las elecciones de 1990 y su influencia en los resultados. Este autor advierte en particular la respuesta de las mujeres al machismo desenfrenado de Daniel Ortega y la imagen maternal y conciliadora de Chamorro. Es interesante señalar que una encuesta realizada en 1999, tres años después de que Violeta Chamorro dejara la presidencia, determinó que era la figura política más popular del país (Grant Gallup, comunicación personal).

- 8 Aquí he pasado de un debate sobre el postmodernismo como forma de análisis a un examen de la posmodernidad como un conjunto objetivo de condiciones históricas. Como se señala en la nota 13 del capítulo 1, algunas personas podrían cuestionar la idea de ampliar el concepto de posmodernidad desarrollado en sociedades de consumo capitalista para incluir a una nación centroamericana que todavía no termina de integrarse a la "modernidad". En capítulos posteriores abordo en mayor detalle el desarrollo desigual de Nicaragua.
- 9 En el capítulo 8 analizo con mayor detalle el emergente movimiento gay y lésbico.
- 10 No quiero subestimar la importancia de la economía política en momentos en que los antropólogos postmodernos pasan por alto muchas veces la contribución teórica del marxismo; véase di Leonardo (1993) para un útil análisis del significado de la economía política en la antropología feminista y postmoderna. Álvarez, Dagnino y Escobar (1998) ofrecen, asimismo, un amplio vistazo a la cultura política en Latinoamérica, que se basa en el marxismo, el feminismo y el postmodernismo.

Capítulo 3

“Managua es Nicaragua”

Género, memoria y política cultural

A menudo se dice que Estados Unidos se interesa por Latinoamérica sólo cuando hay una revolución o un desastre natural¹. Nicaragua ha pasado por estas dos experiencias en su historia reciente, las que tuvieron un impacto considerable en Managua, su ciudad capital. La Revolución Sandinista trajo consigo un proceso de transformación social progresista y gradual en este pequeño país centroamericano, mientras que en las últimas décadas los terremotos, erupciones volcánicas y huracanes han ocasionado una destrucción incalculable en Nicaragua y los países vecinos. El terremoto de 1972 destruyó casi toda Managua y la dejó como tierra baldía. En 1988, el Huracán Joan pasó por la Costa del Caribe, mientras que diez años después el Huracán Mitch concentró su destrucción en la zona noroeste. Aun así, la capital fue la que sintió los efectos del desastre más reciente porque el costo de los alimentos y otros productos siguió aumentando a consecuencia del daño que sufrieron los cultivos y debido a que muchas personas perdieron sus casas y se quedaron sin tierras productivas, razón por la cual tuvieron que emigrar a la ciudad en busca

de refugio y sustento. La recuperación nacional ha sido muy lenta y, como siempre, las mujeres y los pobres son quienes han tenido que cargar con la enorme responsabilidad de cuidar a sus familias en condiciones por demás precarias.

Los nicaragüenses han sufrido más durante estos desastres naturales cuando los gobiernos no han podido responder adecuadamente a las condiciones de crisis. La falta de respuesta adecuada de parte de los gobiernos de turno ha exacerbado el sufrimiento de los nicaragüenses cuando han ocurrido estos desastres naturales. La pobreza profundamente arraigada y una gestión deliberadamente mala han hecho que la recuperación económica sea casi un imposible bajo la actual presidencia de Arnoldo Alemán, como lo fue durante la dictadura de Somoza que precedió al gobierno revolucionario. Las políticas neoliberales de ajuste estructural impuestas por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial ya habían recortado drásticamente el gasto social, con efectos adversos ante todo en los ámbitos de la educación, la salud y la infraestructura. La mayoría de los afectados enfrenta hoy día dificultades difíciles de soportar por el desmantelamiento de la red de seguridad. Alemán estableció su reputación política con proyectos para modernizar la ciudad capital cuando fue alcalde de Managua a inicios de los años noventa. No obstante su retórica populista, centró su atención en los intereses de la elite. Sus aliados más fuertes eran exilados que volvían de Miami y miembros de la jerarquía conservadora de la Iglesia católica. En 1996, después de su elección como presidente, Alemán aplicó el mismo modelo de desarrollo neoliberal en todo el país, aunque siempre dándole prioridad a la capital en detrimento de a las áreas rurales.

Por cierto, aquí cabe señalar que Managua no es Nicaragua. Tomé el título de este capítulo de un informe preparado en 1984 por el Centro de Investigación y Estudios de Reforma Agraria (CIERA). “Managua es Nicaragua” hace referencia a la ciudad como una ventana a través de la cual se puede observar la larga historia del desarrollo y subdesarrollo nacional. Durante la década sandinista, se realizaron esfuerzos

por lograr la transformación social y económica, que estaban dirigidos en muchos casos a las áreas rurales; sin embargo, se vieron obstaculizados por los intereses urbanos. La relación de Managua con el resto del país era vista como de fundamental importancia, entre otras razones por su papel de intermediación entre Nicaragua y el mundo. La ciudad, que ha crecido rápidamente, ha tenido una presencia prominente y a veces dominante a consecuencia del fracaso del capitalismo agrario del siglo XX en modernizar Nicaragua. Como señala el informe del CIERA: “En este doble sentido (como expresión del pasado y determinante del futuro), Managua es Nicaragua” (1984:3)².

No obstante, la opinión generalizada de que la relación de Managua con el resto de Nicaragua ha sido perjudicial y ha obstaculizado el desarrollo nacional, debe ser contrarrestada con una perspectiva más equilibrada. La urbanización acelerada ha causado gran preocupación porque quienes dejan el campo por la ciudad terminan viviendo en asentamientos visibles, aunque no oficialmente reconocidos, y trabajan en el sector informal de la economía, lo cual contribuye a la noción de que los habitantes de la ciudad son parásitos de la economía y la sociedad nacionales. La pérdida de mano de obra en el sector rural era ya fuente de gran preocupación durante el gobierno sandinista. Se intentó controlar la migración y aumentar la producción nacional del café, algodón, maíz y frijoles a través de la reforma agraria; sin embargo, algunas políticas del gobierno revolucionario, por ejemplo los subsidios a los precios de los alimentos, diseñadas para beneficiar a los consumidores, tuvieron efectos no deseados, como reducir la producción rural y más bien atraer a los campesinos a la ciudad. Aunque Managua ha protagonizado un papel fundamental en la geografía política y económica del país, sería un error considerar que la ciudad es causante de los recientes problemas estructurales del desarrollo (Massey 1987).

Las ciudades han sido muchas veces blanco de críticas en las que se les acusa de sangrar las economías e incluso de ser despreciables centros de corrupción (Fincher y Jacobs, 1998; Holston, 1999). Managua se ganó la reputación de ser el patio

de recreo de una pequeña elite durante la dictadura de Somoza, pero los sandinistas hicieron grandes esfuerzos por redistribuir los recursos y modificar las desigualdades históricas. En la actualidad, una pequeña pero creciente elite vuelve a ser favorecida por un gobierno muy dispuesto a reducir el sector estatal y promover la economía de mercado. Managua se ha venido rehaciendo para responder a las necesidades de consumo y los deseos de la clase pudiente, mientras que la mayoría de sus habitantes lucha por conseguir el sustento para ellos y sus familias por medio de empleos productivos aunque marginales³. Al final, el gobierno tendrá la responsabilidad de haber profundizado los problemas sociales y las desigualdades económicas que son más dolorosamente evidentes en la ciudad.

Después de describir el rostro cambiante de la ciudad de Managua, este capítulo examina cómo el neoliberalismo ha alterado el paisaje urbano con matices de género, clase y poder. Aun así, quisiera señalar algunos esfuerzos recientes para concebir una nueva cultura política urbana atenta a cuestiones de género y poder, y que han surgido como respuesta a la reestructuración económica y social de la Nicaragua postsandinista globalizada. La respuesta que propongo para los interrogantes que plantea la antropología urbana, según la formulara Richard Fox hace casi treinta años, parte de que Managua es a la vez objeto de estudio y contexto de mi investigación, y tiene presente la relación histórica de esta ciudad con el resto del país y el mundo. En un ensayo de fundamental importancia, Fox (1972:205) escribió: “En gran parte de la antropología urbana contemporánea, la ciudad aparece tan sólo como un ambiente difícil, incluso hostil, para las poblaciones empobrecidas, culturalmente distintas y sin historia”. Mi trabajo se suma al de otros antropólogos que han respondido a su llamado para adoptar una visión que trascienda del estudio de subgrupos de poblaciones urbanas, a menudo enajenadas o exóticas, para abarcar la ciudad misma como objeto de investigación fundamental.

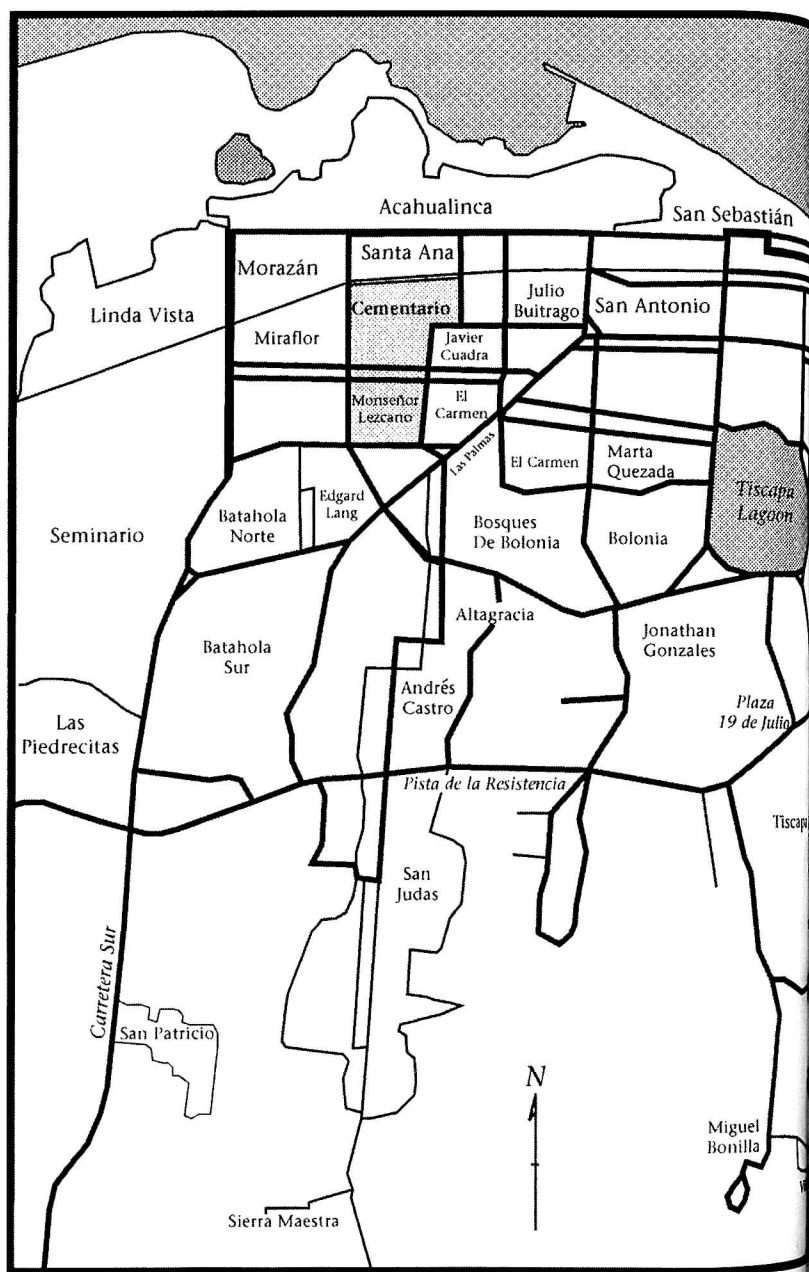


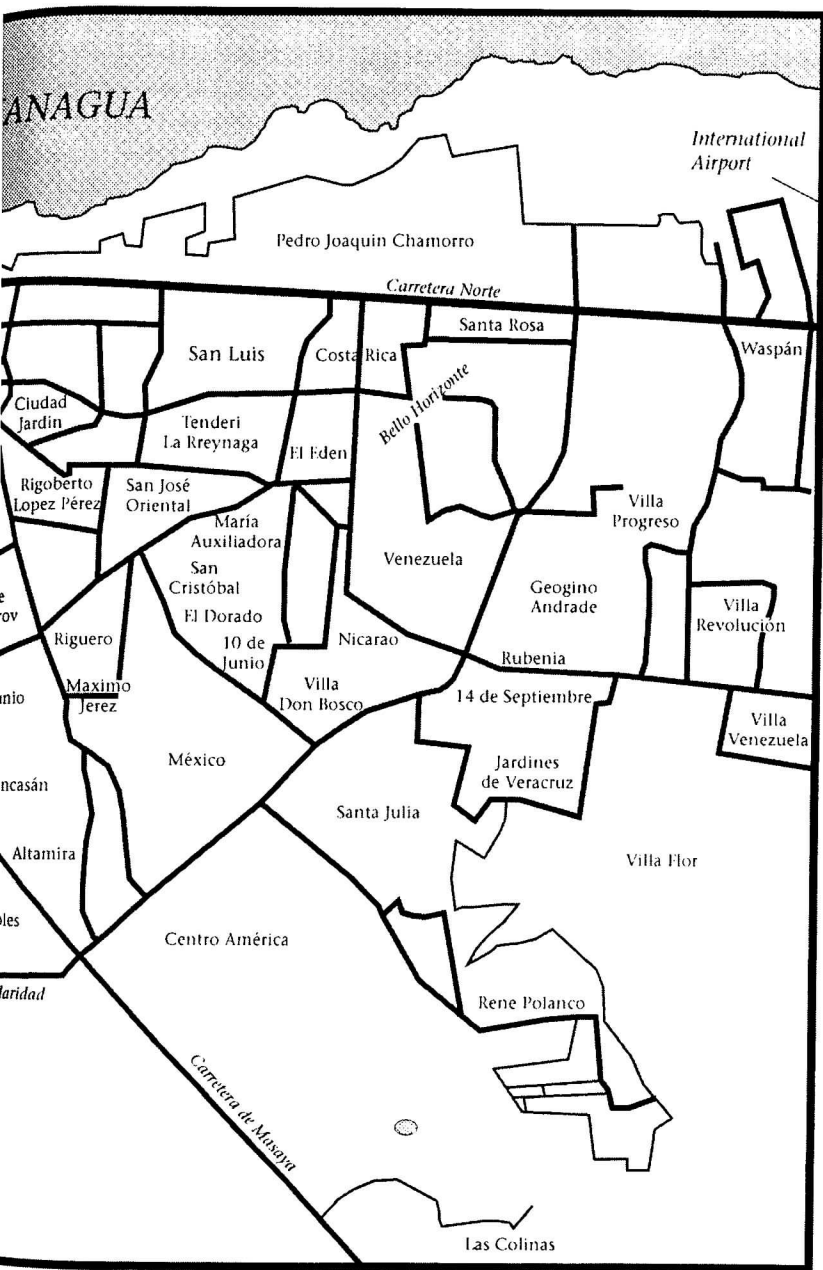
La silueta de Sandino mira hacia el antiguo Hotel Intercontinental Managua, dos íconos opuestos.

Una ciudad abandonada

En Los Antojitos, un conocido restaurante de Managua en la década de los ochenta y noventa, frente a donde fue el exclusivo Hotel Intercontinental, los visitantes podían apreciar fotografías panorámicas de la capital de Nicaragua antes que el terremoto alterara drásticamente el paisaje urbano⁴. El centro de la ciudad se caracterizaba por avenidas arboladas y edificios altos antes de que sufriera uno de los mayores desastres naturales del siglo XX en nuestro hemisferio. Cerca de la media noche del 23 de diciembre de 1972, el centro urbano se convirtió de un momento a otro en escombros y se desataron incendios. Se calcula que fallecieron entre diez y veinte mil personas de un total de cuatrocientos mil habitantes de la ciudad, y la mayoría de los sobrevivientes vio destruidas sus viviendas. El terremoto destruyó el 80% de las estructuras urbanas, incluyendo hospitales, escuelas y otras instituciones vitales (Gilbert 1988:1-2). Con Managua destruida, la ayuda internacional que llegó fue en esencia desperdiciada por el

Mapa de Managua y sus barrios (Monseñor Lezcano, del que trata el capítulo 4, está sombreado).





gobierno de Somoza. En vez de reconstruir la ciudad, los fondos de ayuda se utilizaron para enriquecer todavía más a la dictadura, y la limitada reconstrucción que se llevó a cabo fue monopolizada por los intereses económicos de su familia. Los nicaragüenses pobres tanto en las áreas urbanas como rurales se resintieron aún más al ver la situación del país y la respuesta tan despiadada a su infortunio.

Tres décadas después de que el terremoto la destruyera, la ciudad da la impresión de que le falta estructura, con espacios abiertos donde alguna vez hubo un centro urbano. Dos avenidas principales, llamadas por los sandinistas Pista de la Resistencia y Pista de la Solidaridad⁵, atraviesan barrios que se extienden en un gran semicírculo alrededor de las ruinas del antiguo centro. Otras calles irradian desde allí y se cruzan con las principales avenidas. Las principales arterias que entran y salen de la ciudad se llaman carretera Norte y carretera Sur, y son parte de la Carretera Panamericana. Ubicada en la zona del Pacífico, Managua está rodeada de famosos lagos y volcanes del país. El Lago Managua es su límite norte, con el volcán Momotombo como un impresionante telón de fondo. El clima tropical y caluroso de Managua se refresca cuando llegan las lluvias entre los meses de mayo y noviembre. Aunque está rodeada de lagos, en Managua escasea el agua y se toman precauciones para evitar su contaminación. Hasta hace muy poco, gran parte de la ciudad pasaba sin agua dos veces por semana; la mayoría pobre la almacena en barriles, cuando tiene agua potable, mientras que los más ricos tienen sus propios tanques y bombas de agua. Así como el agua, la electricidad también es escasa y poco confiable, con frecuentes cortes de luz, especialmente en los barrios pobres y de clase trabajadora. Para muchos habitantes de estos barrios los costos de los servicios públicos son prohibitivos, aún cuando estén disponibles.

Durante los años noventa, la población de Managua, que creció durante el gobierno sandinista como resultado de la migración ocasionada por la guerra civil y el crecimiento interno, aumentó a más de un millón de habitantes, es decir

una cuarta parte de la población nacional. Los asentamientos informales donde vive la mayoría de los recién llegados se extienden alrededor de la ciudad y carecen de servicios básicos. Sus habitantes hacen grandes esfuerzos por garantizar los títulos de propiedad de sus lotes para salvaguardarlos. Para los visitantes que no están acostumbrados, incluso los barrios más establecidos tienen una apariencia confusa, aunque sus calles están típicamente dispuestas en cuadras y manzanas, las que juntas forman los diferentes vecindarios. Los habitantes dan direcciones con relación al Lago Managua (norte), arriba (donde sale sol, este) o abajo (donde se pone el sol, oeste), y cuentan el número de manzanas desde hitos o puntos de referencia bien conocidos. A veces se refieren a lugares que ya no existen desde el terremoto (“donde fue el arbolito”) o que ya cerraron desde hace tiempo pero que todavía son recordados (“donde fue el cine León”), lo cual se convierte en un reto para los recién llegados.

Los sandinistas estaban decididos a poner los recursos básicos al alcance de la mayoría de la población nicaragüense y más tarde a defender la revolución. La remodelación urbana no era una prioridad, pero se hicieron esfuerzos por transformar las ciudades a través de la cultura popular cuya manifestación más dramática fueron los coloridos murales pintados en Managua y otros lugares. Se establecieron parques en honor a los héroes y mártires de la revolución, se bautizaron calles y plazas con nuevos nombres para conmemorar el triunfo, incluso a lugares importantes como el aeropuerto internacional se le dio el nombre del héroe nacional Augusto César Sandino. Sin embargo, las antiguas calles pavimentadas con los tradicionales adoquines hexagonales, que fueron utilizados para formar barricadas durante la insurrección, se quedaron sin reparar, por lo que abundaban los baches. En general, los nicaragüenses fueron pacientes durante esos años, cuando era más importante satisfacer las necesidades básicas que mejorar la infraestructura.

La presidencia de Violeta Chamorro, candidata de la coalición de la UNO, se distinguió por ser conciliatoria y hacer concesiones a la izquierda, al mismo tiempo que acogía el

neoliberalismo con brazos abiertos en Nicaragua. A principios de los años noventa el alcalde de Managua, Arnoldo Alemán, impulsó esta nueva política y se ganó la aprobación de una buena parte del electorado por llevar a cabo obras públicas en la ciudad. Se rellenaron los baches, se construyeron nuevas rotondas y se edificaron fuentes decorativas. Los así llamados Miami boys regresaron a Nicaragua para abrir nuevos restaurantes, supermercados bien abastecidos y otros establecimientos. Managua se vio invadida por vehículos de doble tracción que congestionaron aún más las calles, mientras que los vendedores (muchos de ellos mujeres y niños) se vieron obligados a trasladarse de algunas intersecciones muy transitadas en las que se construyeron rotondas y a concentrarse en las vías de entrada y salida de la ciudad.

Muchos de los murales emblemáticos del período revolucionario fueron sistemáticamente borrados y destruidos, despojando así a la ciudad de su única expresión de esperanza colorida y popular. Bajo las órdenes de Alemán, los trabajadores de la alcaldía se ensañaron contra el simbolismo popular de la revolución. A propósito de la pérdida de estos murales, un académico estadounidense se lamentaba:

En este momento ningún mural está a salvo, a pesar de la ley aprobada por el gobierno sandinista justo antes de entregar el poder, que declaraba como patrimonio histórico y, por lo tanto, intocables todos los murales y monumentos dedicados a los mártires. Los murales son el relato de una convulsión revolucionaria cuya memoria el nuevo gobierno quiere erradicar. (Kunzle 1995:13).

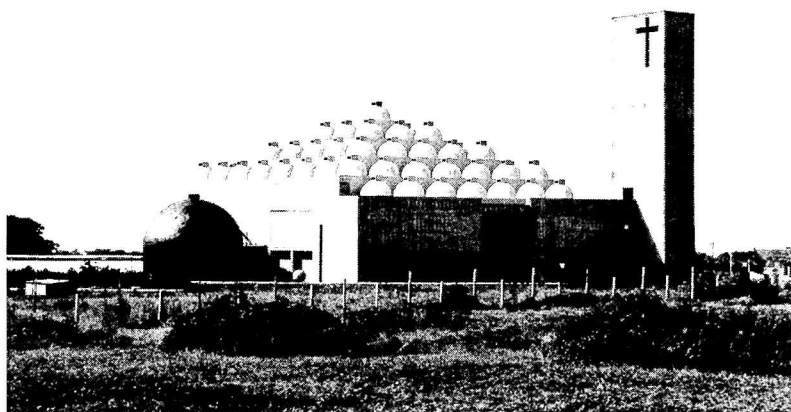
Apenas se instaló el gobierno de la UNO, se borraron otros símbolos de la fuerza que aún conservaba el Frente Sandinista: las gigantescas letras FSLN colocadas en una ladera que se veía desde Managua, se cambiaron a FIN (o sea, fin del sandinismo) para luego derribarlas por completo; algunos elementos de ultraderecha actuando por cuenta propia colocaron una bomba en el monumento que conmemoraba a

Carlos Fonseca, fundador y mártir del FSLN; los retratos de los héroes de la revolución fueron retirados de los ministerios y otros lugares públicos, y reemplazados por fotografías de la Presidenta Chamorro (Kunzle 1995:14). Por razones políticas, Alemán no logró retirar la imponente estatua de Sandino que domina el horizonte de Managua mientras fue alcalde, pero propuso la construcción de otro icono, una estatua monolítica de la Virgen María que pudiera erguirse como reproche a los restantes monumentos sandinistas. Sin embargo, este proyecto de \$5 millones no fue bien acogido por los residentes urbanos que pensaban que ese dinero debía invertirse en necesidades más urgentes, como viviendas para los ciudadanos sin hogar. Otro de los proyectos del alcalde, construir una gigantesca catedral con millones de dólares donados por Tom Monaghan, el heredero de Domino's Pizza, siguió adelante a pesar de las fuertes protestas de aquellos que veían en su construcción un esfuerzo apenas velado por imponer un mito nacional postsandinista y una afrenta a quienes se debatían en serias dificultades económicas. En contraste con la solidaridad de la religión popular y de las comunidades eclesiales de base (CEB) o grupos de laicos que predicaban el “evangelio social”, la jerarquía de la Iglesia católica, que apoyaba el proyecto, fue a todas luces insensible a la oposición generada por la construcción de la catedral (Linkogle, 1996:220-221).

En medio de esta controversia, grandes letreros proclamaban “¡Managua cambia: la alcaldía cumple!”. A pesar de que Alemán era conocido por su corrupción, muchos habitantes de Managua se dejaron llevar por la oferta clientelista de lealtad política a cambio de pequeñas mejoras o señales de acción, aun cuando el carismático alcalde no lograra eliminar la evidencia del continuo sufrimiento de la población pobre. Por toda Managua había anuncios del generoso financiamiento de la Agencia de EE UU para el Desarrollo Internacional (USAID) destinado a la construcción de plazas y parques. Las personas más observadoras también podían ver graffiti garabateado por aquellos que se sentían menos entusiasmados con los cambios cosméticos y el giro neoliberal del gobierno.

En una pared se leía el mensaje “ESAF = hambre”, en alusión al programa de ajuste estructural impuesto por el FMI. Así eran los contrastes cotidianos que uno podía apreciar en Managua en los años noventa.

La elección de Alemán como presidente de Nicaragua en 1996 no sorprendió a nadie, dado el éxito de su campaña de “limpieza” urbana y la fragmentación de la oposición sandinista. Si bien el gobierno de Violeta Chamorro intentó reducir los conflictos y cultivar el apoyo de los sandinistas al seguir un camino intermedio, la Alianza Liberal de Alemán representaba un giro más radical hacia la derecha. Los ajustes económicos y el conservadurismo político empeoraron cada vez más las condiciones de la mayoría de nicaragüenses. Se calculaba que un 60% de la población de Managua estaba desempleada o subempleada. Sin embargo, en esos tiempos de alianzas cambiantes se estableció un pacto infame entre Alemán, considerado por muchos como el más corrupto de los presidentes, y Daniel Ortega cuya reputación personal y política se vio muy afectada cuando su hijastra lo acusó públicamente de abuso sexual, lo cual arrojó dudas sobre su integridad moral⁶.



La nueva catedral de Managua.



Graffiti en el que se lee “ESAF = Hambre”.

El deseo neoliberal de atraer inversión extranjera y satisfacer los anhelos de la clase media se refleja dramáticamente en el rostro cambiante de la ciudad. El centro urbano, situado sobre la falla que causó el terremoto, había quedado vacío. No obstante, el proyecto de Alemán como alcalde fue construir una monstruosa catedral en puro concreto gris en otro lugar abandonado, con un techo compuesto por inmensas esferas que contrastan de manera perversa con la losa rectangular del campanario, su interior iluminado por una mezcla de colores brillantes, estridentes y disonantes. Como presidente, Alemán estaba decidido a establecer el centro de la ciudad junto a la catedral. Hoy en día, una gigantesca rotonda con fuentes y luces de colores se yergue como un monumento a la modernidad, junto al cual se construyó un centro comercial y un hotel de una cadena transnacional. El nuevo cambio de nombres que han sufrido las calles y lugares de la ciudad para borrar los recuerdos del pasado revolucionario, ha causado gran confusión: por ejemplo, un barrio al que se le había dado el nombre de un mártir sandinista se volvió a llamar Salvadorita, en honor a la madre de Anastasio Somoza, como antes de la revolución.

La gente se resiste a la desaparición de algunos nombres de lugares y usa el término “donde fue” para describirlos con los nombres asignados durante la década revolucionaria. Algunas ONG y clínicas de salud para mujeres todavía conservan su identidad opositora al crear nuevos murales en sus centros, pero la cultura popular urbana ha sido eclipsada⁷.

Neoliberalismo y paisaje urbano: género, clase y poder

En la actualidad Nicaragua enfrenta el dilema de otros países latinoamericanos que siguen el modelo de desarrollo neoliberal. Como se ha expresado en un reciente artículo del centro de investigación Nitlapán (Envío 1998a:5): “El dilema es éste: o Nicaragua resuelve su problema de pobreza mediante la construcción de la democracia e instituciones que se respeten, o el autoritarismo antidemocrático la arrastrará al pozo sin fondo de la miseria, el atraso y la descomposición social”. Durante la época sandinista, el país ya experimentaba grandes dificultades porque la guerra se prolongó y la economía planificada por el Estado dependía en gran medida de subsidios para apuntalar la producción nacional. En 1990, el gobierno de la UNO introdujo medidas de ajuste estructural y una economía de mercado basada en la producción para la exportación y recortes en el gasto social. En esa época, el gobierno de Chamorro insistía en que a pesar de lo “doloroso” del ajuste, el país “mejorará y pronto estará bien” (Ibíd.: 7). El gobierno del Partido Liberal de Alemán continuó con la misma política, aunque más despiadadamente, y la pobreza se profundizó.

¿Qué ha significado el neoliberalismo para Managua y cómo se manifiestan las diferencias de género y clase en el contexto urbano actual? Después de las elecciones de 1990, los recortes de empleados en el sector público afectaron sobre todo a los sandinistas, a las mujeres en particular. El clima político conservador ha ejercido presión en las mujeres para que dejen sus trabajos en el sector formal y vuelvan a sus hogares, aun cuando la mayoría tiene que proveer el sustento de sus familias.

Muchos empleados del Estado en Managua se acogieron al plan de gobierno, aceptaron su liquidación y empezaron a vender productos en sus casas de manera informal. Por lo tanto, un resultado de la política económica liberal es que más mujeres se retiraron de la fuerza laboral remunerada y ahora buscan fuentes de ingresos en el sector informal. Lo irónico es que el crecimiento del sector informal se considera un problema nacional y no una estrategia de supervivencia para las personas que no tienen otra alternativa.

La ausencia de mujeres en el sector estatal refleja la disminución de la presencia femenina en la cultura pública. Durante el gobierno sandinista se promovió la organización activa de las mujeres en cooperativas urbanas, pero la preferencia neoliberal por los grandes intereses económicos y las industrias de exportación tuvo un precio muy alto para estas pequeñas y medianas industrias, que por lo general emplean a unos diez trabajadores. Aunque algunas cooperativas se convirtieron en microempresas, que son más compatibles con la economía de mercado, muchas otras han fracasado. De las cuatro cooperativas que tenían un gran número de socias y a las que di seguimiento a lo largo de los años noventa, dos cerraron: la cooperativa de las panaderas, que dejó en el aire a las panaderías que atendía, y el grupo de soldadoras que se desintegró por falta de trabajo y por los "celos de los maridos" que se oponían a que sus esposas trabajaran. Las artesanas, que percibían cada vez más a su cooperativa como una "pieza de museo" dentro de la economía de mercado, buscaron una nueva identidad como asociación de productoras independientes que trabajan bajo el mismo techo. Y por último, la cooperativa de las costureras, que cosían en sus casas, vendían sus prendas de vestir y se reunían en un mismo lugar, perdió su contrato de arrendamiento y siguió como cooperativa sólo de nombre, por pura lealtad. Cuando regresé a Nicaragua después de una ausencia de seis meses y busqué a las mujeres en su tienda cerca del vasto Mercado Oriental, encontré que el lugar simplemente había desaparecido. La vieja fachada ya no existía porque la había absorbido el negocio vecino.

La eliminación de los espacios de las mujeres en la ciudad se volvió cada vez más común cuando empezaron a disminuir las oportunidades de participación en la economía. Conforme disminuyó la cantidad de mujeres en el sector formal, aumentó su presencia, aunque a menudo oculta, en los negocios informales, incluso mendigando que sí es una actividad pública. La prostitución de mujeres y niñas adolescentes ha ido en aumento en la última década. No es raro ver a mujeres jóvenes caminando en las inmediaciones del Hotel Intercontinental tarde en la noche y al medio día en las calles cercanas a la oficina principal de correos. Una joven madre que conocí durante un tiempo (y a quien me refiero en el próximo capítulo) parecía estar vestida para este tipo de trabajo cuando la encontré durante una visita reciente, pero no me atreví a preguntarle directamente. Ella me dijo que planchaba ropa y hacía la limpieza en la casa de un vecino varias veces a la semana, pero que casi no le alcanzaba para mantener a su familia. Entretanto, es cada vez más común el uso de drogas entre hombres y jóvenes, muchos de los cuales caminan por las calles en pandillas. En los barrios no cesa el aumento del crimen, lo que ha hecho que la ciudad sea cada vez más peligrosa tanto para mujeres como para hombres⁸. En Managua, conforme las condiciones producidas por el neoliberalismo han ido eliminando las opciones de trabajo, la vida se ha vuelto más difícil⁹.

En una ciudad donde las mujeres mantienen casi la mitad de los hogares, hay marcadas diferencias de género en las responsabilidades familiares. Los costos de educación y salud están fuera del alcance de muchos, debido a las privatizaciones y a los recortes del gasto social. El resultado es que las mujeres enfrentan crecientes exigencias en sus hogares, en la medida que se ven obligadas a compensar la falta de apoyo estatal. Se invocan valores familiares tradicionales para justificar la necesidad de servicios privados ofrecidos por mujeres, quienes se encuentran cada vez más alejadas de la cultura pública dominante. Los nuevos textos escolares para primaria producidos con fondos de USAID y que fueron presentados

durante el primer año de gobierno de la UNO, fomentaban el matrimonio legal y se oponían al aborto, e ilustraban sus páginas con imágenes de madres cuidando a sus familias mientras los padres trabajaban. Al año siguiente, el Plan de Reconversión Ocupacional del gobierno recortó el empleo en el sector público y alentó la proliferación de pequeños negocios familiares, con efectos desproporcionados en las mujeres trabajadoras, muchas de las cuales pusieron pequeñas ventas en sus casas. Ha vuelto a Managua la tradicional dicotomía latinoamericana entre casa y calle, mediante la cual las mujeres respetables deben permanecer en la esfera privada en tanto los hombres se mueven libremente en la esfera pública¹⁰. En el contexto actual de creciente crimen y violencia en la ciudad, hasta las familias de modestos recursos instalan rejas de hierro en sus ventanas y puertas, y las mujeres se encierran en sus casas para protegerse. Según informes recientes, la violencia doméstica es desafortunadamente tan común en el país que una de cada tres mujeres se ve afectada, de manera que a menudo ni el hogar es un refugio seguro para las mujeres¹¹.

Como han señalado otros investigadores de la realidad latinoamericana (por Ej. Radcliffe y Westwood 1996:134-40), es común que los discursos sobre democracia y nación tengan en cuenta las diferencias de género y que las demandas de ciudadanía sean distintas para mujeres y hombres. Los movimientos sociales y las convulsiones políticas han sentado a menudo las bases para la renegociación de las identidades sexuales y de género, las que varían según la raza y las diferencias de clase, conforme se constituyen las identidades nacionales. Así fue que la Revolución Sandinista incorporó a las mujeres como militantes y madres de héroes y mártires, y más tarde eligió a mujeres para ocupar el 30% de los cargos en el FSLN. Esto les dio a las mujeres mayor acceso a la esfera pública, pero no llegó a transformar las relaciones de género en la familia y la sociedad. La ideología conservadora de la UNO en materia de género reforzó los valores tradicionales de la familia, aunque contradictoriamente en una situación que depende de que muchas mujeres busquen trabajo fuera de sus

hogares. Aunque Violeta Chamorro representaba a una mujer muy comprometida con la familia como esposa (es viuda del mártir Pedro Joaquín Chamorro) y madre, y por último como figura materna cuando fue presidente, nunca fue más evidente la incapacidad de la mayoría de mujeres nicaragüenses de ajustarse al ideal de quedarse en casa con la familia. Es más, muchas mujeres se resisten activamente a ese ideal después de una década de movilización social durante el gobierno sandinista y con el apoyo adicional de un creciente movimiento feminista.

Cultura política: un terreno cambiante

En los últimos años, el neoliberalismo y la globalización han traído consigo notables cambios físicos en Managua, acompañados de cambios todavía más profundos en la economía política nacional y en las relaciones de género y clase. El acceso diferenciado al espacio y al lugar se vuelve más pronunciado conforme la ciudad desarrolla áreas que están en esencia vedadas para las mujeres y la gente de bajos ingresos. Es cada vez más difícil encontrar empleo, los vendedores ambulantes no pueden vender en las rotondas, los supermercados modernos ofrecen bienes de lujo que sólo los ricos pueden adquirir y los restaurantes y centros de entretenimiento atienden a la élite. Más aún, como escribe David Kunzle sobre la última administración:

¿Cómo se imagina el gobierno de la UNO el ambiente visual de una Nicaragua “rescatada” de la “tiranía” sandinista? ¿Qué nueva política artística se ofrece ahora? Una de tipo comercial tristemente familiar y degradada en lo estético. Ahora el modelo es Miami, la verdadera capital cultural de Nicaragua. Todos los antiguos carteles revolucionarios y de servicio público han desaparecido, tragados por una jungla de propaganda comercial que en Managua brota por todas partes – incluso obstruyendo la vista de bellos paisajes de la ciudad – a medida que una fachada de inversiones menores

incentivadas por los Estados Unidos encubre una pobreza generalizada y cada vez más profunda. (1995: 24)

Esta cita se puede ilustrar hoy en día con la gala inaugural de un restaurante de McDonald's durante la presidencia de Arnoldo Alemán, (comunicación personal de Grant Gallup, 1998). Ubicado en la nueva rotonda "El Güegüense", rodeado de figuras de hombres indígenas en taparrabos, el restaurante de hamburguesas fue inaugurado con bombos y platillos. El magno evento estuvo muy concurrido por distinguidos personajes como Enrique Bolaños, vicepresidente de Nicaragua, y Ronald McDonald, cuya llegada hizo que el aeropuerto internacional fuera cerrado brevemente a los demás viajeros. Lo irónico es que el vicepresidente de Nicaragua anunció que con la inauguración de esta franquicia "Nicaragua se quita su taparrabos", una referencia francamente racista (y sexista) a la población indígena del país, su cultura y su propia cocina, como el baho (un plato tradicional del campo que se ha vuelto muy popular en la ciudad).



El restaurante McDonald's queda a la par de la recién construida Rotonda El Güegüense en Plaza España.

En el centro comercial Metrocentro ubicado en la nueva Zona Rosa, nombre epónimo tomado de la ciudad de México, se vende ropa de las marcas Perry Ellis y Calvin Klein, y abundan tiendas como Benetton, Guess, Levi's y Gap. En el mall hay un quiosco donde se sirve café expreso y capuchino. Cuando visité el centro comercial había poca gente y de hecho muy pocas mujeres nicaragüenses que conozco podrían siquiera soñar con pagar los precios que cobran las tiendas. Menos de un mes después del paso del devastador Huracán Mitch, un diario nicaragüense proclamaba:

Para hablar de crecimiento económico tiene que haber una prueba palpable que demuestre que las condiciones económicas de una sociedad han mejorado. Y en Nicaragua, la gran inauguración del Centro Comercial Metrocentro lo comprueba ... La instalación de famosas franquicias internacionales apoya esa hipótesis ... Construcciones como ésta mitigan los efectos causados por el devastador poder del Huracán Mitch y dan respuesta a las demandas de recreación y esparcimiento, todo bajo el mismo techo. (La Tribuna 26 de noviembre de 1998, en Rocha 1998:49).

De esta manera, se percibe un centro comercial como un lugar que ofrece un bienvenido alivio a las desoladoras realidades cotidianas. No obstante, aunque se construya un nuevo centro para satisfacer los deseos de una pequeña clientela de élite, hay un número mucho mayor de mujeres que intenta estirar sus magros ingresos en los mercados repletos de gente en Managua.

En la ciudad se observan otros cambios para eliminar cualquier vestigio de la revolución. No sorprende que la Plaza Carlos Fonseca (que todavía es el lugar donde cada año se realizan grandes concentraciones de sandinistas) haya cambiado de nombre y ahora se llame la Plaza de la Fe ni que Alemán haya decretado el cambio de nombre del estadio nacional de béisbol, que desde 1979 llevaba el nombre de Rigoberto López Pérez, el héroe que ajustició al primer dictador de la familia

Somoza, por el de Denis Martínez, un pitcher nicaragüense exitoso en las grandes ligas. Sorprende aún más que Alemán también anunciara que se construiría un monumento a Augusto César Sandino en las afueras de Managua, en honor a la gesta del héroe revolucionario de principios de este siglo en defensa de la soberanía nacional. Esta apropiación, tal vez destinada a hacer de Sandino algo seguro para el consumo nacional, fue recibida en silencio por los líderes del FSLN. Mientras tanto, la predilección del presidente por los proyectos grandiosos tuvo como resultado la construcción de la Plaza de la Fe, la plaza más grande de Centroamérica, así como un nuevo palacio presidencial sobre las ruinas dejadas por el terremoto. El palacio, construido a un costo de varios millones de dólares donados por el gobierno de Taiwán, junto con una nueva fuente de agua de tres niveles cuyos chorros de agua se mueven al son de melodías computarizadas, fue inaugurado durante el cambio de milenio (Envío 1999a: 28-31).

Es obvio que las mujeres sufren los efectos más duros de las actuales circunstancias económicas, pero la manera como género y clase social figuran en el contexto del neoliberalismo también se refleja en el clima cultural. Una de las primeras medidas de la política del gobierno sandinista fue la eliminación oficial del sexismo en la publicidad, pero a principios de los años noventa volvieron a exhibirse cuerpos de mujeres en los letreros de la ciudad, en los diarios y revistas. Los anuncios de las cervezas Toña y Victoria eran famosos por identificar a las mujeres "morenas" y "rubias" con bebidas alcohólicas que aplacan la sed. Con frecuencia aparecían reportajes y fotografías de concursos de belleza en las primeras páginas de los periódicos nacionales (incluyendo el diario sandinista *Barricada*). La Prensa, un diario de derecha, que llegó a proclamar el concurso de belleza Miss Nicaragua como el acontecimiento cultural más importante del año, comentaba que éste "sólo era posible en una verdadera democracia" (1991: citado en Kunzle, 1995: XV).¹² En 1998, la Casa Ave María, donde me he alojado en los últimos años, sufrió un gran incendio. El daño se extendió hasta los murales del patio interior pintados por un conocido

artista, que representaban a mujeres heroicas del país. Ya sea que el incendio haya sido accidental, debido a fallas en los cables eléctricos, o un acto vandálico, el resultado es que otro monumento más de la Revolución (y uno de los pocos dedicados a la mujer) sufrió grandes daños. Afortunadamente, en este caso la reconstrucción evitó que se difundiera aún más la amnesia cultural que se ha apoderado del país.

La fiesta anual de Santo Domingo, el santo patrono de Managua, refleja las relaciones de raza y el trauma de la conquista, y sirve también para ilustrar una reciente confrontación cultural con relación al espacio urbano influido por clase social y género¹³. La fiesta de Santo Domingo, la más celebrada en Managua, empieza la noche del 31 de julio cuando la gente se empieza a reunir en la iglesia de Las Sierritas en las afueras de Managua, donde reside la pequeña estatua de Santo Domingo. Después de una noche de bailar y beber, la estatua de Santo Domingo se pasea por la ciudad hasta llegar a la iglesia de Santo Domingo, donde se queda diez días. Durante este tiempo se llevan a cabo misas y fiestas hasta que la estatua se lleva de regreso a Las Sierritas. En 1992, cincuenta mil personas acompañaron la estatua en su recorrido entre las dos iglesias. Considerado el santo del pueblo, Santo Domingo atrae a un séquito de gente disfrazada y bulliciosa que se divierte embadurnando de grasa a los desprevenidos transeúntes, especialmente si parecen ser de las clases privilegiadas (el término “embrear” hace referencia a los esclavos africanos que llegaron a Nicaragua –de modo que hay un componente racial en esta práctica). Como alcalde, Alemán utilizó su poder e influencia económica para alterar el recorrido de la procesión, a fin de evitar que pasara por un barrio popular, lo que causó indignación entre quienes habían planificado el evento y los residentes de clase trabajadora de ese barrio. Un observador del festival señala que esta celebración no es sólo un fenómeno de clase sino también de género; es “masculino” en el sentido de que los hombres tienen mayor libertad para participar en la algarabía callejera, mientras que por lo general las mujeres son sólo observadoras o se quedan en sus casas.

Aunque en la fiesta se espera un cierto grado de transgresión, las diferencias simbólicas y prácticas tanto de clase como de género se refuerzan en el uso de los espacios público y privado (Linkogle, 1996:199-208).

La reconstrucción de la ciudad

Volviendo a lo que dice Fox (1972) sobre la contribución de la antropología al estudio de las ciudades, podemos preguntarnos cómo es que los acontecimientos en Managua nos pueden ayudar a entender la situación del resto del país y el lugar que ocupa Nicaragua en un mundo cada vez más globalizado. En un estudio sobre la zona afectada por la destrucción que dejó a su paso el Huracán Mitch, José Luis Rocha, investigador del Instituto Nitlapán, plantea los siguientes interrogantes:

¿Es este neoliberalismo, el modelo al que apuestan los negocios, los medios de comunicación y el gobierno? ¿Qué beneficios puede ofrecer un modelo así a los campesinos de Nicaragua? ¿Venderán los centros comerciales la leche que producen los ganaderos o los muebles de los artesanos? La leche de Wiwilí no será un ingrediente de los milkshakes que se venden allí. No tendrá ninguna posibilidad de llegar a los vasos o mesas de los restaurantes de comida rápida de las franquicias transnacionales. Se podrán comprar perfumes importados, pero no fresas de Matagalpa; embutidos Kerns, pero no piñas o pitahayas de La Concha o plátanos de Pantasma; avena Quaker, pero no semillas de jícara de Somotillo; cornflakes de Kellog's, pero no pinolillo; zapatos tenis marca Nike pero no zapatos hechos en Masaya; los Rolling Stones, pero no Camilo Zapata (Rocha, 1998:49).

Rocha concluye comparando los obstáculos que enfrentan los pobres de Nicaragua con un Huracán Mitch permanente y hace un llamado a la ciudad para que preste atención a la situación crítica por la que atraviesa el país. No cabe duda de que las contradicciones del proceso de desarrollo transnacional

en todo el país nunca antes habían sido tan obvias como en la Managua actual, con sus zonas francas multinacionales en expansión y pequeñas industrias en vías de fracaso, una élite privilegiada, el desempleo cada vez mayor, una izquierda dividida y una profunda enajenación cultural.

Creo que necesitamos reconsiderar el llamado inicial de Fox a trabajar en una antropología urbana que vaya más allá de lo romántico y lo exótico en lugares específicos dentro de las ciudades, y adoptar un enfoque más holístico (y de múltiples niveles) para las ciudades y la sociedad mundial. En mi proyecto más amplio analizo la manera como Managua, en tanto que capital de Nicaragua, ha existido en la imaginación de muchas personas más allá de sus fronteras y las consecuencias significativas que esta construcción mítica ha tenido para la nación y su pueblo. Examino el papel estratégico de los barrios, de las casas y de los centros de trabajo en el interior de la ciudad como sitios de lucha por la participación democrática, pero también considero que la ciudad en su conjunto es un lugar donde se negocia el significado de ciudadanía.

La urbanización y el giro derechista hacia el neoliberalismo son dos características de la Nicaragua postsandinista. En ese contexto histórico mi investigación en Managua documenta la manera como el espacio urbano se ha vuelto cada vez más limitado para personas de bajos ingresos, en especial las mujeres. Sin embargo, eso no es todo, pues quienes sufren las consecuencias más duras del desplazamiento también participan en los movimientos sociales que cambian el entorno político. Entre los actores clave en las luchas culturales de hoy están los miembros de grupos marginados por su género, clase y raza. A menudo se les unen intelectuales sandinistas y otros activistas que sienten la necesidad de trascender de los debates sobre economía política del pasado para aprender de los movimientos que se basan en la identidad cultural como fuerza para la justicia social y la reconciliación nacional.

Resulta irónico, pero así como hace tres décadas el terremoto sirvió para movilizar una insurrección popular contra la dictadura de Somoza, el Huracán Mitch y la

débil respuesta del gobierno de Nicaragua, pudieron haber impulsado los esfuerzos de los diversos grupos del país – movimientos sociales, ONG y sindicatos –por formar una amplia coalición que actuara en representación de la sociedad civil. Unas trescientas organizaciones establecieron formas de coordinación alrededor de sus propios intereses específicos y trabajan en coalición para proponer una respuesta integral a la situación nacional. Además de la ayuda de emergencia, estas organizaciones manifiestan inquietudes que abarcan desde salud, educación, protección del medio ambiente y economía, hasta desarrollo comunitario, niñez y adolescencia, el empoderamiento y la sexualidad de las mujeres. La coalición ha afirmado categóricamente: “No queremos construir el ‘mismo’ país”, pues promueven una sociedad más inclusiva y democrática que promueva los derechos humanos de todos los nicaragüenses (Envío, 1998b:12-13). Managua, como centro urbano, ha sido el punto central de la discusión sobre estas nuevas formas de movilización social y de las tensiones creativas que se producen en la ciudad y la sociedad¹⁴. En Nicaragua, como en otras partes de Latinoamérica (Álvarez, Dagnino y Escobar, 1998), tenemos que esperar a ver si una nueva cultura política es en efecto capaz de enfrentar la ilusión y desilusión que el neoliberalismo ofrece como modernidad.

Por último, podría ser útil ubicar esta discusión sobre Managua en el marco más amplio de las ciudades en relación con las naciones y el mundo. Hasta ahora he presentado a Nicaragua y su capital como lugares un tanto excepcionales, con énfasis en la singularidad histórica de esta nación. Otras personas que han viajado a Nicaragua también han intentado captar la característica particular de un lugar que ha sufrido un cambio tan extraordinario, gran parte del cual se ha revertido en el período postsandinista. Un etnógrafo identificado con el proyecto revolucionario expresó muy bien el esfuerzo por “rescatar aquello que se pueda antes que la diferencia desaparezca” (Martin 1994:2)¹⁵. Por más valiosa que sea la historia de Managua, podemos beneficiarnos de algunos análisis académicos recientes acerca de las ciudades.

James Holston y Arjun Appadurai (1999) argumentan a favor de redireccionar la atención de los países a las ciudades como lugares de negociación de la ciudadanía, la democracia y la inclusión social. Ofrecen un giro postmoderno de la formulación anterior de Fox sobre la necesidad de realizar investigaciones en y de la ciudad, señalando que “la ciudad puede ser pretexto y contexto, forma y sustancia, escenario y guión” (15-16). Su trabajo apunta a una interpretación más compleja de las ciudades como contextos estratégicos para las negociaciones entre los grupos sociales y, a menudo, como un terreno donde se escenifica el proyecto de construcción de nación. Si bien la noción unificada de “ciudad” se ha fragmentado debido a conceptos de diferencia más complejos que reconocen las múltiples experiencias de los sujetos sociales por razones de raza, género, clase, orientación sexual y edad, entre otras, las ciudades (en plural) son los lugares paradigmáticos, incontestables donde estas diferencias convergen y se materializan (Jacobs y Fincher 1998). Podemos guiarnos por el trabajo de geógrafos, antropólogos y otros que han recurrido a la “política de la ubicación”, articulada por primera vez por Adrienne Rich (1986) para construir una interpretación de cómo lo “local” (en este caso la ciudad) siempre forma parte de procesos nacionales y transnacionales más amplios.

Al tratar de reflejar las diferencias en lugares urbanos como un esfuerzo por trazar no sólo las desigualdades sociales y las diferencias de poder sino también las manifestaciones de las luchas por la inclusión social o la ciudadanía, tenemos en mente la pregunta planteada recientemente por la socióloga Saskia Sassen (1999): “¿De quién es la ciudad?” Es evidente que los nuevos sujetos sociales hacen nuevas demandas de cara a los procesos globalizadores de exclusión, pero por lo general los dados están cargados contra los actores urbanos subalternos, incluyendo a las mujeres, los habitantes de bajos ingresos y las minorías raciales. En las ciudades de todo el mundo se lucha por los derechos fundamentales de participación social, sustento económico e incluso de espacio físico, donde los



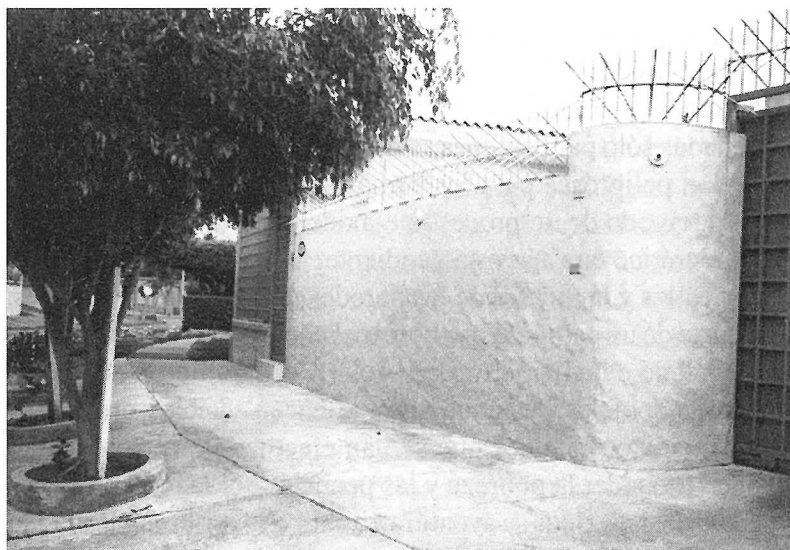
Los vendedores continúan ofreciendo su mercadería en los semáforos de la ciudad.

particularmente altos y los riesgos muy grandes. Los términos en los que se resuelven estas luchas deben ser negociados por el Estado y la sociedad civil.

A medida que Managua se [reconstruye], se va convirtiendo cada vez más en un espacio de élite. Las gigantescas rotondas (diseñadas sólo para quienes se dan el lujo de viajar en vehículo, pues son peligrosas para los demás) y los centros comerciales son un remedo de un proceso de modernización más profundo y democrático que aún está pendiente. Los cambios de nombre de las calles y la pintura de las paredes que cubren los murales, son parte de un esfuerzo por borrar el pasado, un tiempo cuando se cuestionó e invirtió el orden social y económico establecido. Las considerables desigualdades se hacen visibles otra vez y los cambios cosméticos que se han efectuado en la ciudad no pueden esconder la pobreza y las penurias por las que atraviesa la mayoría. Los ricos se aventuran a salir a los sitios de la ciudad que han sido diseñados para su conveniencia, y luego manejan de regreso a sus casas en zonas seguras ubicadas a una cómoda distancia de los lugares donde la miseria es más evidente. Se

protegen como pueden del crimen y de otros problemas sociales construyendo muros cada vez más altos alrededor de sus casas, instalando los mejores sistemas de seguridad y contratando guardias armados para que patrullen sus barrios¹⁶. De este modo, han creado enclaves segregados que en Managua, al igual que en otras partes de Latinoamérica, alteran el carácter del espacio público y la vida pública, y hacen cumplir las leyes de inclusión y exclusión (Caldeira, 1999).

Hasta cierto punto, las calles de Managua son para quienes no se pueden permitir el lujo de replegarse a los enclaves; las pandillas de jóvenes aumentan en los barrios de la ciudad, los mendigos se reúnen frente a la nueva catedral mientras los gay, que buscaban un espacio social en las ruinas de la antigua catedral, tienen prohibido entrar y deben reunirse afuera. Sin embargo, como hemos visto, el ámbito público es inhóspito para muchas de las personas marginadas por la sociedad. Las mujeres de la clase trabajadora están entre los grupos menos privilegiados y son las más afectadas por estos cambios.



Ahora hay un alto muro de seguridad que rodea la casa de clase media donde me alojé a principios de la década de 1990.

Algunas se ganan la vida trabajando para multinacionales explotadoras en las maquilas, a las que ahora se favorece más que a las industrias nacionales, mientras muchas otras mujeres tienen que laborar en pequeñas industrias que han ido perdiendo terreno. Los vendedores ambulantes, muchos de los cuales son mujeres, todavía abundan, pero a menudo se les prohíbe trabajar en los lugares más céntricos. El aumento en el desempleo urbano significa que más mujeres se quedan sin trabajo o sólo con empleo informal en sus casas, y algunas recurren en última instancia a la prostitución o al crimen.

La ciudad de Managua es un tema de estudio muy rico y un escenario fundamental donde en los últimos años han ocurrido acontecimientos históricos de gran significado. Como capital y centro urbano principal de Nicaragua, Managua se encuentra enfrascada una vez más en una lucha sobre los términos de la participación social, como respuesta quizá a una deprimente sensación de que la ciudad pertenece cada vez más a un pequeño pero privilegiado sector de la sociedad. La ciudad se rehace a imagen de la modernidad neoliberal, pero cabe preguntarnos si a la larga favorece los intereses de estabilidad económica y política o si esta última transformación producirá a corto o largo plazo sus propias consecuencias revolucionarias.

- 1 Como lo señala, por ejemplo, LeoGrande (1999:21).
- 2 Un artículo en la publicación mensual *Envío* (1999d) señalaba la excesiva atención que se le daba a Managua y que, “como todos sabemos, Managua, no es Nicaragua”.
- 3 Véase Massey 1987 para otras críticas sobre el punto de vista de que los trabajadores de Managua y los proveedores de servicios, incluyendo el sector informal, son improductivos y parasitarios.
- 4 Pocos autores han escrito en detalle sobre cómo era la ciudad de Managua antes o después del terremoto, excepto el autor nicaragüense Juan Aburto (1989), quien la describe cariñosa y nostálgicamente a inicios del siglo XX, y el politólogo estadounidense Forrest D. Colburn (1991), quien hace un relato, a menudo divertido, de sus experiencias cotidianas cuando vivía en esta ciudad.
- 5 Al igual que muchos otros lugares, los nombres de estas calles cambiaron después de las elecciones de 1990. La Pista de la Resistencia se convirtió en Juan Pablo II y la Pista de la Solidaridad volvió a ser Portezuelo. Los mapas en circulación muestran ambos nombres, el antiguo y el nuevo. Yo conocí estas calles con los nombres que les dieron los sandinistas.
- 6 En 1998, Daniel Ortega fue públicamente acusado por su hijastra, Zoilamérica Narváez, de años de acoso y abuso sexual. El caso fue presentado ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (*Envío* 1999b: 30). En el Capítulo 8 profundizo en este tema.
- 7 Curiosamente, algunos de los nuevos murales utilizan motivos indígenas, quizás en un intento de mirar al pasado más lejano y menos polémico para representar continuidades y fortalezas en las tradiciones

regionales de resistencia. Por supuesto que la cultura popular urbana no se ha visto eclipsada por completo sino más bien alterada por el contexto actual. No se han llevado a cabo muchos estudios sobre la cultura urbana y los aspectos culturales de la política en Nicaragua, pero hay algunas contribuciones útiles, véase Borland, 1994; Martin, 1994; Whisnant, 1995; y Field, 1999.

- 8 Rocha (1999) escribe sobre la reciente proliferación de pandillas de jóvenes en Managua que actualmente son unas sesenta de las noventa que existen en el país. Armados y resentidos, a veces se unen a otros grupos, incluyendo estudiantes universitarios y trabajadores del transporte público para llevar a cabo protestas violentas en la ciudad. Integradas casi exclusivamente por hombres jóvenes, las pandillas aducen que defienden su territorio en los barrios de Managua.
- 9 Véase Lancaster, *Life is hard: machismo, danger and intimacy of power in Nicaragua* (1992) para un enriquecedor debate sobre un barrio de Managua a principios de los años noventa.
- 10 Lancaster (1992:293) comenta sobre los discursos contradictorios de las mismas mujeres cuando se acercaban las elecciones de 1990, pues mientras en público apoyaban la revolución, en privado mostraban preocupación por el servicio militar, la guerra, y la escasez, entre otras cosas. También señala la política retrógrada de Chamorro en materia de género, que prometía restaurar la dignidad de las mujeres como madres, pero al precio de perder oportunidades en el sector público.
- 11 En una encuesta sobre Demografía y Salud llevada a cabo por el gobierno nicaragüense en 1998 en la que se entrevistó a más de 13,600 mujeres nicaragüenses, se encontró que una de cada tres mujeres había sufrido abuso sexual o maltrato físico (*Envío* 1999b:31).
- 12 Véase Borland 1994 para un debate sobre un concurso de belleza muy diferente realizado en el barrio indígena de Monimbó, Masaya, para honrar a la India Bonita .
- 13 Lancaster (1988b:38-43) describe la fiesta de Santo Domingo como una expresión anual de religión popular y celebración en Managua. Señala que esta fiesta es sobre todo masculina, aunque ocurren excepciones como cuando las mujeres bailan en la alegre procesión de “vacas”, “demonios” e “indios”.
- 14 Véase Yúdice, 1998:357 para un debate sobre las formas en que el neoliberalismo y la globalización han cambiado los espacios sociales y materiales de las ciudades. Este autor señala que mientras los nuevos arreglos espaciales a menudo ubican a la mayoría pobre en la periferia, alrededor de bolsones de riqueza, la sociedad civil ha respondido muchas veces a esta situación abriendo nuevos frentes de lucha cultural progresista.
- 15 Durante mi investigación en Managua yo también estuve muy consciente de los esfuerzos que se realizaban por borrar cualquier evidencia del período revolucionario. Pasé buen tiempo fotografiando algunos de los murales que aún quedaban, sabiendo que en cualquier momento podrían desaparecer. La recopilación de historias orales también tenía un sentido de urgencia ya que los recuerdos de las décadas previas se estaban desvaneciendo.
- 16 La gente de clase media y media baja también adopta este tipo de medidas, según sus posibilidades, para proteger sus casas con rejas en las ventanas y puertas, y con otras formas de seguridad. Donde yo vivía teníamos que contratar a una persona para que se quedara en casa cuando nosotros salíamos. Aun así, ocasionalmente ocurrían robos durante la noche, como cuando alguien logró trepar por el muro y huir con la ropa tendida u otras cosas de fácil acceso. La cooperativa de soldadoras que yo seguí durante mi investigación dependía en gran medida de la demanda de verjas de acero para las casas.

Capítulo 4

UN LUGAR EN EL MAPA

Lo local y lo nacional visto desde el barrio

Quisiera empezar este capítulo con una cita de Adrienne Rich: “Un lugar en un mapa también es un lugar en la historia”. Es con esta idea en mente que ofrezco un retrato etnográfico de un barrio de Managua, muchas de cuyas experiencias son similares a las que han atravesado la ciudad y el país en las últimas décadas. El barrio, que toma su nombre de Monseñor Lezcano, quien fuera obispo de Managua, está situado en la parte occidental de la ciudad. Uno de sus habitantes lo describe como “la flor de la revolución”. El barrio es conocido por haber conservado sus características, incluso después del terremoto de 1972 del que escapó casi ileso, y por su participación en los feroces combates que se dieron en la capital en junio de 1979, semanas antes del triunfo. Al igual que otros barrios “combativos”, éste ha mostrado desde entonces una política más pluralista. Aunque en los primeros años de la revolución sus habitantes apoyaron al FSLN, la mayoría votó por la UNO en las elecciones de 1990, como ocurrió en casi toda Nicaragua. Según me explicaba un antiguo residente de Monseñor Lezcano: “Este barrio ha sufrido las mismas crisis

que el país”. Aquí habitan personas de distintas clases sociales, que representan una gran variedad de formas de ganarse el sustento, de circunstancias y puntos de vista con respecto a su propia vida, la de sus familias y de la comunidad¹.

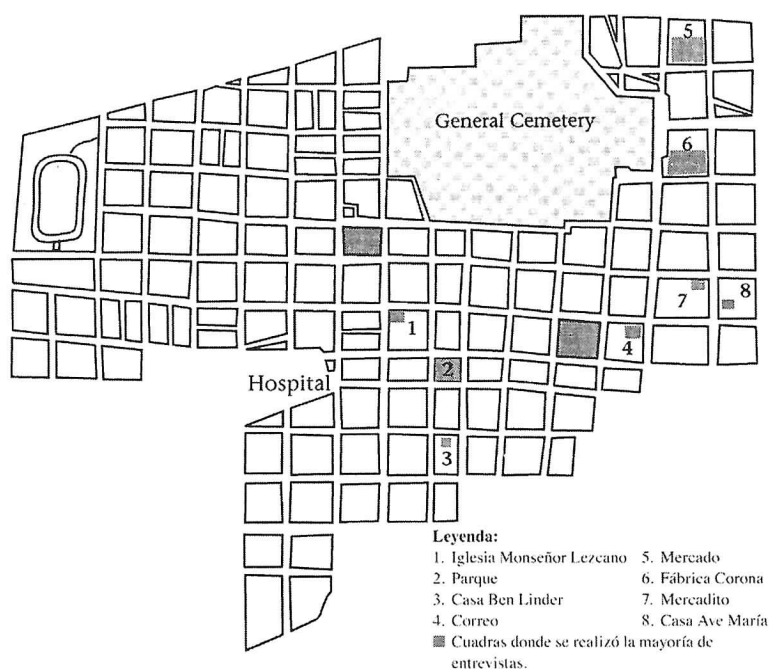
En el capítulo anterior, describí Managua como un sitio desde donde se podía vislumbrar su relación con la nación y el mundo. El análisis que hago de Monseñor Lezcano ilustra la forma en que los barrios de la ciudad y sus habitantes se sitúan cultural, política e históricamente². La geógrafa británica Doreen Massey (1987), que escribe sobre Nicaragua desde la perspectiva de mediados de los años ochenta, presenta una visión similar sobre las relaciones espaciales y estructurales de la Nicaragua urbana y rural; también destaca la importancia fundamental del barrio en la sociedad y la historia. Massey señala que los barrios fueron cruciales en la organización de gran parte de la resistencia durante la lucha popular contra el gobierno de Somoza. La mayoría de los nicaragüenses de las áreas urbanas no estaban organizados en grandes centros de trabajo, sino más bien en pequeñas industrias y actividades económicas informales en los barrios. Por lo tanto, los sandinistas dependían de éstos para movilizar a la población y, más adelante, para proteger los logros de la revolución.

Antes del triunfo, el FSLN ya había organizado los Comités de Defensa Sandinista (CDS), que fueron muy activos en los barrios, sobre todo a través de iniciativas nacionales emprendidas a mediados de los años ochenta. A partir de 1988 se fue logrando mayor autonomía local y los CDS evolucionaron hasta transformarse en el Movimiento Comunal, que actualmente es la organización de base más visible en los barrios. Sin embargo, con el crecimiento de Managua en los últimos años y el surgimiento de nuevos asentamientos, el Estado neoliberal se ha preocupado menos de brindar servicios básicos y títulos de propiedad, de manera que el activismo político ha disminuido en algunos barrios³.

La primera vez que visité Nicaragua fue por corto tiempo en 1989 y me alojé con una familia que vivía cerca de Monseñor Lezcano, un barrio popular de clase media baja y trabajadora

que simpatizaba con la revolución y con los internacionalistas que llegaron en grandes cantidades en esa década⁴. Entonces todavía existían los CDS y las Madres de Héroes y Mártires trabajaban activamente para organizarse. La Casa Ben Linder, llamada así en memoria del joven ingeniero estadounidense que fue asesinado por tropas contrarrevolucionarias, estaba ubicada en el corazón del barrio y era el centro de reunión de los internacionalistas, en su mayoría de Estados Unidos. Era un destino obligado apenas llegaban al país y también lugar de reunión para muchos. Aquí celebraban charlas semanales luego de manifestarse en contra de la guerra frente a la Embajada de Estados Unidos. Las protestas que se realizaron durante años en las afueras de la Embajada acabaron al finalizar el conflicto, pero siempre continuaron las reuniones en la Casa Ben Linder.

Mapa del barrio Monseñor Lezcano en la zona noroccidental de Managua.



Durante mi investigación en Managua a principios de los años noventa, me fui interesando cada vez más en este barrio porque parecía representar una gran variedad de experiencias, especialmente de aquéllas personas que trabajaban en la economía informal, entonces en continua expansión⁵. A partir de 1993, Monseñor Lezcano se convirtió en mi “base” las veces que visité Nicaragua y tuve la oportunidad de conocer a sus habitantes. Aquí recopilé material etnográfico durante mucho tiempo. Managua sigue siendo para mí un centro urbano extenso y familiar, aunque sea un lugar donde es bastante difícil orientarse. En este barrio me siento un poco en casa cada vez que vuelvo al país.

Muchos de sus habitantes han vivido allí por lo menos treinta años, desde antes del terremoto de 1972. Aquellas personas que han vivido en el barrio por casi cincuenta años recuerdan cuando había sólo una calle sin pavimentar y la iglesia Monseñor Lezcano era una estructura simple, con techo de paja. Los curas progresistas de la parroquia contaron con la cooperación de todos los feligreses para construir una nueva iglesia en el mismo lugar, en los años sesenta. Esta zona tuvo la buena fortuna de ser una de las menos afectadas por el terremoto. En efecto, mucha gente que vivía en el centro de Managua se mudó a este barrio y a otros lugares en las afueras de la ciudad, cuando sus casas quedaron destruidas. Así fue como Monseñor Lezcano experimentó gran crecimiento y es actualmente una de las zonas más populosas de Managua, con un total de habitantes que oscila entre veinte y veinticinco mil⁶.

Los límites del barrio son poco claros; el Consejo Supremo Electoral (CSE) los redefinió para las elecciones de 1990 y los redujo a 105 cuadras de la ciudad, pero en general los residentes consideran que sus linderos llegan un poquito más al este⁷. El FSLN lo dividió en tres sectores, que durante el gobierno revolucionario correspondieron a los comités de base del partido, los cuales están ahora dedicados a recaudar fondos, a campañas de salud y a las celebraciones anuales del triunfo de la revolución. Hoy los linderos del barrio están sujetos a un proceso de cambio y quizá reflejen los nuevos intereses

políticos más que divisiones “naturales”. Sin embargo, los residentes revelan de diversas maneras su identidad de barrio y su sentido de lugar con relación a la ciudad de Managua.

Entre los lugares más representativos de Monseñor Lezcano están la iglesia del mismo nombre, la iglesia de Guadalupe, el histórico Cementerio General, el Mercado Occidental, la fábrica de aceite de cocina Corona, el Hospital Dermatológico Nacional⁸ y el supermercado San Sebastián. Además, hay varias escuelas públicas y privadas, iglesias evangélicas, gasolineras y otros negocios bien conocidos. Algunos de estos puntos de referencia están ubicados tan cerca de otros barrios que su pertenencia a Monseñor Lezcano es objeto de polémica, pero en general los vecinos los identifican con éste. Al igual que otros sectores de Managua, tiene una plaza central con un parque donde los niños juegan y los adultos se reúnen, una oficina de correos y servicios telefónicos. A diferencia de otras partes de la ciudad a las que Alemán favoreció cuando fue alcalde, este barrio, identificado por su pasado sandinista, tenía todavía algunas calles sin pavimentar hasta hace pocos años.

En el contexto de Managua, ésta es un área residencial de clase media y trabajadora que ha convivido en relativa armonía. Las calles que llegué a conocer mejor estaban cerca de mi casa, pero también me aventuré varias veces a otras zonas donde llegué a entablar amistad con algunos de los habitantes, entre los que se contaba un carpintero retirado que se hacía llamar historiador, una mujer mayor muy activa en un grupo de Madres, un militante del FSLN y la dueña de un café que participaba activamente en la parroquia. Asimismo, seleccioné dos manzanas en diferentes lados del barrio donde visité y entrevisté a cuantos habitantes me fue posible, con la esperanza de aprender algo acerca de sus medios de vida y puntos de vista sobre Monseñor Lezcano y la situación actual del país. También realicé visitas frecuentes a establecimientos comerciales como el Mercado Occidental, que había reabierto recientemente, algunos comercios más pequeños como ferreterías, talleres de carpintería, barberías, y vendedores de

libros que sólo tenían a la venta una media docena de libros de bolsillo, además de las numerosas pulperías.

Un paseo por el barrio

Una caminata corta por mi vecindario inmediato me hace sentir un poco del sabor local y ritmo del barrio⁹. Mi punto de partida es la Casa Ave María donde me hospedo. Ésta es la residencia de Grant Gallup, un sacerdote episcopal retirado, originario de Chicago, que vive en Nicaragua desde 1989 y es muy conocido entre los activistas de la comunidad internacionalista. Gallup, que está completamente integrado al barrio, ofrece casa y comida a los miembros de las delegaciones visitantes y en algunas ocasiones a investigadoras como yo. La Casa también alberga la biblioteca Ben Linder y es muy conocida por sus murales revolucionarios, que representan temas bíblicos y mujeres nicaragüenses e internacionalistas¹⁰. Al igual que en el resto de Managua, en este barrio “urbano” se vive un ambiente rural. Uno madruga con el canto de los gallos del vecindario, el parloteo del loro de la casa, y el ruido de los mangos que caen al techo entre marzo y junio¹¹. El movimiento empieza temprano y el intenso calor se vuelve incómodo, aun utilizando ventiladores durante casi todo el año. Algunos de los habitantes más pobres acostumbra llegar a la Casa Ave María a las 6 de la mañana para recibir su desayuno en la puerta de entrada. A esa hora ya ha llegado una mujer que hace las labores de limpieza y cocina en la casa. Luego llega un par de vecinos adolescentes para barrer el patio, mantener el jardín, hacer mandados y ayudar en lo que se necesite. A cambio reciben un sueldo, buena comida y la oportunidad de ir avanzando en sus estudios.

En los extremos opuestos de la cuadra hay negocios muy exitosos. Una mujer maneja una pulpería bien surtida en la esquina, aunque en realidad lo que atrae a la gente es el aguardiente que vende y que ha convertido este lugar en una especie de cantina y punto de reunión. En la calle, al otro extremo de la cuadra, hay un mercadito que en los últimos



Miembros de la familia de un vecino venden productos frescos todos los días en el mercadito.

años viene ofreciendo todos los días productos frescos a los clientes del barrio. Una pareja, que antes era sandinista y ahora simpatiza con Alemán, vive ahí y atiende su venta; algunos miembros de su familia, junto con una media docena de mujeres, le pagan por el permiso de colocar mesas en la calle, frente a su venta, para acomodar y ofrecer frutas, verduras, quesos, carnes y pescados. La Casa Ave María realiza casi todas sus compras en este pequeño mercado, beneficiándose así de su conveniente ubicación aunque no necesariamente de precios más bajos.

Entre estos dos negocios hay una mezcla de pequeños comercios y algunas casas particulares. Una familia de simpatizantes de la Resistencia, que escapó de la violencia política en el norte de Nicaragua, abrió una nueva pulpería al costado de la Casa, con pocas cosas para vender y menos clientes. La mujer atiende la venta, mientras que el marido todavía tiene su finca en el norte del país. En otra casa viven un oficial de policía y su esposa. Aunque en este barrio se les considera de clase media, la esposa acude a la Casa a pedir

ayuda económica hasta que el marido recibe su sueldo. Otra vivienda es utilizada por protestantes evangélicos que la han arreglado para sus reuniones y tienen una pequeña venta; también viven en esta calle una abogada y sus padres. A la vuelta de la esquina habita un personaje del barrio, un alcohólico que ha arruinado su salud; a cambio del desayuno ofrece barrer el patio de la Casa Ave María y a veces trae su caja para lustrar zapatos en el patio. En otra casa de la calle hay una familia con dos hijos gay, que son objeto de crueles burlas de parte de otros habitantes del barrio. Un joven que trabajó en la Casa hasta que lo descubrieron robando, todavía recibe ayuda financiera para su educación. Vive enfrente con su madre, que es dueña de una peluquería “unisex”, un hermano, una hermana y varios sobrinos.

Otro hombre que habita en la misma calle vende revistas en la puerta de la oficina central de correos Jorge Navarro, que está en el viejo centro de Managua. Es de aspecto distinguido, pero me enteré que tiene fama de beber cerveza y tomar tranquilizantes. Incluso era conocido por ser espía de Somoza y haber delatado al sandinista Javier Cuadra, a quien habría vigilado cuando vivía donde hoy es la Casa Ave María. En la fachada de la Casa se puede ver una placa conmemorativa del asesinato de este mártir en 1978¹².

Directamente enfrente de la Casa hay un gran terreno vacío donde antes estaba una fábrica de muebles. Cuando ésta cerró, la gente se llevó los materiales de construcción. Su clausura significó que unos treinta trabajadores perdieran su empleo en una de las industrias más grandes del barrio. Gallup pensaba comprar el terreno para construir un centro cultural adonde llegara la juventud del barrio, pero al final compró la propiedad adyacente a la Casa Ave María, conocida afectuosamente como Casa Otro Lado, para impartir clases de música e idiomas. Este lugar fue su residencia temporal cuando hace algunos años un incendio dañó su casa.

Este barrio, al igual que tantas otras áreas urbanas de Managua, tiene un alto índice delictivo y muchas casas y patios están rodeados de gruesas verjas de hierro por motivos

de seguridad. No obstante, las calles del barrio bullen de vida. Cerca de la Casa, un grupo de hombres se reúne con frecuencia para conversar, primero en una acera y luego en la de enfrente, adonde se cruzan para huir del fuerte calor del medio día y protegerse bajo la sombra. En las noches, niños y adolescentes pululan por la calle en pequeños grupos, que sólo se mueven cuando pasan los carros o cuando sus padres los llaman a casa.

Los habitantes de esta parte del barrio no tienen que caminar muy lejos si desean encontrar una mejor selección de productos que en el mercadito. Por supuesto que pueden utilizar el transporte urbano y atravesar Managua para llegar al inmenso Mercado Oriental, donde pueden encontrar precios más bajos; sin embargo, la mayoría compra en cantidades tan pequeñas que sólo el costo del pasaje eliminaría cualquier ahorro. Muy cerca de allí está el supermercado y distribuidora San Sebastián. Aunque la tienda había abierto casi veinte años antes de la revolución, cerró durante el período sandinista y no reabrió hasta 1992¹³. Esta tienda, tenuemente iluminada, vende al por mayor y al por menor, y ofrece una variedad de bienes manufacturados, productos alimenticios, carnes, leche, productos para la casa, cosméticos y ropa. No se puede comparar con los supermercados más grandes y lujosos de las plazas centrales de Managua, pero ofrece algunos de los mismos productos, incluyendo cereales importados como *cornflakes*, Coca Cola de dieta, licores y otros productos que compran los residentes del barrio un poco más acomodados. Al igual que los mercados tradicionales, cerca de la caja registradora hay un pequeño altar dedicado a San Sebastián que está engalanado de flores.

A principios de la década de los noventa, la distribuidora enfrentó durante casi un año la competencia de otro supermercado dirigido a los consumidores de clase media. El supermercado La Corona, ubicado cerca de la fábrica de aceite de cocina del mismo nombre, era más pequeño y limpio, y tenía ventiladores de techo que lo hacían mucho más fresco. Ofrecía productos que atraían a clientes más pudientes, incluyendo frutas en conserva, vinos y licores caros, pero la cantidad de gente

que podía comprarlos no era suficiente para que prosperara. Cuando abrió hablé con varios de sus trabajadores. Al igual que otros negocios grandes del barrio, éste no empleaba a muchos de sus residentes. Me recomendaron hablar con las mujeres de la limpieza, porque eran las únicas de Monseñor Lezcano; también eran las empleadas más pobres, pues ganaban los salarios más bajos. Una mujer que limpiaba el piso parecía identificarse con el mensaje del neoliberalismo, a diferencia de muchas de las personas con las que conversé en el barrio y en Managua en general, quienes se lamentaban de que pese a la abundancia de productos que se ofrecían en el país, no había dinero. Estaba de acuerdo con que el supermercado ofreciera todos esos productos y aunque no pudiera comprarlos con sus ingresos, pensaba que la situación había mejorado.

En el barrio hay otro mercado (que en realidad se encuentra entre Monseñor Lezcano y el barrio vecino de Santa Ana) que quizá tenga más éxito. Se trata de un mercado techado, conocido popularmente como Mercado Occidental, que ocupa casi una manzana. En los años ochenta, se le llamó Leonel Gutiérrez, mártir revolucionario que había muerto cerca de allí. No obstante, los sandinistas lo cerraron y sirvió como base militar. El alcalde Alemán reabrió el mercado con bombos y platillos en 1992, después de haberlo renovado con fondos de USAID, y lo rebautizó con el nombre formal de “Mercado Occidental Virgen de la Candelaria” en honor a la santa del comercio¹⁴. Su reapertura le brindó a Alemán otra oportunidad de salir en los medios de comunicación, pues apareció en una fotografía, posando al lado de la capilla de la Virgen de la Candelaria en el mercado, en un campo pagado de una página entera que proclamaba su buena obra (*Barricada*, 15 de julio de 1992).

Al igual que los posibles vendedores, esperé con cierta expectativa que se pintaran los puestos, se instalara un nuevo letrero y se abriera una oficina para inscribir a los nuevos ocupantes del mercado. Tanto los vendedores que antes habían trabajado allí como otros que buscaban nuevas oportunidades de trabajo se presentaron a reclamar un puesto, para lo cual



Rótulo afuera del Mercado Occidental que anuncia el apoyo del presidente y del alcalde a la renovación y reapertura de este centro comercial.

necesitaban tener capital y pagar cuotas mensuales. El alcalde les había prometido a los vendedores que el primer mes no pagarían la cuota respectiva, pero esta promesa no se cumplió. A pesar del eslogan “Managua cambia, la Alcaldía cumple” que se encontraba por toda la ciudad, los vendedores decían “No cumple”. Aunque esperaban que los consumidores volvieran a hacer sus compras en el mercado, con espacio para más de doscientos puestos, éste sólo funcionó a la mitad de su capacidad durante casi toda la década de los años noventa. Un año después de reabierto aumentó la cantidad de puestos ocupados que ofrecían la variedad usual de productos, incluyendo frutas y verduras, carne, pescado, huevos, queso, granos, mercería, artículos de plástico y ropa. Había incluso un pequeño salón de belleza, un puesto que ofrecía análisis de laboratorio, una zapatería, un taller de reparación de bicicletas y varios comedores pequeños. Un hombre y su familia, que durante veinte años habían vendido frutas y verduras en el mercado antes de que cerrara y luego afuera en la calle, recordaban las penurias sufridas por el racionamiento de

productos y control de precios durante el régimen sandinista y elogiaban las políticas de libre mercado aplicadas en la actualidad.

La Aceitera Corona, fábrica de aceite de cocina, ocupa casi tres cuadras en el extremo oriental del barrio Monseñor Lezcano, cerca del cementerio. Durante los años que duró mi investigación hice varios viajes para realizar entrevistas en la fábrica, pero cada vez había menos trabajadores. En la planta trabajan muy pocos habitantes del barrio, cerca del 10% según una empleada de la oficina de personal, y algunas personas de fuera de Managua. En los años noventa, la compañía se había diversificado a través de la producción de artículos como vinagre, mostaza y mayonesa para poder mantenerse en operaciones. Sin embargo, al igual que muchas otras empresas del país, había comenzado a sentir las consecuencias de la introducción de nuevos productos a través del libre mercado y no podía competir. En 1991, una huelga en demanda de mejores salarios fue declarada ilegal, provocó el despido de unos cien trabajadores y culminó en la contratación de otros que no estaban organizados. Un leve aumento de salarios, junto con la importación del aceite de cocina, redujo la rentabilidad de la compañía y la obligó a recortar su producción. En 1992, cuando visité la fábrica por primera vez, tenía menos de ciento cincuenta empleados, una fracción de los que había tenido en años anteriores. La mayoría del personal de producción y administración estaba integrado por hombres, mientras que en los puestos de limpieza y de oficina había unas cuantas mujeres. La producción de aceite de semilla de algodón para el mercado nacional disminuyó con la caída de la producción de algodón en el país, lo que provocó el despido de más trabajadores. Aunque los residentes señalan que esta fábrica es una de las empresas más grandes del barrio, su presencia aquí no tiene mayores repercusiones directas¹⁵.

Por último, el Cementerio General, que colinda con la Aceitera Corona y el Mercado Occidental, ocupa un área equivalente a 36 cuadras. Conocido también como Cementerio Occidental, su construcción empezó en 1912 cuando no

había otro cementerio que el de San Pedro, el cual se volvió insuficiente para la ciudad en crecimiento. Una década más tarde se inauguró el nuevo cementerio y el alcalde que había iniciado su construcción fue el primero en ser enterrado allí (Traña Galeano 1991:12-15). Muchas de las personas que perecieron en los terremotos de 1931 y 1972 fueron enterradas en este camposanto. Allí está el mausoleo de los ex dictadores General Anastasio Somoza García y su hijo Luis Somoza Debayle, pero la familia exhumó rápidamente sus restos cuando los sandinistas triunfaron en julio de 1979. Algunos oficiales de alto rango de la Guardia Nacional de Somoza fueron enterrados en una tumba monumental, que hoy se encuentra en abandono. Muchos ciudadanos comunes y corrientes también han sido enterrados allí. El número de muertos en el cementerio rondaba ya los 120,000 en 1988. En las afueras del cementerio, los vendedores se instalan bajo la sombra de los árboles para vender ramos de flores a las personas que llegan a visitar a sus deudos.

Entrevistas en el barrio

Durante mi investigación me propuse conocer a cuanto residente del barrio habitara en las dos cuadras seleccionadas para mi estudio¹⁶. Por lo general, mis visitas incluían entrevistas informales en las que hacía varias preguntas acerca de las experiencias de las personas y las familias, su vida laboral y sus impresiones generales sobre los cambios en el barrio y en el país durante las décadas anteriores. También les preguntaba sobre algunos aspectos de género. Después de conocer al carpintero retirado y autodidacta, me di cuenta de que su cuadra era bastante típica del barrio y por eso decidí seleccionarla para mi investigación. Más tarde escogí la otra por su ubicación en el lado opuesto del barrio y por su carácter igualmente diverso. En total, visité más de veinte hogares y empresas en estas dos cuadras.

En general, Managua se caracteriza por ser una ciudad donde las distintas clases sociales viven cerca e incluso mezcladas unas con otras. Por supuesto que existen barrios

casi exclusivamente de clase media y alta, con grandes casas resguardadas detrás de altos muros, coronados con rejas de hierro o vidrio cortado y alambre de púas. También están los barrios de clase trabajadora y pobre, con casas sencillas, donde la gente vive hacinada. Los más necesitados habitan por lo general en asentamientos que han surgido tanto en el centro de la ciudad como en zonas alejadas donde carecen de servicios básicos, a menos que se conecten ilegalmente al suministro de electricidad y agua.

Cerca de Monseñor Lezcano hay barrios que están en mejores y peores condiciones; por ejemplo, Las Palmas, que es de clase media y donde reside la ex presidenta Violeta Chamorro, queda a tan sólo unas cuantas cuadras al sureste de la Casa Ave María, pero también está el empobrecido barrio Edgard Lang, varias cuadras al sur de la iglesia de Monseñor Lezcano. Sin embargo, en la mayoría de cuadras del barrio se puede encontrar a trabajadores que viven contiguo a profesionales, y a desempleados a la par de los que tienen trabajo fijo. Es de lo más común encontrar hogares de diversa condición económica y social que tienen algún negocio informal en sus casas. Hasta cierto punto, ésta puede ser una manifestación de la democracia popular que existe en los barrios, aunque también un indicador de cómo la suerte de muchos de sus residentes puede cambiar rápidamente durante un período de inseguridad.

En la primera manzana donde realicé entrevistas hay una gran variedad de negocios y casas particulares. En algunas se vende hielo, gaseosas, gelatina, caramelos, queso, leche, ropa usada y nacatamales. Dos zapateros tienen un pequeño taller, también hay una carpintería, una fábrica de ventanas, una tienda de productos químicos, una panadería y pastelería, un taller de mecánica, un comedor y una clínica. Además, están las oficinas de una coalición de partidos políticos, la Alianza Liberal, y de la organización no gubernamental Save the Children.

Como en muchos otros casos, la casa del carpintero, el amigo que aquí llamaré don Nicolás¹⁷, sirve tanto de vivienda como lugar de trabajo. Don Nicolás tenía 68 años cuando lo conocí. Es originario de la ciudad de León, conocida por su

universidad y vocación literaria, que orgullosamente llamaba la “ciudad de los intelectuales”, pero se mudó a Managua con su familia cuando tenía 11 años. Su esposa durante 50 años había muerto unos meses atrás y ahora habitaba con un hijo, una hija, tres nietos y un amigo de la familia en una vivienda relativamente amplia ubicada a poca distancia de la iglesia Monseñor Lezcano. Había vivido en el barrio unos cuarenta años y aunque era jubilado, me contó que a veces todavía le pedían algún trabajo. En su taller llegó a tener en algún momento hasta 18 carpinteros, después seis y luego empezó a hacer trabajos ocasionales por su cuenta.

Sus cinco hijos asistieron a la universidad y hoy son profesionales. La hija que vive con él tenía un cargo administrativo en la oficina del comandante sandinista Tomás Borge. En 1998, su hijo había empezado un nuevo negocio de imprenta en la cuadra, que recién estaba despegando. Tenía un rótulo hecho profesionalmente en su puerta que anunciaba la empresa. Cuando lo visité, estaba instalando su equipo en una oficina con aire acondicionado junto con unos cuantos jóvenes. Así, mientras don Nicolás se sienta en la puerta contigua, en su mecedora tradicional, y siente la tibia brisa de la tarde, su nieto representa una generación que aspira a una vida de clase media. Falta ver si prosperará este nuevo negocio.

Don Nicolás recuerda la época anterior a los años setenta cuando el barrio estaba poblado en su mayoría por gente pobre y trabajadores del campo, al igual que el cambio demográfico que hubo cuando más artesanos y profesionales se fueron instalando allí. En los primeros años él era uno de los más activos: organizaba a la comunidad para realizar trabajo comunitario y presionaba a la alcaldía para que les suministrara fluido eléctrico, agua, saneamiento y transporte público. Don Nicolás se acuerda que en 1981, durante el régimen sandinista, se adoquinaron las principales calles y llegó agua potable a esta parte del barrio. Ahora hay menos trabajadores y sólo unos cuantos están empleados en fábricas como la Aceitera Corona. Sin embargo, también relató que había una amplia gama de oficios especializados; por ejemplo, panaderías, carpinterías,

zapaterías, sastrerías, servicios de costura, barberías y peluquerías. Más aún, habló con aprobación de una gran variedad de profesionales en el barrio: abogados y doctores (contó nueve clínicas médicas), profesores, economistas, empresarios, periodistas y contadores, entre otros.

Aunque entre los habitantes del barrio hay muchos artesanos y profesionales como don Nicolás, éste sostenía que su nivel de vida no era muy diferente al de los trabajadores. Según él, todas las personas que vivían en su cuadra tenían alguna especialización, lo cual tenía poca importancia en la situación actual de la mayoría. Aunque varios miembros de una familia fueran asalariados y pudieran incluso tener una empleada doméstica, las dificultades económicas eran generalizadas. Aun así, las diferencias de posición social y económica son evidentes. El mismo don Nicolás ha experimentado el trato condescendiente de algunos profesionales que menosprecian a los artesanos. Por su parte, omitió mencionar el gran número de residentes de su cuadra y de todo el barrio que no son trabajadores calificados ni profesionales, pero participan activamente en el comercio, ya sea como dueños de pulperías o pequeños comedores.

Don Nicolás abundó en elogios de los habitantes más pobres del vecindario, los que muchas veces eran quienes tomaban la iniciativa de hacer mejoras en el barrio. Recordó algunos ejemplos de activismo local como la participación de sus habitantes en los programas de vacunación y alfabetización, y los esfuerzos por salvar el Cine León, el único del barrio. Se recogieron firmas para salvarlo, pero al final cerró cuando el dueño se fue. El antiguo teatro, que aún conserva su rótulo, sirve como un punto de referencia muy conocido cuando los residentes dan direcciones en el barrio. Don Nicolás también mencionó la construcción de una cancha de baloncesto en un parque cercano, pero lamentó que los habitantes locales no hubieran participado y que los voluntarios “gringos” hicieran todo el trabajo. Fue más elogioso de las acciones que el Movimiento Comunal ha venido realizando, pues su labor se ha centrado en el cuidado de la salud y los problemas que enfrentan

los jóvenes. La delincuencia, las pandillas y el consumo de drogas son algunos de los aspectos mencionados por él y otras personas, además de algunas opiniones que delatan un sesgo racial respecto de un pequeño grupo de afrocaribeños de la Costa Atlántica considerado muy problemático, aunque según la opinión popular los más afectados eran los barrios vecinos¹⁸. La pobreza, el hambre y el desempleo eran los problemas más graves. Don Nicolás, al igual que otras personas en Monseñor Lezcano, estaba muy compenetrado con el vecindario y declaraba que para él esto era más importante que su identidad como residente urbano de Managua¹⁹.

Don Nicolás, veterano militante sandinista a pesar de ser crítico del partido, había ofrecido espacio en su casa para formar una asociación de barrio en 1979. Mencionó esta asociación como predecesora de los CDS y del Movimiento Comunal que, según dijo, había sido eficiente porque todos trabajaban juntos sin tener en cuenta las diferencias políticas. Más adelante, los sandinistas establecieron asociaciones mejor estructuradas que llevaron a cabo proyectos importantes, pero luego surgieron divisiones políticas. Recordó a un conservador que era buen trabajador, pero fue marginado porque no estaba afiliado al FSLN. Aunque las diferencias políticas siguen siendo pronunciadas y el FSLN continúa activo en el barrio, don Nicolás no estaba al corriente de muchos problemas actuales. Sin embargo, como muchos partidarios de los sandinistas, era muy crítico del liderazgo nacional del FSLN por no haber ofrecido opciones viables para el país. Pensaba que el socialismo había fracasado en Nicaragua, como en Europa del Este, pero que el capitalismo también estaba fracasando en la Nicaragua neoliberal. De acuerdo con don Nicolás, el origen del problema era la ausencia de una identidad de clase entre los capitalistas nicaragüenses, algo que ha imposibilitado un proyecto nacional. Desde el punto de vista bien articulado de don Nicolás, Nicaragua seguirá teniendo graves problemas, a menos que el capitalismo sea utilizado para desarrollar al país en su conjunto, en lugar de sólo estar al servicio de intereses individuales y globales.

A la par de don Nicolás habita otro jubilado con su familia. En total son seis adultos y cuatro niños los que viven en esa casa. Cuando me acerqué a conversar con ellos, el hombre estaba sentado frente a su casa leyendo *La Prensa*, el diario preferido de la derecha nicaragüense, que representó a la oposición durante el período sandinista y que ahora era afín al gobierno. Este señor había trabajado para una compañía que hacía ventanas de vidrio. También laboró un tiempo como vigilante y utilizó el dinero que ganó, junto con parte de las ganancias de su esposa que cocinaba en su casa y vendía mondongo, para comprar vidrio y trabajar por su cuenta haciendo ventanas. Su pensión asciende a unos US\$40 mensuales, con lo que puede comprar muy poco. Su familia come queso y frijoles pero carne ya no. Dice que ahora hay muchas cosas que comprar pero poco dinero para adquirirlas. Acusó a los gobiernos de ser todos iguales porque no hay empleo para la clase trabajadora. Originario de un departamento, había vivido en el barrio por más de treinta años y le gustaba la conveniencia de vivir en la ciudad. A diferencia de su mujer y sus hijos que son sandinistas, no se identifica con ningún partido y se quejó de que fuera una mujer quien estuviera a la cabeza del gobierno.

Al otro lado de la casa de don Nicolás vive una mujer con su mamá, su hermano y dos niños. Llevan veinte años en el barrio, de los cuales quince han alquilado el lugar donde habitan. Todos estos años han dependido casi por completo de la pulpería que tienen en su casa. Aunque su hermano trabaja para la Cervecería Toña, no aporta su sueldo. Como muchos nicaragüenses, ella mezcla distintos momentos del pasado cuando dice que las cosas estaban mejor durante el régimen de Somoza e incluso en tiempos de los sandinistas, pero que ahora están peor. La vida es especialmente difícil para las mujeres que deben trabajar duro, lidiar con ventas bajas y muchas veces también con hombres abusivos. Su ex esposo se volvió a casar y vive en Canadá, desde donde envía dinero para la familia, pero el sueño de ella es que sus hijos se vayan a vivir con él y puedan asistir a un colegio canadiense.

Un comedor ubicado en la esquina de la cuadra acababa

de cambiar de dueño cuando lo visité. Una mujer y su hermana lo administraban y vivían allí con sus esposos y dos hijos. Anteriormente las hermanas habían tenido un salón de belleza, pues consideraban que la peluquería era su verdadera vocación, pero ahora han contratado a un cocinero y están tratando de establecer un comedor respetable en el lugar donde antes había un bar que, según ellas, atraía a una mala clientela. A fin de mejorar la apariencia de su negocio, pintaron y decoraron un poco el local con la esperanza de atraer comensales, que por el momento todavía son escasos. Antes sus esposos tenían otros trabajos, pero ahora ayudan en el restaurante. El futuro del negocio es incierto porque no hay mucha gente que tenga los recursos necesarios para comer en la calle.

A la vuelta de la esquina vive una mujer con su esposo e hijo pequeño. Ella es originaria del barrio y ha vivido en esta casa doce años. Ha trabajado siete años en el Ministerio de Salud y tiene mejores ingresos que muchas otras personas del barrio. Su esposo trabaja en el Ministerio de Transporte. Los dos dependen de una guardería donde llevan a su hijo porque no se pueden permitir el lujo de contratar a una empleada que los ayude en casa. Ella me contó que la situación de sus padres era mejor antes que la que ahora tienen ella y su familia, pero hoy en día su madre sufre y necesita de su ayuda; sin embargo, no le puede dar dinero sino sólo comida porque su propia familia tiene problemas. No obstante, ella sabe que con dos salarios y un solo hijo está mejor que muchos de sus vecinos, aunque expresó pocas esperanzas de que las condiciones mejoren en un futuro próximo.

Otra casa de la cuadra es que tiene un frente tan angosto que al principio no me di cuenta de que existía. Allí viven una mujer y su esposo junto con sus dos hijos pequeños. Ella es profesora de primaria y su esposo ha estado desempleado durante casi cuatro años, desde el nacimiento de su hijo más pequeño. La mujer recuerda la ayuda que el gobierno sandinista ofrecía con el así llamado “paquete AFA” (arroz, frijoles y azúcar) y sostiene que hoy día una familia no puede mantenerse con un solo salario. Aunque su esposo pasa más

tiempo en casa, no tiene experiencia en labores domésticas y no ayuda mucho. En efecto, el desempleo le ha afectado tan profundamente que tuvo que buscar la ayuda de un psicólogo y después encontró consuelo en la fe evangélica.

Esta otra familia está formada por la madre, cuatro hijas, los esposos de dos de ellas y diez niños. Estas diecisiete personas viven en un espacio de tres habitaciones y una cocina. Como muchas otras familias pobres, tienen un televisor a colores para entretenerse en un entorno que sin éste sería monótono. Dos hermanas, que se describen como “amas de casa”, estaban allí cuando pasé a visitarlas y me invitaron a entrar y conversamos mientras veían una telenovela. Habían vivido en el barrio, en esa misma casa, durante los últimos dieciocho años. Una de las hermanas es comerciante del Mercado Oriental y el esposo de una de ellas es trabajador asalariado. Un hermano que está en Estados Unidos le envía dinero a su mamá, quien también recibe una pensión del seguro social. En referencia a sus escasos recursos familiares, una de las hermanas me dijo que las cosas empeoraron con la “compactación” (recortes en el sector estatal) en 1988, que fue cuando perdió su empleo, y hasta ahora no ha podido encontrar otro. Ella dice que las mujeres tienen que trabajar tan duro como los hombres y además sufren violencia doméstica. Algunos hombres, como su hermano, no hacen distinción entre el trabajo de las mujeres y el trabajo de los hombres, y ayudan en las labores de la casa.

La segunda manzana donde realicé mis entrevistas se caracteriza por una mezcla similar de familias y ocupaciones. En la mayoría de los hogares que visité había algún tipo de negocio: un par de ferreterías, una sastrería, un taller de soldadura, uno de reparación de electrodomésticos, otro de carpintería, una venta de ropa usada procedente de Estados Unidos, varias pulperías, una casa donde vendían nacatamales y, por último, una clínica ginecológica. Aunque la mayoría de los adultos que vivían en la cuadra eran trabajadores independientes, algunos tenían trabajos profesionales en diferentes partes de la ciudad y otros estaban desempleados. Ese era el caso de un joven que había recibido una beca para estudiar derecho en Rusia

pero que no había encontrado empleo desde que regresó. Él y su hermana dependían de los ingresos de su padre, que era mecánico, para poder subsistir.

Hablé con una mujer que vivía junto con su familia en una casa espaciosa y cómoda donde, a pesar de haber crecido en el barrio, sólo había pasado los últimos cinco años. Su esposo estudió ciencias de la computación en México y trabajaba para una compañía nicaragüense en la que ganaba un salario mucho más alto (unos US\$800 mensuales) que la mayoría de la gente a la que entrevisté. Ella había trabajado hasta 1987 como asistente administrativa de la Organización Panamericana de la Salud en Managua, pero renunció cuando su esposo la convenció de que el trabajo era demasiado exigente y mal retribuido, y por eso lo mejor era que regresara a la casa y cuidara de sus tres hijos. Ahora hace repostería para vender en ocasiones especiales como el Día de la Madre, pero se dedica ante todo a administrar su casa y cuidar de su familia. Cuando hablé con ella estaba preparando una gran olla de mondongo para su familia, plato que cocina más o menos una vez al año. (Muchas mujeres preparan esta sopa para vender).

La mujer se considera afortunada porque su familia nunca ha pasado necesidades y sus hijos pueden estudiar en un colegio privado. Desde su punto de vista, las condiciones en el barrio y en el país han mejorado en los últimos años, está contenta de ver que hay más cosas para comprar y no hay colas como antes. Culpa a los demás por no adquirir los conocimientos necesario para mejorar y dijo que “la gente no puede quedarse sentada, tiene que salir a buscar trabajo”. Ella misma estudió un tiempo en la universidad, pero dijo que su esposo es celoso y no quiere que continúe sus estudios. En efecto, ella tiene que contar con su permiso para salir de la casa. Me dijo que “en este país prevalece el machismo”.



Una mujer y su hijo miran por la ventana de una de las numerosas pulperías del barrio.

Otra mujer se dedica al hogar porque su esposo, un hombre de 84 años (30 años mayor que ella), prefiere que sea así. Viven de la pensión del esposo y de los ingresos de su hijo que importa cerveza mexicana. Lamenta la situación económica y dice que es muy difícil pagar el agua, la luz, el teléfono, la comida y otras necesidades. El dinero no alcanza para mayor cosa estos días. De ahí que su esposo coma todos los días en una cafetería para jubilados del Seguro Social con el propósito de ahorrar.

Una mujer que había vivido poco tiempo en el barrio me contó que un hijo suyo que reside en Estados Unidos compró la casa donde vive con su hija y sus dos nietos. Su esposo la abandonó hace 25 años y casi nunca le brindó apoyo económico, de modo que tuvo que criar a sus hijos ella sola. A los 66 años se considera ama de casa y dice que depende de los ingresos de su hija, que trabaja en un supermercado, su primer empleo fijo en dos años. Antes viajaba a Guatemala y Panamá a comprar ropa y otras cosas para vender en Nicaragua.

En la casa de al lado vive una mujer de 24 años con su esposo, tres hijos, el suegro y unos sobrinos. Su familia se mudó al barrio cuando el esposo heredó la casa de su abuela. Esta mujer vendía helados y hielo en la casa, pero hace seis meses desistió porque no ganaba mucho. El esposo es camionero y su suegro trabaja en una tienda. La familia también cuenta con la ayuda de su madre, quien tiene una pulpería y les ayuda cuando necesitan. Haciéndose eco de lo que dicen muchas otras personas, se queja de que ahora hay de todo en abundancia, pero la gente no tiene con qué comprar. Recuerda que durante el gobierno sandinista no había trabajo, pero ahora la desesperación lleva a las mujeres a prostituirse y a los hombres a robar.

Otra mujer de la cuadra vive una vida aún más precaria, en especial desde que su hermano se suicidara unos meses atrás. Él había compartido la casa con ella y sus tres hijos, y contribuía económicamente, pero estaba afligido por el deterioro de la situación y el efecto que ésta tenía en la familia. Desde que dejó un trabajo fijo, vende helados y productos de limpieza en su casa para tratar de mantenerse. Un hijo mayor que tiene una beca para estudiar música en Costa Rica le ayuda un poco. Cansada de buscar trabajo fuera de la casa, empezó a utilizar su experiencia en costura para confeccionar ropa de niños, como una forma de ganarse la vida. Su desesperación se hizo evidente durante nuestra conversación, cuando manifestó la misma opinión que muchas otras personas, es decir, que las condiciones de vida son peores para las mujeres, quienes son responsables del cuidado de los niños y muchas veces no cuentan con el apoyo de un hombre. Como ella dice: “Mañana, tarde y noche la madre es la que se preocupa por los hijos”. Una triste y fugaz sonrisa apareció cuando me contó que antes de morir, su hermano se las había arreglado, con su habitual generosidad, para comprarles un refrigerador y un televisor a colores.

Un hombre de la cuadra me comentó sobre la situación de su familia. Él y su esposa han vivido en el barrio por casi 40 años. Estudió la primaria y aprendió a reparar radios y televisores, aunque señaló que no hace reparaciones para los

ricos sino para los trabajadores que no tienen dinero y por esta razón su negocio no es muy rentable. Aunque se refirió a su esposa como ama de casa, reconoció que ella aporta la mayor parte del ingreso familiar con la venta de comida y bebidas en su casa. Prepara almuerzos y meriendas, y también vende frescos y gaseosas. Cuando los visité, había salido a cobrar las deudas de sus clientes, ya que muchos compran al fiado hasta recibir su próximo pago. Él no era partidario de los sandinistas cuyo gobierno describió como “desastroso”, pero ahora dice que las cosas andan tan mal como antes o quizás peor porque la pequeña industria está arruinada y no hay trabajo. A pesar de la disponibilidad de nuevos productos en el mercado, es muy difícil adquirirlos.

El hijo adolescente de la pareja, quien es estudiante, la hija, el esposo de ésta e hijo pequeño viven en el solar de la familia, pero aparte. El año anterior, la hija había perdido su empleo de cajera y aunque ha estado buscando trabajo por toda Managua, sigue desempleada. Su esposo solía vender ropa que traía de Guatemala, pero ahora es taxista. La suegra trabaja en Estados Unidos y les manda dinero cada dos meses (cada envío es de unos US\$100); también están vendiendo algunos de sus bienes. Ellos albergan la esperanza de mejorar sus vidas emigrando a Estados Unidos apenas puedan.

En esta cuadra hay un pequeño comedor alquilado y administrado por una mujer que vive en otra parte del barrio. Antes lo manejaba su esposo, pero quebró; sin embargo, ahora que ella se hizo cargo está un poco mejor, aunque hay poca clientela. A veces le ayuda su hermana, que vive al otro lado de la calle y tiene una peluquería. Una mujer que vive contiguo al comedor me contó que su familia le alquila el local para obtener ingresos, pero ahora tienen el problema de que no ha estado pagando la renta.

Una viuda de 75 años comparte su casa con dos hijos profesionales y una nuera. Uno de sus hijos es profesor de la Universidad Nacional Agraria y es el único que aporta ingresos a la familia; el otro perdió el trabajo que tenía en una industria cuando ésta cerró hace dos años. Sin embargo,

algo de mucha mayor importancia que el salario de su hijo, es el ingreso que recibe por alquilar gran parte de su casa a una clínica ginecológica. Ella solía vender comida en su casa y obtenía ingresos decentes, pero dejó el negocio porque se enfermó y ahora, después de vivir en el barrio durante 22 años, considera que la situación es casi imposible. Se quejó que, a diferencia de años anteriores, cuando todos trabajaban, ahora el problema más grave es la falta de empleo.

Una pareja de esposos de mediana edad, que vive con sus tres hijos, está entre los más pobres de la cuadra. Los dos cursaron sólo la primaria. Antes que ella se casara, fue empleada doméstica durante muchos años; ahora trabaja en su casa y recientemente trató de vender comida pero no le fue bien. Él lleva cuatro años de trabajar de conserje en la alcaldía, fuera del barrio. La ventaja que tienen es que viven en la casa de la mamá del esposo, quien emigró a Estados Unidos y regresa todos los años con ropa para la familia. Durante los veinticinco años que han vivido en el barrio, han observado el creciente número de negocios, pero creen que la mayoría no es rentable.

Una mujer de 67 años vive en condiciones de hacinamiento con cuatro hijas, un yerno y cinco nietos. Sólo tiene educación primaria. Además de realizar las labores domésticas, tiene un pequeño puesto de venta de comida y gaseosas. Durante la entrevista, un camión de la Pepsi Cola pasó por ahí, pero no pudo comprar ni siquiera una cajilla. Por fortuna, sus hijas tienen trabajo cosiendo, limpiando una iglesia en un barrio vecino y como dependientas de una ferretería y un supermercado. Se lamentó de que sus hijas tengan que mantenerla, ya que ganan poco, porque en la actualidad los precios son demasiado altos y el costo del agua y la electricidad se ha incrementado. Todos tienen la misma historia, agregé.

Un negocio importante en la cuadra es propiedad de un hombre que vive en otro barrio de clase más alta. Desde 1973 ha tenido un garaje y taller de mecánica grande que emplea a un par de jóvenes. Cuando los sandinistas tomaron el poder, él y su familia emigraron a Estados Unidos, donde trabajó de mecánico y al cabo de más de diez años fue el único que

regresó Nicaragua y retomó su negocio. Tiene una clientela fija y adinerada, incluyendo a la Comandante Doris Tijerino, ex jefa de la policía sandinista y secretaria de AMNLAE, quien pasó por ahí mientras conversábamos.

Las entrevistas que realicé en esta cuadra me llevaron a conocer a Elena, una mujer de mediana edad, que siempre ha vivido en el barrio. Es periodista de *La Boletina*, una publicación del centro feminista Puntos de Encuentro. Su hogar está compuesto sólo de mujeres, su madre, dos hijas y una nieta. Ella ha trabajado mucho tiempo fuera de su casa y sus dos hijas son estudiantes universitarias; sin embargo todas están conscientes del gran número de nicaragüenses con formación profesional que ingresan a la economía informal, a través de la venta de lotería y cosas por el estilo, o que están desempleados.

Elena es miembro activo del Movimiento Comunal, que describe como el brazo político del FSLN en los barrios; a pesar de que el Movimiento es oficialmente apartidista, muchos de sus activistas son sandinistas. Ella trabaja sobre todo en su propio sector del barrio, uno de los tres que existen en Monseñor Lezcano. Me dijo que aquí la pequeña industria es más común que el comercio informal, pero también refleja la gran mezcla de ocupaciones que son características del barrio en su conjunto. Entre las que nombró están la fabricación de tortillas, las actividades de costura, la preparación de comida, incluyendo nacatamales, y la administración de pulperías. Además, me dijo que son ante todo mujeres quienes se ocupan de estos negocios. Al igual que otras personas, Elena me contó que el barrio se volvió un poco más de clase media desde que un gran número de profesionales se mudó allí después del terremoto. Algunas de las ventajas que señaló y que han hecho atractivo el barrio para los recién llegados son que tiene buena infraestructura y recursos comerciales, médicos y educativos. No obstante, tanto ella como sus hijas destacaron que la situación actual ha sido un golpe para todas las clases sociales de Monseñor Lezcano y otros barrios; también mencionaron problemas de pandillas y delincuencia. Elena deploró que el

FSLN no hubiera coordinado el activismo con más eficacia en el ámbito local y nacional. Me reveló con cierto orgullo que a pesar de haber trabajado con organizaciones sandinistas y feministas, se mantiene independiente y no sigue ninguna línea política en particular.

Mujeres del barrio y activismo

Llegué a la casa de doña María casi por casualidad. Me encontraba tomando unas fotografías en el barrio cuando me percaté de unos rótulos escritos a mano en su puerta. Éstos anunciaban toda clase de artículos en venta y también había afiches de la campaña sandinista en las últimas elecciones. Me detuve en su pulpería para comprar una gaseosa y cuando le pregunté sobre los rótulos en su puerta, más bien se rió y me dijo que en realidad no tenía tantas cosas en venta. Con el paso del tiempo, doña María y yo nos hicimos amigas, y en varias conversaciones que sostuvimos me contó de su larga historia de trabajo y participación política en el barrio. Aunque se considera costurera, cuando nos conocimos ya cosía sólo para su familia. Desde los años sesenta, ella y su esposo trabajaron juntos y empezaron vendiendo materiales para la fabricación de calzado. A principios de los años setenta, doña María vivió en Nueva York donde trabajó de empleada doméstica durante tres años, en tanto que su esposo y sus hijos se quedaron en Managua. A finales de esta década, las condiciones en Nicaragua empeoraron y las ventas bajaron, de modo que después del triunfo de los sandinistas abrieron una pulpería en la casa donde aún viven. Durante diez años vendieron granos básicos a granel, pero a fines de los años ochenta, la economía nacional se vino abajo y dejaron de vender granos para dedicarse sólo a la venta al por menor de algunos productos como pan, queso, crema, pinol, huevos, frijoles, aceite, azúcar, arroz, caramelos, gaseosas y cerveza. Después que doña María sufrió un accidente a inicios de los años noventa, una amiga le prestó una mantenedora, lo cual le ha permitido vender más artículos; algunos los compra en el



Viejos afiches políticos se entremezclan con rótulos que anuncian los productos que vende esta pulpería.

Mercado Oriental, a donde va un par de veces a la semana, y otros se los llevan a domicilio. Como un indicador de cuánto han disminuido sus ventas, doña María señaló que antes vendía una cajilla de 24 botellas de Coca Cola al día, mientras que ahora, debido al incremento de los precios, le toma hasta tres días venderla. Según ella la economía está estancada y no ha podido conseguir un préstamo del banco para desarrollar su negocio.

Doña María, fiel sandinista, recuerda que en la década de los ochenta había problemas, pero éstos se debían principalmente a la guerra y al bloqueo económico. Al menos la gente tenía más que comer porque podía comprar productos básicos a precios más bajos. Ahora la situación es mucho peor, hay mayor desempleo y la gente no puede ganarse la vida. La economía favorece a los grandes negocios, mientras que los pequeños no pueden competir y se están viniendo a pique; los intereses sobre los préstamos bancarios son tan altos que quienes los reciben en realidad sólo “están trabajando para los prestamistas”. La gente está abatida por

la situación actual, me dice. Mientras conversábamos, un par de chavalos entraron a comprar Glu Glu, una bebida dulce y barata, y ella me comentó con tristeza que muchas veces es lo único que desayunan.

Se unió a las Madres de Héroes y Mártires después de la trágica pérdida de su joven hija, quien fue atropellada por uno de los vehículos oficiales de Somoza en 1970, cuando iba junto con ella a llevarles comida a los presos políticos. Había enmarcado y colgado orgullosamente en una pared un documento que reza: “En Reconocimiento, Madre Vanguardia, a la compañera María”, que recibió del FSLN por su liderazgo a nivel nacional. En la pared también hay retratos de los héroes revolucionarios Augusto César Sandino y Carlos Fonseca, también de Daniel Ortega. Después del triunfo de 1979, las Madres trabajaron en la Casa de la Mujer “Erlinda López” de AMNLAE, pero varios años después se independizaron. La preocupación actual de las Madres y el enfoque de su trabajo comunitario son la avanzada edad y frágil salud de muchas de ellas. Trataron de organizar una “farmacia popular” para ofrecer medicinas a precios asequibles, ya que las personas de la tercera edad, incluso quienes cuentan con seguro social, por lo general tienen ingresos muy bajos. Doña María señaló que los ancianos y los niños son quienes más sufren, y que las Madres han sido marginadas desde que los sandinistas perdieron las elecciones.

Según ella, aunque las Madres siguieron buscando fondos para ejecutar proyectos y conmemorar aniversarios como el de la muerte de Sandino, otros sectores políticos representados en el barrio eran menos activos. Describió el Movimiento Comunal como paralizado, aunque también señaló que junto con la iglesia Monseñor Lezcano había desempeñado un papel importante de apoyo social y moral en el pasado. A diferencia del gobierno sandinista, que había ofrecido un espacio a las Madres, el gobierno actual no sólo rechazó su solicitud de un local para oficina y una galería de retratos de los héroes y mártires sino que le gustaría que desaparecieran.

A principios de los años noventa, ocho personas vivían en la casa de doña María: ella, el esposo, un hijo y su familia. Su esposo recibía más o menos US\$55 mensuales como pensión de jubilación y su hijo estaba desempleado, de manera que tenían dificultades para llegar a fin de mes. En 1994, doña María se fue de nuevo a Estados Unidos donde se alojó con una sobrina en Nueva Jersey antes de encontrar trabajo en Nueva York. Dos años después, su hijo me dijo que ella esperaba volver pronto a Nicaragua, pero a finales de la década todavía se encontraba en Estados Unidos cuidando a un hermano que estaba muy enfermo. Siempre que podía enviaba dinero para su familia en Nicaragua. Mientras tanto, su hijo había renunciado a la pulpería que tenían en su casa porque gastaban más de lo que ganaban y los clientes que compraban al crédito no pagaban. Su esposa percibía un pequeño salario trabajando medio tiempo en una clínica, y su padre, el esposo de doña María, pasaba más tiempo en su finca sembrando frijoles y algunos otros cultivos para la familia; de vez en cuando tenía un pequeño excedente para vender.

En 1993, me sorprendió encontrar un anuncio en *La Boletina* de la inauguración de un nuevo cafetín en el barrio Monseñor Lezcano y que, según decía, era administrado “por mujeres y para mujeres de acción”. Entré y hablé con Mónica, la propietaria. El cafetín era un lugar luminoso y alegre, que tenía cinco mesas redondas cubiertas con manteles a cuadros blancos y rojos, y ventanas de persianas a lo largo de dos paredes por las que entraba una agradable brisa. Mónica ofreció enseñarme el lugar, que también es su casa y donde funciona una cooperativa de costura. Unos meses atrás, cuatro mujeres que habían completado un curso de panadería abrieron un cafetín que atraía a un gran número de clientas y al personal de un banco cercano. En esta primera visita, me contó que un grupo de quince mujeres acababa de estar ahí disfrutando de un almuerzo que habían encargado. Cuando llegué, estaban dos hombres tomando cerveza en una de las mesas. Mónica me explicó que aunque el cafetín está

diseñado para ofrecer un espacio a las mujeres, los hombres que llegaban eran respetuosos y no causaban problemas.

Las cuatro mujeres, incluyendo a Mónica, trabajaban y ganaban por igual. Dividían los ingresos del cafetín en cuatro partes, que se distribuían entre salarios, insumos, agua y electricidad, y ahorros. Se especializaban en productos de repostería que elaboraban en una gran cocina y los exhibían en los mostradores del cafetín, aunque servían otros tipos de comidas sencillas y también bebidas. Obtenían ingresos adicionales de la venta de repostería a diversos grupos de mujeres, a la administración del seguro social y a otras organizaciones por el estilo. Se habían tomado el trabajo de decorar las paredes interiores del local con unos murales grandes y coloridos de mujeres robustas, y habían puesto plantas en la acera. La pared exterior estaba pintada con anuncios de Pepsi Cola. Su ubicación en una de las calle principales del barrio, las ha ayudado a tener mejores ventas que el promedio.

Estas emprendedoras mujeres tienen una fuerte conexión con la iglesia Monseñor Lezcano, donde han prestado servicios como voluntarias por años. Como miembros de una comisión pastoral, apoyaban una guardería infantil y una clínica, también ofrecían clases de costura y otros tipos de capacitación. Ahora su negocio les permite ayudar financieramente a otros proyectos de la iglesia. Mónica empezó a colaborar con la parroquia en 1980 y me dijo que siempre había trabajado por la revolución y la Iglesia. Sigue contribuyendo al bien común, contrario a lo que hace el gobierno, recalcó, lo cual representa un reto para quienes realizan trabajo progresista. Uno de los proyectos era construir un nuevo parque para el que esperaban obtener financiamiento de USAID a través de la alcaldía. Cuando el proyecto no prosperó, las mujeres recaudaron fondos y reclutaron voluntarios. En eso apareció la alcaldía con financiamiento y ahora se puede ver en el parque uno de sus rótulos con la leyenda: “La Alcaldía Cumple”. Es comprensible que Mónica se mostrara escéptica ante el giro que habían tomado los acontecimientos.



La propietaria de un cafetín diseñado para captar una clientela femenina posa junto a su mural "Madre Tierra".

Mónica ha vivido en el barrio desde que tenía 15 años y en esta misma casa desde 1983. Ella y su esposo no tienen hijos, pero viven con otros miembros de su familia. En 1991, construyeron una nueva casa en el mismo lugar y agregaron espacio para el cafetín al año siguiente. Ésta es una nueva línea de trabajo para ella, ya que trabajó como costurera durante 24 años. Mónica señala la importancia de que las mujeres trabajen juntas y ofrezcan un producto de buena calidad para ser competitivas y tener éxito. Su hermana emplea a un par de mujeres en el taller de costura que tiene en su casa. Mónica y su hermana estaban pensando en formar una asociación después de que la cooperativa de costura ampliara el negocio y llegara a ser más conocida. Sin embargo, un año más tarde los negocios de las dos decayeron algo y parecía poco probable que su plan se hiciera realidad. Al reflexionar sobre los cambios de las últimas décadas, Mónica expresó la esperanza de que si su familia y la comunidad se esforzaban, todos lograrían avanzar; pero deploró que "no hubiera una revolución en la Revolución". Señaló que las mujeres que apoyaron activamente la revolución

habían pagado un precio muy alto, al tener que cargar con el peso de mantener a sus familias y a la sociedad.

Al igual que Elena (mencionada más arriba), Carmen, una arquitecta de poco más de treinta años y militante del partido sandinista, activa en el barrio, me expresó sus opiniones sobre el activismo actual. Si bien Elena había citado algunas de las ventajas que atraían gente nueva a Monseñor Lezcano, Carmen era más crítica de las consecuencias que tuvieron las políticas de gobierno en los barrios a partir de 1990. Opinaba que a principios de los años noventa el alcalde Alemán no quería saber nada del barrio porque todavía lo consideraba sandinista, de manera que hizo muy pocas mejoras en su infraestructura. Señaló que el Plan de Reconversión Ocupacional había contribuido directamente a crear problemas en Monseñor Lezcano: la gente renunció a su trabajo en el sector estatal para obtener una indemnización y compró mantenedoras o juegos de Nintendo para establecer negocios informales en sus casas, pero con muy poco éxito. Carmen creía que sus problemas para conseguir empleo fijo durante el gobierno de la UNO se debían a su actividad política en el FSLN. Ella, al igual que muchas otras personas, tenía opiniones muy firmes acerca del impacto de la política nacional en su vida, la comunidad y el país.

Lo local y lo nacional

Así como se puede considerar que Managua es una ventana a Nicaragua, el barrio Monseñor Lezcano podría ser una ventana a la situación urbana y nacional en sentido más amplio. Varios residentes del barrio expresaron puntos de vista que reflejaban los cambios en las políticas nacionales: los recortes en el sector estatal han significado la pérdida de empleos; la privatización de los servicios de salud contribuyó a socavar el bienestar familiar, y así sucesivamente. No obstante, los residentes también se identificaban con su barrio desde una perspectiva más positiva. Por ejemplo, celebran tradicionalmente el Día de la Alegría, el 17 de julio, la fecha en que Somoza huyó del país en 1979, y el 19 de julio van juntos

a la Plaza de la Fe donde se congregan decenas de miles de personas para celebrar el aniversario de la revolución. Como parte de los preparativos para estas ocasiones, los activistas del barrio acostumbran realizar elaborados planes para las celebraciones que llevan a cabo con comida, música y otras actividades para conmemorar su heroico pasado. La naturalidad con la que los residentes participan y su identidad social son obvias porque utilizan la bandera roja y negra del FSLN, tocan música popular revolucionaria en el barrio y luego caminan a la plaza, donde se identifican más con los sandinistas que vienen de todas partes del país y menos con el barrio.

Mis conversaciones con los residentes de Monseñor Lezcano fluctuaban muchas veces entre la percepción de lo local y nacional y, en ocasiones, internacional. Casi todas las personas con las que conversé sentían que las condiciones en el barrio reflejaban procesos más amplios en el país, aunque las opiniones variaban considerablemente. A veces me daba cuenta de que mientras yo insistía en que me hablaran de su experiencia en el barrio, con la esperanza de descubrir algo sobre la identidad local, algunas personas estaban más interesadas en compartir sus puntos de vista sobre aspectos nacionales e incluso globales, lo que daba a su experiencia un contexto mucho más amplio. Por ejemplo, cuando los sandinistas que eran activistas locales, como don Nicolás y doña María, describían la participación del barrio en las celebraciones anuales de julio, sus relatos abarcaban desde las diversas formas en que sus residentes participaban hasta su conexión con otras personas y lugares de Managua y otras partes. Asimismo, la actividad de María con las Madres puede ubicarse en el barrio o en otro lugar, pero está vinculada directamente con el activismo en todo el país.

Don Nicolás, quien me dijo que Monseñor Lezcano “está sufriendo la misma crisis que el país” se refería con frecuencia a la falta de trabajo, al alza de los precios y al incremento de los índices de criminalidad tanto en el barrio como en otras partes. Hablaba muchas veces de la cambiante composición social del barrio, pues los comerciantes especializados, dueños de pequeños

negocios y profesionales superaban ya a los trabajadores. Atribuía este fenómeno a la afluencia de residentes de clase media después del terremoto de 1972 y a que la generación joven empezaba a alcanzar niveles más altos de educación que sus padres. Don Nicolás parecía estar satisfecho con estos acontecimientos, pero deploraba la destrucción del movimiento laboral por el énfasis neoliberal en la privatización y los recortes en el sector estatal. Sentía que los trabajadores se identificaban ahora como propietarios y, por lo tanto, ya no luchaban como antes. Más aún, se lamentaba de que el FSLN fuera, según él, un partido de empresarios, desprovisto de un programa destinado a formar líderes para las “masas” de trabajadores, intelectuales, empresarios y otros. En sus momentos más oscuros, me decía que el problema era que “en Nicaragua no hubo revolución”, sólo una sublevación de todos los nicaragüenses que se oponían a Somoza, pero que no necesariamente estaban a favor de los sandinistas. En 1980, la gente había empezado a darse cuenta ya de que la revolución no les ofrecía lo que esperaban y su desilusión fue creciendo en el transcurso de esa década.

La globalización que ha acompañado al neoliberalismo en los años noventa puede verse reflejada tanto en los barrios como en el ámbito nacional. Algunas personas comentaban las penurias que tuvieron que pasar las pequeñas industrias cuando los productos importados de bajo precio invadieron el mercado. Unos pocos, como don Nicolás, entendían el fenómeno en su contexto internacional y comentaban que algunos países como Chile, comúnmente el modelo de los defensores del neoliberalismo, han tenido experiencias similares, con una mayoría cada vez más pobre en medio de la “modernidad” y el “desarrollo”. La disminución de trabajadores productivos en Nicaragua, y el aumento de personas dedicadas al comercio y a distintos oficios han empujado a la gente a buscar mejores oportunidades para hacer frente a las duras condiciones de vida en la actualidad. En Monseñor Lezcano, por ejemplo, un creciente número de casas vende ropa usada proveniente de Estados Unidos a precios más baratos que la ropa hecha en Nicaragua, la que se ha visto desplazada. Los comerciantes

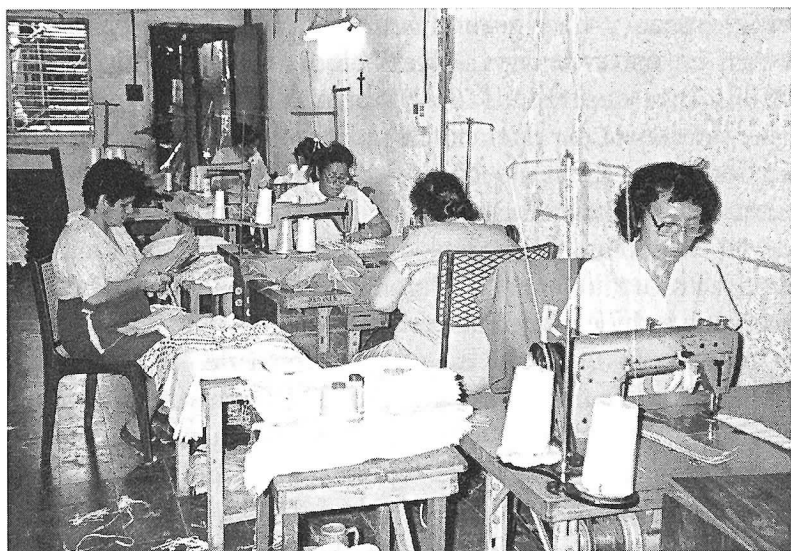
particulares o intermediarios adquieren al por mayor gran parte de la ropa usada en Miami. Durante un tiempo se pensó que las camisas vendidas por un par de dólares estaban bien hechas y competían con éxito, aunque eran de segunda mano. Más tarde, el alza de los impuestos sobre la ropa que llegaba a Nicaragua significó precios más altos para los consumidores y el negocio se volvió menos rentable.

Un indicio de los tiempos es el gran número de nicaragüenses que quiere aprender inglés, idioma que se enseña en los colegios, aunque el aprendizaje individual también es común. En la Casa Ave María, por ejemplo, Grant ofrecía clases a grupos de jóvenes, sobre todo a chavalos del lugar. En otra parte del barrio, un día me sorprendió encontrar un anuncio de clases de inglés en una pequeña pizarra, como las que usan para anunciar la venta de artículos y servicios, sólo que en vez de “Hay arroz” o “Hay huevos”, decía: “Se dan clases de inglés”. En un mundo tan cambiante, incluso las personas de pocos recursos tienen la esperanza de que con un poquito de inglés van a poder incrementar sus posibilidades de éxito. En el mejor de los casos, muchos esperan viajar a los Estados Unidos o por lo menos beneficiarse de una asociación con el mundo de habla inglesa.

Otro indicio de los tiempos es, por desgracia, la presencia cada vez más frecuente en Managua de limosneros, prostitutas, vagabundos, drogadictos y alcohólicos. Durante mi visita al barrio en 1998, me llamó la atención ver en las calles a borrachos o drogadictos y gente pobre pidiendo limosna. Por ejemplo, un día se me acercó una mujer que cargaba a su hijo enfermo, quería pedirme unas monedas para el bus porque necesitaba ir a buscar ayuda. Fui objeto de asalto y robo, y en ocasiones me abrieron el carro, algo que se consideraba tan común que la gente sólo me amonestaba cortésmente por no ser más cuidadosa y dejar mi carro en la calle sin vigilancia. De hecho, pocos residentes urbanos salen sin dejar a una persona cuidando la casa para que no les roben.

Dos ejemplos finales de mis entrevistas sirven para ilustrar las consecuencias que está teniendo el neoliberalismo

en el barrio y más generalmente en Nicaragua. Ambos se basan en entrevistas y conversaciones que tuve a lo largo de los años que visité Monseñor Lezcano. El primero tiene que ver con la experiencia de una familia que había vivido en Monseñor Lezcano desde los años sesenta y tenía una industria mediana de confección de ropa, conocida como uno de los negocios más exitosos del vecindario. Su compañía empezó a funcionar en 1973 con sólo dos máquinas de coser, pero con arduo trabajo fue creciendo poco a poco hasta llegar a contar con cuarenta máquinas. Antes de la revolución, tenía hasta 47 trabajadores y producían más de 200 *jeans* y 600 camisas al día. Durante el período sandinista se les consideraba burgueses y al hijo de la familia, que tenía 11 años, lo hostigaban tanto los otros niños que tuvieron que mandarlo a estudiar a Estados Unidos. Cuando la mayoría de los trabajadores de la compañía formó un sindicato y demandó participación en la administración, la familia fue tratada con hostilidad por la gente del barrio. La primera vez que los visité en 1992, la empresa empleaba a 28 mujeres en las máquinas y a tres hombres para el cortado de tela, en un ambiente de trabajo que se había vuelto más cómodo, con música, buena iluminación y ventiladores, mientras las oficinas centrales tenían aire acondicionado. Al igual que muchas otras empresas, ésta tenía un altar con luces intermitentes y flores artificiales. Producía camisas por docenas, uniformes para las industrias y *jeans*. Durante mi visita me di cuenta que había mucha ropa con etiquetas en inglés, como “Houston, The Shirt of Destination” (sic) y “Union Bay”, lo cual creo que se debía más a la popularidad de la ropa estadounidense que a los lugares donde las prendas serían comercializadas. Un hombre cargaba pilas de camisas envueltas en plástico que habían sido preparadas para la venta. También había una bodega desde donde vendían directamente al público. Apenas un mes antes, la familia había tenido que vender una tienda en el Centro Comercial Managua porque no podía pagar los impuestos.



Esta pequeña industria del barrio ha venido perdiendo personal y negocios desde principios de los años noventa.

Una pareja junto con su hija y yerno dirige la compañía, que está afiliada a la Comisión Nacional de la Pequeña Industria (CONAPI). Les preocupa que tanto las grandes industrias textiles como la ropa importada estén llevando a la quiebra a la pequeña y mediana industria. Recuerdan que durante la época sandinista el Estado le compraba a su compañía a precios fijos, aunque no había control de calidad ni incentivos para empresas como la de ellos que mantenían niveles de calidad más altos. Ahora, sostienen, el gobierno no hace nada para proteger a las industrias más pequeñas y el libre mercado las está aplastando. A los empleados se les contrata según su experiencia y la mayoría viene de fuera del barrio. Trabajan 45 horas a la semana y ganan alrededor de US\$50. Pese a que recibieron un premio internacional por la alta calidad de su trabajo, el negocio empezó a declinar a raíz del ajuste estructural de 1988. Por desgracia, aun viviendo en el local de la empresa, los dueños se encuentran endeudados e imposibilitados de pagar sus cuentas de luz, agua y teléfono, y sus impuestos. Están en negociaciones con la empresa nacional

de electricidad producir uniformes a cambio de la cancelación de su deuda.

Una empleada de la compañía me contó que había trabajado allí desde que se fundó y que es la única que vive en el barrio. El ingreso semanal que según ella recibía era inferior al que su dueño decía pagarle, y viven con ella dos hijas y tres nietos que dependen de su sueldo. Hablamos por largo rato sobre las formas en que su familia trata de reducir gastos, adaptando sus hábitos alimenticios y otras necesidades a la situación económica.

Un año después, encontré a la propietaria con aspecto deprimido. Me explicó que en ese momento la empresa sólo empleaba a unos cuantos trabajadores – ese día sólo a tres. La mayoría de pedidos que recibían eran para confeccionar uniformes, pero la alta tasa de desempleo incidía en que la demanda fuera muy baja. Me dijo que “los nicaragüenses están contra los nicaragüenses”. La gente quiere trabajar, pero las políticas gubernamentales afectan el nivel de empleo. Además, señaló que las compañías estadounidenses envían material cortado a las maquilas de las zonas francas, lo cual socava el desarrollo nacional. En este momento, su familia contaba con la ayuda financiera de dos de sus hijos que vivían en Estados Unidos. Afirma, no obstante, que mantendrán altos niveles de calidad y no contemplan vender sus máquinas de coser. “Ése es nuestro machete” dice, invocando a un ícono nacional.

El último ejemplo es el caso de una familia grande que vive en circunstancias especialmente difíciles. Conocí a Patricia, la hija adolescente de la familia, cuando ella trabajaba en Casa Ave María en 1993. Era menuda y aparentaba tener menos de 16 años. Trabajaba por las noches como ayudante de cocina y ganaba US\$4.00, el sueldo más alto de la familia. Todos sus miembros eran devotos sandinistas; su padre había luchado al lado de Javier Cuadra y su madre había sido una dirigente de los CDS hacía diez años. Un día, cuando salía a hacer mis entrevistas en una de las manzanas del barrio, vino a buscarme y decidí aprovechar la oportunidad para visitar su

casa. Vivía a la vuelta de la esquina en lo que era una especie de “asentamiento” muy pequeño, que en ese tiempo albergaba como a 30 miembros de su extensa familia.

Cuando nos acercábamos a su casa, nos cruzamos con su cuñada que estaba vendiendo meneitos y caramelos en la puerta. Una vez adentro, ingresamos a un cuarto que servía de sala, pero también tenía una refrigeradora que había visto tiempos mejores. Patricia llamó a su mamá para que se uniera a nosotros y luego fueron llegando también su abuela materna y varias tías con sus hijos. En cuatro habitaciones a lo largo de un corto pasillo vivían juntos los miembros de estas familias, el padre de Patricia y sus cuatro hermanos, la abuela paterna, varios cuñados y cuñadas, y sus numerosos hijos. En vista de que no podían pagar sus cuentas, no tenían electricidad (a veces se conectaban ilegalmente) y debían acarrear agua en baldes desde un parque a unas cuantas cuadras de allí. Patricia me llevó a un recorrido por las habitaciones y me iba diciendo cuántas personas dormían en cada cama.

El padre de Patricia ganaba unos US\$100 al mes como oficial de policía. Su madre solía vender hielo y helados en su casa, pero tuvo que dejar de hacerlo cuando se quedaron sin electricidad. Su abuela lavaba y planchaba para alguna gente, pero también dejó de hacer este trabajo al faltar la electricidad. De todos modos, poca gente tiene suficiente dinero para pagar estos servicios en la actualidad. Un cuñado trabaja como tipógrafo, otro es cargador en el Mercado Oriental y una cuñada trabaja como cocinera en una estación de radio sandinista. Tres de los hijos mayores de la familia asisten a la universidad, pero la mayoría de los niños ha tenido que salirse del colegio porque no puede pagar las cuotas ni el costo de los uniformes y zapatos.

Cada una de las distintas unidades familiares dentro del hogar compra y prepara sus comidas por separado. Primero alimentan a los más jóvenes, pero a veces no hay nada que comer. Cuando subió el precio de los frijoles, que son un alimento básico, tuvieron que vivir sobre todo de arroz, queso, huevos, tortillas y café. Antes compraban en un supermercado

donde los precios eran más bajos, pero ahora compran en un mercadito cercano para así evitar el pago de transporte. Cuando les pregunté cómo podían solventar otras necesidades como medicinas y ropa, sonrieron y señalaron sus zapatos: la mayoría eran de plástico viejo y roto. Me dijeron que es difícil mantener a los niños en la escuela porque los devuelven a su casa si no tienen la ropa adecuada y los zapatos negros que les exigen. Durante el período sandinista, los servicios de atención médica y educación eran gratis y todos tenían acceso a ellos, pero ahora tienen que pagar por las consultas en el hospital, los exámenes y la medicina. Lo que más extrañan es la canasta de productos básicos, el AFA, que el gobierno revolucionario les daba. Las exiguas mejoras realizadas por la alcaldía en el barrio no les parecía gran cosa y percibían al gobierno de la UNO y a la presidenta Chamorro como “un engaño”. Como señaló la mamá de Patricia: “Ahora no hay nada. Antes, había unidad en el barrio”.

Tres años después, cuando volví a visitar a esta familia, había nuevos miembros que vivían en el mismo lugar. Hacía tiempo que a Patricia la habían despedido de su trabajo por robar y ahora tenía dos niños pequeños, uno de dos años y otro de cuatro meses, cuyo padre seguía viviendo con su propia familia. Ni Patricia ni el padre de los niños tenían un trabajo fijo. A sus 19 años, ella todavía tenía el aspecto de una adolescente, pero al igual que muchas mujeres de su edad, se encontró con que debía asumir mayores responsabilidades familiares. Su madre me dijo que tenía la esperanza de que el FSLN ganara las próximas elecciones de 1996 y que las cosas mejoraran.

Sin embargo, el FSLN perdió y las condiciones no mejoraron para la mayoría de nicaragüenses. En 1998 encontré a la familia pasando por dificultades aún peores. En visitas previas, muchas veces me solicitaron alguna pequeña contribución económica antes de que dejara el país. Esta vez me la pidieron casi de inmediato cuando los visité. Patricia mencionó problemas de salud, incluyendo la úlcera de su madre y el problema crónico que tenía su padre en

la pierna, lo que lo había obligado a dejar su trabajo con la policía. Su abuela había descubierto hacía poco que tenía una masa en uno de sus senos y necesitaba ver a un médico. Patricia estaba anémica y tenía una úlcera. La familia había depositado sus esperanzas en poder enviar a su hermano a estudiar computación, pero necesitaban dinero para costear sus estudios. El número de miembros de la familia que vivía en la casa había aumentado considerablemente. Cuando me dijeron que eran como 50, pensé que no podía ser cierto, hasta que los empezaron a contar. En general, aunque uno que otro miembro de la familia encuentre trabajo esporádico, su situación es apremiante.

El último día que pasé en Managua aquel año encontré a Patricia vestida con una minifalda de cuero sintético y un corpiño de encaje pegado al cuerpo, lo que me hizo pensar que quizá trabajaba de prostituta, lo cual no me sorprendería en vista de las circunstancias. No le pregunté al respecto por temor a ofenderla, y más tarde apareció en mi puerta vestida con ropa más modesta para despedirse de mí. En un gesto de orgullo, cuando le di una prenda de vestir como regalo de despedida, se quitó sus aretes y me los ofreció a cambio. Se los acepté, conmovida por su generosidad.

El barrio, la ciudad y la economía nacional

Monseñor Lezcano es bastante parecido a otras partes de la ciudad por su mezcla de población de clase media y trabajadora que participa en la economía formal e informal. Al igual que en otras ciudades del tercer mundo, el sector informal de Managua ha crecido enormemente en las últimas décadas, y algunos calculan que hasta un 60 por ciento de la población de la ciudad podría depender ahora de las actividades económicas informales para su sustento. Sin embargo, puede ser que en Nicaragua prevalezca una actitud más negativa frente al crecimiento de este sector que en otras partes.

Recuerdo la acalorada conversación que sostuve durante mi primera visita a Nicaragua en 1989 con sandinistas que

insistían en que los trabajadores informales saboteaban la economía al acaparar bienes para venderlos a precios exorbitantes en tiempos de escasez. Después de haber encontrado actitudes similares, aunque más moderadas, en otras partes de Latinoamérica, me preguntaba por qué la sociedad revolucionaria no reconocía que sólo una pequeña minoría de trabajadores informales utilizaba con éxito estas prácticas inescrupulosas; aunque por estar recién llegada no conocía a fondo la situación y la mayoría me parecía tan pobre como otros habitantes marginales de la ciudad. Más tarde llegué a apreciar la preocupación que tenían muchas personas a fines de los años ochenta de que los trabajadores urbanos “improductivos” socavaran los esfuerzos del gobierno sandinista por fomentar la producción agrícola rural y mantener la economía nacional contra todo pronóstico, en especial dados los efectos de la guerra apoyada por Estados Unidos y el bloqueo económico.

En realidad, algunas de las medidas adoptadas por el gobierno revolucionario para ayudar a los nicaragüenses en el campo y la ciudad tuvieron el efecto no deseado de empeorar la situación. Aunque la reforma agraria debió haber evitado la densa emigración a Managua, a veces los precios subsidiados de la canasta básica en las ciudades repercutían más bien en que los productores rurales no se sintieran estimulados, en tanto amortiguaban los peores efectos de la crisis en los residentes urbanos. Con el tiempo, los bajos salarios y los recortes en el sector estatal obligaron a más personas a ingresar al sector informal donde podían obtener ingresos superiores a los salarios de empleados públicos. El gobierno trató de que los consumidores dejaran de depender tanto del Mercado Oriental mediante la creación de nuevos mercados y mecanismos de distribución centralizados, pero el público seguía teniendo la percepción, correcta o no, de que los comerciantes y vendedores ambulantes (por ejemplo los que venden agua embotellada o en bolsas plásticas en las calles) se estaban enriqueciendo a expensas de los demás nicaragüenses.



Familia numerosa empobrecida que vive hacinada en el barrio.

Sin embargo, las suposiciones que subyacen al concepto de lo que constituye el trabajo productivo e improductivo son a menudo demasiado simples. Como señala Massey (1987), la producción agrícola no es intrínsecamente más productiva que hacer tortillas y venderlas, ya sea como parte de la economía formal o informal. Este tipo de debates abunda en la bibliografía sobre el desarrollo del tercer mundo y yo no quisiera participar en estas largas discusiones, salvo para señalar que las divisiones entre estas categorías de trabajo son muchas veces imprecisas. Más aún, cuando el desempleo aumenta y la gente no tiene opciones, los trabajadores independientes (informales o no) contribuyen a que el Estado no tenga que enfrentar niveles de pobreza todavía más altos.

Las opiniones negativas sobre los trabajadores urbanos informales persistieron hasta la década de los noventa, cuando el aumento del desempleo y el Plan de Reconversión Ocupacional empujaron a más residentes de Managua a ingresar al sector informal, muchos como propietarios de pulperías y otras actividades comerciales. Aunque los investigadores nicaragüenses (por ejemplo Chamorro, Chávez

y Membreño 1989, 1991) han empezado a estudiar el sector informal urbano y mostrar la heterogeneidad del mismo en términos de productividad, nivel de ingresos y habilidad para acumular capital, no ha cambiado la concepción popular de que los trabajadores informales son parásitos en el contexto de la economía urbana y de Managua. Es desafortunado que esta concepción contribuya a formar una visión polarizada que contrapone la ciudad al campo. Si queremos tener una comprensión más amplia de las relaciones urbano-rurales, tenemos que trascender de un enfoque unitario en la producción material y examinar las formas más complejas en que se relacionan cultura, economía, clase y género, en la lucha cotidiana por sobrevivir en la Nicaragua neoliberal. La perspectiva desde el barrio ofrece una alternativa al concepto no diferenciado de la vida y los medios de subsistencia en la ciudad, y muestra las múltiples maneras como las personas y los hogares se van adaptando a las nuevas condiciones en la ciudad y la nación.

- 1 Utilizo el término "barrio" en vez de "vecindario" porque tiene una connotación más fuerte de lugar.
- 2 Los pocos estudios antropológicos sobre Managua se han centrado por lo general en los barrios. Véase, por ejemplo, Higgins y Coen (1992); y Lancaster (1992).
- 3 Véase Hoyt, 1997:57-62, también Polakoff y La Ramée, 1997:186-91. Ambos contienen análisis interesantes de la transformación de los Comités de Defensa Sandinista en el Movimiento Comunal. Aunque señalo que el activismo de barrio ha disminuido en algunos casos, este estudio también muestra que se han incrementado otras formas de activismo político, precisamente porque el Estado se ha vuelto menos sensible a las necesidades sociales.
- 4 De esta primera visita recuerdo que en la casa en la que me alojé tenían la colección completa de las obras de Lenin, y unos cuantos libros de otros autores. Los hijos pequeños de un vecino se llamaban Vladimir y Lenin.
- 5 En Monseñor Lezcano había tantas pulperías que un estudio sobre género y el sector informal realizado por FLACSO, en el que participé por corto tiempo, también concentró sus entrevistas en este barrio.
- 6 En 1992, la información de la alcaldía era contradictoria. Una fuente reportaba 3,115 hogares y 18,690 habitantes, mientras que otra reflejaba 2,500 hogares y 30,000 habitantes (o sea, unos 12 habitantes por hogar, el doble de lo que señalaba la primera fuente). Los habitantes del barrio tienden a calcular una cantidad que está entre las dos cifras, pero algunos consideran que en Monseñor Lezcano viven hasta 45,000 personas.
- 7 Esto le agregaría quince cuadras o más al barrio. Además, el cementerio ocupa otras treinta y seis cuadras. Véase Traña Galeano (1991) para una breve descripción de la historia del Cementerio General.
- 8 Este hospital, que data de la época de Somoza, todavía aparece como "Leprocomio" (colonia para leprosos) en algunos mapas del barrio. Aunque al principio estaba dirigido a los enfermos de lepra, hoy en día el hospital trata diferentes enfermedades.

- 9 Estoy muy agradecida con Grant Gallup porque sus conversaciones sobre esta calle y sus residentes me proporcionaron parte del material de estos párrafos.
- 10 Véase Kunzle, 1995:122-23 con respecto al mural *La Anunciación* o *Bajo el Volcán*.
- 11 El aspecto rural de Managua le preocupaba tanto al gobierno sandinista que en 1986 prohibió oficialmente que las vacas deambularan por la ciudad (Massey, 1987:102).
- 12 La Casa Ave María está ubicada cerca del límite entre el barrio Monseñor Lezcano y el barrio Javier Cuadra, nombrado así por el mártir sandinista. Con el cambio de límites entre los barrios, la Casa quizá esté técnicamente en el Javier Cuadra, pero aun así pagan los impuestos más bajos de Monseñor Lezcano y la gente considera que la calle es parte de este último barrio.
- 13 En la época sandinista, las ventas cerraban a menudo cuando no se podía reponer las existencias en las estanterías por la escasez y la falta de financiamiento.
- 14 Como ya se mencionó, muchos de los nombres de lugares han experimentando cambios en Managua a partir de 1990. Aunque el Mercado Roberto Huembes, nombrado así en memoria de un guerrillero del FSLN, el segundo mercado más grande de la ciudad ha sido rebautizado Mercado Central, todavía se le conoce popularmente por su nombre sandinista.
- 15 En 1996 averigüé que la compañía había sido vendida y se llamaba Industria Agrosa. Ahora empleaba sólo a unos 80 trabajadores y producía aceite, jabón y harina. Los trabajadores con quienes hablé contaron que cuando la Aceitera Corona estaba en su apogeo funcionaba las 24 horas y había llegado a emplear a 3,000 personas que trabajaban en turnos.
- 16 Alexandra Shutze y María del Socorro (Coco) Miranda Blanco, estudiantes de la Universidad Centroamericana, y en particular Ana Patricia Moreno, una estudiante nicaragüense graduada de la Universidad de Iowa me ayudaron con las entrevistas.
- 17 En este libro uso nombres ficticios para las personas del barrio, de las cooperativas urbanas, etc. sobre quienes trato extensamente, pero no quiero que se piense que es por falta de respeto. En algunos casos, sólo sabía su primer nombre, pero utilizaba el don o doña para referirme a estas personas por una cuestión de cortesía. De este modo podía mantener cierta privacidad y, al mismo tiempo, adoptar el tono de conversación informal que es tan común en Nicaragua. Utilizo nombres completos cuando se trata de figuras públicas que no tienen interés en ocultar su identidad.
- 18 Discursos raciales de este tipo son comunes en Nicaragua, incluso entre algunos que están más conscientes en materia de clase y género. Véase Lancaster 1992 para un debate sobre raza en Managua y Gordon 1998 para un extenso análisis del tema racial en la Costa Atlántica y en Nicaragua en general.
- 19 Más reflexiones sobre activismo previo y más reciente en el barrio se encuentran en un diagnóstico del Barrio Monseñor Lezcano preparado por el FSLN en lo meses previos a las elecciones de 1990.

Capítulo 5

El desmantelamiento de la revolución

Mujeres, cooperativas urbanas y neoliberalismo

En los años ochenta, los programas de estabilización y ajuste estructural se extendieron por toda Latinoamérica. Aunque el gobierno sandinista ya había introducido programas de ajuste estructural al final de la década revolucionaria, vendrían medidas más duras exigidas por el FMI y el Banco Mundial luego de las elecciones de 1990 cuando Violeta Chamorro asumió la presidencia. Estas medidas dieron lugar a un debate sobre sus consecuencias para los grupos sociales más vulnerables de nicaragüenses que, al igual que en otras partes, eran los pobres, las mujeres y los niños. Sin embargo, la historia reciente de movilización social en el país preparó a estos grupos de distintas maneras para que enfrentaran los devastadores efectos de los programas económicos neoliberales, circunstancia que marcó la diferencia entre Nicaragua y otros países latinoamericanos. Este capítulo muestra la diligencia con que las mujeres urbanas de bajos ingresos, uno de los grupos más afectados por los cambios políticos de la década de los años noventa, enfrentan condiciones laborales y domésticas cada vez peores.

Varios análisis han sentado las bases para una perspectiva crítica y de género respecto de los recientes efectos de las políticas de desarrollo que dependen de medidas de estabilización y ajuste (por ej. Elson 1991; Afshar y Dennis 1992; Benería y Feldman 1992). Sus autores han destacado la necesidad de prestar mayor atención a los hogares, donde la función de las mujeres es amortiguar estas medidas, con el argumento de que los planes de ajuste aumentan la cantidad de trabajo no remunerado de las mujeres en el hogar de formas que ameritan evaluación. Mi planteamiento es que si bien es cierto que se ha logrado una transformación necesaria en nuestro concepto del desarrollo económico al centrar la atención en el hogar y el trabajo no remunerado de las mujeres – aspecto destacado en la mayoría de investigaciones feministas – también lo es que tiene la misma importancia determinar cuáles son los efectos de los ajustes en las mujeres y cómo absorben su impacto a través del trabajo remunerado en y fuera del hogar. Es más, el trabajo de las mujeres, sea o no remunerado, está entrelazado inextricablemente, y así como el aumento de las labores domésticas puede limitar su participación en la fuerza laboral, también las dificultades cada vez mayores que enfrentan para ganarse la vida hacen que sea mucho más complicado el cumplimiento de las nuevas exigencias domésticas. Al adoptar esta postura, espero complementar otros análisis feministas de la política neoliberal y de ajuste estructural, y demostrar por medio de mi análisis del caso de Nicaragua que es necesario brindar mayor atención a las formas de participación política y económica de las mujeres que trascienden del ámbito del hogar.

Primero examino algunas consecuencias generales de las políticas de ajuste estructural para las mujeres y los hombres del Tercer Mundo, y luego analizo los efectos de estas políticas en Nicaragua y en especial en las mujeres tanto en el trabajo formal como informal, en pequeñas industrias y negocios de Managua. Me concentro en la situación de las socias de las cooperativas urbanas a las que di seguimiento a lo largo de los años que duró mi investigación y ofrezco algunos relatos sobre las experiencias de las cooperativas, desde su formación hasta

el presente. Analizo, asimismo, el creciente número de mujeres que trabaja en actividades informales, a menudo en hogares de barrios pobres y de clase obrera de la ciudad, como una respuesta al desmantelamiento de las cooperativas urbanas y del sector estatal. Concluyo el capítulo con el planteamiento de que ni las mejores estrategias diseñadas por mujeres para enfrentar la crisis económica han podido resistir el embate de las medidas de ajuste estructural, y de que quizá se haga necesario una vez más emprender una exhaustiva transformación estructural en Nicaragua.

Género y política neoliberal

En su análisis del sesgo masculino en el proceso de desarrollo, Diane Elson (1991:164) escribe que “los problemas macroeconómicos, tales como grandes déficits de la balanza de pago, altas tasas de inflación e índices de crecimiento muy bajos, tuvieron un efecto devastador en muchos países de Asia, África, Latinoamérica y el Caribe en los años ochenta”. Señala también que estas dificultades son producto de presiones internas y externas; a muchos países no les queda otra opción que acudir al FMI y al Banco Mundial en busca de asistencia financiera. Aunque no es mi objetivo hablar del tema en este libro, algunos problemas como el endeudamiento y el subdesarrollo del Tercer Mundo se derivan de su historia de colonialismo, dependencia del mercado mundial, y de la estructura cambiante de la acumulación de capital. En otras palabras, los problemas económicos globales se sienten con más fuerza en el Tercer Mundo, y muchas veces son consecuencia de las relaciones entre éste y el primer mundo.

Elson fue una de las primeras en cuestionar la supuesta neutralidad de género de los programas de estabilización económica y ajuste estructural, que son requisitos para recibir ayuda internacional. Estos programas incluyen planes para reducir la inflación, privatizar la industria, aumentar las exportaciones, liberalizar los precios y recortar el gasto público. Aunque podría plantearse una serie de preguntas relativas a

este modelo de desarrollo neoliberal orientado al mercado, que por lo general favorece a las elites en desmedro de las mayorías, tiene mayor pertinencia analizar las responsabilidades ocultas que las mujeres deben asumir en estos programas.

Como han señalado Elson y otros (Benería y Feldman 1992; Afshar y Dennis 1992), los programas de ajuste diseñados para racionalizar las economías y aumentar la competitividad se basan en conceptos macroeconómicos que son más aplicables a las economías globales que a empresas u hogares particulares. Por consiguiente, rara vez toman en cuenta el número desproporcionado de mujeres que trabajan en pequeñas industrias y negocios informales, quienes son las más susceptibles de sufrir los efectos de las nuevas políticas. Tampoco es muy probable que consideren que son las mujeres quienes deben adaptarse a las circunstancias para atender las apremiantes necesidades familiares cuando aumenta el desempleo, incrementan los precios de los alimentos y se reduce cada vez más el acceso a los servicios de salud y educación. Las autoridades que planifican el desarrollo pasan por alto las dificultades para estirar los presupuestos familiares, cuidar enfermos y, en general, tratar de sobrevivir en condiciones de estrés económico y psicológico por ser actividades no remuneradas que al parecer no afectan el mercado. Sin embargo, es cada vez más evidente que las mujeres no tienen una capacidad ilimitada para amortiguar el impacto del ajuste económico, y que muchos hogares sufren las graves consecuencias de la crisis provocada por las políticas recientes.

En aquellos países del Tercer Mundo donde los hombres aportan a la economía familiar, es común que contribuyan menos que las mujeres a sufragar los gastos del hogar y guarden la mayor parte para sus gastos personales aun cuando sus ingresos sean generalmente más altos. En cambio, las mujeres tienden a destinar casi todos sus ingresos a cubrir las necesidades colectivas, sean o no las únicas proveedoras (Blumberg 1991). La desigualdad de género en los servicios no remunerados que éstas prestan a sus familias se hace incluso más evidente debido a que dedican más tiempo que

los hombres al mantenimiento de la familia. La desigualdad de poder económico va acompañada de conflicto y violencia doméstica contra las mujeres, un problema social preocupante que está empezando a llamar la atención pública, sobre todo debido a su activismo. Por lo tanto, si no sólo nos interesan las medidas globales de desarrollo económico, sino también la equidad, es preciso que analicemos qué pasa en el hogar para descubrir los patrones de distribución de recursos, la división del trabajo según las diferencias de sexo, y las relaciones de género en el seno del hogar (Tinker 1990).

En un análisis de la microdinámica de clase y género que se produce cuando los hogares responden a los ajustes estructurales de carácter macroeconómico, Lourdes Benería (Benería y Feldman 1992:viii) describe las profundas desigualdades que surgen. Si bien señala la ausencia significativa de propuestas alternativas al modelo neoliberal, considera que en vista de las importantes funciones que las mujeres desempeñan en y fuera del hogar, su participación en las acciones que se tomen para solucionar los problemas actuales será decisiva. En efecto, según Benería y otros (p. Ej. Elson 1992; Pérez Alemán 1992), señalan casos en que las mujeres se han organizado en movimientos sociales de base que con el tiempo pueden llegar a transformar las sociedades. La contribución de las mujeres nicaragüenses a este proceso durante el período revolucionario fue muy importante y no cabía duda de que estaban decididas a desempeñar un papel similar incluso en un contexto de drásticos cambios como el de los años noventa¹.

La economía nicaragüense durante el período sandinista

Cuando los sandinistas llegaron al poder después de una prolongada lucha contra la dictadura de Somoza, tuvieron que enfrentar problemas de subdesarrollo casi insuperables, como por ejemplo una población empobrecida, recursos mal administrados y servicios de salud y educación inadecuados. No obstante, en sus primeros años de gobierno llevaron a cabo

un amplio programa de reforma agraria, crearon una economía mixta y mejoraron las condiciones de trabajo. Asimismo, lograron que los servicios de salud y educación fueran accesibles para todos, y abordaron el tema de la desigualdad de género perpetuada a través de los medios de comunicación, las leyes y otras instituciones sociales. Trabajaron con las mujeres del campo y la ciudad a través de la organización de masas AMNLAE, contribuyendo así a desarrollar la conciencia revolucionaria de las mujeres y de la sociedad en su conjunto.

Sin embargo a los pocos años de gobierno, el conflicto civil supuso una economía para tiempos de guerra, lo que dejó un presupuesto insuficiente para mantener un crecimiento sostenido o seguir avanzando en la transformación social que se había puesto en marcha. Los analistas han descrito el período sandinista como una década de grandes esperanzas y profunda desilusión, porque el país luchaba por lograr cambios estructurales al mismo tiempo que se defendía de una agresión interna y externa².

La economía creció y los servicios sociales se siguieron ampliando hasta 1983, pero la presión se intensificó tanto que en 1985 se impuso un primer ajuste económico como un intento de estabilizar la economía. Alejandro Martínez Cuenca, miembro clave del equipo económico del gobierno sandinista (1992), describe el compromiso del gobierno de mantener una economía mixta al mismo tiempo que adoptaba medidas para reducir la inflación y permitir que prevaleciera el mercado. Sin embargo, señala que la guerra y el embargo económico desestabilizaron la economía. Mientras la economía formal se desmoronaba, el sector informal se ampliaba y servía como válvula de escape para el creciente desempleo. Aunque en su momento el gobierno realizó intentos de controlar la economía informal pues le parecía que socavaba la planificación estatal, algunos sandinistas llegaron a aceptar su importancia para mitigar la crisis.

Los desequilibrios económicos aumentaron en el transcurso de los años siguientes, con una inflación que alcanzó más de 1,300% a fines de 1987 y amenazó con volverse un problema tan serio como la contrarrevolución en lo concerniente

a la erosión de la base social (Martínez Cuenca 1992: 69). El alto costo de defender el país al mismo tiempo que continuaban los subsidios a los servicios sociales, como los de asistencia médica y educación, contribuyeron a una espiral inflacionaria y a un déficit enorme. En 1988, el gobierno puso en marcha el Programa de Estabilización y Ajuste con el objeto de revertir esta tendencia: de la producción y el consumo interno se pasó a la producción orientada a la exportación, se devaluó la moneda, miles de trabajadores del sector público fueron despedidos (una medida conocida como “compactación”) y hubo un recorte drástico de los servicios sociales. Unos meses después, el intento de liberalizar la economía se vio interrumpido por el huracán Joan que causó graves daños e implicó una costosa reconstrucción. En 1989 se tomaron medidas más rigurosas aún y algunos detractores de izquierda responsabilizaron al gobierno sandinista de no haber consultado antes de tomar semejante decisión “neoliberal”³.

Sin embargo, Martínez Cuenca y otras personas argumentaron que el programa no era ortodoxo sino heterodoxo, porque el gobierno siguió ofreciendo un paquete de arroz, frijoles y azúcar (AFA) a los empleados estatales y subsidiando necesidades básicas como el transporte, la electricidad y el agua. Aun así, el ajuste tuvo un alto costo social y las mujeres fueron las que resultaron más afectadas por estas medidas tanto en su carácter de trabajadoras en empleos menos seguros como en su papel de miembros de la familia responsables del cuidado de los hijos y el mantenimiento del hogar (Brenes et al. 1991b).

Son impresionantes los paralelos que hay entre las medidas tomadas por un gobierno revolucionario y las exigidas por el FMI y el Banco Mundial en otras partes de Latinoamérica. Aduciendo dificultades similares, a pesar del camino divergente por el que transitaba el desarrollo nicaragüense, el gobierno sandinista tomó una ruta establecida de vieja data para tratar de estabilizar la economía. En este caso, el propio gobierno fue el que decidió adoptar las medidas sin que éstas fueran impuestas desde afuera, una diferencia significativa.

Desde el punto de vista de las mujeres de escasos recursos y de la clase trabajadora, estas medidas podrían no haber tenido mayor importancia en momentos de penurias generalizadas. Sin embargo, hasta las que simpatizaban con los objetivos de la revolución nicaragüense se alarmaron cuando sus familias se vieron enfrentadas a una constante alza del costo de vida y a un alto nivel de desempleo.

Los despidos en el sector público contribuyeron a su insatisfacción y dieron lugar a que la cantidad de mujeres urbanas en busca de empleo en el sector informal fuera cada vez mayor. En la época del ajuste de 1988, un 61% de mujeres de Managua tenía empleo y entre éstas, muchas trabajaban de vendedoras y proveedoras de otros servicios en el sector informal. La compactación provocó que el número de mujeres creciera cada vez más en ese sector. Aunque quizá algunas trabajadoras menores de 40 años podrían haber encontrado empleo en el sector formal si no hubiera sido por los despidos, no les quedó otra opción que irse integrando al trabajo informal junto con mujeres mayores y aquéllas que eran cabezas de familia. Las mujeres se vieron con frecuencia en la necesidad de contar con más de una fuente de ingresos para sostener a sus familias (Brenes *et al.* 1991a).

Durante este periodo de crisis económica, cuando los hogares necesitaron de alguien que generara ingresos, un mayor número de mujeres intentó ingresar al mercado laboral. Las que buscaron empleo informal se enfrentaron a una mayor competencia que quienes buscaron trabajo en el sector formal. Estas últimas descubrieron que sus salarios reales eran insuficientes para sobrevivir y que podían ganar más en el comercio informal. Ya en 1985, el 60% de las mujeres que trabajaban se encontraban en el sector informal, en comparación con el 49% de hombres empleados en ese sector (Pérez Alemán 1992:245). Las mujeres siguieron experimentando niveles de desempleo más altos y salarios e ingresos más bajos que los hombres, una desigualdad especialmente crítica dada la proporción de hogares encabezados por mujeres (alrededor del 45% en Managua, según cálculos conservadores). Las mujeres

que trabajaban en la producción de artesanías y en pequeñas industrias también se vieron muy afectadas, ya que la mayor parte de los insumos disponibles se destinaba a las grandes industrias privadas y del Estado, y se aplicaban restricciones crediticias.

De ahí que cuando el gobierno de Daniel Ortega devaluó la moneda nacional y aplicó recortes masivos en el sector público, los resultados fueran devastadores para la mayoría de la población y especialmente duros para las mujeres de bajos ingresos. Estas medidas explican en gran parte la derrota electoral de los sandinistas casi dos años después, al igual que las diferencias de género en las elecciones, en las cuales votaron por la UNO más mujeres que hombres. Sin embargo, los programas de ajuste adoptados tanto por el gobierno de Violeta Chamorro como por el de Arnoldo Alemán han tenido consecuencias mucho peores. Aunque se reconoce que la privatización, los recortes del gasto social y la reducción del sector estatal son elementos clave de los ajustes estructurales, el ritmo al que estas medidas se aplicaron en Nicaragua fue aplastante, en particular para un país que se había acostumbrado a contar con una red de seguridad estatal para los más vulnerables de la sociedad.

El período postsandinista

Apenas asumió el poder, el nuevo gobierno adoptó el modelo neoliberal en un intento por estabilizar la economía. Algunos de los principales componentes del programa contemplaban la reducción del gasto estatal (recorte de empleos en el sector público y eliminación de los subsidios gubernamentales para alimentos, servicios públicos y transporte); el incremento del impuesto sobre ventas (lo cual afectó ante todo a los pobres porque gastan gran parte de sus ingresos en bienes gravados); la devaluación de la moneda; el aumento de las tasas de interés y la reducción del acceso al crédito; la privatización de las empresas estatales; la promoción de maquilas en la Zona Franca (en su mayoría industrias

textiles); y la eliminación de los aranceles de importación (lo que permite vender bienes importados más baratos a precios más bajos que los productos nacionales). Estas condiciones tan difíciles empujaron a unos 700,000 nicaragüenses a dejar el país a fin de buscar trabajo en otros lugares y enviar remesas para ayudar a sus familias a sortear los peores efectos del neoliberalismo⁴.

Francisco Mayorga, presidente del Banco Central en 1990, encabezó los esfuerzos del gobierno por estabilizar la economía con la introducción de una nueva moneda, el córdoba oro, pero éstos fracasaron y dejó su cargo a fines del primer año de la administración Chamorro. En marzo de 1991, Antonio Lacayo, secretario de la presidencia introdujo un plan monetario que contemplaba la devaluación monetaria, la cual anunció tan hábilmente que la oposición pasó un buen tiempo sin pronunciarse al respecto⁵. Sin embargo, la devaluación causó fuertes trastornos socioeconómicos pues los salarios reales cayeron y los precios de muchos productos básicos aumentaron hasta quedar fuera del alcance de la mayoría. Ese año, el Plan de Reconversión Ocupacional, financiado por USAID, ofreció hasta US\$ 2,000 de indemnización a los trabajadores del sector estatal dispuestos a renunciar a sus puestos de trabajo. En 1993, unos 30,000 empleados estatales (25% del total) renunciaron y muchos otros dejaron sus cargos en el transcurso de los dos años siguientes, algunos para pagar sus deudas y muchos más para empezar a vender comida y otros artículos domésticos en sus casas. El propósito de esta medida era que los trabajadores estatales se trasladaran al sector privado⁶.

Según la promoción televisiva, el programa estaba dirigido a las mujeres, ya que las animaba a trabajar por cuenta propia en los servicios y el comercio más que en las empresas productivas. La campaña publicitaria presentaba a una mujer que era propietaria de un salón de belleza y hacía hincapié en que así podía disponer libremente de su tiempo.

En 1992, el “Año de la Reactivación”, se procedió a ritmo acelerado a privatizar la industria y a producir para la exportación. Aunque se logró controlar la inflación, todos

los indicadores mostraban que nunca antes Nicaragua había tenido una depresión tan fuerte, con niveles de desempleo y pobreza sin precedentes en la historia del país. Entre 1990 y 1992, el empleo en el sector formal cayó 18%, pues muchos trabajadores dejaron sus puestos en salud, educación y otros servicios públicos. En este mismo año, el desempleo abierto entre la población económicamente activa se incrementó a 19% y el subempleo alcanzó un 45% (*Envío* 1992a: 18-20). En 1995, estas cifras habían aumentado a 20% y 54%, respectivamente, es decir que la tasa de desempleo se había duplicado respecto de la que se tenía en 1990 y era diez veces mayor que la de 1984 (Arana 1997: 84).

En 1994 se firmó un acuerdo de ajuste estructural reforzado con el FMI, conocido como ESAF por sus siglas en inglés. A cambio de estabilidad en la balanza de pagos, el gobierno tuvo que cumplir múltiples y estrictos requisitos. A pesar de las señales de crecimiento y recuperación de la macroeconomía, un año después surgieron nuevos problemas cuando el país no pudo cumplir con las exigencias del FMI. La deuda externa alcanzó la cifra de US\$ 11 mil millones, la más alta del mundo *per cápita*. Más aún, se mantuvo la brecha entre ricos y pobres, al igual que condiciones de pobreza generalizada. El costo social del plan se convirtió en un asunto político y el Proyecto Nacional impulsado por Antonio Lacayo fue blanco de críticas cada vez más fuertes.

En el marco del plan neoliberal, la reestructuración industrial ha afectado seriamente a los trabajadores de pequeñas industrias y comercios. Con el ingreso acelerado de industrias y productos extranjeros que rivalizan con los nacionales, la reducción de los créditos disponibles para la industria nacional, la eliminación de los subsidios y el control de los precios, los pequeños productores y vendedores se ven afectados por la escasez de las materias primas que necesitan para su trabajo y una demanda cada vez menor de los artículos que venden. La estrategia de establecer zonas francas, favorecer a las grandes industrias que son más competitivas en el mercado mundial, y reducir drásticamente los aranceles proteccionistas

sobre bienes importados, ha eliminado a numerosas pequeñas industrias y amenaza con debilitar a muchas otras. Por consiguiente, el sector informal se ha venido ampliando para absorber a los trabajadores desplazados de las industrias y de un sector estatal cada vez más reducido y “eficiente”.

Visto como algo inevitable por analistas occidentales del desarrollo, el gobierno e incluso algunos sandinistas, los ajustes estructurales han frenado la inflación, pero también han contribuido a que haya mayores niveles de desempleo, salarios reales cada vez más bajos, y un pronunciado declive del nivel de vida. El acceso universal a los servicios básicos de salud y educación en los años ochenta, se ha vuelto un privilegio de la clase media. Aunque hay muchos productos nuevos en el mercado, incluyendo artículos suntuarios, muy poca gente tiene los recursos necesarios para comprarlos. Las consecuencias particularmente duras de los ajustes estructurales para las mujeres han empezado a recibir atención en Nicaragua (Fundación Internacional para el Desafío Económico Global, FIDEG, 1991a).

Los investigadores han señalado que el impacto redistributivo de los ajustes ha sido en gran medida a expensas de las mujeres (Metoyer 1997; Stahler-Sholk 1997). Muchas veces los hombres constituyen la mayoría de los recién desempleados, mientras que las mujeres son más numerosas entre las subempleadas (Renzi y Agurto 1993). Puesto que éstas constituían la mayoría de los trabajadores estatales, los recortes en el sector público las afectó de manera desproporcionada y llevaron a muchas a integrarse al sector informal (Evans 1995). Las mujeres han amortiguado con mucha frecuencia el golpe provocado por la escasez de recursos tanto en el trabajo como en la familia al buscar nuevas fuentes de ingresos, estirar el presupuesto del hogar y proveer los servicios que el Estado ya no brinda. Cualquier éxito que puedan tener los ajustes estructurales en contribuir a la “productividad” y “eficiencia” depende de que las mujeres trabajen días laborales más largos, ya que son ellas las principales responsables de mantener a sus familias. Por supuesto que de este modo se mantiene en su

lugar la base estructural subyacente de la crisis económica y la desigualdad de género.

Como resultado de la reestructuración económica en la Nicaragua postsandinista, algunos sectores se extendieron mientras que otros se fueron reduciendo, pero las mujeres de bajos ingresos de todo el país tuvieron que luchar más por ganarse la vida y mantener a sus familias. En Managua, muchas recurrieron a la pequeña industria y al comercio, se organizaron formal o informalmente, y se establecieron en o fuera de sus casas. El gobierno ayudó muy poco a la pequeña y mediana empresa, tampoco al sector informal, donde la mayoría de nicaragüenses encuentra empleo, y en cambio confiaron en las fuerzas del mercado que favorecían a las industrias más grandes. Cuando por fin prestó atención a la pequeña empresa, el impacto fue limitado.

Mujeres y cooperativas urbanas

Durante los años de gobierno sandinista, muchos pequeños productores se organizaron en cooperativas urbanas y rurales. Según la Ley de Cooperativas, se necesitaban diez personas para formar una cooperativa productiva cuyos miembros trabajaban en un lugar común; y 25 para constituir una cooperativa de servicios, en la que sus socios trabajaran por separado y se reunieran para organizar y vender sus productos. Aunque se nombraba a uno de los socios como representante legal de la cooperativa, la toma de decisiones y otras responsabilidades eran colectivas. Las cooperativas formaban parte del proyecto estatal de formalizar y colectivizar las pequeñas industrias para aumentar la producción y fomentar unidad de clase entre los trabajadores. Estas cooperativas se beneficiaban de la distribución de materiales a bajo costo y de la ayuda del Estado para comercializar sus productos. Por lo general, los artesanos recibían una ayuda especial por su posición estratégica en la recuperación de la cultura tradicional, que los sandinistas consideraban parte de su proyecto de construcción de nación (Whisnant 1995; Field 1998).

Las mujeres se asociaron a las cooperativas recién creadas por las mismas razones que los hombres, pero también como parte de un esfuerzo deliberado por incorporarlas al proceso revolucionario⁷. Aunque las mujeres de la clase obrera se incorporaron a las cooperativas y las organizaciones de masas (por Ej. los CDS y AMNLAE), lamentablemente, en el hogar persistían relaciones de género tradicionales, lo cual hacía más difícil que estas mujeres asumieran nuevas responsabilidades y evitaran que los hombres las criticaran porque no cumplían a cabalidad con sus “obligaciones” familiares. Muchos hombres, incluso los que en principio apoyaban los derechos de las mujeres y su responsabilidad de participar en la economía nacional, temían perder el control de sus esposas si éstas accedían a la esfera pública. La justificación implícita o explícita se basaba en la idea tradicional de que el lugar apropiado para las mujeres es el hogar, no la calle. Algunas mujeres, incluyendo aquéllas cuyas familias tenían aspiraciones de clase media, cedieron a los cuestionamientos de su derecho como esposas y madres a participar en las cooperativas y se retiraron con resignación, pero muchas otras fueron parte activa en distintas tareas económicas y políticas realizadas lejos de sus hogares.

Aparte de un apoyo simbólico a las microempresas, las políticas nacionales de los gobiernos de Violeta Chamorro y Arnoldo Alemán no han favorecido a la pequeña industria sino a las industrias más grandes que son competitivas en el mercado mundial y han fomentado la inversión extranjera. Por supuesto que las cooperativas llevan el sello de la orientación política sandinista, la cual es incompatible con el modelo económico de libre mercado que rige en la actualidad. Se calcula que fracasó más de la mitad de todas las industrias pequeñas en el país a principios de los años noventa y las que sobrevivieron han enfrentado serias dificultades en el nuevo contexto económico y político (*Barricada Internacional* 1993).

El propósito de mi investigación etnográfica en Managua era realizar un estudio exhaustivo de las mujeres obreras para ofrecer una ventana a través de la cual observar los efectos de una situación política sujeta a cambios radicales

y las respuestas de las mujeres. Aunque las que trabajan en pequeñas industrias y comercios constituyen la mayoría de mujeres urbanas con empleo en el país, pocas veces han sido objeto de investigación⁸. Las cuatro cooperativas urbanas de las que trataré aquí se organizaron después del triunfo de la Revolución Sandinista, incluso una de ellas se formó en 1991 (cuando ya estaba en el poder Violeta Chamorro). Dos de las cooperativas estaban integradas por mujeres que realizaban actividades tradicionalmente femeninas, como la confección de ropa y la preparación de comida, mientras que las otras dos se dedicaban a trabajos no tradicionales (soldadura y producción de artesanías). Todas habían sentido el impacto de los cambios en las políticas económicas y las mujeres entrevistadas señalaron que se habían obligadas a hacer ajustes en el trabajo y el hogar para poder sobrevivir. Muchas veces se considera que estos ajustes son estrategias para hacer frente a la vida, pero también deben entenderse como una respuesta de las mujeres a las políticas económicas que impulsan el traslado de trabajadores del sector público al privado. Las mujeres absorben el impacto de la crisis económica en sus lugares de trabajo y en el hogar, y de este modo contribuyen al éxito de las mismas políticas que las marginan. Cada una de las cuatro cooperativas analizadas más adelante ejemplifica aspectos abordados en este capítulo. Primero, analizo la cooperativa de artesanías, donde pasé la mayor parte del tiempo como aprendiz y con la que tuve la relación más fuerte. Luego, presento las dos cooperativas de costura y panadería, que tenían distintos grados de compromiso con los ideales que dieron lugar a su formación. Por último, examino el caso de las soldadoras, un grupo dinámico de mujeres que se organizó a principios de los años noventa, pero que nunca resolvió las cuestiones relacionadas con su afiliación y compromiso antes de disolverse tan sólo dos años más tarde. La lucha por equilibrar el trabajo entre el hogar y la cooperativa, además del creciente ímpetu del neoliberalismo, volvió más precaria la vida laboral de los cuatro grupos.



Joyereros trabajando en la Cooperativa Francisco Estrada (un retrato del artesano-mártir cuelga de una de las paredes).

Cooperativa Francisco Estrada

Cinco joyeros y cinco artesanas que elaboran artículos de corteza de árbol se unieron en 1987 para trabajar en la casa de Marlene, una alemana que había llegado a Nicaragua en solidaridad con la revolución en sus primeros años⁹.

Juntos fundaron la Cooperativa Francisco Estrada, nombre del artesano y héroe nacional que fuera general del ejército de Sandino en los años veinte y cuyo retrato ocupaba un lugar prominente en la pared. Entre los hombres y mujeres que constituían el taller había expertos joyeros que trabajaban con plata, malaquita y coral negro, recursos propios del país, al igual que algunas mujeres especializadas en hacer tapices de pared y otros artículos de corteza del árbol de tuno que se encuentra en la costa del Caribe. Marlene e Iván, quien había sido productor de joyas durante veinticinco años, trabajaban juntos antes de que fundaran la cooperativa. Una de las mujeres, una artesana experimentada, capacitó a varias otras que se habían asociado a la cooperativa para producir artículos de

corteza, aunque poco tiempo después se retiró para trabajar de manera independiente. Carmen, Paola y Blanca, tres mujeres a quienes conocí en 1991 en el Festival del 52%, habían llegado en fecha más reciente. A pesar de la buena calidad de su trabajo, las ventas eran bajas y los compradores se limitaban a extranjeros que buscaban productos inusuales hechos por artesanos nicaragüenses o a los pocos clientes locales que podían permitirse el lujo de comprar artículos ornamentales. Dos joyeros dejaron la cooperativa en 1992 y los demás socios justificaron su partida afirmando que para ellos era difícil enfrentar colectivamente las condiciones de la crisis.

Yo pasé la mayor parte del tiempo con Paola y Blanca, las artesanas que trabajaban con corteza, y con las joyeras Marlene y Carmen. También llegué a conocer a los hombres, pero al principio me dediqué a ayudar a cortar y engomar las piezas de corteza para tapices, manteles individuales, portavasos y otros artículos, bajo la atenta supervisión de las dos artesanas. Este trabajo de aprendiz me dio la oportunidad de pasar más tiempo conversando de manera casual y observando el taller ubicado en un extremo de la casa de Marlene, que se encuentra en una zona boscosa un poco alejada del centro de Managua. Los miembros de la cooperativa siempre fueron generosos con su tiempo y, al igual que hice con los socios de otras cooperativas, también los visité ocasionalmente en sus casas. Una vez fuimos en mi camioneta a Granada durante la Semana Santa. Al llegar, alquilamos un bote para que nos llevara a una isleta en el lago Cocibolca donde disfrutamos de un picnic y momentos de esparcimiento. Las socias de esta cooperativa siempre me acogían con cariño cada vez que regresaba al país y llegué a considerarlas buenas amigas.

Marlene había sido artesana en Alemania antes de emigrar a Nicaragua en 1981. Trabajó como asistente técnica en el Ministerio de Cultura y más adelante con un grupo de artesanos, entre los que estaba Iván, antes de que formaran la cooperativa. Paola había ejercido de enfermera hasta que sus hijos pequeños demandaron su atención; para ella era realmente importante poder salir del trabajo, recogerlos en el colegio,

llevarlos a almorzar en la casa y después al taller cuando su esposo no estaba. Su sueño era estudiar administración de empresas. Blanca se unió a la Campaña de Alfabetización en 1980 cuando tenía 16 años, luego trabajó en un ministerio del gobierno hasta que fue hospitalizada durante seis meses por agotamiento. Aunque más tarde asistió a la universidad, dejó sus estudios para buscar trabajo y ganarse la vida. A veces llevaba a la cooperativa al hijo pequeño que tenía su esposo de un matrimonio anterior para que comiera con el grupo y jugara afuera de la casa. Soñaba con ir por su cuenta a buscar trabajo en Canadá, como había hecho su hermano. Carmen se había asociado a la cooperativa un par de años antes. Primero trabajó con corteza de árbol y luego aprendió el arte de hacer joyas, lo que le gustaba más. Varios de los joyeros y una mujer que cocinaba para los socios de la cooperativa pertenecían a una numerosa familia. Por lo general, los miembros de la cooperativa se llevaban bien y se identificaban con el sandinismo, aunque Paola siempre se sintió un poco fuera de lugar porque su esposo era opositor del FSLN; ella trataba de seguir siendo amable pero sin compromiso político. La cooperativa era miembro activo del Consejo Nacional de la Pequeña Industria (CONAPI), del que recibía insumos y otro tipo de apoyo¹⁰.

Para la producción de artesanías se compraban grandes piezas de corteza del árbol de tuno ya prensadas y planas. Luego las artesanas las planchaban para suavizarlas antes de cortarlas, engomadas y coserlas. Los tonos naturales del material, desde color hueso hasta marrón oscuro, les permitía hacer diseños abstractos o naturalistas resaltados con pespuntos (a veces inspirados en los diseños de la población indígenas que utilizó por primera vez corteza en la costa del Caribe de Nicaragua). Las mujeres han experimentado con carteras, estuches para lentes, billeteras, pantallas de lámparas, biombos, fundas de cojines y otros artículos de uso personal o doméstico. Aunque Blanca y Paola sólo habían estado seis meses en la cooperativa cuando las conocí, hacían su trabajo de una manera relajada pero eficiente. Se sentaban frente a

una mesa para cortar y pegar la corteza, utilizaban la única máquina de coser que funcionaba para respuntar y, por último, empleaban la tabla de planchar o la máquina de prensar para suavizar el producto ya terminado. Podía tomar hasta seis horas hacer un tapiz que luego se vendía en unos cinco dólares. Se empezaba por trazar un modelo para luego cortar, armar y pegar las piezas; después se planchaban hasta dejarlas planas, se cosían y volvían a planchar, luego se pegaban en otro pedazo de corteza para reforzarlas; se recortaban y cosían los bordes, y se planchaban una vez más. Uno de los primeros proyectos que tuve ocasión de observar fue encargado por AMNLAE. Se trataba de un intrincado diseño que contenía 141 letras pequeñas (que en cierto momento uno de los niños dejó caer al suelo) y conmemoraba a las Madres de Héroes y Mártires. La venta de los productos de corteza era siempre más lenta que la de joyas, las que mantenían a flote el taller.

Los joyeros realizaban gran parte de su trabajo alrededor de una mesa rectangular. Marlene, Carmen y los hombres con quienes trabajaban, se sentaban en bloques de madera tallados en forma semicircular. Cuando el trabajo era más minucioso empleaban sopletes y usaban anteojos de aumento para protegerse los ojos, mientras que para trabajar con coral y piedras semipreciosas se trasladaban a otra parte del taller donde estaba el equipo para cortar y pulir piedras. Hacían una gran variedad de anillos, pulseras, collares, llaveros y otros artículos; también realizaban reparaciones. Exponían sus productos en vitrinas de vidrio cerradas para que estuvieran protegidos y los clientes puedan escogerlos. A principios de los años noventa, la cooperativa dependía de recomendaciones verbales para atraer compradores a su taller.

Durante el gobierno sandinista, estos artesanos se beneficiaron, al igual que otras cooperativas, de la compra de materiales subsidiados y el apoyo del Estado para la promoción y comercialización de sus productos. En efecto, el gobierno les garantizaba un mercado y los miembros de la cooperativa decían entre bromas que durante un tiempo todos los sandinistas usaban joyas de coral negro y plata de la Cooperativa Francisco

Estrada. A menudo el gobierno exigía una gran cantidad de trámites burocráticos, a los que se oponían los miembros de la cooperativa. No obstante, se mantuvieron leales al FSLN y todavía hay algunos afiches políticos que decoran las paredes de su taller. Por supuesto que la situación cambió con el nuevo gobierno y para empeorar aun más las cosas, los artesanos no podían pagar las altas tasas de interés de los préstamos a los que tenían acceso a través de CONAPI, los cuales les hubieran permitido mejorar su trabajo artesanal. En consecuencia, tuvieron que reducir su producción y ahora ganan lo que pueden según la cantidad de piezas que producen y venden. Cuando dos artesanos colaboran en la producción de una pieza, comparten las ganancias. Hay semanas en las que no venden nada, en cuyo caso sólo llevan a casa un pequeño adelanto de su paga. En ocasiones surgen conflictos sobre la manera como se distribuyen las tareas (por lo general se comparten todas, aunque uno de los miembros se especializa en la preparación del coral para los joyeros) o sobre lo bien o mal que uno de los socios asume sus responsabilidades (como en el caso de un ex miembro que era alcohólico), pero en general el grupo suele resolver sus diferencias internas sin mayores problemas.

A pesar de las dificultades que enfrentaron a principios de los años noventa, los socios me hablaron de las ventajas que tenía trabajar en una cooperativa. Paola me dijo que apreciaba compartir riesgos e ingresos con todos los demás, no sólo lo que cada artesano generaba de su producción y ventas individuales. Mencionó además que las cooperativas suelen reunir a personas responsables, que se comprometen con el grupo, se unen por un sentido de solidaridad, aprenden unas de otras y comparten nuevas habilidades. En su pequeño grupo, casi todas cumplían una función específica, ya sea de coordinadora, tesorera, secretaria, o responsable de inventario. En principio, las reuniones mensuales permitían que todos los miembros participaran armoniosamente en la toma de decisiones, aunque en la práctica esta cooperativa, al igual que muchas otras, ha perdido socios que no se sentían cómodos compartiendo tareas colectivas o que se frustraban cuando bajaban las ventas.

Al igual que en el caso de la cooperativa de costureras Obreras Unidas de Textiles que examinamos a continuación, las artesanas tenían que invertir tiempo de producción en la comercialización de sus productos. Algunas se tomaban con frecuencia una tarde para visitar hoteles y tiendas que quizá se interesaran en vender sus joyas o artículos de corteza; también exploraban la posibilidad de exportar su trabajo a los mercados europeos. No obstante estos esfuerzos, sus ventas no aumentaban. Como estrategia trataban de utilizar nuevas técnicas y diseños para captar el interés de los clientes. Este enfoque ha tenido consecuencias negativas algunas veces, como cuando Paola y Blanca invirtieron muchas horas y materiales costosos en trabajar minuciosamente varios biombos plegables para sala y el cliente que los había encargado sólo dejó un adelanto y nunca llegó a cancelar el resto.

La cooperativa consideró la posibilidad de que las trabajadoras de corteza aprendieran también a hacer joyas (como hizo Carmen), en vista de que las ventas de estas últimas iban un poco mejor. Hasta ese momento se tenía el compromiso de producir artículos de corteza como una industria local que utilizaba materiales nativos para así promover una auténtica artesanía nicaragüense. Sin embargo, las últimas dos trabajadoras de corteza que quedaban dejaron la cooperativa en 1992. Ambas manifestaron necesitar más tiempo para estar en casa con sus maridos y sus hijos. Blanca, quien durante mucho tiempo parecía deprimida y sufría a menudo de dolores de cabeza, estaba bajo presión de su esposo para que se quedara en casa a cocinar, limpiar y cuidar a su hijo pequeño mientras él trabajaba en un supermercado¹¹. En el caso de Paola, los factores que precipitaron su renuncia a la cooperativa fueron los problemas de su hijo en el colegio y también que su esposo no quería que ella trabajara (aun cuando su casa quedaba a corta distancia de la cooperativa, de manera que su familia podía localizarla con facilidad cuando la necesitaran) sino que sólo dependiera de sus ingresos como propietario de una pequeña ferretería¹². No cabe duda de que el bajo nivel de ventas fue otro factor que influyó en las decisiones de las mujeres. Hacía mucho

tiempo que los joyeros prácticamente las subsidiaban y quizá se les considerara una carga para la cooperativa. En tiempos mejores no habrían tenido que enfrentar esta difícil decisión.

Asimismo, en 1992 la cooperativa buscó y recibió apoyo financiero de una ONG noruega para construir un taller aparte y ampliar su capacidad productiva en el área adyacente a la casa de Marlene. Después de meses de esfuerzo y muchas visitas a diversas oficinas, la CONAPI y la ONG autorizaron el préstamo que la cooperativa necesitaba para la construcción, que se terminó ese mismo año. Los artesanos esperaban que al aumentar su visibilidad y productividad, también crecerían sus ventas. Aceptaron a varias mujeres como aprendices de joyería (con ayuda financiera de esa ONG) e intensificaron sus esfuerzos por encontrar mercados fuera de Nicaragua¹³.

Marlene reconoció que estaban asumiendo un riesgo calculado al incurrir en deudas para ampliar su producción, pero el nuevo y espacioso taller, además del equipo recién adquirido, había mejorado el negocio y levantado la moral de los socios. Tenía la esperanza de que la cooperativa llegara a ser autosuficiente. Marlene también expresó la opinión de que los sandinistas se equivocaron al darles demasiada ayuda a los trabajadores, pues éstos no se esforzaban por lograr autosuficiencia. Quizás le preocupaba que la historia se repitiera si la cooperativa se volvía demasiado dependiente de la ayuda de la ONG. En efecto, a finales de los años noventa, los socios todavía no habían podido cancelar su deuda con la ONG.

La Cooperativa Francisco Estrada ha estado afiliada a CONAPI desde su fundación. Aunque los socios criticaban la nueva administración del Consejo por ejercer un liderazgo verticalista que no prestaba suficiente atención a las bases, esta última ha mostrado más dedicación que muchas otras al asistir a las reuniones y apoyar la organización. Marlene y Carmen han sido las más activas, y en CONAPI las consideran voceras de la cooperativa. Marlene me comentó que todas las personas que conocen a Carmen “se enamoran de ella” y por lo tanto se le ha designado para representar a la cooperativa. En 1993, Carmen fue enviada a Costa Rica junto con otros artesanos de CONAPI

para explorar las oportunidades de exportar a este país. Un par de años después, aceptó una invitación de CONAPI para viajar al Ecuador a fin de recibir mayor capacitación en la producción de joyería. Cuando fue elegida subsecretaria de CONAPI para Managua, le encantó estar más activa, pero renunció después de un período de prueba durante el cual vio que disminuían su producción e ingresos.

En 1996, Marlene y Carmen eran las únicas mujeres que todavía trabajaban en la cooperativa junto con nueve socios varones. Las ventas seguían bajas, la cooperativa dependía de que llegaran clientes al taller, aunque a veces vendían en alguna feria, de modo que los problemas de endeudamiento eran una preocupación constante. Empezaron a trabajar por separado, más que como socios de la cooperativa, para acostumbrarse a la cambiante situación. Cada uno administraba sus ventas particulares y su contabilidad. Marlene describió esta medida como una decisión más práctica que ideológica, aunque es coherente con el individualismo que caracteriza la economía de mercado. Ella seguía siendo la representante legal de la cooperativa, mientras que Carmen era la coordinadora.

Dos años después, Marlene me dijo que en su opinión la Cooperativa Francisco Estrada ya no era una sino una asociación de miembros que pagaban una cuota mensual por el espacio y los equipos que ella les alquilaba. Se mostró más escéptica que otras veces cuando me contó que algunos socios de la cooperativa estaban renuentes a asumir su responsabilidad personal, y que en la nueva organización era necesario que todos tuvieran su cuota. Desde el punto de vista técnico ya no son una cooperativa, pues no han sido capaces de pagar la deuda que tienen con CONAPI y la ONG, y han dejado de estar afiliados al Consejo. Había diferentes opiniones entre los miembros del grupo acerca de si todos debían colaborar para pagar la deuda o si Marlene se había hecho cargo de ésta. Parece que la cooperativa fue dejando de funcionar poco a poco y a pesar de que conserva algunas de sus características, hay socios que se sienten menos “cooperativizados”. Unos hombres que recién se habían unido al grupo decían que se

sentían “como en una familia” en la cual trabajaban todos juntos. Es evidente que los distintos intereses de los miembros son objeto de negociación durante este período de transición.

Carmen había dejado la cooperativa para entonces y tenía una pequeña venta en su casa donde despachaba gaseosas, leche, dulces, pan, azúcar, jabón y otros productos. Me contó que después de haber trabajado diez años en la cooperativa, las ventas habían bajado tanto que ya no podía seguir allí. Estaba empezando a coser y hacía artículos de baño con adornos, que esperaba vender en las tiendas de Managua. La acompañé a llevar unas muestras de su trabajo a la Cooperativa Francisco Estrada para enseñárselas a Marlene, quien se mostró cortés pero no muy dispuesta a recibirlas, y a un par de tiendas cuyos dueños dijeron que considerarían la posibilidad de encargarle a Carmen sus trabajos. Luego me confesó que estaba aburrida de trabajar sola en su casa y que extrañaba el taller.

Marlene había emprendido un nuevo proyecto, que un amigo de Costa Rica ayudó a financiar, para complementar sus ingresos y con la idea de jubilarse en el futuro. Había construido varias casitas de un dormitorio, con cocina y baño, en el bosque alrededor de su casa, las que pensaba alquilar por períodos cortos o largos. Entre las otras mujeres que habían dejado la cooperativa, Paola había empezado a preparar sopa de mondongo en su casa, que servía de almuerzo para unos seis conductores de buses y mecánicos del colegio al que asistían sus hijos. Me contó que era un trabajo duro y que los hombres le ensuciaban su casa, pero así podía complementar los ingresos que la familia necesitaba. Blanca no había vuelto a visitar la cooperativa, pero se decía que seguía viviendo en la misma casa con su hijastro y esposo, aunque se sabía que éste tenía otra mujer.

Esta cooperativa, al igual que otras que describo más adelante, ha enfrentado algunos problemas internos, pero por lo general los socios han trabajado mucho para establecer un ambiente de trabajo positivo y un negocio viable. Los artesanos de la Cooperativa Francisco Estrada son conocidos por la buena calidad y el diseño de sus productos, pero las ventas

han bajado porque llegan menos turistas a Nicaragua, y las nicaragüenses rara vez compran este tipo de objetos de adorno personal. Además, aquéllas que pueden comprarlos a menudo encuentran joyería importada y otras artesanías de países vecinos a mejores precios. Si han sobrevivido más tiempo que muchas otras cooperativas es por la calidad y singularidad de su trabajo, además de que en los últimos años se han visto beneficiados, como vimos, con ayuda internacional a través de una ONG. Por ahora, Marlene describe la cooperativa como un “pieza de museo” en la Nicaragua neoliberal. Si bien algunos funcionarios del gobierno sostienen que muchas pequeñas industrias fracasan debido a la baja calidad de sus productos y su limitada capacidad administrativa, el ejemplo que ofrecemos aquí es indicativo de que las nuevas políticas favorecen a las industrias más grandes y los bienes importados, lo cual perjudica incluso los mejores esfuerzos de muchos pequeños productores.

La Cooperativa de Obreras Unidas Textil

En 1983 nació la Cooperativa Obreras Unidas Textil (OUT) como una cooperativa de servicios, a raíz de la urgencia que tenía el gobierno sandinista de que los pequeños productores se organizaran. Las mujeres de la cooperativa cosían ropa en sus casas y luego se turnaban para venderla en su pequeña tienda en el céntrico distrito del Mercado Oriental de Managua, donde tenían como cuatro colgadores de ropa y cada una ganaba según vendiera las prendas que producía. Su área de venta constaba de espacio para reuniones, un pequeño altar a la Virgen sobre una mesa, y una cocina. Elvia, la coordinadora de la cooperativa, y otras cuatro socias habían sido elegidas para ocupar cargos anuales, pero fueron reelegidas durante gran parte de los años noventa. Elvia acostumbraba ir a la tienda todos los días y cada mes se organizaban allí las reuniones de las socias para decidir la rotación de las tareas. Un gran letrero mostraba los nombres de las dos responsables de la tienda y de las otras cuatro mujeres que trabajaban como personal de apoyo.



Socias de la Cooperativa Obreras Unidas Textil posan en la puerta de su tienda. La cooperativa se disolvió posteriormente.

Al igual que en otras cooperativas de servicios formadas durante el gobierno sandinista, las socias de OUT se beneficiaban de la disponibilidad de materiales a bajo precio, en este caso hilos y telas, y de la ubicación céntrica de su tienda para comercializar sus productos, sin perder el derecho a vender en su casa. Disfrutaban de la amistad de otras socias y como muchas otras cooperativas, se unieron a CONAPI. La cooperativa empezó con 68 miembros (incluyendo a dos hombres), pero como resultado de la recesión económica que sobrevino después del ajuste estructural de 1988, el número de socios se redujo a 29 mujeres, cantidad que en principio, aunque no siempre en la práctica, se ha mantenido estable. Muchas de las mujeres restantes son socias fundadoras, personas de mediana edad o mayores, para quienes la cooperativa es una especie de familia a la que deben lealtad. Así como en otras industrias pequeñas, ellas consideran que el origen de sus problemas reside en el apoyo de los gobiernos neoliberales a las grandes industrias en nombre del “libre mercado”. Sin embargo, los productores de prendas de vestir fueron los más

golpeados cuando la ropa nueva y usada proveniente de Estados Unidos y otras partes del mundo empezó a inundar el mercado a precios más baratos que los productos nacionales. Una de las mujeres me dijo: “El libre mercado nos está afectando y no vendemos”. A fines de los años ochenta, muchas socias se retiraron para buscar otro trabajo. Las que quedaron se vieron obligadas a reducir operaciones debido a las escasas ventas y el estancamiento de la producción. Varias socias activas tuvieron que buscar fuentes adicionales de ingresos, por ejemplo vender gaseosas y otros artículos en sus casas mientras que otras, irónicamente, empezaron a vender ropa usada. Como dijo una de ellas: “Las compañeras entienden que lo hago por necesidad”. Entre las que empezaron a vender ropa había quienes iban todos los días, aunque a regañadientes, a un mercado cercano donde pasaban más compradores, pero en la noche cosían en sus casas. Algunas mujeres también vendían en la tienda y diversificaban así su estrategia de comercialización.

Cuando conocí a estas mujeres, estaban desmoralizadas porque el gobierno ofrecía muy poco apoyo a los pequeños productores o a CONAPI, la que a su vez no se encontraba en capacidad de hacer préstamos a sus afiliados. Asimismo, mientras más personas trabajaban por cuenta propia o en la pequeña industria, mayor era la competencia. Lo que más les perjudicó fue el apoyo a la gran industria y la preferencia por los bienes importados, en especial la ropa. Algunas contaban que había semanas en que no vendían nada. Lograron seguir adelante únicamente en virtud de su dedicación al trabajo y “amor por la cooperativa”.

Entre las integrantes del grupo había grandes diferencias de edad, educación, situación familiar y clase social. Elvia, la coordinadora del grupo, era una mujer mayor, de origen humilde, que vivía con su familia en la parte norte de Managua. Teresa, que trabajaba muy activamente de voluntaria regional en CONAPI, era una madre soltera de mediana edad que también provenía de la clase obrera. A pesar de sentirse muy motivada, se encontraba atrapada en una difícil situación económica. Una de las socias mayores era Julia, de 70 años,

viuda, que había trabajado de costurera durante treinta años. En su casa tenía siete máquinas de coser que ella, su hija y varias empleadas habían utilizado hasta principios de los años ochenta cuando tenía suficiente trabajo para coser a domicilio y llevar sus prendas dos veces al día a un vendedor en el Mercado Oriental. Ahora sus máquinas se mantienen prácticamente ociosas y se dedica a vender ropa usada y gaseosas. Otra socia de nombre Margarita era más joven y su esposo trabajaba de soldador en Canadá, de donde mandaba remesas a la familia. Ella tenía el nivel más alto de escolaridad, pues había asistido a la universidad durante un año. Se encontraba en una situación económica mucho mejor, que le permitió contratar a su hermana y a cuatro mujeres más para que cosieran con ella en su casa a fin de producir y vender camisas por docena. Aunque por lealtad vendía algunas camisas en la tienda de la cooperativa, comercializaba la mayoría de sus prendas a través de intermediarios que las llevaban a los mercados de las zonas rurales. Muchas mujeres eran jefes de familia y, por lo general, tenían en común su compromiso con la cooperativa y el sandinismo.

Según Elvia, las dificultades de la cooperativa se remontan al año 1988, cuando el gobierno sandinista aplicó el ajuste estructural y aumentó la competencia al liberalizar el mercado, lo cual obligó a unas cuarenta socias a retirarse. Me contó que los años siguientes fueron “precarios” y en 1992 terminaron “ahogándose”. Según CONAPI, de las treinta cooperativas de prendas que había en 1988, sólo quedaban doce en 1992. Ese mismo año, cuando visité la tienda, pude ver que los colgadores de ropa estaban casi vacíos y había muy poca clientela. Las mujeres seguían acudiendo a la tienda según el turno que les correspondiera, pero lo hacían ante todo para cuidar la propiedad y compartir la comida del medio día que preparaban juntas; todas comían, aunque algunas no pudieran pagar, y se acompañaban en momentos de desaliento. Se rieron y estuvieron de acuerdo cuando les conté que una mujer me había dicho que en Nicaragua “los ricos se están volviendo pobres y los pobres se están volviendo desgraciados”. Algunas

expresaron resentimiento hacia CONAPI porque sentían que las había utilizado como “caballito de batalla”. A pesar de elogiar su compromiso y trayectoria relativamente larga, cuando los tiempos se pusieron difíciles no les había ofrecido ningún apoyo. Como me explicó Teresa, sentían particular decepción porque el nuevo presidente de CONAPI había sido parte de la industria de vestuario, pero había cambiado a tiempo de rubro para evitar los problemas que ellas enfrentaban ahora. Creían que a él le tocaba la responsabilidad de asesorarlas, pero que sólo había velado por sus propios intereses.

La cooperativa quedó sola a la hora de tomar la difícil decisión de si vender su tienda y disolverse, o resistir un tiempo más. En aquel entonces, sólo Margarita cosía y vendía con regularidad. Cuando les pedí una camisa blanca de colegio para mi hijo, una mujer que hacía tiempo no había vendido nada aceptó de inmediato y me hizo la camisa para el día siguiente. Ese año, en mi última visita a la tienda, encontré a las mujeres muy desanimadas, se sentían derrotadas, con un solo colgador de ropa para vender. A estas alturas, todas las prendas eran de segunda mano procedentes de Estados Unidos. Las mujeres culpaban a las industrias textiles de la Zona Franca de haberles quitado el negocio a las empresas nacionales de confección. Esa tarde parecía que no esperaban clientes y de hecho, nadie llegó. Elvia resumió la situación de la siguiente manera: “La verdad es que nuestras posibilidades de sobrevivir son mínimas”.

Aun así, me sorprendió que la tienda hubiera desaparecido cuando regresé a Nicaragua a principios de 1993. Luego supe que las socias de la cooperativa la habían vendido a un pequeño comercio contiguo, que había absorbido el espacio para agrandar su establecimiento con el fin de vender ropa. Aunque las versiones difieren, Elvia me aseguró que a fines de 1992 la cooperativa había arrendado su tienda a los propietarios del local vecino. Sin embargo, en los últimos meses no habían pagado la renta y se justificaban diciendo que las socias de la cooperativa no eran las legítimas propietarias sino que habían recibido la tienda en la así llamada “piñata” (nombre

acuñado cuando los sandinistas vendieron las propiedades del Estado a precios irrisorios justo antes de dejar el poder). Las mujeres poseían el título de propiedad que probaba que eran las dueñas, pero no tenían los recursos necesarios para contratar a un abogado y llevar el caso a los tribunales¹⁴. En el transcurso de las siguientes semanas, localicé a las socias que todavía se identificaban activamente con la cooperativa y habían llegado a un acuerdo básico para trabajar en o fuera de su casa. Aunque hablaron de tratar de hallar otro espacio donde trabajar juntas de nuevo, estaban cambiando de dirigencia y preparándose para retomar el negocio en la casa de la nueva coordinadora, de nombre Teresa. Ésta se había dedicado a realizar trabajo voluntario en CONAPI y aceptó asumir esta función, pero parece que Elvia volvió a ser coordinadora en los años siguientes.

Debido a que la producción de ropa de la cooperativa ha sufrido una drástica disminución, algunas socias invierten más tiempo en vender en sus casas y en la calle. Varias entre ellas también ofrecen zapatos y otros artículos. Otras se han concentrado en satisfacer la demanda de nuevos uniformes de colegio a principios de año o vestidos para Semana Santa. Aquéllas que siguen cosiendo enfrentan dificultades cada vez mayores para encontrar hilos y telas de calidad aceptable a precios razonables; ahora tienen que invertir más tiempo en buscar materiales. Algunas mujeres viajan con regularidad a otros países centroamericanos para comprar implementos de costura o ropa ya hecha a precios más bajos.

En 1993, cuando las mujeres ya no tenían un local central donde reunirse periódicamente y vendían en sus casas o en tramos en el mercado, oí hablar de algunas desavenencias entre ellas. Varias socias estaban descontentas con Elvia por no haber asistido a las reuniones de CONAPI y no haberlas mantenido informadas de las oportunidades que surgían. Las mujeres más jóvenes querían que Teresa fuera la coordinadora, ya que por su prolongada relación con CONAPI podía mantenerlas al tanto de las reuniones, talleres, recursos y programas de crédito. Algunas se quejaban de que tal como estaban las

cosas, no tenía sentido sostener reuniones como cooperativa si no había información útil que compartir. Sin embargo, no perdían la esperanza de que el grupo pudiera recuperar algún día la unidad que una vez tuvo.

Unos meses más tarde, las mujeres alquilaron un pequeño espacio en una zona comercial a poca distancia de las oficinas de CONAPI donde esperaban vender ropa. No obstante, la estrategia no parecía muy buena, pues no atraían clientes y el local lo utilizaban como almacén. Elvia le había pedido por fin a Teresa que la reemplazara como coordinadora. Ésta aceptó y expresó la opinión de que debían encontrar un taller céntrico donde las mujeres pudieran coser con mayor eficiencia y tener más probabilidades de éxito. A manera de ejemplo, una vez me llevó a visitar una cooperativa de costura que tenía un lugar bastante amplio para que sus socias pudieran trabajar¹⁵. Me dijo: “Las mujeres reclaman el espacio al que tienen derecho”, con la esperanza de reactivar lo que había sido Obreras Unidas Textil. Durante mis visitas en 1996 y 1998 no observé ningún cambio de importancia en la cooperativa; seguía con el mismo nombre y bajo el cambiante liderazgo nominal de Teresa y Elvia. A veces había un poco de tensión entre las dos, como pude darme cuenta cuando llevé a Teresa de visita a la casa de Elvia. En esa ocasión, la más joven se mostró abiertamente envidiosa de la buena suerte de Elvia porque ésta había obtenido un préstamo y conservaba su salud, dos cosas que Teresa no había logrado.

Las políticas de ajuste contribuían al desempleo y a los altos precios de los alimentos y reducían seriamente el poder de compra de los clientes, lo cual amenazaba con arruinar el negocio. En una época en la que se favorece la importación de ropa, las mujeres tenían que luchar con mayor ahínco para mantener las ventas; por ejemplo, ampliaban su horario laboral, diversificaban su producción y mercado, y viajaban a distancias más grandes para comprar materiales y vender. De este modo, no sólo mantenían a sus familias y a sí mismas sino que también subvencionaban el proceso de ajuste estructural con su voluntad de trabajar más y resistir las dificultades. Casi todas eran mujeres mayores y no contaban con ninguna

seguridad para el futuro, aparte del apoyo social que se ofrecían mutuamente. Como dijo Julia: “Nos encontramos paralizadas por este gobierno”.

Los panaderos industriales de Managua

La cooperativa más grande de servicios de panadería, Cooperativa de Industriales Panificadores de Managua (COOIPAM) fue fundada en 1979. Aunque la mayoría de los socios estaba integrada por hombres, muchos de ellos tenían esposas que trabajaban con ellos y también estaban representadas varias mujeres propietarias de panaderías. Los panificadores se beneficiaban de materiales básicos como harina, a precio más bajo, que la cooperativa les suministraba y se unieron a CONAPI cuando se estableció esta organización en los años ochenta. La cooperativa tenía un local amplio en un barrio obrero adyacente a Monseñor Lezcano, donde se reunían sus dirigentes. La primera vez que visité la oficina en 1991, Tomás, el coordinador central, me dijo que COOIPAM aglutinaba un total de 162 panaderías (unos años atrás había más de 400); asimismo, me comentó que muchas estaban concentradas en ciertos barrios, por ejemplo, en Ciudad Jardín, cerca del Mercado Oriental. Las panaderías que llegué a conocer mejor a lo largo de los años estaban concentradas en el barrio Bello Horizonte, en el lado este de la ciudad.

Como cooperativa de servicios, los socios panaderos trabajaban por lo general en su casa. A principios de los años noventa, la mayoría ya se encontraba en dificultades para obtener financiamiento y materiales a precios razonables. Tomás comparó desfavorablemente esa época con el periodo sandinista, cuando había más apoyo para los pequeños productores. La cooperativa de panaderos era la única que quedaba, pues otras diez habían fracasado. Tomás atribuía esta capacidad de sobrevivir a la voluntad que tenían de “reclamar sus derechos”. La cooperativa, en colaboración con CONAPI, ofrecía más servicios a sus miembros en mejores circunstancias, como seguridad social, atención médica, transporte y asistencia



Una trabajadora de una panadería.

a las familias al fallecer uno de sus miembros. En ese momento el beneficio principal para los socios era tener acceso a materiales como harina, azúcar y manteca a precios más bajos; además, no pagaban cuotas, aunque sí se esperaba que compraran en la cooperativa para solventar los gastos administrativos.

Al parecer los productores de pan tienen la ventaja de trabajar en un negocio que genera una demanda constante; sin embargo, mientras más panaderías se abren, más competencia hay, y las empresas más grandes son las que tienen mayores posibilidades de éxito. Algunos panaderos dijeron que habían cambiado con los tiempos y ahora ofrecían productos populares como pizza y repostería. En una panadería donde realicé varias entrevistas, la familia estaba orgullosa de tener una hija con estudios universitarios que manejaba la contabilidad y administraba la empresa, lo que sin duda había contribuido a la buena marcha del negocio. Otra familia de panaderos (de la que trataré más adelante) había monopolizado el mercado en un barrio de la ciudad: la madre vendía cerca de una rotonda y su hija administraba su propia panadería a sólo

una cuadra de allí. La hija tenía espacio para una media docena de mesas donde los clientes podían sentarse a disfrutar de su repostería y tomar algo. No obstante, hasta en estas empresas más afortunadas la producción disminuía considerablemente y la pérdida de ingresos amenazaba la supervivencia económica de las familias.

En algunos cuantos casos, la experiencia ha sido muy diferente. Una de las panaderías que visité tenía veinticinco años de existencia. El propietario tenía 26 empleados, además de algunos familiares que trabajaban con él, y poseía dos edificios y cuatro camiones. En este caso, el dueño manifestó que durante el período de Somoza su producción era de 200 quintales (20,000 lb) de pan cada semana, pero ésta se había reducido a cinco quintales en la época de los sandinistas. A principios de los años noventa, la producción volvió a subir hasta alcanzar 120 quintales y su panadería se afilió a COOIPAM. No obstante, sentía que ya no tenía ninguna conexión con la cooperativa. Se quejaba de que en el tiempo de los sandinistas “no nos dejaban trabajar” y resentía la estructura cooperativista. En otra panadería, tan grande como para tener vallas en la ciudad, la hija del dueño me describió la situación actual. La panadería se había mantenido abierta desde 1978 con la familia y 16 empleados. A los hombres se les contrataba sobre todo para hacer el trabajo de hornear, que es más pesado y mejor pagado; tanto las mujeres como los hombres se ocupaban de mezclar la masa del pan, y las mujeres se encargaban de empacarlo. Ella me explicó que COOIPAM fracasó por las deudas que tenía con el banco, y que están pensando en afiliar la panadería directamente a CONAPI o a otra asociación gremial. En la actualidad, su panadería recibe asistencia de una ONG, lo que le ha permitido a la hija del dueño seguir un curso de administración de empresas en la universidad. Por su preparación, su padre le consultó sobre qué tipo de afiliación, independientemente de cualquier ideología, sería mejor para ellos.

A principios de 1992, COOIPAM dejó de funcionar porque los abastecedores de harina habían empezado a vender

directamente a las panaderías, a buenos precios. Al no poder competir, la cooperativa puso en venta sus oficinas y equipo, y las panaderías que visité empezaron a trabajar como empresas independientes¹⁶.

Pensaban que no tenía muchas ventajas estar afiliadas a una organización sindical que también luchaba por sobrevivir. Un año después, no se había vendido el local de la cooperativa y los socios seguían tratando de deshacerse de unas veinte calculadoras, diez máquinas de escribir y algunos archiveros. Tomás, el coordinador, quien antes era muy activo, todavía llegaba con regularidad a vender una pequeña cantidad de pan, quizá con la esperanza de reactivar la cooperativa, y a veces los dirigentes aún celebraban reuniones allí. Su planteamiento era que si vendían el edificio de oficinas podrían pagar en su totalidad la enorme deuda que tenían y pensar en comprar un local más pequeño. Desde su punto de vista, aun cuando la cooperativa no tenía capacidad de cumplir con todas las funciones para las que estaba destinada, no había cesado de abogar por los derechos de los panaderos ni de protestar por el alza de los precios y ofrecer algunos materiales a precios más bajos que los de mercado. Tomás ofreció algunos ejemplos de la rapidez con que aumentaban los precios (cuando cinco córdobas equivalían más o menos a un dólar estadounidense), como ocurrió con el quintal de harina cuyo costo era de 70 córdobas en octubre de 1992, 105 en enero de 1993 y 125 en marzo de ese año. Igual sucedió con el precio del azúcar, que aumentó de 93 córdobas en diciembre de 1992 a 125 en marzo de 1993 (los socios podían comprarla en la cooperativa por 120 córdobas). Con los precios en alza y el costo cada vez más alto de la gasolina, el pan se estaba convirtiendo en un artículo suntuario para los consumidores de bajos ingresos y los desempleados.

Tomás hablaba apasionadamente del potencial de las pequeñas empresas para el desarrollo del país, las que según él daban empleo a una mayoría de nicaragüenses. No obstante, también me dijo que “La política neoliberal y el desempleo no permiten que la gente se gane la vida” y siguió diciendo

que mientras los sandinistas prestaban especial atención a las pequeñas industrias, “ahora el gobierno las está asfixiando y sólo ayuda a las grandes empresas”. Me preguntó si yo estaba de acuerdo con la afirmación de que en todas partes del mundo, menos en Nicaragua, los gobiernos protegían a la industria nacional. Hoy sólo les va bien a las panaderías más grandes, como la Panadería Plaza España (ubicada en el centro, con un área elegante para café y repostería) que tiene 38 empleados y distribuye sus productos en muchos supermercados. Los dueños de las panaderías en general estaban divididos entre los que adoptaban la actitud del gobierno neoliberal con respecto a la conveniencia de la libre competencia y los que añoraban la época sandinista. Todos, incluyendo a Tomás, eran críticos de CONAPI y señalaban su falta de apoyo a las cooperativas, fueran o no partidarios de que COOIPAM continuara. Todos estaban desmoralizados por la situación económica que disminuía aún más el consumo del pan, ya que muchas familias compraban tortillas y plátanos como sustitutos más baratos.

Dos panaderías cuyas propietarias eran mujeres, a las que di seguimiento desde 1992 hasta 1998, son ilustrativas de aquéllas que lucharon toda la década para seguir abiertas. Estas panaderías, de madre e hija respectivamente, estaban ubicadas en una calle al este de Managua donde viví varios meses. La panadería de Luz, la madre, tenía más clientela, debido en parte a su ubicación cerca de una rotonda, y contaba con siete empleados, cinco hombres y dos mujeres, además de la ayuda de familiares. Luz era una mujer de casi sesenta años y su esposo, con quien tuvo tres hijos, estaba jubilado. Aunque había manejado la panadería por casi treinta años, me dijo que su esposo jamás quiso que trabajara para vivir y nunca había estado de acuerdo con su decisión, pero parecía orgullosa de haber tenido éxito hasta este momento. Vendía directamente al público y también distribuía a tres supermercados en un camión de su propiedad. Disfrutaba de estas actividades y decía no tener problemas con los trabajadores, pero sí pensaba que la falta de crédito bajo el nuevo gobierno dificultaba su negocio. Luz señaló que antes su panadería producía diez quintales de

pan al día y ahora sólo entre tres y cuatro. A pesar de ser una sandinista declarada que participó en COOIPAM y CONAPI, decía que el fin de su conexión con estas organizaciones había constituido una pérdida insignificante para su negocio, porque éstas ya no podían proveerle de materiales a precios competitivos ni ofrecerle ningún otro tipo de ayuda. Sin embargo, extrañaba la solidaridad de los afiliados y la capacidad de las pequeñas industrias para enfrentar al gobierno en temas como el alto costo de los impuestos, de la electricidad y del agua. En síntesis, Luz describió la situación como “peor que en tiempos de Somoza”, la más difícil que había visto en todos sus años de vida.

Su hija Laura tenía una panadería un poco más pequeña a menos de una cuadra de distancia, en la que también funcionaba un restaurante que manejaba con la ayuda de tres empleados, dos hombres encargados del horno y una dependienta. Cuando viví en una casa vecina por algunos meses, le compraba el pan y otros productos para la familia donde me alojaba, mucho antes de hacer las entrevistas. La misma Laura compraba los ingredientes en el mercado dos o tres veces a la semana, tomaba parte en la producción y administraba la panadería. Se había especializado en hacer pizza y por eso le había dado el nombre de Pizza Pan a su establecimiento. Además de pan y pizza, también hacía repostería y vendía gaseosas a los clientes.

Laura ha vivido en Managua durante los últimos veinte años y ha tenido la panadería desde 1990. Estudió en España, donde obtuvo su diploma de educación secundaria, y vivió dos años en Washington, DC antes de volver a reunirse con su familia y trabajar en la panadería de su madre. Durante los años ochenta trabajó en una cooperativa de costura, pero se retiró cuando la economía se contrajo y la ropa usada inundó el país. Laura tenía 34 años, su esposo era un profesional con empleo fijo y tenía dos hijos que estaban en un colegio privado. Consideraba que la panadería era un negocio independiente y sostenía que en la actualidad no tenía sentido pertenecer a una cooperativa, cuando podía conseguir mejores precios si compraba directamente a las compañías productoras de

harina que si lo hacía través de COOIPAM o CONAPI. No obstante, extrañaba los talleres y reuniones, y le parecía que la competencia de libre mercado debilitaba su negocio. Además de salario, sus empleados recibían alojamiento y alimentación, y para compensar sus costos tenía que mantener abierta la panadería siete días a la semana en lugar de seis como hacía antes (los trabajadores tienen un día libre, por lo que se turnan). No obstante esta medida, el negocio generaba menos ingresos que cuando empezó.

En 1993, Laura tuvo que despedir a dos de sus empleados para reducir costos y trató de captar más clientes ofreciendo mayor variedad de productos, los que anunciaba en un gran rótulo en la puerta. Además de adquirir un televisor a colores (que atraía a clientes que llegaban a ver novelas), había colgado algunas plantas cuando remodeló el local un año antes, como un intento más por captar un público más amplio. A pesar de la remodelación y la oferta de nuevos productos, como palomitas de maíz, caramelos, cigarrillos y revistas, Laura me contó que el negocio estaba malísimo. La pizza todavía se vendía bastante bien, pero la producción de pan había disminuido mucho. Al igual que su madre, se sentía comprometida a mantener la calidad, aun cuando tuviera que reducir el tamaño de sus barras de pan, y fue por eso que logró conservar algunos clientes fieles. No obstante, decía que las ventas eran tan bajas no sólo por la competencia en la producción de pan sino también porque los nicaragüenses habían reducido su consumo de pan al empeorar la economía. Aunque se podía considerar de clase media según los criterios locales, Laura limitaba los gastos del hogar: compraba comida más barata, no salía a comer con mucha frecuencia, y no iba de vacaciones a la playa más que una vez al año. Dedicaba prácticamente todo su tiempo a la panadería y al restaurante, desde las 9 de la mañana hasta las 10 de la noche.

Cuando visité estas dos panaderías a finales de los años noventa, encontré que Luz y Laura seguían trabajando “con las uñas” en momentos en que la economía neoliberal ahogaba a las industrias pequeñas. Luz me contó que ahora producía 80%



Un letrero anuncia la venta del edificio de oficinas de COOIPAM.

menos pan que en 1990; ya no vendía a los supermercados, sólo al público. Con menos empleados, su día laboral se ha prolongado a 12 horas, desde las 6 de la mañana hasta las 6 de la tarde, y trabaja “como una mula”. Recordaba la época en que manejaba su carro y podía ir a restaurantes o al cine, pero ahora ya no tiene transporte y no se puede permitir el lujo de salir a comer o a ver una película. Me dijo que seguía adelante “por la gracia de Dios”. La estrategia más reciente de Laura fue dejar de hacer pizza y volver a preparar platos de comida para la hora de almuerzo. Tenía la esperanza de que todavía pudiera enviar a sus hijos –que en la actualidad asisten a un colegio católico– a la universidad.

Por último, se vendió el edificio de oficinas de COOIPAM a un taller mecánico y no se adquirió ningún otro local. La experiencia de la cooperativa indica que si bien algunas personas atribuyen la responsabilidad de sus dificultades actuales a CONAPI o a la propia cooperativa de panaderos, es evidente que sus problemas se derivan de la creciente competencia y falta de apoyo estatal en una economía controlada por las fuerzas

del mercado. Las costumbres alimentarias hacían prever que los consumidores seguirían acudiendo a las panaderías locales, pero las circunstancias económicas más bien obligaban a muchos a comprar pan producido industrialmente como Pan Bimbo (mexicano), que podían encontrar en los supermercados, o a consumir alimentos sustitutos. Aunque los panaderos eran tan ingeniosos como los productores de prendas de vestir, los dos grupos señalaban que se había venido recortando radicalmente la producción, algunas veces hasta a la mitad; mientras que aquéllos que tenían la buena fortuna de seguir trabajando veían cómo disminuían las ventas.

La cooperativa de soldadoras

En 1991, doce mujeres desempleadas fundaron la cooperativa de soldadoras después de que terminaran un curso de diez meses de formación técnica en soldadura. Asimismo, participaron en talleres de sensibilización organizados por el programa vocacional del SINACAP (posteriormente Instituto Nacional Técnico - INATEC), a fin de prepararlas para un trabajo que tradicionalmente no realizan las mujeres¹⁷. Esta organización del Estado siguió apoyándolas, en particular la directora de la sección femenina, de nombre Gabriela, que estaba dedicada a ofrecer oportunidades a mujeres para aprender oficios distintos a los que usualmente se consideran “femeninos”, como costura o servicios de alimentación. Gabriela seguía trabajando con aquéllas que adoptaban oficios no tradicionales después de su capacitación porque, como me dijo, muchas veces carecen del apoyo de sus familias y comunidades.

Justo después de que estas mujeres empezaran a trabajar juntas, se exhibió una muestra de su trabajo en el Festival del 52% donde conocí a varias de ellas. La inauguración de su taller, ubicado en uno de los centros de AMNLAE en Managua, se efectuó dos meses después. Según lo acostumbrado, Gladys Báez, la coordinadora nacional de AMNLAE, había sido invitada a hablar y a cortar la cinta ritual para destacar

la importancia de la ocasión. En el centro del local estaban en exhibición algunos de los artículos hechos por el grupo, incluyendo varias sillas, una mesa y una estantería para cocina, junto con otros equipos (la mayoría donados por organizaciones internacionales) como sopletes de soldar, un yunque, un tornillo de banco, una pulidora eléctrica, martillos, serruchos, limas, escudos de protección, gafas protectoras, mandiles de trabajo y guantes. Las soldadoras habían preparado refrescos, que estaban dispuestos sobre una mesa al fondo, y colocado sillas para los visitantes. La puerta de entrada estaba decorada con lazos de papel crepé rojo – las mujeres también habían hecho las rejas de la puerta– al igual que el espacio de trabajo. Después de darnos la bienvenida, Isabel, la coordinadora del centro de AMNLAE, que hacía de asesora de las soldadoras, nos presentó a una de las mujeres de más edad del grupo (la mayoría tenía entre veinte y cuarenta años), quien conmovió a sus oyentes al hablar sobre la importancia de la capacitación de las soldadoras y la oportunidad que tenían de trabajar juntas. Luego Báez saludó a todos, habló sobre el valor de estas mujeres al realizar un oficio no tradicional y señaló que “el trabajo no tiene sexo”. Procedió a criticar la embestida de las políticas de la Presidenta Chamorro contra la clase trabajadora y estableció la conexión con el imperialismo occidental. Después, nos guió hacia la entrada donde cortó la cinta de papel crepé y dio por inaugurado el taller. Terminada la ceremonia, pusieron música a todo volumen y ofrecieron un refrigerio a los invitados. Esa tarde conocí a Doris y María Elena, las dos coordinadoras del grupo de las soldadoras, y a otras socias.

Empezaron con mucho ánimo a producir sillas y mesas de hierro forjado, maceteras y verjas para ventanas y puertas. Las organizaciones que las apoyaban les encargaron algunos trabajos, incluyendo SINACAP (CONAPI y Casa Ave María, que también habían expresado interés, al final no las contrataron). Desde el inicio hubo problemas. Dos de las mujeres renunciaron inmediatamente después de la capacitación por razones personales y de salud; cuatro trabajaban todo el día, pero otras seis sólo medio tiempo porque tenían hijos que cuidar. Este

arreglo pudo haber sido una manera de acomodarse a la falta de equipo y espacio. El grupo se desbandó sólo un par de años después, cuando decidieron terminar con la “colectiva” (como la llamaban, porque nunca se pusieron de acuerdo sobre un nombre). Las mujeres se mantuvieron ocupadas durante los primeros meses, pero luego los pedidos disminuyeron y las averías en el equipo limitaron su capacidad de producción. De vez en cuando me detenía en el taller, pero sólo encontraba a un par de soldadoras conversando o preparando algo de comer porque había surgido algún problema que les impedía trabajar. Si la ausencia de las mujeres no estaba relacionada con el trabajo, muchas veces se debía a la familia, la enfermedad de un hijo o la insistencia del marido de que su esposa se quedara en la casa.

Por otra parte, cuando tenían encargos, las mujeres trabajaban con entusiasmo y un sentido de propósito. Estaban orgullosas de haber aprendido todos los aspectos del trabajo, de manera que se podían rotar en las tareas de cada día, dependiendo de las herramientas y el equipo disponible. Las mujeres estaban tratando de obtener préstamos que les permitieran comprar más metal y otros materiales. Les pregunté qué necesitarían, por ejemplo, para hacer las rejas de las puertas de 6 x 4 pies que son típicas de muchas casas nicaragüenses. Doris me dijo que una puerta así podría tomarles a las diez mujeres alrededor de una semana. Primero tendrían que adquirir las barras de hierro necesarias en una ferretería; luego de medirlas y cortarlas, empezarían a martillarlas para darles forma; después soldarían todas las partes y, por último, las pintarían. Un sencillo frutero (que parece una cesta de alambre para bicicleta) podía tomarles todo un día de trabajo a dos mujeres. Mientras una de ellas sostiene los pedazos de alambre, la otra se encarga de soldarlos. Cada cierto tiempo tienen que parar y poner la base del frutero en el yunque con el objeto de martillarlo y darle forma, para luego alisarlo en la rueda de pulido. El trabajo es laborioso ya que la soldadura tiene que aplicarse con sumo cuidado para que el trabajo no se arruine. Teniendo en cuenta que hacer un contenedor de fruta

costaba más o menos 30 córdobas y se vendía a 50, cada mujer ganaba más o menos 10 córdobas (US\$ 2). Las mujeres me contaron que todas ganaban igual de acuerdo con el trabajo colectivo que hacían y trataban de dividir las ganancias cada semana.

Además de las coordinadoras elegidas, la asociación tenía una secretaria y una tesorera; las socias hablaban de la necesidad de que alguien se especializara en comercialización. Doris y María Elena explicaron que ellas hacían el mismo trabajo que las demás soldadoras, pero también tenían otras responsabilidades. Me contaron que les gustaba el trabajo, la independencia que les ofrecía y la flexibilidad de los horarios. Entre las mujeres había una evidente camaradería que se expresaba en la calidez de su conversación, los cigarrillos compartidos y el contacto, la risa y el canto durante el tiempo que pasaban juntas. La oportunidad de trabajar tenía especial valor en una época en que la situación económica era tan difícil y había un alto nivel de desempleo. Como dijo María Elena, “las mujeres son siempre, siempre, las más afectadas, debido a los bajos ingresos y las responsabilidades familiares”. Cuando preguntaba sobre las dificultades que enfrentaban, muchas veces las oí decir que los problemas eran externos y sólo necesitaban tiempo para levantarse. Sin embargo, más tarde, cuando hubo más confianza entre nosotras, me enteré de que el origen de los problemas internos del grupo era la manera como Doris y María Elena distribuían el trabajo. Había quienes pensaban que a las coordinadoras les faltaba capacidad de liderazgo.

También surgieron diferencias cuando CONAPI trató de lograr la participación de esta asociación y envió a tres representantes varones al taller para que conversaran con las soldadoras. Encabezados por Antonio Chávez, entonces vicepresidente de CONAPI, los hombres se reunieron con ocho soldadoras y con Isabel, la coordinadora del centro de AMNLAE, que se había autonombrado asesora. Sentados en círculo, los hombres explicaron las ventajas de asociarse formalmente a CONAPI, incluyendo ayuda para establecer



Las coordinadoras de la asociación de soldadoras en una construcción.

un taller permanente, recibir mayor capacitación y acceder a préstamos, además de pertenecer a una organización que abogaba por los intereses de la pequeña industria en negociaciones con el gobierno. Por una cuota mensual de cinco córdobas, alrededor de un dólar, también se entregaba a los socios una tarjeta que les permitía recibir beneficios de salud y de otra índole. Isabel los interrumpió para decirles que la afiliación de las mujeres al SINACAP era suficiente para satisfacer sus necesidades y que quizá CONAPI no prestaría suficiente atención a los problemas de las soldadoras. Isabel parecía estar argumentando en términos feministas que las mujeres perderían su autonomía con un liderazgo dominado por los hombres. Después de que éstos expresaran que la decisión estaba en manos de la asociación, las soldadoras, con Doris al frente, manifestaron su interés en afiliarse a CONAPI. Mientras Chávez describía la sección de mujeres de la asociación, Isabel intervino otra vez para decir que CONAPI se preocupaba sólo de los problemas económicos de las mujeres y no de otros asuntos de género. Como ella

insistía, los otros parecieron impacientarse y, por último, se dio por terminada la reunión.

Después de la reunión, Isabel me confió en privado que en su opinión CONAPI era muy machista y que la coordinación era el verdadero problema de las soldadoras porque estaban mal organizadas. Su actitud hacia ellas era condescendiente y suponía que no eran capaces de tomar decisiones informadas por su cuenta. Luego, cuando entré al taller, las soldadoras me incluyeron en su conversación confidencial. Me contaron que estaban listas para unirse a CONAPI y que si bien se habían beneficiado del apoyo de SINACAP y del centro de AMNLAE, pensaban que tenían que sacar adelante a la asociación por su cuenta. Aunque en ese momento estaban decididas a seguir en contacto con CONAPI, su afiliación no llegó nunca a formalizarse. Más adelante me dijeron que en su opinión ellas eran más necesarias para el Consejo que al revés; también mencionaron el fracaso de muchas cooperativas. Por último, decidieron mantenerse independientes y continuar usando el taller de AMNLAE hasta lograr condiciones para tener su propio local.

Durante su primer año de trabajo juntas, las soldadoras recibían visitas de otras personas que ofrecían ayudarlas a conseguir más trabajo. Una asesora técnica estadounidense llegó con un empresario nicaragüense para hablar de aspectos de publicidad y cómo atraer compradores. El hombre que hablaba en ese momento también se vio interrumpido por Isabel, que recordó con nostalgia el pasado revolucionario. Él respondió que aunque era bueno recordar el pasado, las industrias pequeñas necesitaban organizarse de otra manera, ya que “el capitalismo es la fuerza y la razón de existir en este mundo”, pero Isabel siguió hablando acerca de su papel y el de su esposo en la revolución y dijo que deseaba que las “muchachas” tuvieran en cuenta otro análisis de la realidad. Al inicio las soldadoras intercambiaron miradas y se sonrieron, pero luego empezaron a impacientarse y hablar entre ellas. No obstante, la asesora técnica siguió adelante diciéndoles que no sólo estarían vendiendo sus productos sino también a sí mismas,

y que necesitaban desarrollar estilos personales más eficientes. También ofreció ayudarlas a encontrar un nombre comercial para que pudieran anunciar su negocio. El empresario agregó que las soldadoras no deberían referirse a sí mismas como una “colectiva” sino más bien como una “empresa”, escoger un “nombre capitalista” (por Ej. Tecnoarte) y utilizar tarjetas de presentación. Aunque parecía que las soldadoras habían tomado en serio estos consejos, nunca los aplicaron con la justificación de que su prioridad era conseguir financiamiento.

Con el tiempo, quedó claro para mí que las soldadoras estaban sujetas a distintas presiones por las diferencias entre la asesoría de Isabel de AMNLAE y de Gabriela de SINACAP (esta última pensaba que el grupo se podía beneficiar de la afiliación a CONAPI, y que Isabel se oponía por temor a perder control sobre el grupo). Las propias soldadoras se esforzaban por independizarse más de sus asesoras y de una serie de asistentes técnicos, pero también enfrentaban otros problemas que abarcaban desde dificultades en el trabajo hasta asuntos familiares. Sólo unos cuantos meses después de la inauguración de su taller, cuatro mujeres ya se habían retirado por razones de salud, motivos familiares y falta de trabajo, mientras que las seis restantes sólo obtenían trabajos esporádicos, por lo general de gente que deseaba extenderles una mano para ayudarlas. Con frecuencia, las mujeres llegaban al taller sólo para ver si había algún pedido, después salían juntas a comprar los ingredientes para preparar su almuerzo (algo muy parecido a lo que hacían las mujeres de Obreras Unidas Textil antes de perder su tienda).

A finales de 1991, sólo tres soldadoras del grupo original eran todavía miembros activos del grupo. Las responsabilidades familiares y la falta de trabajo mantenían alejadas a las otras mujeres, incluyendo algunas que tenían la esperanza de reanudar su trabajo. La mujer mayor que había hablado con tanto apasionamiento en la inauguración, se había retirado para atender a sus cinco hijos (el menor con problemas de salud), además de otros dos que vivían con ella y su esposo, a pesar de que la casa la “sofocaba”. Otra mujer de 23 años que tenía

tres hijos, dejó de asistir cuando uno de ellos se enfermó y luego ella misma también cayó enferma. La más joven de las socias del grupo, de tan sólo 16 años, se casó con un hombre que no le permitía seguir trabajando y casi de inmediato quedó embarazada de su primer hijo.

Ocho nuevas socias habían empezado un curso de capacitación y parecían entusiasmadas cuando me reuní con ellas, pero a los pocos meses sólo quedaban tres. Doris suponía que el costo del transporte al centro de capacitación resultaba prohibitivo cuando las mujeres carecían de trabajo asalariado. Unos meses más tarde, María Elena, que coordinaba la cooperativa en conjunto con Doris y según algunas soldadoras era demasiado individualista para el grupo, se fue a trabajar con un soldador. Antes me había revelado en privado sus dudas sobre el trabajo colectivo, en especial cuando todas eran mujeres. María Elena no fue la única mujer integrante de los grupos a los que di seguimiento que expresó el punto de vista cultural dominante, según el cual las mujeres no trabajan bien juntas. No cabe la menor duda de que las mujeres siguieron siendo objeto de discriminación debido a que su trabajo no era tradicional, aun cuando esta actitud se viera compensada por la opinión de que las mujeres eran más cuidadosas y hacían mejor su trabajo.

A pesar de estos reveses, las otras soldadoras concibieron varias estrategias para la supervivencia del grupo. Además de seguir incorporando a mujeres recién capacitadas, consultaban con más personas sobre cómo promocionar su trabajo. Se designó a una mujer del colectivo para gerente de publicidad, que empezó por realizar una encuesta entre las demás con el fin de que expresaran sus ideas sobre cómo darse a conocer en la ciudad. Las mujeres siguieron recibiendo algunos pedidos por medio de recomendaciones verbales y a través de INATEC. El futuro parecía incierto en vista de la naturaleza competitiva del trabajo en soldadura. Las que se quedaron en el grupo dependían en general de otras fuentes de apoyo familiar para poder superar ese difícil período. Hubieran podido reconsiderar su incorporación como cooperativa a fin de acceder a préstamos a través de CONAPI, pero ahora que el número de soldadoras se

había reducido tanto era imposible. Las mujeres hablaron sobre la posibilidad de convertirse en microempresa, entidad legal que funciona con un máximo de cinco trabajadores y podía obtener algunas ventajas del gobierno para tener mayores probabilidades de hacerse acreedoras a un préstamo.

Durante este tiempo, dos voluntarias del Cuerpo de Paz de Estados Unidos se acercaron a las soldadoras para ofrecerles ayuda. Ambas, una de ellas con experiencia en soldadura y la otra en microempresas, plantearon la posibilidad de trabajar con el grupo. Ofrecieron impartir talleres dirigidos a mujeres en pequeños negocios y también animaron a las soldadoras a solicitar préstamos o subvenciones para su desarrollo. Las soldadoras podían solicitar financiamiento para el taller a USAID por una suma máxima de US\$ 2,000, fondo que sería administrado a través del Cuerpo de Paz, pero necesitaban demostrar que tenían voluntad de reunirse y preparar una propuesta y un presupuesto. Sin embargo, para cumplir con este requisito las mujeres tenían que invertir más tiempo no remunerado antes de ver un buen rendimiento. Éste era un lujo que no podían permitirse, sobre todo cuando sus esposos y familiares habían perdido la esperanza de que alguna vez tuvieran un negocio viable. Además, necesitaban un local permanente para su taller, algo cada vez más incierto en vista de que AMNLAE estaba analizando qué otros usos darle a sus instalaciones. A estas alturas, las soldadoras enfrentaron más problemas todavía, pues les habían robado parte del equipo del taller. Era evidente que las soldadoras tenían una actitud ambivalente ante la idea de participar en más cursos y talleres de capacitación que las voluntarias del Cuerpo de Paz programaban constantemente. Éstas eran mujeres jóvenes, dedicadas a su misión, que sin lugar a dudas deseaban cambiar las cosas en beneficio de las soldadoras. No obstante se estaban impacientando por su aparente falta de seriedad, ya que muchas veces programaban talleres y se encontraban con que sólo aparecían una o dos soldadoras, y a menudo con atraso. Una mañana, después de numerosos intentos de planificar una sesión sobre cómo desarrollar una microempresa, las voluntarias llevaron materiales de capacitación pero no se presentó ninguna

soldadora. Al revisar los materiales, observé que se había puesto énfasis en encontrar un producto comerciable, ejemplificado con el “Caso de Cleo”, una mujer que había producido camisetas teñidas con la técnica del *batik* y las comercializó con gran éxito). Era inevitable pensar en los enormes malentendidos culturales que podían surgir en estos esperados encuentros y en las escasas probabilidades de que cualquier “capacitación” lograra eliminar los obstáculos estructurales que enfrentaban las soldadoras tanto en el trabajo como en el hogar.

A las voluntarias del Cuerpo de Paz y a mí nos sorprendió el anuncio de que las soldadoras estaban a punto de recibir un préstamo sin intereses por US\$2,000 de INATEC, a condición de que tomaran un curso de dos semanas sobre gestión de préstamos. Las voluntarias expresaron su frustración porque las soldadoras no les habían consultado esta decisión. Unas dos semanas después se supo que el nuevo curso de capacitación había sido suspendido por inasistencia. Las mujeres citaron razones personales para explicar su ausencia, por ejemplo, el esposo de una mujer no le daba permiso para asistir a clases porque eran de noche (al principio había insistido en que su hija de siete años la acompañara). No obstante, Isabel reprendió con dureza a las mujeres, hasta hacer llorar a una de ellas, y les dijo que si no completaban el curso, no podrían incorporarse al colectivo ni recibir su préstamo.

El colectivo de soldadoras ya se había disuelto en 1993. Doris, la única mujer soltera y ex coordinadora del grupo, adujo obligaciones familiares de las socias y expresó su desilusión por no haber podido seguir trabajando juntas. La falta de trabajo, la pérdida del equipo (supuestamente robado), la incertidumbre con respecto al uso del espacio en el centro de mujeres y la reciente exigencia de Isabel de que las soldadoras entregaran la mitad de sus utilidades al centro de AMNLAE influyó sin duda en la decisión que tomaron de regresar a sus casas, aun cuando Doris argumentó que se debió a “los celos de los esposos”. Su apasionado compromiso de trabajar como soldadora y la visibilidad obtenida por medio de un artículo corto que se escribió sobre ella en el diario *Barricada*, la llevó a asociarse,

aunque por poco tiempo, con varios soldadores. Sin embargo, un año después, empezó a trabajar de secretaria en el hospital de mujeres de Managua. Supe que María Elena había aceptado una invitación para viajar a Estados Unidos con un grupo de nicaragüenses que iba a recibir capacitación técnica, y otra mujer encontró trabajo en una maquila taiwanesa en la Zona Franca. Parecía que la mayoría había decidido quedarse en casa y varias me confiaron su sensación de aislamiento y frustración.

Una breve comparación entre las condiciones actuales de las cooperativas que aquí se examinan revela tanto las diferencias como las similitudes. Aunque COOIPAM, la cooperativa de los panaderos, dejó de funcionar, varias panaderías se mantuvieron abiertas de forma independiente, aunque debieron hacer ajustes considerables tanto en el trabajo como en el hogar. El colectivo de soldadoras fue el único de los cuatro que se disolvió por completo, debido en gran parte a las necesidades y expectativas familiares que llevó a las mujeres de vuelta a casa y las alejó del trabajo asalariado. En el caso de Paola y Blanca, que dejaron su trabajo de artesanía con corteza en la Cooperativa Francisco Estrada, también se adujo que las necesidades familiares fueron la razón decisiva de su salida. Las costureras de Obreras Unidas Textil siguieron identificándose con su cooperativa, aunque era evidente que la mayoría estaba compuesta de mujeres mayores con hijos adultos, lo que disminuía la presión de renunciar a su trabajo (que de todos modos realizaban a domicilio). Aunque estos ejemplos de las exigencias familiares y del hogar que enfrentaban las mujeres en pequeños negocios y cooperativas pudieran interpretarse más bien como resultado de circunstancias individuales que de cambios en las condiciones políticas y económicas, opino que las dos razones están estrechamente vinculadas. Como ya he señalado, el ajuste estructural trajo consigo mayores responsabilidades para las mujeres en el hogar por el recorte de los servicios sociales, el aumento del costo de salud y educación y la disminución del ingreso familiar. Las demandas sobre el tiempo y la energía de las mujeres, que por lo general se dividen entre la familia y el trabajo, se agudizan sobre todo en

condiciones de austeridad y ajuste. En determinado momento ya no es posible alargar más las horas del día y las mujeres tienen que negociar soluciones “personales”. Aunque los sandinistas no terminaron con los privilegios masculinos, el concepto conservador de la familia de los gobiernos posteriores los ha fortalecido. De ahí que los asuntos de género y poder estén estrechamente vinculados con el cambiante contexto político y económico en el período neoliberal.

Las mujeres en el sector urbano informal

A medida que las mujeres van perdiendo terreno en las cooperativas y en otros empleos en el sector formal de Managua, muchas se refugian en una vida precaria en el sector informal urbano. En este ámbito, la producción y el comercio en pequeña escala, que con frecuencia se realiza en el hogar, no se beneficia de leyes de protección o de la representación de una organización gremial. Aunque los ingresos en el sector informal suelen ser bastante bajos, hay una gran variedad de actividades económicas y de personas que las llevan a cabo (Chamorro, Chávez y Membreño 1991)¹⁸. Sin embargo, lo que sorprende es la preponderancia de las mujeres en el sector y las cargas adicionales que experimentan como resultado de la división de género en el trabajo. J. P. Pérez Sáinz y R. Menjívar Larín resumen las diferencias de género en el sector informal urbano en toda Centroamérica y las limitaciones impuestas a las mujeres como sigue:

Los hombres y las mujeres tienen una presencia que se diferencia en el sector informal. Respecto de los hombres, sus motivaciones individualistas y una pequeña contribución al trabajo doméstico les permite, en algunos casos, participar en una informalidad dinámica, a diferencia de las mujeres, para quienes las consideraciones domésticas y familiares limitan seriamente dichas posibilidades y las confina en la mayoría de casos a trabajos informales de subsistencia. Así, los factores asociados a las diferencias de género, como se expresan en

la esfera reproductiva, extienden su influencia al mundo informal (1994: 447).

Desde hace ya algún tiempo, casi la mitad de la población económicamente activa de Managua trabaja en el sector informal urbano, pero durante los últimos años éste ha experimentado un fuerte crecimiento. Durante el gobierno sandinista se instó a los trabajadores informales a ingresar al sector “formal” a través de las cooperativas y empresas estatales. Estos primeros esfuerzos de persuasión se volvieron más agresivos y se empezó a inspeccionar, otorgar permisos y gravar con impuestos a las personas que seguían en el trabajo informal; y a los consumidores se les advirtió que debían dar aviso en caso de acaparamiento y especulación. Sin embargo, mientras unos cuantos comerciantes del sector informal se fueron enriqueciendo, la mayoría apenas si podía subsistir. La búsqueda de un chivo expiatorio para justificar la situación económica llegó a tal punto que el gobierno atribuía los principales problemas económicos a los trabajadores informales y consideraba que constituían el grueso de la oposición política a los sandinistas en las zonas urbanas. El discurso oficial, según el cual el sector informal era contrarrevolucionario, bien pudo haber tenido como consecuencia la enajenación de una importante base de apoyo (Speer 1997).

Ahora que el empleo en las cooperativas y en el sector estatal se viene reduciendo en aras de racionalizar la economía, la gente está volviendo a las actividades informales independientes. La política reciente ha tenido el efecto de que más trabajadores del sector público se trasladen al sector privado. El Plan de Reconversión Ocupacional tenía por objeto animar a los empleados del sector público a dejar sus puestos de trabajo para montar pequeños negocios. Al parecer, muchos de los que dejaron el sector público eran sandinistas, considerados indeseables por el nuevo gobierno, o mujeres cuya decisión de volver su atención al hogar se consideraba acertada. Sin embargo, el hogar no es un refugio cuando las mujeres tienen que trabajar lo que es en efecto una doble jornada

para cuidar de sus familias y generar ingresos mediante un sinnúmero de actividades informales de manufactura y comercio a pequeña escala. Lejos de apoyar empresas sostenibles, uno de los resultados del plan fue que muchas personas compraron mantenedoras para vender gaseosas o hielo en la casa.

En Managua, hay numerosas mujeres, incluyendo las del barrio Monseñor Lezcano, que manejan pequeños restaurantes o se dedican a vender al por menor fruta, verduras, gaseosas o diversos productos en su casa. En las familias más pobres, los niños contribuyen al ingreso familiar vendiendo en las calles o pidiendo propinas por cuidar automóviles estacionados. Muchas otras mujeres hacen grandes esfuerzos por mantener a sus familias. Algunas entre las que antes trabajaban en las cooperativas han vuelto a su casa, a su familia y al trabajo informal; por ejemplo, preparan sopa para vender a los obreros del barrio, cosen prendas de vestir para vender en consignación o atienden pequeñas ventas en su casa.

Hasta cierto punto, las personas que recurren a pequeños negocios privados son típicas del neoliberalismo. Su éxito parece crecer o disminuir según su capacidad para evaluar e ingresar al mercado con motivación y mucho trabajo. No obstante, la política de gobierno, que actualmente favorece a las empresas más grandes y a la inversión extranjera, ejerce enorme influencia en el mercado. Así es como el discurso sobre la “libertad” de participar en una economía sin restricciones estatales pasa por alto las desigualdades estructurales que afectan los pequeños negocios y el sector informal. Como cabría esperar, los estudios reflejan que hay una profunda insatisfacción ante la política de los gobiernos neoliberales entre quienes trabajan en este sector, a pesar de su heterogeneidad (Speer 1997).

¿Ajuste estructural o cambio estructural?

Muchas mujeres con las que conversé en Managua me contaron cómo hacían en su casa y en el trabajo para lidiar con ingresos bajos, precios altos y escasez de servicios sociales. Casi todas señalaron que los hábitos alimentarios de sus familias

habían cambiado; en vez de despertarse con un buen desayuno de arroz, frijoles, huevos y queso, ahora sólo comían un poco de gallopinto y café. En lugar de tres comidas abundantes, con carne todos los días, ahora sólo la incluían en su dieta una vez a la semana. Era difícil y les tomaba más tiempo encontrar alimentos menos caros. Algunas mujeres recortaron sus gastos de transporte y optaron por caminar de un lugar a otro cuando antes tomaban buses. Otras que antes tenían recursos para contratar servicios de lavado y planchado, ahora lo hacían ellas mismas, y las que siempre habían hecho este trabajo por su cuenta, seguían haciéndolo pero con menos frecuencia, sólo una o dos veces por semana, para ahorrar jabón y electricidad. Además, con el aparente deterioro de la salud física y mental de la población del país, las mujeres estaban haciéndose cargo de sus familiares enfermos. La respuesta de los hogares a las condiciones de crisis provocadas por las políticas de ajuste en Nicaragua tiene paralelos en muchos otros países del Tercer Mundo.

Lo que distingue a Nicaragua es la rapidez con la que se han aplicado estas políticas y cómo sus efectos devastadores han menoscabado los logros de la Revolución Sandinista. Pero también se diferencia por la predisposición de su población a movilizarse en oposición a estas políticas. La década de amplia participación dejó un legado de expectativas, que no han desaparecido a pesar de los problemas enfrentados desde 1990. La determinación de los nicaragüenses de tomar parte en el proceso político y conservar los derechos que obtuvieron con tanto esfuerzo, se expresa en las estrategias diarias de resistencia a la crisis económica; también a través de las declaraciones del FSLN, las protestas de las organizaciones populares y los institutos independientes dedicados a la investigación de políticas.

Al inicio de este capítulo señale que necesitamos reexaminar las estrategias de las mujeres para enfrentar las condiciones de crisis tanto en trabajos remunerados como en su casa. He podido demostrar, a través de ejemplos de mujeres que trabajan en cooperativas urbanas y el sector informal urbano,

que incluso cuando la producción y las ventas han bajado, por lo general las mujeres trabajadoras intensifican sus esfuerzos por sobrevivir. Muchas veces deben invertir más tiempo y esfuerzo en encontrar materiales a precios asequibles, aprender las habilidades que necesitan y acceder a los mercados para vender sus productos. La tensión de sobrevivir en condiciones que están llevando a muchas pequeñas industrias y empresas comerciales a la quiebra, también afecta su capacidad de cumplir con las responsabilidades familiares. Por lo tanto, es necesario analizar la relación recíproca entre el trabajo remunerado y no remunerado de las mujeres, ya que ambos aumentan como respuesta a las políticas neoliberales.

Casi la mitad de los hogares urbanos de Nicaragua están encabezados por mujeres, las que constituyen por lo menos el 44% de la población económicamente activa. Las políticas que no tomen en cuenta la perspectiva de género tendrán efectos de particular gravedad en la salud y el bienestar de estas mujeres y sus hijos. Mi trabajo y el de otros (Elson 1991; Afshar y Dennis 1992; Benería y Feldman 1992) revelan que las mujeres han amortiguado los efectos de los programas de ajuste estructural, a pesar de que su tiempo y energía están ya de por sí recargados. El costo humano de las políticas recientes se verá a largo plazo si no se toman en cuenta desde ahora sus consecuencias.

La introducción de nuevos elementos de competencia y una demanda reducida de productos nacionales a consecuencia de los ajustes estructurales han llevado al deterioro de muchas cooperativas urbanas y pequeñas industrias establecidas durante el gobierno sandinista. Un informe de CONAPI (*Barricada Internacional* 1993) señalaba que sólo en el año 1992 habían cerrado unas 7,000 pequeñas y medianas empresas de servicios e industrias, quedando tan sólo 3,000 negocios registrados en el Ministerio de Economía. Esta situación ha golpeado a las mujeres con particular fuerza, ya que representan una mayoría desproporcionada de trabajadores en estas industrias y cooperativas.

Algunos escritores han argumentado que si los ajustes estructurales tuvieran un enfoque más humano, se reduciría el

alto costo que han debido pagar los sectores más vulnerables de los países del Tercer Mundo (Cornia, Jolly y Stewart 1987; UNICEF 1989). Sin embargo, han pasado por alto los efectos adversos de los programas de ajuste tanto en hombres como en mujeres de amplios sectores de la población, y la manera como los programas se basan en las desigualdades estructurales de género, clase y raza. Hemos visto que las mujeres en particular financian el costo del desarrollo neoliberal al trabajar más horas. Otros analistas han sido más críticos de los ajustes estructurales y han llamado a debatir las grandes transformaciones estructurales (por Ej. Gladwin 1991). Así como los investigadores y activistas han venido señalando durante mucho tiempo los duros efectos del neoliberalismo y el capitalismo global, con sus prácticas antidemocráticas, la experiencia de Nicaragua –país que se apartó por un tiempo del modelo de desarrollo económico dominante– podría servir de ejemplo para un renovado análisis en el que participen los responsables de tomar decisiones y los planificadores.

Desde 1990, Nicaragua ha experimentado un retroceso considerable en la transformación estructural alcanzada con tanto esfuerzo en la década pasada. Aunque se ha analizado la posibilidad de un “proyecto nacional” y algunas opciones al modelo económico neoliberal (*Envío* 1992b), en los últimos años simplemente se ha dado prioridad a la amortiguación del ajuste. Como era de prever, las mujeres estaban entre las que más se hacían oír para cuestionar el actual modelo económico y pedir algún alivio. Como participantes activas en la revolución nicaragüense, exigían un espacio donde hacer valer sus derechos de ejercer una ciudadanía plena. A fines de la década de los ochenta, estas mujeres encontraron nuevas formas de organizarse y enfrentaron condiciones difíciles cuando aumentaron las exigencias sobre su tiempo en el trabajo y en el hogar. Aunque disminuyó la presencia de las mujeres en las organizaciones de barrio, su participación en las organizaciones sectoriales del movimiento laboral se intensificó (Pérez Alemán 1992: 250). En el período postsandinista podemos observar oportunidades de participación para las mujeres a

pesar de la profundización de los problemas que enfrenta el país. Aunque AMNLAE ya no desempeña un liderazgo fuerte, han surgido nuevas organizaciones de mujeres y feministas junto con otros grupos y movimientos sociales independientes. Como hemos visto, las mujeres de las cooperativas urbanas de Managua y el sector informal experimentan y reaccionan al neoliberalismo en sus centros de trabajo y sus hogares, pero también viven y construyen activamente una amplia cultura política de oposición que va en aumento.

- 1 Véase Fernández Poncela (1996); Metoyer (1997) para un análisis del impacto que tuvo el ajuste estructural en las mujeres de Nicaragua a partir de 1990.
- 2 Varios escritores han analizado a fondo esta década de gobierno revolucionario en Nicaragua (por Ej. Booth 1985; Walker 1986, 1991; Spalding 1987; Martínez Cuenca 1992). Algunos han estudiado la situación de las mujeres en el proceso revolucionario (Randall 1981; Molyneux 1986; Padilla, Murguialday y Criquillon 1987; Collinson 1990).
- 3 Por ejemplo las personas que escriben para *Envío*, una revista mensual de análisis político publicada en Managua.
- 4 Nicholson ofrece un resumen de los efectos del neoliberalismo en el boletín *Nicaraguan Developments*, 7, no.1 (1999): 4-5.
- 5 La extensa alocución televisada de Lacayo sobre la introducción del plan fue muy elogiada por la manera como logró evitar el pánico generalizado y neutralizó la oposición a este plan. Lacayo, yerno de Violeta Chamorro, surgió como el principal portavoz del gobierno.
- 6 Véase Stahler-Sholk (1997) para un análisis más detallado de los programas de ajuste estructural en tiempos de los sandinistas y durante el nuevo gobierno. Stahler-Sholk sostiene que si bien el gobierno intentó suavizar el ajuste al ofrecer un apoyo limitado a la creación de empleos, sus esfuerzos apenas compensaron la creciente tasa de desempleo.
- 7 Véase Montoya (1996) para un útil análisis de la participación de las mujeres en dos cooperativas rurales organizadas durante el período sandinista y los resultados desiguales que tuvieron debido a las dificultades que enfrentaron muchas y el persistente sesgo masculino en contra de la participación de las mujeres en la economía y la sociedad fuera del hogar. El trabajo de Montoya también trata sobre los problemas generales que enfrentaron las mujeres cuando demandaron espacios públicos que usualmente eran controlados por los hombres. Véase también Pérez Alemán (1990) para un examen detenido de la participación de las mujeres en las cooperativas rurales durante el período sandinista y la dificultad de cargar con el peso de los quehaceres domésticos y el cuidado de los niños, además de las tareas agrícolas.
- 8 Véase Pérez Alemán, Martínez y Widmair (1989); Montoya (1996) y Field (1999) para un análisis más amplio de las mujeres en cooperativas y pequeñas industrias en Nicaragua.
- 9 Es posible que Marlene tuviera una posición privilegiada en la cooperativa y en su relación con CONAPI por ser extranjera. Sin embargo, el gran respeto que se le tenía no era producto únicamente de eso sino también por el hecho de haber vivido en el país por varios años, ser la socia de mayor edad de la cooperativa y no tener ninguna intención de volver a Alemania. Cuando la cooperativa exploraba los mercados internacionales, Marlene sólo podía recurrir a recursos alemanes de forma limitada y con poco éxito.
- 10 El Consejo Nacional de la Pequeña Industria (CONAPI) se formó en 1983 y se fundó oficialmente en 1989. La primera presidenta nombrada por los sandinistas fue Ana Lorena Rondón. La asociación se

describe con mucho más detalle en el capítulo 8.

- 11 Después me enteré de que Blanca trabajó brevemente vendiendo carne en el Mercado Huembes antes de volver a su casa.
- 12 Además, Paola me dijo después que es muy probable que su marido gaste cualquier ingreso que ella lleve a casa en las peleas de gallos, su adicción de los fines de semana. Otra razón por la que no busca trabajo fuera del hogar es por temor a dejar la casa sola debido a los robos en su barrio.
- 13 Varias mujeres de la costa del Caribe recibieron un mes de capacitación en la cooperativa cuyos miembros deseaban apoyar a las mujeres de la región de donde provenía la mayor parte de sus materiales (quizá con la ventaja adicional de mantener contactos personales con la región para facilitar el intercambio económico).
- 14 Algunas mujeres me comentaron que después de vender la tienda, se había dividido el dinero entre las socias. Sin embargo, Teresa me dijo que se había distribuido algo del dinero del alquiler y que la tienda todavía no se había vendido, pero estaba segura que pronto se vendería. No pude descubrir por qué me contaban versiones tan radicalmente diferentes. Era evidente que las mujeres dejaron de tener comunicación frecuente cuando la tienda se vendió y que la información no se compartió por igual.
- 15 Otra colectivo de costureras que visité varias veces a lo largo de los años fue la Cooperativa Julia Pomares. Su historia era interesante e indicaba que aun con un espacio de trabajo centralizado, mucho esfuerzo y solidaridad internacional, las condiciones actuales parecen ser desfavorables para la pequeña industria. Esta cooperativa, nombrada así en honor a la esposa del héroe guerrillero Germán Pomares, fue fundada en 1984 por treinta costureras a las que CONAPI apoyó con materiales. En 1988 sufrieron el ajuste estructural del régimen sandinista, pero con la ayuda de un activista alemán que se unió a ellas ese año, siguieron encontrando mercados, ante todo entre grupos de ayuda internacional. Después de 1990, el neoliberalismo redujo su capacidad de mantener la cooperativa y finalmente decidieron cerrar en 1998.
- 16 El edificio de oficinas estuvo en el mercado por lo menos un año más y no sé si los socios llegaron a beneficiarse alguna vez de la venta, aunque las ganancias debieron de haberse distribuido.
- 17 Las mujeres trabajaban en áreas no convencionales, en parte porque los hombres tenían una participación más activa en la guerra civil. La jefa del sector de mujeres en el INATEC me dijo que a medida que los hombres se desmovilizaban e intentaban volver a trabajar, las mujeres corrían el riesgo de perder sus empleos. Su oficina preparaba a las mujeres para que se enfrentaran a la división tradicional del trabajo y encontrarán empleo estable.
- 18 He escrito algo más acerca de la política del sector informal en Babb 1997a. Véase Pérez Sáinz y Menjivar Larín 1994 para un breve análisis sobre género y sector informal urbano en Centroamérica; los autores consideran que el crecimiento del sector informal tiene que ver con el grado de ejecución de las medidas de ajuste estructural y también, en el caso de Nicaragua, con las intervenciones externas de Estados Unidos.

Capítulo 6

De la cooperativa a la microempresa en la era postrevolucionaria

El acelerado desmantelamiento de las economías socialistas a lo largo de la última década y las dramáticas transformaciones que siguieron en la URSS y Europa del Este han conducido a intensos debates sobre los supuestos fracasos del socialismo y, para algunos, lo inevitable del capitalismo y el predominio del mercado. En estas discusiones, a veces se recurre a comparaciones con China, pero pocas veces se mencionan los experimentos latinoamericanos con el socialismo. Igual ocurre con las recientes discusiones sobre la política de género después del socialismo, que se han centrado provechosamente en Europa del Este y en Rusia, pero que por lo general no toman en consideración a Latinoamérica (Gal y Kligman 2000). Cuando se presta atención a esta parte del mundo, Cuba es el lugar que más se estudia (Weisskopf 1992). Las predicciones sobre el inminente fracaso de este experimento de 40 años en el desarrollo socialista se han hecho más frecuentes desde el colapso de la Unión Soviética.

Nicaragua ha figurado poco en los análisis sobre la transición al neoliberalismo y capitalismo global después del socialismo. Naturalmente, el gobierno de Estados Unidos se interesó en el proceso revolucionario, al igual que numerosos países del Tercer Mundo decididos a superar historias de subdesarrollo y ganar mayor independencia en el escenario internacional (Enríquez 1991:1). Por ejemplo, una colección de ensayos sobre los problemas del socialismo en el Tercer Mundo, escritos por académicos de izquierda inspirados en la experiencia nicaragüense, marcó un hito (Fagen, Deere y Coraggio 1986). No obstante, en una publicación más reciente que se ocupa de la reducción del Estado y el libre mercado en Latinoamérica (Rosen y McFadyen 1995) apenas si se menciona a Nicaragua. En el prefacio del libro, el especialista en ciencias políticas y ex candidato presidencial salvadoreño Rubén Zamora señala la caída del socialismo real y el surgimiento del neoliberalismo – indicando un retorno a las economías de libre mercado – como procesos mundiales en los que se enmarcan las luchas actuales en Latinoamérica (Zamora 1995). Argumenta apasionadamente que por lo general los movimientos populares y la sociedad civil de la región ofrecen a la izquierda algunas alternativas a las viejas estructuras partidarias y a las organizaciones vinculadas a éstas. Podría incluso estar describiendo la Nicaragua postrevolucionaria, pero se refiere a este país sólo de la pasada (7-9).

Por mi parte, en la introducción a este libro sostuve que había llegado tarde a la revolución nicaragüense y que la mayoría de investigadores llegaron antes que yo al país, pero muchos se fueron apenas desapareció el gobierno sandinista en 1990. Sin embargo, lo que a primera vista podría parecer un comienzo tardío se convirtió en una oportunidad para atestiguar la transición a otra importante fase de la historia nicaragüense. En este capítulo, examino varios análisis de las transiciones postsocialistas y su contribución a un mejor conocimiento de la situación de Nicaragua. Luego, describo cómo se ha reestructurado el trabajo en el país, enfocando específicamente la transformación de las cooperativas en

microempresas durante la era neoliberal. Concluyo con un breve análisis de las nuevas formas de movilización social que contrarrestan los efectos adversos de este período.

Transiciones posteriores al socialismo

Los latinoamericanistas han tenido predilección por el estudio de los ejemplos de cambios revolucionarios en el continente durante el siglo XX, y muchas veces se han identificado estrechamente con las políticas progresistas de los lugares donde han trabajado —durante la revolución mexicana o cubana, en el Chile de Allende o en la Nicaragua sandinista— lo cual no quiere decir que los investigadores carecieran de una visión crítica de algunas políticas y prácticas de los gobiernos revolucionarios. No obstante, por lo general han sostenido puntos de vista antiimperialistas o socialistas, y se han identificado con las luchas contra la injusticia y la desigualdad que a menudo son subproductos de los regímenes neocolonialistas y capitalistas.

En comparación con el interés por observar y documentar las revoluciones latinoamericanas, la *caída* de la Unión Soviética atrajo una ola de científicos sociales a Rusia y Europa del Este, deseosos de atestiguar la transición de las sociedades socialistas a economías capitalistas y democracias liberales. A diferencia de los enfoques adoptados en el caso de Latinoamérica, algunos estudios recientes sobre la antigua Unión Soviética muestran poca preocupación por lo que se ha desmantelado y tienden a considerar el colapso del Estado y la apertura del mercado como momentos clave, propicios o no, según el punto de vista que se tenga. En este sentido se asemejan a las distintas interpretaciones de la revolución nicaragüense.

En una reciente colección de estudios etnográficos sobre el mundo postsocialista, los editores Michael Burawoy y Katherine Verdery (1999) plantean preguntas sobre la naturaleza de las transiciones a la tierra prometida del capitalismo y la democracia en Europa del Este y Rusia.

Señalan, asimismo, que casi todos los investigadores y los responsables de tomar decisiones han sostenido la noción “revolucionaria” de que las sociedades antes “totalitarias” tienen ahora que experimentar una ruptura drástica para seguir el camino neoliberal. Por otra parte, está el punto de vista “evolutivo” que sostiene que las sociedades postsocialistas requieren un enfoque institucionalizado más gradual para incorporarse con éxito a la economía de mercado. En ambos casos, se considera necesario un ajuste económico radical para sentar las bases del capitalismo, con o sin redes de protección social que presten asistencia a los sectores más vulnerables. En efecto, esta antología contiene relatos más complejos sobre la política a nivel de la vida cotidiana y analiza la ambigüedad y desigualdad que experimentan las sociedades socialistas en transición. Los autores concluyen que aun cuando la familia, la comunidad y el trabajo se readapten para satisfacer las necesidades del mercado, hay oposición política a los programas neoliberales impulsados por los gobiernos. Por lo tanto, sería un error confiar en posiciones reduccionistas que ven el éxito o el fracaso de la transición en términos monolíticos.

Las opciones que los teóricos de la transición, ya sean partidarios de la posición “revolucionaria” o “evolutiva”, ofrecen en este esquema se asemejan mucho a la divergencia entre las escuelas neoliberales de Latinoamérica, por un lado, y los defensores del “ajuste con rostro humano”, por el otro. Sin embargo, lo que falta en el esquema es un lugar para aquéllos que prefieren las políticas socialistas a las capitalistas o que buscan alternativas a un ajuste estructural que muchos ven como un modelo de desarrollo en bancarrota. Burawoy señala que “Es difícil encontrar escritos marxistas sobre el postsocialismo que sean convincentes” y se pregunta “¿cuánto tiempo pasará antes que la desilusión vuelva a conducirnos a la crítica marxista del mercado y de la democracia liberal?” (1999:307, 308). Quizá a largo plazo el planteamiento teórico que surja en los países en cuestión reemplace las grandes teorías itinerantes de occidente, pero por ahora parece imponerse el triunfalismo capitalista. Burawoy escribe lo siguiente sobre la

ex Unión Soviética, aunque podría estar refiriéndose al mundo postsocialista en general:

Conforme el socialismo se va quedando en el pasado, corremos el peligro de dejarnos cautivar cada vez más por un modelo único, una idealización del capitalismo liberal, con el cual comparar la realidad, lo cual hace inevitable que veamos el mundo postsoviético como un agujero negro. Podríamos perder de vista algunas alternativas, ya sea de tipo capitalista o socialista, u otras utopías que ofrezcan formas novedosas de interpretar el presente y el pasado, al igual que el futuro. (309)

A diferencia de la ex Unión Soviética y Europa del Este donde el socialismo ha llegado a su fin, o de Cuba donde la crisis económica plantea desafíos a un tipo de socialismo bastante dogmático, o de otros ejemplos de socialismo dirigido por un partido comunista, el gobierno sandinista, de tendencia socialista, fue menos ortodoxo en su plan de reconstrucción social tras la insurrección revolucionaria (Vanden y Prevost 1993). El Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) escogió un modelo basado en el pluralismo, el no alineamiento y una economía mixta, en la que coexistían la empresa privada y un sector estatal en expansión. A diferencia del socialismo estatal de la Unión Soviética y Europa del Este, el gobierno de Nicaragua desarrolló una forma popular, participativa, que rompía con los modelos dominantes y autoritarios. Por esta razón, pocos consideran que Nicaragua ofrece lecciones sobre el pasado, el presente y el futuro del socialismo. No obstante, la revolución nicaragüense trajo consigo un programa de transformación social cuya dimensión atrajo tanto la simpatía internacional como la reacción bastante previsible de Estados Unidos que, a través de su embargo económico y la financiación de la guerra contrarrevolucionaria, contribuyó en gran medida a los problemas que a la postre destruirían el proyecto sandinista a tan solo una década en el poder. Como lo describen Vanden y Prevost (1993:47): “La ideología de la revolución nicaragüense fue al mismo tiempo la recuperación de una larga historia de lucha

popular en el plano nacional y la manifestación nicaragüense más específica de la nueva ola de revoluciones que se extendía por todo el Tercer Mundo”.

Nicaragua pasó por dos importantes períodos de transición en un plazo bastante corto: de una economía de mercado dominada por la familia Somoza a una economía regulada por el Estado durante la época de los sandinistas, y luego de vuelta a una economía de mercado durante el gobierno de Violeta Chamorro, esta vez impuesta por el FMI y apoyada por USAID (Spoor 1994:517). Éstos no fueron cambios monolíticos entre los modelos socialista y capitalista, sino más bien procesos negociados que a menudo permitieron yuxtaposiciones económicas inesperadas. El gobierno siguió mostrando cierta flexibilidad hacia los intereses de los sandinistas, quienes a pesar de haberse dividido en dos tendencias, representaban una poderosa fuerza política en el país (*Barricada Internacional* 1995). Aunque la intervención del Estado en el mercado fue lo que caracterizó la década sandinista, el período posterior también estuvo marcado por la regulación económica gubernamental. Por otra parte, la liberalización del mercado y el ajuste estructural que por lo general se asocian con la administración Chamorro, empezó en realidad con los sandinistas. De ahí que la economía nicaragüense presente una situación mucho más compleja que la que indicaría la aparente dicotomía “Estado-mercado” (Spoor 1994).

El “giro neoliberal” en Nicaragua señala un simple cambio de orientación política y económica después de las elecciones de 1990. De hecho, hay evidencia que respalda el argumento de que se ha producido un desmantelamiento sistemático de las reformas económicas introducidas por los sandinistas. Si bien el FSLN promovió la distribución de los recursos disponibles entre la población en general, los gobiernos sucesivos adoptaron un plan neoliberal que redundó en la privatización de la industria, la salud, la educación y los recortes en los servicios públicos y subsidios, como los paquetes de alimentos básicos proporcionados por el Estado. En el contexto tan competitivo de la década de 1990, los antiguos terratenientes reclamaron sus propiedades y las grandes industrias quebraron a las pequeñas,

que ya no gozaban de protección estatal. Las mujeres y los hombres de bajos ingresos fueron los principales afectados por este proceso; sin embargo, la revolución dejó su legado y los nicaragüenses no han permitido que les sean arrebatados los derechos adquiridos con tanto esfuerzo. Aunque amplios sectores esperaban el desmantelamiento total de la revolución, la transición ha sido más compleja. Como observara Rose Spalding (1994:157), si la revolución logró transformar a la sociedad nicaragüense, también debería ser capaz de “construir amortiguadores sólidos contra la marea neoliberal.”

Reestructuración económica durante el gobierno sandinista

Uno de los objetivos de la revolución nicaragüense era romper con la economía de agroexportación del período de Somoza y establecer una economía redistributiva para beneficiar a una población que había sufrido durante mucho tiempo de una economía dependiente. El cultivo casi exclusivo de café y algodón expuso el país a las fluctuaciones de precios, a lo que se añade el modelo de desarrollo económico promovido por la familia Somoza. El amplio programa de reforma agraria y la política de redistribución económica de los sandinistas abarcaban la nacionalización de la producción en sectores clave de la economía y la introducción de controles de importación e intercambio. Sin embargo, la planificación económica permitió mantener un grado considerable de apoyo continuo al sector privado y ofrecer préstamos generosos a los capitalistas dispuestos a reactivar sus empresas (Walker 1986:68). Es difícil saber si el modelo habría tenido éxito, ya que los problemas estructurales heredados del período de los Somoza y la guerra socavaron el desarrollo de la nación (Spalding 1987:4).

Aún así, en los primeros años del gobierno revolucionario hubo un notable cambio estructural. Algunas iniciativas en las áreas de salud y educación, reforma agraria y cambios en el sector urbano sobresalieron como elementos cruciales en la reestructuración económica. Las nuevas políticas sobre la

adjudicación de tierras a precaristas y los esfuerzos por llevar agua y electricidad a los asentamientos, atrajeron mano de obra a las ciudades, sobre todo a Managua. Cuando los trabajadores urbanos de bajos ingresos se volcaron al empleo en el sector informal, donde las ganancias eran a veces un poco mayores, el gobierno respondió con un aumento de salarios en el sector formal. El suministro de productos alimenticios de primera necesidad y los subsidios a bienes importados continuó hasta que el gobierno ya no pudo garantizar el consumo básico de toda la población y decidió más bien ofrecer incentivos a los sectores más productivos de la economía formal (Gibson 1987:40).

El gobierno sandinista fomentó el empleo formal en el sector estatal y de servicios con más ímpetu que en la industria, y trató de atraer a los comerciantes que habían ingresado a los mercados informales a nuevos lugares de trabajo. Sin embargo, una gran cantidad de trabajadores siguió produciendo y vendiendo productos de gran demanda a través de pequeñas asociaciones independientes de menos de una docena de personas. Si incluimos pequeñas industrias de hasta 30 trabajadores, más de la mitad de la mano de obra industrial estaba empleada en alrededor de diez mil talleres en 1985 (Laenen 1988:380). Algunos habían empezado a laborar en pequeños negocios después de que el terremoto de 1972 destruyera gran parte de Managua y casi toda su infraestructura industrial y comercial. Se alentó a estos trabajadores a organizarse colectivamente; también se les ofreció capacitación auspiciada por el Estado y precios más bajos por las materias primas necesarias en sus cooperativas. Entre éstos, algunos de los nuevos programas de capacitación estaban dirigidos a la preparación de mujeres en oficios no tradicionales. En muchos casos, el Estado compraba y luego vendía los artículos producidos por las cooperativas, lo que les permitió sobrevivir o seguir funcionando.

Llama la atención que no se haya dado importancia a las pequeñas industrias y cooperativas urbanas durante el período sandinista¹. Una excepción es el extenso estudio de sobre la pequeña industria realizado por Arie Laenen (1988), investigador holandés que luego dirigió la organización no

gubernamental MEDA durante varios años, en el que destaca el caso de la producción de prendas de vestir. Su detallada investigación mostró que así como los años de gobierno sandinista se caracterizaron en general por una economía mixta, la pequeña industria también sostuvo una amplia variedad de relaciones con el Estado y el mercado:

En la pequeña industria de Nicaragua encontramos dueños de pequeños talleres capitalistas, productores independientes, trabajadores asalariados de pequeños talleres sin seguridad social ni sindicato, trabajo familiar remunerado o no, trabajadores externos dueños de los medios de producción, trabajadores asalariados de asociaciones estatales cubiertos por el seguro social y, por último, trabajadores asalariados en cooperativas y asociaciones (Laenen 1988:388).

Aunque hubo poca articulación entre pequeñas y grandes industrias, se desarrolló una coordinación más fuerte entre el Estado y la pequeña industria. Se alentaba a los trabajadores a organizarse en cooperativas de producción y servicios. En las primeras, algunas personas que antes trabajaban en casa o en pequeños talleres llevaron los medios de producción (por ejemplo, máquinas de coser en el caso de las costureras) a un sitio común. Por su parte, en las cooperativas de servicios, los medios de producción seguían siendo propiedad de los socios individuales que trabajaban en lugares separados, pero se beneficiaban de servicios tales como la compra conjunta de materiales, la solicitud de crédito o la venta de bienes producidos. Se favoreció a las cooperativas de producción con materia prima y servicios sociales, puesto que fueron las que mejor se adaptaron al proyecto revolucionario de establecer nuevas relaciones sociales a través de la colectivización. Con asistencia técnica y el suministro de los materiales, se organizaron muchas cooperativas de ambos tipos a principios de los años ochenta, hasta que el gobierno sandinista se preocupó por el rápido crecimiento del sector y empezó a poner énfasis en la productividad y la calidad de los bienes en las cooperativas

existentes, en lugar de incentivar la creación de nuevos empleos. Sin embargo, la calidad no mejoró notablemente como resultado de que el Estado comprara y comercializara la mayor parte de la producción de las cooperativas. Las cooperativas, al igual que los pequeños negocios, se encontraban protegidas de la competencia directa de empresas más grandes, aunque finalmente éstas también recibieron el apoyo de un gobierno deseoso de promover la industrialización y la modernización.

La reorganización del trabajo sacó a luz las divergencias entre las expectativas del gobierno, por un lado, y de las cooperativas, por el otro. El Ministerio de Economía, Industria y Comercio estableció que las cooperativas debían reunirse en asambleas mensuales como órganos decisorios, pero la estructura jerárquica estaba diseñada principalmente para hacer cumplir la voluntad del gobierno. CONAPI fue creada a finales de la década, antes de lo cual no existía una asociación sindical para construir solidaridad entre las cooperativas con el fin de negociar con el gobierno. Las cooperativas de servicios, en virtud de su distribución en lugares de trabajo individuales, eran particularmente difíciles de organizar. Además, como observa acertadamente Laenen:

Existía una diferencia fundamental entre la lógica del Estado y de la pequeña industria. La lógica del Estado de Nicaragua era hacer posible una producción de bienes de consumo básicos para la población de la manera más barata posible. Debido a su papel, la pequeña industria fue considerada desde el principio un elemento social y económicamente importante en el pretendido proceso económico de transición hacia el socialismo. También en un sentido político la pequeña industria tenía derecho de existir, ya que muchos de los pequeños productores habían apoyado al FSLN y luchado en la guerra de liberación. (1988:394)

El gobierno sandinista reconoció la importancia política de la pequeña empresa, al igual que la del sector informal, en términos de la cantidad de personas y el papel de apoyo a la

revolución que desempeñó desde el inicio. Sin embargo, al final no hubo suficiente reconocimiento de la importancia económica de la pequeña empresa y el espacio asignado al sector no contribuyó a que su desarrollo fuera autónomo y sostenible.

A mediados de los años ochenta, los esfuerzos por lograr el desarrollo social y económico se habían visto seriamente debilitados por el embargo comercial y por la necesidad de defender el país de la guerra impuesta por Estados Unidos durante la administración Reagan. La política económica nicaragüense pasó de un proceso de planificación revolucionaria a un programa encaminado a la estabilización. Entre 1988 y 1989, la respuesta de los sandinistas a la hiperinflación y el declive económico fue recortar el empleo en el sector público y el gasto estatal en general. Los incrementos simbólicos de los salarios cuya intención era amortiguar el golpe, no fueron suficientes para proteger a los nicaragüenses más pobres de los duros efectos de las medidas de ajuste (Ricciardi 1991).

Reorganización del trabajo durante los gobiernos de Chamorro y Alemán

Si el programa de estabilización y ajuste de los sandinistas había sido difícil para muchos nicaragüenses, la agenda neoliberal impuesta por el FMI y ejecutada por el gobierno de Violeta Chamorro fue mucho más devastadora. Casi inmediatamente después de las elecciones de 1990 se introdujeron nuevas medidas de ajuste estructural en un país cuya sociedad había contado con la red de seguridad que le brindaba el gobierno revolucionario. La privatización, el retiro de los aranceles proteccionistas y los recortes en los servicios sociales eran algunos elementos que se diferenciaban radicalmente de las políticas sandinistas. Aún así, las medidas promovidas por el gobierno de Violeta Chamorro encontraron resistencia de parte de algunas élites empresariales y sectores populares, ya que ambos grupos temían ser afectados por el retiro del apoyo económico (Spalding 1994:158). Un ejemplo de convergencia de intereses de las distintas clases que se ha observado en la historia reciente del país fue la necesidad

de modificar el neoliberalismo apoyado por el gobierno de Estados Unidos y promovido por algunos sectores privilegiados de Nicaragua, como consecuencia de la movilización de diversos segmentos de la población.

En marzo de 1991, la devaluación de la moneda no enfrentó mayor oposición y poco después, 28,000 trabajadores estatales que aceptaron dejar sus empleos recibieron generosas indemnizaciones financiadas por USAID en el marco del Plan de Reconversión Ocupacional (Spalding 1994: 169). Ésta y otras medidas para ganar aceptación pública dieron buenos resultados, ya que sirvieron para apaciguar a muchos ex empleados estatales mientras empezaban pequeños negocios independientes, aunque ya en 1992, supuestamente el “Año de la Reactivación”, muchos habían fracasado. Otras concesiones a los opositores del neoliberalismo incluyeron la disposición de ceder entre un cuarto y un tercio del control de las haciendas e industrias del Estado recién privatizadas a los trabajadores. Estas concesiones no condujeron necesariamente a la participación o el empoderamiento de los trabajadores, pero recibió el apoyo de suficientes sandinistas como para reducir la insatisfacción con el modelo económico.

Sin embargo, la intensificación de la crisis económica en los años noventa tuvo consecuencias negativas para los pequeños productores del país. La mayoría de pequeños productores y empresas enfrentaron cada vez más competencia a medida que las industrias más grandes tanto nacionales como extranjeras se veían favorecidas por las políticas de los gobiernos de Chamorro y Alemán. Al no contar con el beneficio de condiciones favorables de crédito o aranceles proteccionistas sobre bienes de importación, muchas otras cooperativas y pequeños negocios quebraron. Mientras tanto, se dio la bienvenida a intereses extranjeros en la Zona Franca de Managua, donde podían emplear a trabajadores por salarios relativamente bajos (aunque a menudo eran más altos que los ingresos en las cooperativas). En Managua, muchas mujeres y hombres de bajos ingresos perdieron la esperanza de que el gobierno mejorara sus condiciones de vida. Como se mencionó anteriormente,

la moneda se estabilizó durante el transcurso de la década, pero el desempleo y subempleo ascendieron a casi un 60%, al mismo tiempo que la privatización de la atención a la salud y los recortes en los servicios sociales eliminaron la protección estatal de la población pobre en áreas urbanas (*Envío* 1994: 7). A partir de 1990 la pequeña industria se ha venido erosionando gradualmente mientras el sector informal se amplía, sobre todo en la medida en que se va reduciendo el Estado.

Algunos miembros de la élite empresarial también se vieron afectados por la reestructuración neoliberal de la economía cuando las concesiones del gobierno al sector industrial fueron insuficientes para que pudieran competir con éxito en las nuevas condiciones del mercado internacional (Spalding 1997). En muchos casos, los grandes y pequeños productores expresaron su deseo de que se renovara el apoyo estatal que se había eliminado luego de que los sandinistas perdieran el poder. Del mismo modo, algunos miembros de la élite se opusieron al ajuste estructural del FMI e hicieron un llamado a reconsiderar las drásticas políticas económicas. Spalding (1997) señala que la reestructuración fue particularmente perjudicial para los pobres y para quienes no pertenecían a la élite, pero también constituía una amenaza para sus posibilidades de crecimiento. En su libro apunta a la necesidad de apoyar a todos los productores, cooperativas y empresas de los trabajadores como parte de un programa de desarrollo más incluyente. Pero volvamos a las consecuencias particulares de la cambiante política económica para las cooperativas urbanas y los pequeños negocios.

Las cooperativas urbanas en la transición del período revolucionario al neoliberal en Nicaragua

En la transición política y económica que siguió a las elecciones de 1990, numerosas cooperativas urbanas y pequeñas industrias se redujeron, colapsaron o se reorganizaron como microempresas, más acordes con el modelo neoliberal en boga. Muchas trabajadoras se vieron afectadas, a pesar de que

algunas se beneficiaron de las nuevas oportunidades de empleo, y otras experimentaron resultados menos positivos. El caso de Nicaragua fue similar al de otros países socialistas donde las mujeres se quedaron rezagadas de manera desproporcionada con relación a los hombres a medida que el trabajo se amoldaba a las exigencias del modelo de desarrollo capitalista neoliberal (Einhorn 1993).

Mi investigación en las cuatro cooperativas urbanas de las que traté anteriormente ilustra el empeoramiento de la situación de las mujeres de bajos ingresos. Dos de las cooperativas, de costureras y panaderos, se formaron poco después que los sandinistas llegaron al poder e impulsaron la colectivización de pequeñas industrias. Se organizaron cooperativas de servicios cuyos miembros trabajaban a domicilio, pero tenían un lugar central para vender sus productos, llevar a cabo reuniones y realizar otras actividades. Sin embargo, estas cooperativas se vieron obligadas a poner en venta sus locales cuando ya no pudieron seguir pagando sus costos de producción. Algunas personas y familias mantuvieron sus actividades, pero la caída de las ventas de pan y prendas de vestir confeccionadas localmente refleja que la gran mayoría de nicaragüenses no podía costear ni siquiera estos bienes básicos y que las cambiantes condiciones económicas favorecían a las industrias más grandes y los productos importados. La asociación de soldadoras que trabajaba en el centro de mujeres AMNLAE sufrió una serie de reveses y dejó de funcionar después de sólo un par de años. Las mujeres consideraron la posibilidad de reorganizarse como microempresa, obtener un préstamo y comercializar su trabajo más agresivamente, pero los recursos individuales y colectivos eran insuficientes. Por su parte, los miembros de la cooperativa de artesanos siguen comprometidos con el trabajo de calidad, pero en los últimos años también han enfrentado dificultades. La cooperativa fue seleccionada entre diez para recibir apoyo adicional de CONAPI, lo cual permitió que sus miembros buscaran nuevos mercados y probaran nuevas técnicas creativas en un esfuerzo por demostrarle a USAID el potencial de las pequeñas industrias y atraer así

más apoyo externo. Sin embargo, ahora la viabilidad de los artesanos depende del grado en que se transformen de una organización de trabajo identificada con el sandinismo en una “microempresa” que compita con éxito en el mercado abierto.

De hecho, las cuatro cooperativas hicieron esfuerzos por sobrevivir a la difícil transición de un gobierno sandinista a los gobiernos neoliberales. Hasta cierto punto todas se adaptaron a los nuevos términos económicos. Los panaderos diversificaron su producción e incluso la redujeron para competir más efectivamente con Pan Bimbo, siempre disponible. Aunque muchos eran sandinistas desde hacía tiempo, como propietarios de los pequeños negocios sentían que su cooperativa, COOIPAM, ya no era capaz de ayudarlos con materiales a bajos precios o mejores condiciones de crédito, y que se había vuelto una parte innecesaria de la burocracia. Las costureras de Obreras Unidas Textil, muchas de ellas miembros fundadores de la cooperativa, con hijos crecidos, tenían menos necesidades familiares que algunas otras trabajadoras más jóvenes, y al perder su tienda siguieron cosiendo a domicilio. Cuando las ventas cayeron demasiado debido a la competencia de industrias mundiales más grandes, algunas socias empezaron a vender ropa usada y otros artículos en sus hogares. Al igual que los panaderos, las costureras desarrollaron estrategias para recortar los costos y vender sus productos, como viajar fuera de Nicaragua para adquirir materiales a precios más bajos y vender artículos de temporada en las calles, donde acudían más clientes a comprar.

La asociación de mujeres soldadoras se encontraba indecisa entre permanecer independiente o unirse a CONAPI, lo que podría haber reflejado una postura de oposición al gobierno al inicio de la década. Por un lado, esta asociación estaba bajo presión de INATEC y AMNLAE para que fuera un grupo ejemplar de mujeres trabajadoras en una industria no tradicional. Por el otro, las ONG y voluntarias del Cuerpo de Paz las animaban para que se modernizaran y transformaran en una joven y prometedora microempresa para poder competir por trabajos en el mercado capitalista. Al final, su indecisión sobre qué camino tomar, combinada con insuficientes

oportunidades de trabajo y demandas familiares excesivas, las llevó a dispersarse.

Por último, los artesanos ofrecen el ejemplo de una cooperativa que se ha venido convirtiendo gradualmente en una microempresa como resultado de relaciones interpersonales (el deseo de todos de asumir la responsabilidad de su trabajo y la frustración resultante cuando no ocurrió así) y una creciente dependencia del apoyo de algunas ONG pero no de CONAPI. Tanto las presiones internas como externas han promovido el individualismo en el lugar de trabajo y una predisposición para aceptar los términos del neoliberalismo en el mercado. Los joyeros que permanecieron después de que las artesanas de corteza dejaran la cooperativa buscaron nuevos diseños para atraer al limitado número de clientes que venían a su taller y establecer nuevas rutas de comercialización para sus productos. Los miembros del grupo ofrecen diferentes análisis sobre el grado hasta el cual siguen funcionando como cooperativa o como asociación de artesanos independientes que trabajan bajo el mismo techo. Lo cierto es que, tanto para los artesanos como para muchos otros en situaciones similares, la ruptura con el pasado no ha sido repentina o absoluta, sino más bien un proceso negociado.

Aunque CONAPI se esfuerce por trabajar en nombre de los pequeños negocios para persuadir al gobierno que amortigüe el golpe de las medidas neoliberales, no representa una fuerte oposición a las medidas. Las pequeñas industrias, como las cuatro que he descrito aquí, luchan por sobrevivir sin depender de esta asociación, formada durante el gobierno sandinista y ahora relativamente débil, al mismo tiempo que se redefinen en un intento por seguir viables en el contexto actual.

De cooperativas a microempresas

En esta década de transición, los gobiernos de Chamorro y Alemán, además de varias ONG, promovieron el desarrollo de microempresas. Estas unidades, con un máximo de cinco personas, eran más pequeñas que las cooperativas auspiciadas



Puesto de venta de artesanía en el Centro Cultural Managua.

por CONAPI. Pero las microempresas, estuvieran integradas por ex miembros de cooperativas o por trabajadores recién organizados, estaban a menudo compuestas de gente que llevaba a cabo actividades productivas similares en áreas tales como alimentación, ropa, trabajo en talabartería, zapatería, ebanistería, carpintería y artesanía. Por lo general, las personas que trabajaban en la preparación de comida o en zapatería se juntaban para poder calificar como microempresarios y recibir ciertos beneficios². Un número modesto pero creciente de microempresas recibió préstamos para empezar a funcionar, y en algunos casos las beneficiarias eran mujeres. Se estableció una nueva Dirección de Pequeñas Industrias y Microempresas en el Ministerio de Economía para supervisar el desarrollo de estas empresas, otorgar préstamos y prestar asistencia técnica. Las ONG que ofrecen apoyo a las microempresas han estado a menudo más predispuestas a reconocer el alto índice de quiebras entre éstas, muchas de las cuales han sido incapaces de pagar sus préstamos. Sin embargo, los gobiernos neoliberales estaban

decididos a reemplazar las cooperativas, que representaban la continuidad de la organización del trabajo bajo el sandinismo, por microempresas que pudieran simbolizar el éxito del modelo de libre mercado. Indudablemente existía el temor de que sin ayuda y, por lo menos, la apariencia de promover negocios pequeños, muchos de éstos fracasarían con el consiguiente descontento. A fin de evitar esta situación, el gobierno realizó campañas de publicidad a gran escala y organizó ferias muy visibles para estimular la venta de artículos producidos por los microempresarios.

La Dirección de Pequeñas Industrias y Microempresas fue creada con el apoyo de Holanda por el Ministro de Economía Silvio De Franco, cuyo interés previo en el sector informal y las microempresas contemplaba la atención a mujeres de bajos ingresos³. Sin embargo, María Hurtado de Vigil, responsable de esta Dirección, externó objetivos gubernamentales contradictorios. Por un lado, sostenía que el gobierno buscaba apoyar a las pequeñas empresas con mayores probabilidades de éxito, pero por otro reconocía que incluso esas prometedoras industrias enfrentarían serias dificultades en un contexto de cambio de políticas que favorecía la importación de bienes e incrementaba la competencia en el mercado mundial. Aunque resaltaba los beneficios de liberalizar la economía, admitió que no había analizado cuáles serían las consecuencias de fracasar para las mujeres microempresarias (Hurtado de Vigil, entrevista, 8 de mayo de 1991). Su respuesta fue típica de los funcionarios de gobierno con los que hablé sobre cómo manejan las mujeres su doble carga de responsabilidades en el hogar y en las microempresas. Incluso cuando comenté acerca de que las obligaciones familiares y actitudes de los esposos habían impedido la sostenida participación en el trabajo de muchas mujeres, casi nadie pareció darse cuenta del problema en su dimensión de género. Cuando preguntaba si alguna vez se había contemplado establecer guarderías para los niños y niñas de las mujeres trabajadoras, o si se les había brindado algún otro tipo de apoyo para que tuvieran condiciones más

equitativas, la mayoría me miraba sin expresión alguna. Sin embargo, este problema era obvio tanto en las microempresas como en las cooperativas⁴.

Durante mis años de investigación hice numerosas visitas a la oficina del Programa Nacional de Apoyo a la Microempresa (PAMIC) en el Ministerio de Economía. En su primer año de existencia publicó un informe sobre las microempresas en Managua (PAMIC 1991) y sentaba las bases para las iniciativas del programa. Este informe describía las microempresas⁵, sostenía que habían aumentado como respuesta al creciente desempleo y las percibía como una oportunidad para el empleo por cuenta propia entre los residentes urbanos de bajos ingresos. Aunque las cooperativas en CONAPI y las microempresas estaban concentradas en áreas de producción similares, las primeras estaban integradas sobre todo por mujeres, mientras que la investigación del PAMIC determinó que en las microempresas sólo el 15% eran mujeres y se dedicaban ante todo a la producción de alimentos y confección de ropa, precisamente los sectores más vulnerables de la economía. El informe reconocía que la perspectiva de género no era una variable clave y que quizá se había subestimado el número de mujeres. En efecto, el hallazgo de que la participación de las microempresas, independientemente de género y tomando en consideración la economía formal pero no la informal, era del 12%, indica que hubo una subestimación del sector en su conjunto.

Entre 1991 y 1993, sostuve varias entrevistas con el economista holandés Stefan Platteau, director de la oficina del PAMIC en ese entonces. Como me explicó, los objetivos del PAMIC eran ofrecer capacitación, crédito y promoción, y negociar con las ONG y el Banco Popular en representación de las microempresas. Platteau era de la misma opinión que muchas otras personas, incluyendo algunos sandinistas para quienes el gobierno revolucionario había “mimado” a los trabajadores con subsidios y apoyo sin darles una capacitación que pudiera haberlos hecho autosuficientes. Más aún, sostenía que a muchos de los que fracasaron les faltó compromiso o sus

productos eran de baja calidad. Estaba empeñado en encontrar personas muy motivadas para capacitarlas en gestión de microempresas y hacer de su programa un éxito. En 1992, un año después de asumir su cargo, todavía se sentía optimista respecto a encontrar personas con habilidades administrativas y suficiente determinación para poder alcanzar el éxito siempre que tuvieran acceso a crédito y capacitación (Platteau, entrevista, 24 de febrero de 1992). Sin embargo, ya a mediados de 1993, Platteau se mostraba mucho más escéptico acerca del porvenir de los cinco mil microempresarios que su oficina había apoyado. Señaló que en Nicaragua había una “cultura del trabajo” problemática, en la que la gente sentía que no vale la pena trabajar. Según Platteau, esta actitud se remontaba a la década y gobierno sandinistas. Me contó que ahora le dice a la gente que si obtener préstamos y lograr éxito, les costará “sangre, sudor y lágrimas”, una advertencia que repitió varias veces por énfasis. Aunque su escepticismo llegó al punto de hacerle dudar de que el crecimiento de las microempresas pudiera darle un giro a la economía, pensaba que había mucho en juego y que era importante poder mostrar los buenos resultados de su programa (Platteau, entrevista del 23 de julio de 1993).

Durante este tiempo, María Hurtado de Vigil participó ocasionalmente en las asambleas de CONAPI para presentar la posición del gobierno a los pequeños negocios y las microempresas. En general, explicaba que el gobierno estaba haciendo todo lo que podía para apoyar a los pequeños negocios, pero algunos la oían con cierta impaciencia y demandaban mayor protección frente al neoliberalismo. Antonio Chávez, uno de los principales funcionarios de CONAPI, consideraba que estas intervenciones eran una movida política para contrarrestar la oposición simbolizada por CONAPI. En su opinión, las recientes medidas económicas habían tenido un impacto desproporcionado en las pequeñas industrias y las mujeres (54% de la membresía) habían sido las más afectadas. La mayoría de las mujeres trabajaban en las industrias de alimentos y ropa, las que experimentaron

grandes pérdidas cuando bajaron los aranceles de importación. Chávez reconoció que la decadencia del sector empezó durante el gobierno sandinista, pero argumentó que el actual “tratamiento de shock” es mucho peor (Chávez, entrevista del 8 de mayo de 1991). Según CONAPI, en 1992 unas 7,000 pequeñas y medianas industrias y servicios cerraron, dejando sólo 3,000 tiendas registradas en el Ministerio de Economía (*Barricada Internacional* 1993). Chávez resumió su punto de vista al decir que “en la actualidad el PAMIC no ofrece siquiera una aspirina para la migraña que ahora sufre la pequeña industria”.

Algunas ONG que apoyaban a las microempresas también pintaban un panorama sombrío a principios de la década de 1990. Una de ellas, MEDA, que trabajaba con financiamiento y orientación de Holanda, tenía dificultades para encontrar empresas adecuadas a las que pudiera apoyar, ya que muchas estaban en quiebra o parecía improbable que tuvieran éxito. MEDA sólo ofreció un préstamo por cada cinco empresas con las que entabló negociaciones, y aun entre las que llenaron los requisitos, muchas todavía enfrentaban enormes dificultades. Aunque esta ONG trabajaba con grupos productivos en áreas importantes como ropa, cuero, madera y muebles, alimentos y artesanía, empezó a promover también empresas comerciales y de servicios. El director holandés, Arie Laenen, que se preparaba para dejar el país y devolverles el control a los nicaragüenses, me contó que las mujeres mostraban índices de fracaso más altos que los hombres, en particular porque trabajaban en las áreas de producción de mayor vulnerabilidad, y se interesaban cada vez más en los sectores de servicios y comercio. Me dijo que sólo lograban autosostenibilidad las pocas microempresas que ofrecían productos de mejor calidad, pero que en ese momento entre un 20% y 30% estaban por desaparecer. Los extensos estudios de Laenen (1988) sobre las pequeñas industrias a mediados de los años ochenta revelaban que entre 10,000 y 11,000 pequeñas industrias que había en el país en 1985, sólo alrededor de 5,000 habían sobrevivido hasta 1992.



Sede de la Cámara Nacional de la Pequeña y Mediana Industria (CONAPI).

En 1993, aumentaron los esfuerzos para promover productos hechos por pequeñas industrias y microempresas. CONAPI realizaba campañas, con calcomanías y llaveros que instaban a la gente a comprar productos nicaragüenses, mientras el PAMIC organizaba ferias y distribuía afiches con el eslogan: “Del microempresario al consumidor, todo es más barato”. A pesar de la promoción de productos nacionales como nacatamales y guayaberas, las ferias atraían a un número limitado de compradores. Es más, cuando ese año asistí a una feria auspiciada por el PAMIC, el Banco Popular y las ONG, había mucho más puestos dedicados a la venta de cerveza y comida que de productos hechos por microempresas nicaragüenses. El costo de participación habría sido prohibitivo para muchos pequeños negocios y el precio de la entrada pudo haber disuadido a posibles compradores con poco dinero para gastar. La gran mayoría de clientes llegaba ya entrada la noche para comer, beber y subirse a los juegos mecánicos. Aunque la publicidad decía que en la feria participaban unos doscientos cincuenta microempresarios, en realidad eran mucho menos.



PAMIC patrocina una feria para que los microempresarios vendan directamente al público.

Además, también había empresas relativamente grandes, como una fábrica de ropa con cien empleados y un vendedor de la Enciclopedia Británica.

Aun así, los concursos para diseñar productos y las ferias siguieron recibiendo amplia atención de los medios de comunicación durante los años siguientes. Los periódicos publicaban artículos sobre los esfuerzos del PAMIC para hacer que las microempresas fueran más competitivas en los nuevos mercados (por ejemplo, *La Prensa*, 19 de junio de 1996). Además de auspiciar ferias en todo el país, y particularmente en Managua (incluyendo ferias mensuales de artesanos que atraían a turistas), el gobierno patrocinaba viajes de microempresarios nicaragüenses a ferias en otros países de Centroamérica con el fin de generar interés en la producción local más allá de sus fronteras. Un afiche mostraba un mundo en el que sobresalían Norte y Sudamérica, con coloridas franjas del arco iris proyectándose desde Nicaragua. Según María Hurtado, más de la mitad de la población nicaragüense con empleo trabajaba en microempresas y durante el año anterior el PAMIC había

ofrecido seminarios a 2,500 personas, un 60% de las cuales eran mujeres. PAMIC siguió recibiendo financiamiento de Holanda y también de Noruega, Suiza, Suecia y la ONU en Nicaragua.

En 1996, entrevisté a Luis Carvajal, quien había asumido las funciones de Platteau en el PAMIC. A estas alturas, el énfasis era subcontratar a ONG que apoyaran a las microempresas y gran parte de sus propias actividades giraban alrededor de la asistencia técnica y la capacitación más que en torno al crédito. El PAMIC ofrecía asistencia en diseño y comercialización de productos, con especial atención a mejorar la calidad e incluir el sector rural. Carvajal señaló la nueva preocupación por el medio ambiente, al igual que la participación de las mujeres artesanas en áreas como producción de cerámica y confección de prendas de vestir. Estaba contento porque los nicaragüenses acababan de viajar a Honduras y Panamá para participar en ferias. También comentó que la relación del PAMIC con CONAPI era buena y que, si se dejaba a un lado la política, había poca diferencia entre su preocupación por las cooperativas y las microempresas. Sin embargo, reconoció el histórico antagonismo de intereses entre ellos.

Aunque Carvajal evadió mencionar explícitamente el cambiante contexto político en el país, estaba a favor de muchos aspectos del neoliberalismo (y al final de nuestra conversación me confió que en las próximas elecciones presidenciales pensaba que el Partido Liberal de Alemán sería lo mejor para el país). Compartía el punto de vista expresado por otras personas que sostenían que durante el gobierno sandinista un mercado cautivo había protegido a las pequeñas empresas, pero la calidad había bajado. Ahora la situación de algunas pequeñas industrias y microempresas es precaria, en tanto siguen esperando que el gobierno les resuelva sus problemas. Sin embargo, el cambio es bueno en la medida en que la gente empiece a hacerse cargo de sus vidas, trabaje y recupere su autoestima en las pequeñas industrias. Tienen que “ser competitivos o morir”; no caben actitudes pasivas. Desde su punto de vista, la tasa de fracasos en las pequeñas empresas

es artificialmente alta porque incluye a quienes, como él, se salieron por su propia voluntad, y a otros que formaron microempresas en los últimos años pero no tuvieron éxito por falta de capacitación y la experiencia necesaria. Ahora ve que las cosas están cambiando y hay más microempresas exitosas.

Dos años más tarde, CONAPI y PAMIC seguían compitiendo por la participación de las pequeñas empresas. No obstante la retórica del gobierno, surgieron tensiones cuando los funcionarios de CONAPI se dieron cuenta de que el gobierno de Alemán quería acabar con la asociación sindical formada durante la época sandinista y promover sus propios intereses a través del PAMIC. Cuando volví a las oficinas de esta última, encontré el imponente retrato de Alemán en el lugar donde antes colgaba el de Violeta Chamorro. Los tableros de anuncios revelaban la atención que se daba a temas como las mujeres en las microempresas, el medio ambiente y el desarrollo sostenible, lo cual reflejaba claramente las preocupaciones de la comunidad donante. Un afiche decía “Microempresarios, promuevan empresas que sean eficientes, competitivas y que no dañen el medio ambiente. Juntos vamos a hacer el cambio. PAMIC. Gobierno de Nicaragua.” Era evidente la continua reorganización del PAMIC como una respuesta moderna a la globalización.

Carvajal confiaba en que el nuevo gobierno estuviera comprometido con el desarrollo de la microempresa como su segunda prioridad después del desarrollo agrícola. Al PAMIC se le había prometido convertirlo en el Instituto Nicaragüense de Apoyo a la Pequeña y Mediana Empresa (INPYME) con el apoyo de más especialistas y recursos. La nueva imagen corporativa de la oficina reflejaba la preocupación con las relaciones públicas en un mercado abierto. Carvajal destacó una vez más que era inevitable un proceso de “selección natural”, y su oficina ofrecía asistencia en técnicas de comercialización a los microempresarios que tuvieran la visión y ventaja competitiva para encontrar su nicho de mercado. Los fabricantes de ropa ya no recibirían ayuda porque no se les consideraba competitivos en la economía, pero otros, que trabajaban en

cuero, muebles, artesanía y comidas típicas, tenían mayores posibilidades de éxito. Carvajal me dijo que sobreviviría “un nuevo tipo de empresario que maneje las herramientas del mercado”, mientras que otros “morirían” como resultado de la globalización. Aunque se produciría una contracción en los negocios pequeños, veía que una mayor especialización en un contexto competitivo era un valor positivo. Cuando le pregunté acerca del trabajo del PAMIC con las mujeres, me mostró con orgullo algunos informes recientes que indicaban que la organización servía ante todo a las mujeres. Cabe señalar que en los informes del PAMIC se utilizaba el símbolo @ con ciertas palabras para evitar el sesgo de género en el idioma español, algo que había observado este mismo año en la ONG Puntos de Encuentro. A pesar de las medidas adoptadas para abordar los intereses de las mujeres, Carvajal admitió que en realidad solo un número muy reducido de mujeres se había beneficiado de los programas de apoyo a las microempresas.

El actual clima neoliberal ha generado mucha atención a las microempresas de diversas fuentes. En enero de 1992, en el encuentro de mujeres nicaragüenses, el grupo de trabajo dedicado a discutir sobre la participación de las mujeres en la economía solicitó que se les diera más apoyo en el desarrollo de microempresas. En tiempos de mucho desempleo, se consideró que esta medida era una estrategia para permitirles a las mujeres y a sus familias superar la crisis económica. Ese mismo año, Marlene, de la Cooperativa Francisco Estrada, manifestó que pronto habría más estudios sobre microempresas que microempresarios. Se rió cuando le dije que el clásico dilema de la antropología y otras ciencias sociales era saturar los temas de estudio hasta el punto de convertirse en una molestia. Lo que ella y otras personas trataban de decir era que sería más útil para los y las nicaragüenses recibir asistencia directa que ser objeto de estudio.

En una economía en la que la mayoría de los trabajadores urbanos y rurales se desempeña en pequeñas industrias y microempresas, es políticamente provechoso para el Gobierno de Nicaragua dar la impresión de preocupación y apoyo a

los trabajadores de este sector (Leguizamón 1990). El nuevo aparato administrativo creado para las microempresas y el discurso sobre éstas parecen diseñados con el propósito de ofrecer esperanzas al sector económico más vulnerable, al mismo tiempo que las políticas neoliberales siguen socavando sus posibilidades de éxito. En este momento, la diferencia entre las cooperativas organizadas por los sandinistas (que ya no se beneficiaban de la protección del gobierno y de los materiales a bajo costo) y las microempresas promovidas por los gobiernos de Chamorro y Alemán, era ante todo ideológica: las primeras se basaban en el principio del desarrollo dirigido por el Estado y las otras en el modelo del mercado de libre competencia. No obstante, en sus condiciones materiales, experiencias cotidianas y perspectivas de futuro, ambas formas de organización enfrentan retos considerables.

Alternativas de movilización social

Desde 1990, los cambios en la economía nicaragüense y en la organización del trabajo han sido reales en algunos aspectos y en otros ilusorios. Como ha señalado el politólogo David Close (1999:19), hace dos décadas “la Nicaragua sandinista empezó como un sistema más abierto, tolerante y pluralista que cualquier otro Estado revolucionario socialista”. Un sector privado con empresas grandes, medianas y pequeñas coexistió con cooperativas apoyadas por el Estado tanto en las zonas rurales como urbanas. Estas contradicciones persisten hoy en día, con algunos elementos de desarrollo dirigidos por el Estado y otros regidos por el mercado, aunque estos últimos han ganado fuerza rápidamente. La revolución nicaragüense trajo consigo cambios sustanciales para una nación pequeña y subdesarrollada, pero en lugar de seguir un modelo ortodoxo de desarrollo socialista, los sandinistas permitieron una economía mixta e implementaron políticas y prácticas heterodoxas. Cuando la guerra civil demandó mayores gastos en el presupuesto militar y una economía de austeridad, las medidas adoptadas se asemejaban a los ajustes estructurales exigidos

por el FMI en otras partes de Latinoamérica. Sin embargo, el FSLN siguió haciendo esfuerzos por cubrir las necesidades y los servicios básicos de la población, una orientación que cambiaría drásticamente cuando llegó al poder la coalición de la UNO.

El proyecto neoliberal introducido por el gobierno de Violeta Chamorro y continuado por el de Alemán significó la reorganización del trabajo, al tiempo que se redujo el sector estatal, se privatizó la industria y la producción nacional se vio obligada a competir en condiciones que favorecían las importaciones. Aun así, los nicaragüenses eran elocuentes en sus críticas sobre las duras consecuencias de la nueva orientación del libre mercado y, en efecto, obtuvieron algunas importantes concesiones, incluyendo la asistencia a los pequeños productores. El apoyo de los gobiernos neoliberales al desarrollo de la microempresa, al mismo tiempo en que las cooperativas urbanas y las pequeñas industrias en general se veían seriamente afectadas por sus políticas, demuestra un esfuerzo decidido por contener la oposición de una gran parte de la población urbana. Sin embargo, a juzgar por las continuas quiebras de tantas pequeñas unidades de producción y por la desaceleración de la economía en general, será necesario un esfuerzo mucho mayor para acallar la oposición.

El colapso de la Unión Soviética y los subsiguientes acontecimientos en Europa del Este fueron observados atentamente por todo el mundo, y Nicaragua no fue la excepción (Hoyt 1997:148-55). El FSLN se vio obligado a reflexionar sobre su significado histórico para el socialismo y la izquierda, y reexaminó sus prácticas políticas previas; de hecho, resultó que los desconcertantes sucesos en esa región del mundo presagiaron las divisiones que surgieron en el seno del partido sandinista durante los años siguientes. Las elecciones nicaragüenses de 1990 marcaron la pérdida de otro “modelo histórico” de desarrollo de orientación socialista y el comienzo de una inestable transición política y crisis económica cada vez más grave. Sin embargo, la pérdida también representó una oportunidad para observar

la reacción de la izquierda y de los movimientos populares emergentes ante el desafío de enfrentarse al neoliberalismo en una pequeña nación centroamericana. En la última década, hemos observado cómo Nicaragua ha experimentado la tensión productiva de una sociedad que exige un desarrollo nacional democrático y pluralista. No cabe duda de que las revoluciones sociales del futuro serán diferentes a las del pasado, y podemos aprender tanto de las luchas actuales como de las históricas. A medida que disminuyen los otrora grandes debates sobre el desarrollo del sector estatal frente al del sector privado y sobre la lealtad a una línea partidaria, los movimientos sociales de hoy en día en Nicaragua y en otras partes vislumbran alternativas de futuro con todas sus incertidumbres.

Con un FSLN muy debilitado y en ausencia de una propuesta económica viable de los críticos del neoliberalismo ¿cuáles son las alternativas al cambio económico y político? Al concluir este capítulo, es útil volver nuestra atención brevemente a las nuevas formas de movilización social manifestadas desde 1990⁶. Hasta ahora me he enfocado en la cambiante organización del trabajo entre cooperativas y microempresas, pero en esta década también hemos visto una creciente participación política de carácter popular. Al romper con las directivas partidarias, los movimientos sociales autónomos, o a veces redes apenas organizadas han retomado temas tan amplios y variados como el medio ambiente, la salud, los derechos de las mujeres, y, como cabe esperar, la crisis económica. En momentos en que el gobierno ha dado un giro drástico hacia la derecha, hay una evidente relación entre la cambiante economía política, con énfasis en la privatización y la industrialización dirigida a la exportación, por una parte, y la expansión del activismo político en temas de derechos humanos y política de género, por otra. Hay desacuerdo acerca de si este activismo es la continuación de la movilización social que hubo durante el gobierno sandinista o si es el resultado de un proceso de democratización postsandinista, aunque como de costumbre la realidad social es mucho más compleja.

Muchos de los latinoamericanos que han sido más afectados por las recientes políticas están empezando a negociar los términos de una participación más amplia en la sociedad a través de la acción colectiva (Escobar 1992:83). En la Nicaragua postsandinista, la crisis económica, los desplazamientos políticos y el auge simultáneo de movimientos sociales autónomos son fenómenos relacionados entre sí, aunque existan elementos contradictorios.

- 1 Se puede citar la investigación etnográfica de Field (1999) sobre los pequeños ceramistas del Pacífico de Nicaragua durante el período sandinista.
- 2 En algunos casos, la diferencia entre trabajar por cuenta propia o en microempresas era difusa, como en el caso de la madre de Doris, una de las soldadoras mencionadas en el capítulo anterior. Doris me contó que su madre, quien tenía una pulpería desde hacía años, había formado una microempresa con otras mujeres que también eran dueñas de pulperías, con el fin de recibir ayuda de la organización no gubernamental FAMA. Sin embargo, su madre no se identificó como microempresaria.
- 3 Este interés data de la tesis doctoral de De Franco (1979) sobre el sector informal en Nicaragua antes de 1979.
- 4 Aunque la mayoría de programas que apoyaban a las microempresas no prestaron apoyo especial a las mujeres, algunas sí lo hicieron, incluyendo el instituto técnico SINACAP (posteriormente INATEC). El Instituto Nicaragüense de la Mujer (INIM) y el Programa de Mujeres de INCAE también dirigieron su atención a las mujeres en las microempresas. La organización no gubernamental MEDA realizó un estudio sobre mujeres microempresarias y el acceso al crédito, y luego apoyó a las mujeres. Una pareja de holandeses que trabajó en MEDA hasta 1992 canalizó deliberadamente crédito a las mujeres porque sabían que era más probable que éstas utilizaran sus ingresos en las necesidades familiares y no personales.
- 5 Este documento define a las microempresas como aquéllas en las que trabajan hasta cinco personas y tienen un capital máximo de US\$ 5,000.00, aunque se determinó que la unidad de trabajo promedio tenía una inversión de tan sólo US\$ 638.
- 6 El capítulo 8 contiene un análisis más detallado de los movimientos sociales desde las elecciones de febrero de 1990.

Capítulo 7

Narraciones sobre el desarrollo, la nación y el cuerpo

En julio de 1993, en una reunión de mujeres cooperativistas sostenida en Managua, las participantes escucharon pacientemente lo que decían los hombres sobre la necesidad de desarrollar conciencia política en una época en que el país experimentaba el embate del capitalismo y la globalización. Casi al final, una mujer se puso de pie y con gran aplomo exhortó al grupo allí reunido a organizarse en contra de las fuerzas opresivas del neoliberalismo y el postmodernismo. Nunca supe qué la indujo a pensar que el postmodernismo era una amenaza capitalista, pero era evidente que lo consideraba emblemático de fines del siglo XX, al igual que el neoliberalismo. Sus palabras suponen un reto para mí al analizar qué aportan los enfoques postmodernos de política cultural del capitalismo tardío a nuestra interpretación del sufrimiento cotidiano y de las perspectivas a largo plazo para muchas personas en Nicaragua y otras partes de Latinoamérica¹.

Las investigaciones sobre desarrollo y construcción de nación realizadas en Latinoamérica han utilizado en general

un modelo de economía política, aunque unas cuantas se han distanciado de este enfoque y planteado importantes cuestiones culturales relativas a las distintas formas en que los discursos sobre desarrollo y nación influyen en las prácticas y resultados de diversas sociedades. Este capítulo contribuye a profundizar en este último aspecto al abordar dos temas que rara vez se analizan juntos: los discursos sobre desarrollo y las políticas referentes al cuerpo. La Nicaragua de los años noventa constituye un ejemplo de cómo se manifiestan algunos enfoques polémicos de carácter económico-político en las prácticas culturales y en los discursos de una nación que transita de un pasado revolucionario sandinista a un presente neoliberal. Aunque en la actualidad prevalece el modelo neoliberal de desarrollo orientado al mercado, el discurso de los sandinistas sigue cuestionando los fundamentos políticos de este modelo. Con el fin de analizar el debate nacional referente a las “microempresas” y el “sector informal”, términos que en el contexto nicaragüense tienen una carga ideológica, mi investigación se basa en las entrevistas sostenidas con mujeres y hombres que trabajan en pequeñas empresas y en el comercio; utilizo, asimismo, materiales de investigadores y responsables de formular políticas dirigidas a este sector social durante la década pasada en Managua. Luego planteo que el discurso que utilizan los trabajadores y residentes pobres de las ciudades para explicar las dificultades que enfrentan es más personal y visceral, y se basa en experiencias colectivas y personales, condicionadas a menudo por diferencias de género. Argumentaré a favor de prestar atención a discursos que no son predominantes e invocan género y cuerpo como espacios donde se inscriben las condiciones actuales, que nos pueden mostrar el camino a otros enfoques y críticas. Lo que está en juego es la manera como los nicaragüenses (y otros) conciben y discuten los conceptos de “desarrollo” y “nación”².



Manta utilizada en una reunión de mujeres cooperativistas en Managua.

Dudas sobre el desarrollo

Aparte de las críticas a los modelos occidentales, me interesa saber qué piensan los expertos, las personas responsables de tomar decisiones y la ciudadanía sobre el “desarrollo” y un “proyecto nacional” en el contexto de Nicaragua y otros lugares³. Por consiguiente, empiezo por examinar los modelos y discursos dominantes relacionados con el desarrollo económico en Nicaragua para determinar cómo funcionan estos modelos, aunque no logren alcanzar sus objetivos. Luego recorro a los relatos de las mujeres y los hombres que entrevisté en el barrio Monseñor Lezcano y algunas cooperativas urbanas de Managua, cuyas palabras y vidas reflejan un discurso alternativo, y sugiero que hay mucho en juego en la manera como se plantea este debate.

Mi lectura de diversas fuentes me ha llevado a reconsiderar el tema del desarrollo. Los escritos de Marx, Foucault y algunas teóricas feministas han influido en el trabajo de numerosos antropólogos y otros estudiosos

que han reexaminado el tema del desarrollo. Al trabajo de algunos investigadores preocupados por las construcciones de desarrollo posteriores a la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias para el “Tercer Mundo” (por ejemplo Ferguson 1990; DuBois 1991; Pigg 1992; Moore y Schmitz 1995) se ha sumado la teoría de Arturo Escobar (1992, 1995) sobre los movimientos sociales y lo que él llama “choque de conceptos sobre el desarrollo”. Varias escritoras feministas se han unido al debate, como Sallie Westwood y Sarah A. Radcliffe (1993), Marianne H. Marchand y Jane L. Parpart (1995) cuyos estudios también cuestionan las suposiciones modernistas que subyacen a gran parte de las ideas sobre lo que constituye desarrollo (incluyendo el papel de género).

Escobar (1984-85, 1995) y Marc DuBois (1991) se basan en Foucault para analizar la dinámica del discurso, poder y conocimiento, en particular tal como fueron concebidos en el Primer Mundo e impuestos al Tercer Mundo. Estos autores muestran cómo los discursos sobre desarrollo consolidaron el poder de los países del Primer Mundo, puesto que fue en éstos donde surgió el concepto de “subdesarrollo” y se creó todo un aparato para combatirlo. Al mismo tiempo, otras prácticas discursivas basadas en el conocimiento local de los pueblos del Tercer Mundo han contribuido a los movimientos sociales que cuestionan el predominio de relatos parciales sobre desarrollo y subdesarrollo. La interpretación del poder como algo difuso, ejercido tanto desde abajo como desde arriba (por aparatos del Estado), nos permite ver cómo las iniciativas locales pueden desestabilizar estructuras sociales que parecen fijas.

Estos académicos reconocen que un problema como el subdesarrollo tiene una base histórica concreta, pero sostienen que “sin examinar el desarrollo como discurso, no podemos comprender la manera sistemática como los países desarrollados de Occidente han administrado y controlado, e incluso creado el Tercer Mundo en términos políticos, económicos, sociológicos y culturales” (Escobar 1984-85: 384). En efecto, el desarrollo como discurso también

es “una construcción histórica muy real” aun cuando se base en constructos ficticios (ibid.:389). Como tal, se debe reexaminar el paradigma del desarrollo y para eso es preciso cuestionarlo como categoría natural. James Ferguson (1990:XV) muestra cómo el desarrollo en África austral no ha logrado alcanzar el objetivo declarado de modernizar la vida económica y social, “al tiempo que lleva a cabo, casi inadvertidas, sus propias acciones eminentemente políticas para ampliar el poder estatal burocrático”. Ferguson analiza los efectos sociales de las ideas sobre este tema y argumenta que un aparato conceptual puede lograr importantes cambios estructurales. Por eso escribe: “El desafío es tratar estos sistemas de pensamiento y discurso como cualquier otro tipo de práctica social estructurada” (277).

Varios autores (Parpart 1993; Westwood y Radcliffe 1993; Marchand y Parpart 1995) se basan en distintas críticas feministas y postmodernas para examinar el tema de género, el desarrollo y los movimientos sociales por el derecho a la inclusión nacional y a la ciudadanía plena. Desde su perspectiva, el énfasis común de estas críticas en lo que respecta a las diferencias subvierte el pensamiento universalista que concibe a las mujeres desde un punto de vista único como género, sin reconocer la especificidad de su raza, clase y origen nacional.⁴ Como señala Parpart (1993:439), algunos investigadores del desarrollo en el Tercer Mundo han rechazado estas críticas por considerar que constituyen preocupaciones propias del Primer Mundo. Sin embargo, al igual que otros estudiosos, esta autora argumenta que tanto el feminismo como el postmodernismo tienen amplias repercusiones y nos pueden llevar más allá de las “metanarrativas tanto de la Ilustración como del pensamiento marxista”, basadas como están en supuestos universalistas de la historia y la sociedad (ibíd.). En efecto, lo más probable es que estos discursos privilegiados y monolíticos se vean debilitados en aquellos lugares, con frecuencia en el Tercer Mundo, donde se presta atención al poder y las diferencias. No obstante, las feministas y otros autores que estudian el discurso como práctica social están muy conscientes de la dificultad de ofrecer relatos

que “deconstruyan las perspectivas eurocéntricas” en tanto estén atados “por convención, a muchos de los términos que promueven esta visión unitaria” (Westwood y Radcliffe 1993:2).

En la última parte de este capítulo, ahondo en las críticas feministas y postmodernas del desarrollo para destacar la importancia del cuerpo humano en la construcción de nación. A veces en la imaginación global se asocian ideas y significados específicos con determinadas naciones; por ejemplo, India representa la nostalgia poscolonial (Appadurai 1996) y Brasil, la pobreza y modernidad del Tercer Mundo (Scheper-Hughes 1992). El cuerpo humano también puede representar la salud o la sensibilidad de un pueblo o nación; por ejemplo, los portorriqueños quizá sufran de la enfermedad del colonialismo y busquen la cura en el nacionalismo (Negrón-Muntaner y Grosfoguel 1997). Por su parte los guatemaltecos, que acaban de salir de una guerra civil devastadora, se refieren a su nación como un cuerpo herido (Nelson 1999). Según el argumento de Margaret Lock y Nancy Scheper-Hughes, un enfoque interpretativo y crítico puede abarcar tres “cuerpos”: lo individual y físico; lo social o simbólico, y lo político. Aunque la materialidad del cuerpo sea fundamental para cualquier análisis de las consecuencias humanas del neoliberalismo, también es importante comprender que “hablar del cuerpo” es lo mismo que “hablar sobre la naturaleza de la sociedad” (Lock y Scheper-Hughes 1990:61).

Los discursos dominantes del desarrollo en Nicaragua se refieren a la salud del cuerpo político como algo abstracto, mientras que los discursos no dominantes revelan que la abrumadora mayoría de los nicaragüenses que no son de la élite perciben la política de una manera mucho más inmediata, a través de su cuerpo. Me he inspirado en estudios históricos y literarios, entre ellos el de Francine Masiello, con quien estoy de acuerdo cuando escribe:

El régimen (neo) liberal nunca fue un proceso incorpóreo... A este respecto, no debe sorprendernos que muchos movimientos sociales latinoamericanos insistan en el cuerpo como punto

de partida para defender los derechos humanos y el progreso económico; que hoy en día haya influyentes activistas unidas en torno a temas relacionados con opciones sexuales; y que los sectores informales tengan un fuerte componente femenino, incluyendo asociaciones de amas de casa de los barrios que han exigido con éxito mayor democracia a través de negociaciones con el mercado. (1997:231).

Masiello nos insta a incorporar el cuerpo con sus diferencias de género como “punto de partida del discurso, la comunidad y la acción” a nuestro análisis del desarrollo neoliberal y la construcción de nación⁵.

De la revolución al neoliberalismo

En los últimos diez años, he dado seguimiento a la difícil transición del gobierno revolucionario de Daniel Ortega (FSLN) al gobierno de Violeta Chamorro (UNO) y de Arnoldo Alemán (Alianza Liberal), estos últimos respaldados por Estados Unidos. Mi principal interés ha sido detectar los efectos de esta transición en la vida y el trabajo de las mujeres de bajos ingresos en pequeñas empresas y comercios en Managua, y descubrir cómo han respondido a condiciones de vida cada vez más precarias. Durante este período se introdujeron medidas diseñadas para estabilizar la economía a través de drásticos recortes de empleados del sector público y de servicios sociales; la privatización de empresas estatales y de los servicios de salud y educación; la devaluación de la moneda, y la liberalización del mercado.

Aunque el año 1990 marcó un cambio radical de orientación política y un giro hacia el neoliberalismo, mi argumento es que la transición política no debe verse como un proceso unilateral de eliminación de todos los logros obtenidos por la revolución nicaragüense. Sin lugar a dudas, el gobierno del FSLN fue menos ortodoxo que muchos otros gobiernos socialistas y permitió una economía mixta basada en la reforma agraria, en la ampliación del sector estatal

y la participación de la empresa privada. No obstante, su extenso programa de transformación social y el desafío que supuso la revolución para los intereses políticos de Estados Unidos fueron suficientes para que la administración Reagan apoyara a la resistencia e impusiera un bloqueo económico. Para las elecciones de febrero de 1990, los nicaragüenses se encontraban frustrados porque las condiciones económicas eran cada vez peores y anhelaban vivir en paz; la presidencia de Chamorro ofrecía llegar a un arreglo con los diversos intereses políticos, en particular con el FSLN que seguía siendo una fuerza política de consideración. A pesar de que su gobierno representaba un cambio de la intervención estatal en el mercado a una economía abierta, el proceso supuso una larga negociación y la transición fue compleja (Spalding 1994). En 1996, el advenimiento de la administración de Arnoldo Alemán profundizó todavía más la tendencia derechista y las medidas neoliberales. No obstante, incluso en esas condiciones, el legado de la revolución impidió que se produjeran retrocesos aún mayores (Walker 1997).

Los discursos dominantes de desarrollo

En 1991, mantuve una relación de trabajo con la Universidad Centroamericana (UCA) en Managua, donde se llevaban a cabo algunos de los estudios más importantes sobre la economía. Al igual que la mayoría de intelectuales en Nicaragua, la mayor parte de los académicos de la UCA se identificaban con el sandinismo. El programa Fulbright, que ese año auspiciaba mi investigación, me instó a trabajar también con el Instituto Centroamericano de Administración de Empresas (INCAE), vinculado a la Escuela de Negocios de la Universidad de Harvard en Estados Unidos y diseñado conforme este modelo. A diferencia de la UCA, los profesores y estudiantes del INCAE simpatizaban por lo general con la ideología neoliberal del gobierno. Esta doble asociación me permitió una posición ventajosa desde la cual podía observar la formulación de dos discursos bastante distintos para explicar

y remediar los problemas que enfrentaba el país. De hecho, mi interés en los discursos de desarrollo nació de las discusiones que escuché y en las que participé en la UCA y el INCAE, en especial aquéllas relacionadas con mi investigación de actividades económicas no reguladas en pequeñas empresas y en el “sector informal”. Una considerable diferencia física y de enfoque intelectual separaba las calientes oficinas de una universidad pública situada en un centro urbano y las oficinas artificialmente enfriadas del pequeño pero elegante campus del Instituto, situado en las frescas montañas que circundan Managua, a suficiente altura como para ofrecer un alivio del sofocante calor de la ciudad.

Aquí relataré lo que estos dos discursos dominantes sobre el desarrollo han aportado tanto en conversaciones como por escrito, en relación con la situación de la pequeña empresa y el comercio, actividad económica predominante en las áreas urbanas de Nicaragua. El INCAE se convirtió en asesor del gobierno de Violeta de Chamorro a través de los análisis coyunturales que preparaban sus prestigiosos economistas y otros científicos sociales, y la capacitación que ofrecía a la élite para que asumiera posiciones de liderazgo económico y político. En ese tiempo, el director del Instituto, Francisco A. Leguizamón, era un economista colombiano muy conocido por sus investigaciones sobre la pequeña y mediana empresa. Autor de un análisis de este sector en Centroamérica (1990), escribió que se le prestaba muy poca atención pese a que más del 90% de los negocios de la región podría clasificarse en esta categoría (hasta cincuenta empleados, con un máximo de tres supervisores). Leguizamón sostiene que el interés actual en el sector refleja el inicio de la peor depresión desde los años treinta y el reconocimiento de que es un sector clave para las economías centroamericanas. Analiza las estrategias y obstáculos nacionales al desarrollo de la región y propone un “cambio radical”, en alusión a un compromiso más firme con el libre mercado y el capitalismo como fuerza de desarrollo económico y “democratización”. Opina que las pequeñas y medianas empresas tienen potencial para desempeñar un papel

de mayor importancia en la economía nacional y que cuando lo hagan, las mujeres estarán entre quienes más oportunidades tendrán de ingresar a la economía formal.

Leguizamón argumenta que en los años ochenta la Nicaragua sandinista era el país que tenía las condiciones más precarias para el desarrollo en toda la región centroamericana y, por lo tanto, ahora es el que más necesita un cambio. Critica la manera como se impusieron límites a la inversión privada, se establecieron las cooperativas y se descentralizaron los negocios. Culpa a estos factores de haber causado la drástica caída de la producción nacional y sostiene que la política sandinista no fomentó el desarrollo de la pequeña y mediana empresa sino que más bien lo restringió. No obstante, reconoce que desde mediados de la década el 40% del presupuesto se destinaba a la defensa, lo cual provocó una severa crisis económica. Elaboró su análisis justo después de las elecciones de 1990 y concluyó que las posibilidades de lograr democracia y desarrollo económico en Nicaragua aumentarían con el nuevo gobierno.

Sin embargo, cuando entrevisté a Leguizamón al año siguiente en el INCAE, se mostró menos optimista. Me indicó que hasta ese momento había visto pocos cambios en la situación económica y una mejora mínima en la pequeña empresa. Aunque el Ministerio de Economía había establecido una nueva oficina para las pequeñas y microempresas, no tenía suficiente influencia para introducir cambios. Leguizamón señaló el continuo crecimiento de la actividad informal, al tiempo que aumentaba la inseguridad económica y la delincuencia en el país. Aun así, parecía esperanzado en que muy pronto los bancos y las agencias de gobierno pudieran ofrecerles más ayuda a las pequeñas industrias. Por último, sostuvo que los propios trabajadores nicaragüenses eran los principales responsables de que la pobreza continuara, ya que en su opinión hacía falta tener un compromiso más fuerte con el trabajo, la búsqueda de oportunidades y el coraje para tomar riesgos. Me impresionó que caracterizara a los nicaragüenses como personas sin

suficiente motivación cuando hacía tan poco tiempo que habían arriesgado todo para defender su revolución. Se acostumbra respaldar estos puntos de vista recurrentes en el discurso antisandinista con acusaciones contra el gobierno por haber protegido demasiado a los trabajadores y no haber podido desarrollar industrias competitivas. Al no lograr el neoliberalismo ninguna rápida mejora en la capacidad de las pequeñas empresas y comercios para que pudieran competir con éxito, estos mismos analistas volvían a invocar la idea de que se debía al legado de dependencia que había dejado el gobierno revolucionario.

En el INCAE, muchas personas, al igual que otros partidarios de la UNO, compartían el punto de vista de este economista. Por su parte, los académicos de la UCA, la mayoría de investigadores del país y las ONG que visité, ofrecían una visión muy diferente. En las ONG simpatizaban por lo general con las metas de la revolución nicaragüense, en la que muchos de sus miembros habían participado, aunque también analizaban los errores del FSLN, al mismo tiempo que criticaban las políticas del gobierno y sus consecuencias. Amalia Chamorro y otros investigadores de la Escuela de Sociología de la UCA realizaron los estudios más importantes sobre la pequeña empresa y el sector informal en Nicaragua (Chamorro, Chávez y Membreño 1989,1991). Utilizaron como línea base un estudio pionero sobre el sector informal de Managua (tesis doctoral, Silvio De Franco 1979) terminado justo antes del triunfo del FSLN. El autor de este trabajo histórico ofrece un análisis estructural de la expansión del sector informal en condiciones de subdesarrollo, en el que destaca las restricciones externas a su crecimiento y describe las dificultades particulares experimentadas por la mayoría de mujeres del sector. Años más tarde De Franco fue Ministro de Economía y Desarrollo, y luego presidente del Banco Central durante el gobierno de Violeta de Chamorro, cuando ya era de derecha en su orientación política (De Franco y Velázquez 1997).

En el análisis neomarxista de Chamorro y sus colegas, según me contaron en diversas conversaciones, los primeros años de gobierno sandinista se caracterizaron por apoyar a

los sectores populares urbanos y a los pequeños productores organizados en cooperativas reguladas por el Estado. De acuerdo con su planteamiento, el resultado de este apoyo fue el crecimiento de los sectores de textiles, cuero, artesanía, alimentos e industrias madereras. Sin embargo, en ese momento la nueva estructura de precios provocó una reducción de ingresos en las cooperativas, lo cual trajo como consecuencia no deliberada el fomento de la actividad informal (no regulada por el Estado). En algunos casos, estos analistas se hicieron eco del punto de vista de quienes simpatizaban menos con el gobierno revolucionario, es decir, estaban de acuerdo en que a la larga la intervención estatal en las cooperativas no benefició a la pequeña empresa.

Por otra parte, estos académicos de izquierda sostienen que la guerra y el bloqueo económico impuesto por Estados Unidos causó una serie de trastornos económicos en el país: escasez de bienes, restricciones de artículos importados, altísima inflación y una emigración masiva de las zonas de guerra a las ciudades. El gobierno sandinista se concentró en el sector rural y la reforma agraria para consolidar sus bases en las zonas de guerra y empezó a recortar programas que habían beneficiado a los sectores populares en las ciudades. El sector informal creció hasta tal punto que se creó un mercado libre, paralelo al mercado oficial. Por ejemplo, se calculaba el número de vendedores en el Mercado Oriental de Managua en unos diez mil, la mayoría de los cuales eran mujeres pobres. En constante expansión sin control, el mercado todavía seguía creciendo a principios de los años ochenta. Aunque unas cuantas mujeres estuvieron éxito, la mayoría apenas si lograba sobrevivir. El gobierno mantuvo los salarios bajos con el propósito de controlar la inflación, pero esta medida sirvió más bien para inducir a los trabajadores asalariados a trasladarse al sector informal, tema que se convirtió en objeto de debate en Nicaragua. La reacción gubernamental fue introducir políticas que restringían la producción y el comercio informal, las cuales eran hostiles a sus actores, a quienes se acusaba de parásitos y especuladores. Éstas sirvieron también de blanco de los críticos

del desarrollo dirigido por el Estado. Los investigadores de la UCA, por ejemplo, argumentaban que en un contexto de guerra y penurias económicas, los trabajadores informales eran en realidad contribuyentes productivos de la economía (Chamorro, Chávez y Membreño 1989). No debe producir extrañeza que a diferencia de los análisis del INCAE, los de la UCA mencionaran con más frecuencia las restricciones externas al desarrollo durante la década sandinista.

De estas dos interpretaciones de la década del gobierno revolucionario y sus consecuencias para el desarrollo económico se desprenden dos puntos de vista del proyecto postelectoral de construcción de nación. El primero corresponde al discurso predominante de los gobiernos de Chamorro y Alemán, basado en un modelo neoliberal de libre mercado. El segundo es el discurso que postulan sandinistas y otros críticos de las políticas de gobierno, quienes exigen una introducción más gradual de las medidas de ajuste estructural. Los dos surgieron en momentos de transición, cuando se negociaban cambios sustanciales en el país, y ambos afirmaban que su principal compromiso era con el proceso democrático.

En marzo de 1991, la fuerte devaluación destinada a estabilizar la moneda provocó una drástica caída de los salarios reales y del poder adquisitivo de la mayoría de nicaragüenses. Ésta fue parte de la fórmula del FMI adoptada por el equipo económico del gobierno, que incluía una privatización masiva y recortes de empleos públicos y servicios sociales, es decir, el tradicional “impacto” de los programas de ajuste económico. Más adelante ese mismo mes, el Ministerio de Finanzas anunció el Plan de Reversión Ocupacional que ofrecía a los empleados del sector público una indemnización, con financiamiento de USAID, si aceptaban renunciar a sus puestos de trabajo; también se les instaba a establecer pequeños negocios. De ahí que muchas personas que se habían acogido al plan compraran refrigeradoras y empezaran a vender hielo y helados en sus casas, aunque con dudosas perspectivas de futuro en vista de que las actividades informales ya habían saturado el mercado⁶.

En una entrevista, Fátima Reyes, directora de planificación presupuestaria del Ministerio de Finanzas, y autora del Plan de Reconversión Ocupacional, describió el plan como parte integral del programa de ajuste estructural del gobierno cuyo objetivo declarado era “motivar a los empleados del sector público a trasladarse voluntariamente al sector privado para establecer pequeños negocios o trabajar en empresas privadas con el fin de estimular la reactivación económica”. Un objetivo no declarado parecía ser deshacerse de los sandinistas que trabajaban en el sector público y en este proceso, una cantidad desproporcionada de mujeres también tuvieron que dejar su trabajo. Lo curioso es que el énfasis era fomentar actividades comerciales y de servicios, en vez de promover la producción. Cuando le pregunté si no le preocupaba que el ingreso de más gente a las pequeñas empresas podía saturar aún más ese sector, Reyes minimizó mi preocupación, alegando que muchas de las personas que se acogían al plan ya tenían negocios familiares y se trataba tan sólo de una ayuda. Además, la mayoría de las personas que habían elegido el plan estaba compuesta, según ella, de “amas de casa”, sin duda en referencia a las mujeres que trabajaban en el sector público. Le pregunté, además, qué impacto tendría el plan en las familias nicaragüenses y me respondió con una actitud muy positiva que el plan ofrecía a las mujeres la oportunidad de regresar a sus hogares y sus familias. Al explicar cuáles eran los objetivos del plan, el lenguaje que adoptó reflejaba el concepto tradicional de familia que manejaba el gobierno (Fátima Reyes, entrevista del 18 de julio de 1991)⁷.

Cuando conversé sobre este plan con Amalia Chamorro de la UCA, me comentó que el gobierno sandinista había tratado de regular la economía informal, primero a través de cooperativas urbanas y luego por medio de sanciones a la actividad informal, mientras que el gobierno de la UNO hacía exactamente lo contrario. Al quitarles apoyo a las cooperativas, recortar el número de empleados del sector formal y alentarlos a que trabajaran en sus propios negocios o en pequeñas empresas, el Estado contribuía a la proliferación del sector

informal. Más aún, señaló que debería haber sido evidente para los creadores del plan que la mayoría de las nuevas empresas comerciales estaban destinadas al fracaso. Esta perspectiva crítica reflejaba una lectura más escéptica del “apoyo” del gobierno a las pequeñas empresas, según la cual éste servía más bien para enmascarar los draconianos recortes aplicados en el sector público y sus implicaciones para el empleo y la distribución de los servicios sociales.

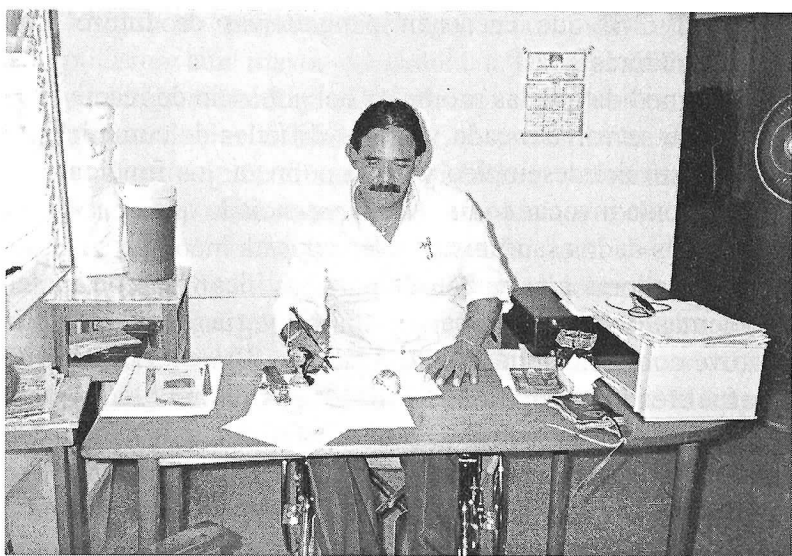
En los años noventa entrevisté a varias personas en el Ministerio de Economía, entre ellas María Hurtado de Vigil, directora de la Oficina de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa (negocios desde cinco hasta treinta empleados respectivamente), quien ha sido una persona clave en el apoyo del gobierno a este sector. En nuestra primera reunión, le pregunté sobre el nuevo énfasis en las microempresas en momentos en que el sector informal seguía expandiéndose con rapidez. Me respondió que después del apoyo inicial del gobierno sandinista a las pequeñas empresas y cooperativas, el ajuste económico que había impulsado a fines de los años ochenta llevó al fracaso a muchas de éstas y provocó el ingreso de un número cada vez mayor de trabajadores al sector informal. Se refirió a la política de libre mercado del gobierno, que favorecía el ingreso de bienes importados y una competencia creciente, no en términos del costo para los productores nicaragüenses sino del derecho de los consumidores a mejores productos. Me dijo que su oficina apoyaría a las empresas que tuvieran “mayor potencial” y reconoció que entre aquéllas con “mayores probabilidades de fracasar” podrían estar los negocios dirigidos por mujeres (María Hurtado de Vigil, entrevista del 8 de mayo de 1991).

Mi entrevista con Antonio Chávez de CONAPI ofrece un contraste interesante. Responsable de la región de Managua y después presidente de esta organización nacional de sindicatos, Chávez reconoció que CONAPI todavía se identifica con el FSLN, pero se empeñó en sostener que no tiene “color político” y que sus afiliados son de diversas tendencias. A pesar de que en los últimos tiempos CONAPI

ha tenido pocos recursos y sólo ha prestado un apoyo limitado a sus miembros, sigue siendo la principal organización representativa de los intereses de los trabajadores en las pequeñas empresas. Cuando le pregunté a Chávez acerca de las recientes políticas del gobierno y su impacto en las mujeres, de inmediato me respondió diciendo que éstas constituyen más de la mitad de sus miembros, en especial en la industria textil y de alimentos, y que han sido las más afectadas por las nuevas políticas. Chávez sostuvo, por ejemplo, que los aranceles más bajos sobre la ropa importada y el reciente ingreso de ropa usada procedente de Estados Unidos, han socavado seriamente la producción y las ventas de las mujeres nicaragüenses. Aunque admitió que el declive del sector empezó durante la época de los sandinistas, lo atribuyó a la crisis económica provocada en parte por la intervención de Estados Unidos; también me dijo que el tratamiento de *shock* aplicado por el gobierno de Violeta de Chamorro era mucho peor (Antonio Chávez, entrevista del 8 de mayo de 1991)⁸.

Divergencia y convergencia

Es evidente que el gobierno, por un lado, y CONAPI y los trabajadores de las pequeñas empresas y comercios, por el otro, al igual que los investigadores del INCAE y de la UCA, tenían diferentes percepciones de la realidad de Nicaragua después de 1990, en especial de la situación económica. El lenguaje utilizado revelaba algunas diferencias clave: unos consideraban que las microempresas podrían prosperar en las nuevas condiciones de libre mercado si se daba oportunidad a los trabajadores de volverse competitivos; otros resaltaban la imposibilidad de que las pequeñas empresas y el sector informal salieran adelante, y menos aún que prosperaran en una época de crisis. Aunque he destacado las diferencias entre los dos discursos predominantes, cabe señalar la lógica similar subyacente y que las aparentes diferencias de posiciones político-ideológicas son mínimas.



Antonio Chávez, entonces presidente de CONAPI, en su oficina.

Aunque podría decirse que el discurso de los sandinistas y otros críticos de la política económica gubernamental es una alternativa al discurso dominante del gobierno o a la narrativa maestra sobre el desarrollo no son completamente antagónicos. De hecho, comparten las suposiciones implícitas de que es necesaria una medida de ajuste y que son los trabajadores quienes encarnan el potencial de la nación para avanzar y “desarrollarse”. A pesar de la oposición al modelo neoliberal impuesto por el gobierno como respuesta a las presiones del FMI y de USAID, no se ha planteado un modelo alternativo. Los críticos, en cambio, han señalado las deficiencias y los elevados costos sociales del plan neoliberal, pero han propuesto que la aplicación de las medidas para estabilizar y adaptar la economía sea más gradual, al mismo tiempo que se ponen en práctica programas de apoyo a las pequeñas empresas para que sean más competitivas. A pocos años de empezar el siglo XXI, parece improbable encontrar una alternativa viable, aunque más adelante propongo que durante la última década han surgido movimientos en la

sociedad civil que encarnan perspectivas de futuro más esperanzadoras⁹.

A medida que las promesas del gobierno de reactivar la economía se volvían cada vez más difíciles de cumplir ante al aumento del desempleo y de la pobreza, los funcionarios empezaron a invocar con mayor frecuencia lo que consideran los errores de los sandinistas y la supuesta incompetencia de los trabajadores nicaragüenses para justificar los constantes problemas. Eso fue lo que sucedió en varias reuniones que sostuve con el holandés Stefan Platteau, director del PAMIC que fue creado por el Ministerio de Economía en 1991. Durante su primer año de trabajo, Platteau pensaba que si ofrecían crédito y capacitación a microempresarios competentes, se superarían los problemas del pasado. Opinaba, al igual que muchos otros, que el gobierno revolucionario había apoyado en exceso a los trabajadores sin ofrecerles la formación que tanto necesitaban. Estaba decidido a capacitar a personas que estuvieran muy motivadas a trabajar en microempresas para demostrar así su viabilidad y lograr que el programa tuviera éxito (Stefan Platteau, entrevista del 24 de febrero de 1992). Sin embargo, un año después la posición de Platteau se había endurecido y tenía un punto de vista más escéptico, al igual que otros funcionarios del gobierno. Me dijo que para superar los problemas heredados de la década sandinista sería necesario oponer una “cultura de gestión” a una “cultura de desconfianza”. El lenguaje condescendiente que utilizó para describir las deficiencias de los trabajadores evocaba la idea de una “cultura de pobreza” (o “de subsidio”) entre aquellas personas que trabajan en el campo del desarrollo y atribuyen los obstáculos que impiden la modernización a la gente o a las economías dirigidas por el Estado, más que a los problemas derivados de la globalización o del mismo proceso de desarrollo¹⁰. Por supuesto que la realidad es más compleja, pero el efecto ideológico de responsabilizar a los trabajadores es una invitación a polemizar y excluir la posibilidad de aprender del pasado (Stefan Platteau, entrevista del 23 de julio de 1993).

Algunos miembros del gobierno manifestaban un escepticismo aún mayor en cuanto a las probabilidades de recuperación económica. Con el aumento del desempleo y subempleo de los últimos años, el crecimiento del sector informal proseguía imparable. Muchas personas vendían artículos que abarcaban desde comidas y bebidas hasta antenas de televisión y ropa deportiva; también limpiaban los parabrisas de los carros en las intersecciones de las calles de la ciudad. La gravedad del problema se plasmaba en un chiste que circulaba por ahí: ¿Cómo se pueden crear 30,000 puestos de trabajo? Instalando 1,000 semáforos en Managua. Resulta irónico que después de las elecciones de 1996, en las que triunfó Arnoldo Alemán, se construyeran unas enormes rotondas que reemplazaron precisamente los semáforos en las principales intersecciones de la ciudad para que el tráfico fuera más fluido. También en tono de broma, algunos nicaragüenses decían que sólo así el nuevo presidente había podido sacar a los vendedores ambulantes de las calles.

Durante las entrevistas que realicé a lo largo de los últimos años, Luis Carvajal, director de desarrollo empresarial del PAMIC, destacó el apoyo que se brindaba a las microempresas con mayor potencial manufacturero y de comercialización. La presencia oficial del PAMIC en Managua, las campañas nacionales y las ferias para promocionar productos reflejaban una aparente preocupación del gobierno por la pequeña empresa. Carvajal, al igual que Platteau antes que él, creía que el gobierno sandinista protegió demasiado a los trabajadores al garantizarles un mercado, lo cual habría mermado la calidad de sus productos. En la década neoliberal de los años noventa, algunos trabajadores siguen esperando que el Estado les proporcione una red de seguridad, pero ahora están aprendiendo que tienen que “ser competitivos o morir”. Este cambio es bueno, dijo Carvajal, y fortalece la autoestima de aquellas personas que logran tener éxito (entrevista del 3 de julio de 1996).

En 1998, Carvajal insistió en que el desarrollo de la microempresa era una prioridad del gobierno de Alemán. Hizo hincapié en la importancia de adquirir técnicas de

comercialización, encontrar nichos y tener “visión”. Respecto a este punto, reiteró que en este período de globalización la “selección natural” garantizaría la sobrevivencia del “nuevo tipo de empresario que maneja las herramientas del mercado”. Sostuvo que en vista de que un 60% de la población económicamente activa trabajaba en pequeñas empresas, este sector estaba destinado a contraerse, pero habría resultados positivos en términos de especialización y competencia. Afirmó que se trata con consideración especial a las mujeres como microempresarias, aun cuando admitió el fracaso seguro de muchas de sus pequeñas empresas, lo cual revelaba una de las contradicciones de la época neoliberal (entrevista del 9 de junio de 1998).

Mientras tanto, en los últimos años CONAPI ha venido señalando que no obedece a ninguna orientación política y que su interés es trabajar efectivamente con el gobierno o en oposición a éste cuando sea necesario. En 1996, cuando la organización cuestionó una propuesta de ley que afectaría a las cooperativas al eliminar el trato preferencial que reciben en términos impositivos, Antonio Chávez señaló que éste había ayudado a frenar la desaparición de las pequeñas empresas. Mencionó algunas empresas en recuperación y dio a entender que CONAPI había contribuido a que así fuera, al mismo tiempo que reconocía que la economía en general se había beneficiado de los buenos precios del café ese año (entrevista del 4 de julio de 1996). No obstante, los miembros de CONAPI se quejaban a menudo de que los líderes de su organización no servían para otra cosa que no fuera mantener sus propios cargos y que las pequeñas empresas seguían sufriendo pérdidas. En efecto, en un periodo de gran desempleo y numerosos despidos en el sector estatal, los administradores de organizaciones públicas y privadas, como PAMIC y CONAPI, se interesan mucho en demostrar sus méritos y servicios a sus afiliados. Ya en 1998, la imagen de CONAPI se había empañado: la directiva anterior enfrentaba cargos de corrupción y varias cooperativas decidieron retirarse. Si un objetivo no expresado de los programas de desarrollo es apoyar el aparato establecido

para promocionar sus metas, el ejemplo de Nicaragua indica que mientras CONAPI puede estar en peligro de irse a pique, el PAMIC (hoy INPYME) tiene cada vez más influencia en la época neoliberal.

Narrativas de la clase trabajadora: discursos alternativos

Hasta ahora he tratado sobre dos prácticas discursivas en Nicaragua, la de los neoliberales en el gobierno y en algunos círculos académicos, y la de los críticos sandinistas en CONAPI, organizaciones sindicales y otros círculos académicos. Sin embargo, la mayor parte de mi investigación no consistió en realizar entrevistas en oficinas sino más bien en conversar con miembros de cooperativas urbanas y pequeñas empresas en Managua, y con residentes del barrio Monseñor Lezcano donde muchas personas trabajaban en la economía informal¹¹. Cuando comparé los discursos dominantes sobre el desarrollo con lo que me decían los nicaragüenses de la clase trabajadora, esperaba que se alinearan con uno u otro discurso de acuerdo con su experiencia de vida y orientación política. No obstante, descubrí que los dos discursos dominantes eran problemáticos y coincidían en parte, mientras que las prácticas discursivas en las cooperativas y barrios urbanos diferían con frecuencia de los discursos dominantes. Aquí ofrezco algunos ejemplos de la riqueza y variedad de puntos de vista de estas mujeres y hombres trabajadores, algunos de los cuales aparecen en capítulos anteriores. Más adelante, argumento que sus persistentes referencias al cuerpo y a la identidad cuando hablan de desarrollo proyectan si no una posición política bien establecida, al menos una incipiente alternativa que surge de una conciencia siempre resistente y con potencial revolucionario.

Algunas de las personas que entrevisté habían adoptado la visión neoliberal de que las condiciones estaban mejorando por la creciente modernidad de Managua y la introducción de nuevos artículos importados a los que esperaban acceder algún día¹². Un ejemplo típico es el de la mujer con quien hablé en el

barrio Monseñor Lezcano, que trabajaba como afanadora en el pequeño pero moderno supermercado La Corona. A diferencia de la mayoría de las personas que trabajaban como vendedores y procedían de áreas más acomodadas de Managua, la mujer era del barrio. Sin duda estaba satisfecha de tener un empleo fijo donde trabajaba 48 horas a la semana y ganaba alrededor de US\$100 al mes. Cuando le pregunté cómo veía la situación actual, miró a su alrededor, a los estantes repletos de productos, muchos de ellos artículos de lujo como licores, frutas en conserva, pasteles y otros alimentos importados. Señaló que ahora las cosas estaban mejor mientras que durante el gobierno sandinista no dejaban de empeorar. Antes tenían que hacer fila para conseguir cosas, pero ahora había abundancia de productos. Sostuvo que las políticas eran buenas y expresó confianza en que la vida mejoraría y todos se beneficiarían de una mayor disponibilidad de artículos en el mercado.

Otras personas de Monseñor Lezcano compartían la opinión de que durante el gobierno sandinista los tiempos habían sido muy difíciles. Aunque el barrio había apoyado firmemente la insurrección que terminó con la dictadura de Somoza, la mayoría votó por la UNO en 1990. No obstante, una viuda, dueña de un taller de repuestos de carros, expresó su insatisfacción con la situación actual, diciendo que las ventas habían disminuido y que tenía que pagar impuestos muy altos a la alcaldía. Al igual que la mayoría de personas a las que entrevisté, se quejó de que “hay cosas que comprar pero no hay plata para comprarlas”. Llegó hasta rememorar la época de Somoza como un “tiempo regio que nunca volverá”, cuando uno podía comprar carros y muchos otros productos deseados. Recordó, asimismo, el período sandinista como “el lado oscuro de la historia de Nicaragua, en todo sentido”. Por último, expresó la esperanza de que la situación mejore en el futuro.

Otra mujer con quien hablé había abierto una pequeña venta en su casa frente a la plaza principal del barrio donde ofrecía gaseosas y, en ocasiones, comidas sencillas. No obstante, me explicó que la venta de gaseosas pertenecía en realidad a un conocido suyo que había dejado su trabajo

como parte del Plan de Reconversión Ocupacional y empezó vendiendo por su cuenta, pero luego le pidió que lo ayudara a vender. Cuando le pregunté qué pensaba de la situación actual, se describió como una persona que no estaba a favor de ningún partido político y era miembro activo de la Iglesia evangélica y vivía en su propia casa. Me dijo: “es la misma pobreza”, en referencia a las condiciones de vida durante los gobiernos del FSLN y de la UNO. Después de haber vivido en el barrio durante 25 años y observado el creciente número de negocios informales, se quejaba de que ahora hubiera más vendedores que compradores y demasiadas ventas y comedores, de modo que todos estaban sufriendo.

Un año o dos después de las elecciones, casi toda la gente del barrio con quien hablé estaba muy decepcionada, a pesar de su apoyo inicial al gobierno de Violeta Chamorro. Sin el apoyo esperado de parte de Estados Unidos o la recuperación económica prometida, la paz y el fin del bloqueo económico no eran suficientes para llenar sus expectativas. La mayoría alzó su voz de inmediato con respecto a las deficiencias del gobierno y sus políticas. Mientras los que se encontraban en posiciones más privilegiadas y poderosas debatían qué medidas tomar para “poner en marcha” la economía, los trabajadores en el sector informal marginado y las cooperativas, ahora muy debilitadas, señalaban problemas inmediatos como el desempleo, la falta de crédito, los bajos salarios, el alza de los precios y su mala salud. Aunque los primeros utilizaban la estrategia ideológica de emplear términos abstractos, los últimos hablaban directamente de los efectos en el cuerpo y el alma.

Varias mujeres me contaron cómo hacían frente a la situación económica actual. Una costurera de la pequeña fábrica de ropa en el barrio que, al igual que muchos otros pequeños negocios enfrentaba grandes dificultades, era la única fuente de ingresos para su unidad familiar compuesta de sus dos hijas y tres nietos. Cuando le pregunté si le alcanzaba el salario para cubrir sus necesidades, me dijo que tenía que “estirar, estirar y estirar” sus ingresos. Los miembros de su familia comen menos y más sencillo; lavan su ropa sólo dos

veces por semana para ahorrar agua y jabón; y planchan sólo una vez por semana. Se refiere a todo esto como “la lucha por sobrevivir”. Cuando conversé con ella en 1992, su vida parecía muy difícil, pero se volvió mucho más dura un año después cuando la fábrica dejó de producir casi por completo y sus ingresos se redujeron considerablemente.

Una de las mujeres que había trabajado durante una década en la cooperativa de ropa Obreras Unidas Textil, volvió a trabajar en su casa cuando el grupo ya no pudo pagar el alquiler mensual del local que utilizaban como tienda. Aunque siguió cosiendo, con la caída de las ventas de ropa nueva tuvo que dedicarse a vender ropa de segunda mano importada de Estados Unidos, que era más barata. Se quejó de que, a diferencia del gobierno sandinista, la UNO no las estaba ayudando y CONAPI tampoco las apoyaba mucho. No tenía esperanzas de futuro y pensaba que ningún gobierno podía mejorar las cosas. Me contó que por el momento su familia se sacrificaba prescindiendo de alimentos básicos, acceso al transporte y otras necesidades.

A don Nicolás, el carpintero retirado y autoproclamado historiador del barrio Monseñor Lezcano, le encantaba conversar, así es que muchas veces me sentaba a escucharlo mientras me relataba sus recuerdos y expresaba puntos de vista muy críticos acerca de la situación actual. Como viejo sandinista, comparaba desfavorablemente el presente con el pasado. Me dijo que los gobiernos de Chamorro y Alemán habían tratado de estabilizar la economía “a costillas de la gente, haciéndola sufrir” y que “el costo político es muy alto”. Consideraba inevitable la nueva orientación del gobierno, pero esperaba que si bien el socialismo había fracasado en el país, también lo hicieran el capitalismo y el proyecto neoliberal. Mencionó la falta de identidad nacional entre los capitalistas nicaragüenses, quienes velaban sólo por sus intereses personales y los del capital internacional, haciendo poco probable el éxito de un proyecto nacional.

El vecino de don Nicolás, un jubilado que solía trabajar en un pequeño negocio haciendo ventanas, me habló sobre

la situación de su familia cuyos diez miembros vivían en su casa y dependían en gran parte de la pequeña pensión que recibía y del salario de una hija que trabajaba como secretaria. Antes su esposa le lavaba la ropa a un vecino pero ahora nadie tiene suficiente dinero como para pagar por este servicio. La familia come más que todo frijoles y un poco de queso, pero carne no. Me contó que a diferencia suya, su mujer era una sandinista fiel y parecía estar profundamente resignado cuando resumió la situación como sigue: “La clase trabajadora es pobre. Todos los gobiernos son iguales. No hay trabajo”. La evidente desesperación en sus palabras indica que se ha dado por vencido, aunque también revela una franca insistencia en nombrar los problemas materiales que enfrentan los pobres y la clase trabajadora.

Lo que debe quedar claro es que el tema central en la mayoría de mis conversaciones en el barrio era la falta de trabajo. Una madre de dos niños que trabajaba como profesora de escuela me dijo que su esposo tenía casi cuatro años de estar sin trabajo, sufría “de los nervios” y había consultado a un psicólogo, pero encontró alivio cuando se volvió evangélico. Luego ella también se hizo evangélica así que ambos encontraron cierta paz, aun cuando seguían enfrentando penurias económicas. Era impresionante su fe como una alternativa a cuidados médicos y al bienestar económico, ya que estos eran inalcanzables.

Doña María, la mujer mayor que durante mucho tiempo fue activista del barrio con las Madres de Héroe y Mártires, tenía mucho que decir acerca de la situación nacional las veces que la visité. Reconocía que había problemas económicos durante el gobierno del FSLN, pero los atribuía ante todo a la guerra y al bloqueo. Por lo menos la gente tenía algo qué comer, porque el gobierno distribuía tarjetas de racionamiento que permitían conseguir alimentos básicos a precios reducidos. Según me contó, a partir de 1990, han fracasado muchas pequeñas industrias, no hay trabajo y la gente no tiene dinero para gastar. La fuerte competencia ha provocado la quiebra de numerosos negocios pequeños, similares a su venta, mientras

que las grandes empresas seguían prosperando. Doña María también abordó el tema de la situación económica y el elevado costo que ha tenido en la vida de las personas. La gente no come bien y sufre tanto psicológica como físicamente. Con ocho personas en su casa que dependían de la pensión de su esposo y el ingreso de su pequeña venta, hablaba con apasionamiento de la pesada carga que significaban para ellos las políticas neoliberales.

No cabe duda de que las políticas económicas han tenido un costo muy alto para mujeres y hombres. Desde una perspectiva histórica más amplia, podemos observar que las experiencias nicaragüenses de revolución, contrarrevolución y neoliberalismo, se han diferenciado claramente desde una perspectiva de género. La identidad masculina se fue forjando por la desproporcionada participación de los hombres en la guerra. Su regreso a casa y la dificultad para encontrar empleo conllevaba una pérdida de dignidad. Por su parte, las mujeres también participaron en la lucha armada a niveles nunca antes vistos, experimentaron el desempleo y sintieron el impacto de la situación de los hombres en el seno de sus familias y hogares. Cuando los hombres están desempleados, pueden echar una mano para ayudar a las mujeres o bien introducir nuevos niveles de estrés, y cuando abandonan a sus familias las dejan angustiadas o liberadas. Se ve todo tipo de casos en el barrio.

Aunque algunas mujeres sentían que compartían el peso de la crisis económica por igual con los hombres, muchas otras insistían en que la carga más pesada la asumían ellas. La situación es particularmente grave para quienes pertenecen al gran número de hogares encabezados por mujeres, ya que éstas son las responsables de alimentar y vestir a sus hijos, además de realizar las labores domésticas aun cuando los hombres estén presentes. Las circunstancias se vuelven más difíciles cuando los esposos son celosos y no quieren que sus mujeres trabajen, por más necesitados que estén. Como hemos visto, varias mujeres de la cooperativa de artesanos y de soldadoras tuvieron que abandonar su trabajo porque sus esposos insistían

en que se ocuparan del hogar. Los funcionarios de gobierno rara vez toman en cuenta las múltiples exigencias que la familia y el trabajo imponen a las mujeres, aunque expresen su compromiso de ayudar a que las pequeñas empresas prosperen.

Por lo general, el lenguaje que utilizaban los trabajadores de las pequeñas industrias y comercios para describir la situación actual era mucho más directo y personal que el lenguaje técnico de los burócratas del gobierno, los responsables de políticas o los académicos. Su descripción de las consecuencias que tuvieron los ajustes económicos en su vida era visceral, e indicaba cómo las penurias económicas los afectaban en cuerpo y mente. Una mujer me contó que su cooperativa de confección de prendas de vestir se estaba “ahogando” como resultado de la política que favorecía la importación de ropa usada y encarecía los materiales que necesitaban comprar. Otra mujer de una cooperativa que apenas si podía evitar la bancarrota, describió los “golpes” económicos que habían experimentado y cómo, desde las elecciones, la política de libre mercado las estaba “matando”. Tomás, presidente de la cooperativa de panaderos (COOIPAM) hasta que la desaceleración económica los obligó a vender el local, me dijo que el gobierno estaba “asfixiando” a las pequeñas empresas y sólo ayudaba a las grandes, aún cuando la mayoría de nicaragüenses trabajaban en pequeñas empresas. Su conclusión era que la gente no saldría adelante con las políticas neoliberales y el elevado desempleo, y que perdían cada vez más terreno.

En los últimos años, la gente con la que he hablado utiliza un lenguaje incluso más fuerte para describir los efectos de las duras condiciones económicas en el cuerpo y el alma. El propietario de un pequeño comedor me dijo que el sistema los está “matando, masacrando”. Laura, una panadera a quien entrevisté, me describió con señas y palabras cómo la competencia del pan producido por la gran industria los estaba “ahorcando”. Un jubilado, al referirse a las comidas cada vez más exiguas de su familia, dijo que ya no “aguantaban”. El pronóstico oficial del PAMIC de que la economía neoliberal significaría la “supervivencia del más fuerte”, se refleja en las

historias de la gente cuando cuentan de pequeñas empresas que están por desaparecer y, en algunos casos, incluso de personas que se han suicidado por desesperación.

Es difícil no representar a estos nicaragienses como víctimas pasivas de circunstancias ajenas a su control, cuando incluso los activistas que entrevisté señalan que el Movimiento Comunal y la Asociación de Madres de Héroes y Mártires, que trabajan en los barrios, están “paralizados”¹³. Sin embargo, a pesar de que la gente afirma con frecuencia que las condiciones son irremediables, habla y actúa en consecuencia con su compromiso de “lucha” y la “esperanza” a la que se aferran para hacer frente a la situación económica. Algunas personas siguen participando en la política de oposición tanto en los barrios como en el FSLN, mientras que para otros cubrir las necesidades básicas de sus familias ya representa una victoria.

El neoliberalismo y los discursos sobre la nación y el cuerpo

En los años ochenta, Nicaragua fue por poco tiempo un símbolo internacional de esperanza revolucionaria o angustia neocolonial, dependiendo de cómo se viera el panorama político. En estos tiempos neoliberales, Nicaragua representa esperanzas frustradas o promesas del capitalismo, siempre en dependencia de la perspectiva que se tenga. No obstante, todos están de acuerdo, sin importar cuál sea su punto de vista, en que el país enfrenta graves problemas económicos y que el cuerpo político está enfermo. Los analistas de la política neoliberal debaten si se necesita una “terapia gradual o de *shock*” para estabilizar una economía crónicamente enferma, mientras que aquéllos que ocupan posiciones de poder aducen que “una estrategia gradual significaría la muerte del “paciente” (De Franco y Velásquez 1997: 104). Resulta irónico que recurran a la metáfora de la economía o el cuerpo político como una persona enferma, para justificar medidas de austeridad más estrictas al mismo tiempo que descartan sus efectos en el cuerpo físico. Incluso los sandinistas y otros críticos de la

política gubernamental trabajan dentro del sistema neoliberal y exigen la medicina necesaria, pero lo que tienen en mente es paliar la “terapia de *shock*”. Antonio Chávez reclamaba en estos mismos términos que el gobierno ni siquiera ofrecía una “aspirina” para aliviar la “migraña” que tenía la pequeña industria. Los residentes del barrio y otras personas de bajos ingresos con quienes hablé fueron más explícitos al decir que las enfermedades sociales y económicas del país estaban afectando a personas reales, un punto clave que los discursos predominantes pasan por alto. En Nicaragua, al igual que en otros lugares, los males provocados por la economía política de la nación se plantean y refutan en términos de trastornos físicos y mentales.

Todas las clases sociales emplean metáforas sobre el cuerpo para describir la economía de la nación y su población; sin embargo, lo que parece muy distinto en este caso es el concepto que tiene la élite de la amarga medicina que se necesita para curar a la nación, y la manera como la clase trabajadora y la gente pobre percibe las consecuencias corporales de la crisis económica y la medicina administrada para tratarlas. Como hemos visto, la élite culpa a la clase trabajadora por haber sido demasiado “mimada” durante el gobierno sandinista y haberse vuelto “haragana” y “parasitaria”. Además, la critican por no arriesgarse y no ser “competitiva”. Lo que se destaca es el precio físico de “sangre, sudor y lágrimas” que tienen que pagar los trabajadores para “sobrevivir”. Por supuesto que la gente pobre y de la clase trabajadora ve las cosas de manera distinta y más bien describen las repercusiones de las recientes medidas políticas como mala salud, depresión e incluso suicidio.

Aunque los discursos de los académicos y los responsables de políticas se basen en evaluaciones sociales y económicas (y, sin duda, en sus propios intereses personales y políticos), lo que está en juego es el bienestar físico y psicológico de la clase trabajadora y de la gente pobre. Sus cuerpos son el campo de batalla en el que se libran las discusiones acerca del ritmo al cual introducir las medidas de ajuste y cuánto puede resistir

la población antes de que se provoque un daño irreversible o que las protestas políticas se hagan más fuertes. Los relatos de los trabajadores de bajos ingresos y los residentes del barrio son críticos y reflejan oposición cuando describen sus penurias personales y familiares. A pesar de la evidente influencia de las clases sociales en estos relatos, también están profundamente condicionados por las diferencias de género. Éstas se reflejan en las historias de las mujeres, que sobrellevan cargas adicionales en una sociedad y economía dependientes de que asuman responsabilidades domésticas cada vez mayores.

Es posible que los breves relatos personales de penurias y lucha presentados aquí no sorprendan a quienes han estado en Latinoamérica durante períodos de crisis económica y transición política. No obstante, concuerdo con la geógrafa Patricia Price (1999) en que es preciso hacer un llamado a prestar mayor atención al cuerpo o lo que ella llama “lo muy local”, como el sitio (local, nacional y global) donde se llevan a cabo procesos amplios. En efecto, hay pruebas de que el neoliberalismo puede producir crisis de salud, como hace unos años cuando el cólera se propagó con rapidez en naciones latinoamericanas poco preparadas (Petras y Morley 1992:54). En Nicaragua, los desastres “naturales”, como el huracán Mitch, provocan mucho más sufrimiento debido a la devastación ambiental, la pobreza y el abandono gubernamental que se deriva de su orientación al libre mercado (*Envío* 1999b). Además, el aumento de las denuncias de violencia doméstica en el país puede atribuirse a los tradicionales patrones de dominación masculina y al creciente apoyo de los movimientos feministas a las mujeres que denuncian maltrato doméstico, pero también parece existir una correlación con condiciones económicas cada vez peores (*Envío* 1999a). Algunos estudios sobre los trastornos psicológicos causados por la guerra y los ajustes económicos en Nicaragua determinaron que las consecuencias son particularmente negativas para las mujeres y los niños (Fernández Poncela 1996; Quesada 1998). Mi investigación confirma la necesidad de examinar no sólo la materialidad de las vidas subalternas sino también los discursos



Hombres, mujeres y niños indigentes hurgando en el basurero municipal de Managua.

no dominantes de los sectores sociales menos poderosos, al tratar sobre aspectos del desarrollo nacional de una manera “personificada”, a menudo por diferencias de género.

En el proyecto de construcción de nación, los discursos dominantes de analistas y responsables de políticas tanto sandinistas como neoliberales no son marcos de referencia dicótomos y fijos, sino más bien posiciones y prácticas en constante negociación. Algunas veces éstas convergen y otras veces se contradicen, dependiendo de los cambios de circunstancias y las luchas de poder. De ahí que los sandinistas hayan adoptado a veces un discurso desarrollista para promover un proceso democrático, sin que significara necesariamente abandonar un proyecto más revolucionario (Grosfoguel, Negrón-Muntaner y Georas 1997:9). Asimismo, los gobiernos de Chamorro y Alemán se han caracterizado por diferentes grados de disposición a llegar a un compromiso con una oposición política considerable. En años recientes, la anuencia de Daniel Ortega como líder del FSLN a hacer

un pacto con el gobierno de Alemán, provocó considerables divergencias en el seno del partido y su posterior división (Envío 1999d). En consecuencia, los discursos cambiantes y polémicos han contribuido a crear un complejo panorama político en el país. En el nuevo orden social y políticamente conservador se espera que como categorías los “trabajadores” construyan la economía y la sociedad, y las “mujeres” mantengan la casa y la familia.

Los nicaragüenses de clase trabajadora que entrevisté en Managua expresaban algunos de los puntos de vista característicos de los discursos políticos dominantes, lo cual no sorprende porque son ciudadanos y votantes que reflejan las preocupaciones nacionales. Sin embargo, sus relatos son con frecuencia mucho más críticos y expresan oposición, y ponen en duda la eficacia y sinceridad de la clase política para realizar cualquier cambio positivo. Aunque a veces expresan el punto de vista antiestatal que sostiene que todos los gobiernos son iguales y no son de fiar, también hacen un llamado urgente a la acción para mejorar la situación. Mientras los miembros de clase media del gobierno y de la oposición política debaten qué tan rápido seguir adelante con los ajustes económicos y qué apoyo social ofrecer para reducir sus efectos, la clase trabajadora y los nicaragüenses pobres describen el problema según se manifiesta en sus cuerpos como pobreza, hambre y desesperación¹⁴. A pesar de ser un grupo diverso, estas mujeres y hombres cuestionan la idea de que el desarrollo neoliberal es inevitable y su posición contribuye a entender el funcionamiento del poder en la sociedad (Villarreal 1996). Todos hablan con elocuencia sobre la necesidad de un salario para vivir y de servicios sociales, en tanto algunos llegan a criticar mordazmente los discursos y prácticas que no abordan la insoportable carga de las políticas de ajuste. La conciencia respecto de su vulnerabilidad económica, al ser desmantelada la red de seguridad establecida por el gobierno sandinista, está acompañada de una evidente comprensión de la vulnerabilidad de sus personas, de sus cuerpos. Por último, su rechazo a aceptar en silencio los efectos perjudiciales

del neoliberalismo revive la memoria de la revolución y su esperanza de construir una democracia económica, justo cuando muchas personas han perdido esa visión audaz.

¿Desarrollo o proyecto nacional?

Las conversaciones y entrevistas con nicaragüenses de diferentes sectores sociales han sido fundamentales para el análisis que presento en este capítulo. Un análisis más a fondo requeriría un examen pormenorizado de una gran cantidad de medios escritos, incluyendo periódicos, revistas y reportajes. Sin embargo, las conversaciones que escuché y en las que participé reflejan una amplia gama de temas que actualmente se vienen debatiendo en el país¹⁵. Más aún, mis encuentros personales me permitieron escuchar los puntos de vista no oficiales de figuras públicas, al igual que las opiniones de la clase trabajadora y de los nicaragüenses pobres a quienes muchas veces se ignora. Al recabar relatos profesionales y personales, tuve la oportunidad de examinar las estrategias discursivas que la gente utiliza para darle un significado cultural a sus experiencias económicas y políticas.

María Rosa Renzi, economista y directora ejecutiva de la Fundación Internacional para el Desafío Económico Global (FIDEG), una ONG que estudia el impacto de las políticas de ajuste neoliberal, ofreció una evaluación de la situación de Nicaragua. Como muchas otras personas, destacó que los recortes de empleo en el sector estatal y la eliminación de los servicios sociales a los que se tenía acceso durante la época sandinista habían contribuido a controlar la inflación, pero a un costo social inmenso. Renzi habló sobre modelos económicos, empleo y reactivación de la economía, pero no se refirió específicamente al desarrollo. De hecho, cuando le pregunté acerca de los discursos actuales sobre este tema, me respondió que los nicaragüenses rara vez lo mencionan (entrevista del 23 de julio de 1993). En otras partes de Latinoamérica y del Tercer Mundo, el término se utiliza con frecuencia entre la población general, no sólo

entre los especialistas. En Nicaragua, la palabra “desarrollo” se utiliza en los análisis económicos y políticos, pero rara vez en las conversaciones de todos los días. Quizá se deba en parte a que durante los gobiernos neoliberales el Ministerio de Economía tenía mucho menos influencia que el de Finanzas y el Banco Central. Pero la falta de compromiso con el “desarrollo” también puede derivarse de la década de revolución nicaragüense y la resistencia popular que hubo renuencia a aceptar modelos impuestos desde el norte.

Podríamos dejar el análisis del “desarrollo” y dirigir la atención a las diversas maneras como los nicaragüenses construyen y buscan consenso en torno a un “proyecto nacional” (Field 1998)¹⁶. A diez años de la derrota del gobierno sandinista por parte de una oposición empeñada en destruir la revolución y construir una nación neoliberal ¿qué probabilidades hay de que se derive de una acción constructiva de las diferencias políticas? Quizá podríamos preguntarnos qué tan distintas son en realidad las posiciones articuladas de las ideologías y los discursos dominantes, ante todo en momentos en que los principales líderes de los partidos – Alemán de la Alianza Liberal en el gobierno y Ortega del FSLN – han celebrado un pacto para sacar ventajas personales¹⁷. El neoliberalismo parece ser la única opción tanto en un sentido nacional como global.

Por ejemplo, la reciente campaña de CONAPI para alentar a los consumidores a “Comprar productos nicaragüenses” a fin de beneficiar a los productores nacionales y permitir que sus productos compitan con los artículos importados, no se diferencia mucho del lema publicitario del PAMIC, “Del empresario al consumidor, todo es más barato” con el propósito de que los microempresarios vendan a los compradores sin intermediarios. Ambos se basan en una retórica nacionalista y constituyen un llamado a la producción y al consumo nacional para contrarrestar el impacto del neoliberalismo y del ajuste estructural. Por supuesto, se podría argumentar que a diferencia de CONAPI, una asociación de pequeños productores, PAMIC representa el interés gubernamental de apaciguar a los microempresarios que muy probablemente serán aplastados por

el modelo neoliberal. En este sentido, por mucho que CONAPI esté comprometido con este modelo, sigue trabajando a favor de sus afiliados, mientras que la agenda del PAMIC tal vez no sea de mucha ayuda para los pequeños productores, pero puede servirle al Estado para crear un aparato administrativo que amortigüe la disensión.

Sin embargo, plantear estas preguntas en el contexto actual de Nicaragua y señalar la convergencia de ideologías y discursos políticos antes opuestos, no implica escepticismo. He examinado algunos discursos alternativos entre la clase trabajadora en Managua, en particular la manera como influyen en éstos las preocupaciones asociadas con la perspectiva de género y el cuerpo en su relación con la economía y la nación. Si bien los discursos de los intereses políticos dominantes son similares en su utilización de metáforas de enfermedad y patología (por ejemplo, la economía “agonizante”; el país “herido” después del huracán Mitch), los nicaragüenses pobres y de la clase trabajadora hablan más directamente de los efectos de estas fuerzas en sus propios cuerpos. Las mujeres en especial reconocen que se ha intensificado su vulnerabilidad a consecuencia de los bajos ingresos, la creciente violencia y la incertidumbre de si podrán satisfacer sus necesidades básicas. La frecuente alusión a las mujeres como “madres” ya sea por parte de los sandinistas en busca de su solidaridad o de los gobiernos deseosos de restablecer los valores familiares tradicionales (y con bastante frecuencia, por las mismas mujeres), es interpretada por muchos como una manera de agregarles responsabilidad para que subvencionen los costos sociales del desarrollo y la construcción de nación. En medio de la creciente preocupación feminista de que el restablecimiento de la autoridad patriarcal y el retroceso en los derechos reproductivos representen serias amenazas, resuena con particular fuerza el lema del movimiento de mujeres: “Mi cuerpo es mío”¹⁸.

Las mismas elecciones que marcaron el comienzo de políticas económicas devastadoras y acogieron la competencia en el libre mercado, también abrieron espacios políticos y

culturales para que los movimientos sociales, sin influencia de ningún partido político, formularan y articularan discursos alternativos. Estos movimientos emergentes en la sociedad civil (véase el próximo capítulo), incluyendo a mujeres, indígenas, homosexuales y lesbianas, ambientalistas y otros, han hecho un llamado a promover una nueva política cultural¹⁹. Es importante que estos grupos compartan su preocupación por la integridad del cuerpo, el derecho a vivir sin violencia, hambre y amenazas ambientales, al igual que el derecho a expresarse en lo cultural, sexual y político. En efecto, con relación a las diferencias de género, raza y orientación sexual, hay perspectivas de “cambiar la economía política del cuerpo humano en Nicaragua” (Lancaster 1992: 230). En estos movimientos es evidente la atención que se presta a la relación entre el discurso, el poder y la construcción de un significado cultural en la creación de una oposición política. Mujeres y hombres de diversos sectores sociales, incluyendo trabajadores de empresas pequeñas e informales, cuestionan la manera de pensar de las autoridades del gobierno, los intereses económicos poderosos y los partidos políticos establecidos, al mismo tiempo que exigen que todos los ciudadanos tengan derechos. Sin pecar de optimistas, hay motivos para pensar que la sociedad civil encarna las mejores posibilidades de promover una alternativa democrática en el país²⁰. Qué propondrán los nuevos actores es incierto, pero no debemos subestimar el espíritu creativo de un pueblo que recientemente libró una revolución en el planeta.

1 La mujer presente en la reunión, realizada del 21 al 23 de julio de 1993, se identificó como organizadora y luego dirigió una sesión de concientización. Su referencia al neoliberalismo (del que se habla a menudo en la Nicaragua actual), y especialmente al postmodernismo (rara vez mencionado, excepto entre intelectuales), resaltó que tenía un nivel de educación superior al de la mayoría de mujeres que se encontraban allí. No obstante, no quedó claro por qué se refirió al postmodernismo, a no ser que haya aludido al planteamiento teórico que lo considera opresivo para quienes no pertenecen a la élite. Me quedé pensando en su comentario al explorar la forma en que el postmodernismo podría contribuir a las críticas del neoliberalismo.

2 Ocasionalmente utilizo comillas para cuestionar el significado de algunos términos en particular.

3 Hasta cierto punto, este replanteamiento se origina en mi trabajo previo, en el que había tomado un punto de vista crítico del desarrollo tal como lo define occidente, resistiéndome a cualquier noción que sostuviera que dicho desarrollo liberaría de la pobreza y el subdesarrollo a las sociedades del Tercer Mundo (Babb 1989, 1997a). Ese trabajo se basó en escritos críticos de investigadores marxistas,

feministas y otros académicos, algunos de ellos originarios de sociedades no occidentales.

- 4 Véase Mohanty 1988 para un análisis importante de representaciones de mujeres del “Tercer Mundo” en las investigaciones feminista y los discursos coloniales.
- 5 Para una discusión sobre los movimientos sociales y culturales latinoamericanos que hacen un llamado al fundamental “derecho a tener derechos” y que incluye el cuerpo, el género y la sexualidad, véase Balderston y Guy 1997; Álvarez, Dagnino y Escobar 1998. Un análisis más completo del tema en el contexto de Nicaragua necesitaría examinar la política sexual de los derechos reproductivos y del movimiento emergente de lesbianas y gay (véase capítulo 8).
- 6 Véase Spalding 1994 y Walker 1997 para mayores detalles sobre estas políticas.
- 7 Para un mayor debate sobre la agenda conservadora de la UNO respecto de género, véase Kampwirth 1996b.
- 8 Esta entrevista con Antonio Chávez de CONAPI se realizó el 8 de mayo de 1991, el mismo día que la anterior entrevista con María Hurtado de Vigil en el Ministerio de Economía, lo que nos ofrece un contraste interesante. CONAPI ha recibido muy poca atención de autores que estudian las organizaciones formadas durante el período sandinista. Mi comunicación personal con los politólogos Tom Walker y Rose Spalding confirma mi opinión, es decir que el Consejo ha pasado desapercibido en gran medida por contar con pocos recursos y, por lo tanto, ha sido débil en comparación con otras organizaciones sectoriales y de comercio. Durante mi investigación personal tuve la oportunidad de visitar CONAPI en muchas ocasiones, lo cual comento en mayor detalle en el capítulo 8.
- 9 Sin embargo, no nos debe sorprender que la izquierda nicaragüense no haya planteado propuestas concretas como alternativas al neoliberalismo. En toda Latinoamérica, la izquierda ha ensayado una crítica ideológica y ha exigido mecanismos para proteger aquellos sectores sociales que se encuentran en las situaciones más precarias, pero pocos han insistido en “la pureza de la lucha revolucionaria y del socialismo” o sugerido una alternativa (Zamora 1995:11).
- 10 Para una discusión más amplia sobre las políticas culturales del desarrollo económico y el modelo de libre mercado, véase las contribuciones de Rosen y McFadyen (1995) y Álvarez, Dagnino y Escobar (1998).
- 11 En los capítulos 4 y 5, describo las cuatro cooperativas que seguí más de cerca a lo largo de los años, así como un barrio en la parte occidental de Managua donde viví durante algún tiempo y realicé entrevistas en varias cuadras.
- 12 Véase el capítulo 3 para un análisis del aspecto cambiante de Managua.
- 13 Varios autores han tratado sobre organizaciones populares que se formaron durante el gobierno sandinista, incluyendo el Movimiento Comunal y la Asociación de Madres de Héroes y Mártires. Para una reciente reseña desde el punto de vista de mediados de los años noventa, véase Walker 1997. Analizo en detalle estas organizaciones en el capítulo ocho (8).
- 14 Al construir este argumento no quisiera pasar por alto el hecho de que la gente de clase trabajadora también es capaz de hacer un análisis político, y que la de clase media somatiza su política tanto como los trabajadores, tal como se muestra en otra parte de este capítulo.
- 15 Una discusión más extensa sobre el desarrollo económico y la nacionalidad también trascendería de la cuestión de género y clase para incluir raza e identidad étnica. La noción de la “Nicaragua mestiza” abarca las diferencias culturales que existen en el país y que continúan limitando las perspectivas de un proyecto nacional. Para los análisis antropológicos e históricos de estas cuestiones, véase Lancaster 1992; Gordon 1998; Gould 1998; Field 1999.
- 16 Para una provechosa discusión sobre género, raza y construcción de nación en Latinoamérica, véase Radcliffe y Westwood 1996.
- 17 Alemán busca evitar cargos de corrupción y Ortega conservar su inmunidad ante las acusaciones de abuso sexual hechas por su hijastra (*Envío* 1999b).
- 18 En los últimos años, la ONG feminista Puntos de Encuentro ha popularizado mucho este lema a través de calcomanías para carros, la publicación de *La Boletina* y otros.

- 19 Véase Walker (1997) para un mayor debate sobre las organizaciones populares y los movimientos sociales en la década de los noventa.
- 20 Véase *Envío* 1999e en el que se transcribe un reciente debate entre analistas nicaragüenses sobre las perspectivas de surgimiento de una alternativa política en el país y los argumentos a favor de que provenga de la sociedad civil, puesto que tiene la capacidad visionaria y la habilidad de ejercer presión en los partidos políticos y el gobierno. En referencia a Latinoamérica en general, Petras y Morley (1992: 193) ven el crecimiento de los movimientos sociales como “la fuerza más formidable para transformar la sociedad”.

Capítulo 8

Hacia una nueva cultura política

El 8 de marzo de 1991 se celebró el Día Internacional de la Mujer en Managua. Para entonces mi investigación acababa de comenzar; mi computadora había sido retenida cuando se encontraba en tránsito de Estados Unidos a la embajada estadounidense en Managua, debido a las medidas de seguridad impuestas durante la Guerra del Golfo. Por fortuna tuve acceso a una computadora en el INCAE, donde conté con una oficina ese año. Allí fue que asistí a un panel de discusión y a un cóctel en honor a las mujeres en su día. Me pidieron participar en el panel como la nueva académica feminista residente, pero no acepté porque prefería estar de observadora del evento.

Ese día, mientras trabajaba en el Instituto, me percaté que los hombres del cuerpo docente y de la administración nos felicitaban como si fuera el Día de la Madre o el Día de la Secretaria. En efecto, al ingresar al salón de conferencias para el panel de la tarde, al que asistieron algunos dignatarios de gobierno y unas cuantas feministas provenientes de diversas ONG, a cada mujer se nos entregó una rosa roja de tallo

largo, un gesto de peculiar galantería para marcar la ocasión. Ese era el tono del evento en el que participaría un panel de representantes de las tendencias políticas de derecha, centro e izquierda, y según los organizadores debía ser un foro abierto a discusión. Sin embargo, lo que siguió fue más antifeminista que feminista, y empecé a preguntarme si representaba la apropiación neoliberal de este feriado de origen socialista que se celebra en todo el mundo.

Ninoska de Jarquín, directora del Instituto Nicaragüense de la Mujer (INIM), inauguró el evento con unas palabras de bienvenida y transmitió saludos cordiales de la presidenta Violeta Chamorro. En su alocución destacó la defensa de la familia como unidad básica de la sociedad. Indicó que ésta sería la nueva filosofía del INIM, la cual se apartaba de su orientación feminista del pasado reciente cuando fue fundado por el gobierno sandinista. Otras dos mujeres hablaron en el panel. Una de ellas, quien era diputada conservadora de la Asamblea Nacional, elogió al gobierno de la UNO y resaltó el nuevo énfasis en la familia; también afirmó que si las mujeres eran marginadas, se debía a su “automarginación”; le siguió la directora feminista de IXCHEN, un centro de salud para mujeres, quien se rehusó a permitir que le montaran una emboscada con el tema del acceso al aborto y a los derechos reproductivos de las mujeres. Por lo tanto, esquivó el asunto y se enfocó en la reconciliación nacional y en una descripción de otras actividades que se llevaban a cabo en Managua ese año para celebrar el Día Internacional de la Mujer, incluyendo el congreso de AMNLAE y el Festival del 52%, en las que se reflejaban la diversidad del movimiento de mujeres nicaragüenses y su deseo de “dialogar a pesar de las diferencias”.

Empiezo el capítulo con una descripción de este evento porque capta un aspecto de la cambiante cultura política de los años noventa en Nicaragua. En la celebración del INCAE podemos encontrar una mezcla de la apertura neoliberal al libre mercado de las ideas y una agenda social conservadora que ha caracterizado la transición política

en el país. Una lectura escéptica del estado de ánimo que imperaba en Nicaragua durante estos años podría dar lugar a una interpretación de estas reivindicaciones como prácticas revolucionarias y acepciones culturales ilustrativas de los tiempos. Muchas veces he aprendido de este tipo de acontecimientos y suelo tomar en cuenta las advertencias de otros investigadores de no hacer interpretaciones alentadoras del contexto actual. Sin embargo, durante todo el tiempo que pasé en Nicaragua me impresionaron igualmente las iniciativas que contribuían a una cultura política más inclusiva, democrática e innovadora que antes, ya sea a través de movimientos sociales, ONG o asociaciones de trabajadores, las corrientes cambiantes en la sociedad civil merecen atención. En este capítulo, correré el riesgo de que se me considere demasiado optimista en mi evaluación de la situación, pero no estoy sola ya que hay muchos sectores en Nicaragua que plantean demandas serias en pro de una nueva manera de hacer política.

En el segundo capítulo traté sobre la tensión entre AMNLAE y los grupos feministas autónomos, a cuyas celebraciones rivales por el Día Internacional de las Mujeres asistí también en el año 1991. Aquí quiero ofrecer una visión más amplia del período de transición, cuando las organizaciones sectoriales sandinistas lograron mayor independencia, emergieron nuevos movimientos con reivindicaciones específicas, y surgieron organizaciones no gubernamentales como una fuerza importante en la política de oposición y cambio. Abordo el tema de los movimientos de barrios, mujeres, trabajadores, estudiantes y jóvenes, al igual que las comunidades cristianas de base creadas durante el gobierno sandinista; asimismo, analizo los movimientos indígenas, pacifistas y ambientalistas que tienen raíces profundas y que hoy quizá muestren el camino para llegar a una política democrática de reconciliación nacional más integral; y, por último, examino dos grupos de activistas menos conocidos a los que he dado seguimiento por varios años, la organización de trabajadores CONAPI, constituida durante el gobierno

sandinista, y el creciente movimiento de lesbianas y gays que empezaron a organizarse a escondidas en el mismo período y más abiertamente a partir de 1990.

De las organizaciones sectoriales a los nuevos movimientos sociales

Como se ha recargado a la sociedad civil de responsabilidades sociales que rehúye el reducido Estado neoliberal, su capacidad como campo político decisivo para el ejercicio de la ciudadanía democrática recibe cada vez menos atención. En vista de esta situación, los ciudadanos deben buscar cómo salir adelante por sus propios medios y ciudadanía se equipara cada vez más a la integración de la persona al mercado (Álvarez, Dagnino y Escobar 1998:1).

Los estudiosos, incluyendo los que acabamos de citar, han resaltado el lugar prominente que ocupa la sociedad civil en Latinoamérica, definida en términos amplios como todo lo que no está circunscrito al Estado y al mercado, incluyendo – y esto es lo importante –lo que a veces se denominan “nuevos” movimientos sociales. Éstos van más allá de los tradicionales movimientos de campesinos y trabajadores, y abarcan grupos subalternos de mujeres, minorías raciales, sectores de bajos ingresos y otros “inadaptados” sociales que han empezado a organizarse en partes del continente para reclamar sus derechos plenos como ciudadanos. Sin sumarme al debate sobre qué tan “nuevos” puedan ser estos movimientos sociales, ya que en efecto muchos tienen antecedentes históricos, aprovecho algunas ideas surgidas durante la enriquecedora discusión en torno a la política cultural y el potencial democrático de estos movimientos. En muchos sentidos, Nicaragua representa un caso especial, pues el gobierno sandinista fomentó el desarrollo de las organizaciones de base, que hasta ahora han encontrado su identidad como oposición en el contexto actual.

Los análisis sociológicos del período sandinista se centran en las principales organizaciones sectoriales que se formaron

durante esa época. Se ha escrito mucho acerca de los Comités de Defensa Sandinista, la Asociación de Trabajadores del Campo, la Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos, la Confederación Sandinista de Trabajadores, la Asociación de Mujeres Nicaragüenses “Luisa Amanda Espinosa”, y la Juventud Sandinista¹. Estos sectores populares organizados sirvieron de base de apoyo al FSLN en las zonas rurales y urbanas cuando triunfó la revolución, y tuvieron un crecimiento sostenido durante los primeros cinco años del gobierno sandinista; también ayudaron a consolidar el estado revolucionario y a promover un sistema político democrático. Sin embargo, más tarde en esa misma década, las organizaciones de masas, que eran bastante sectarias, sirvieron más bien para implementar las políticas del partido. La participación en las organizaciones disminuyó cuando éstas perdieron recursos y se restringió su capacidad para tomar decisiones. Con excepción de la UNAG, que mantuvo una posición más independiente, la capacidad de las organizaciones sectoriales para enfrentar sus problemas inmediatos se vio mermada al mismo tiempo que aumentaba la necesidad de invertir en la defensa nacional (Polakoff y La Ramée 1997).

Aunque en un sentido formal estas organizaciones populares habían perdido influencia a finales de los años ochenta, en la práctica el gobierno del FSLN les permitió mayor flexibilidad, lo cual les dio más espacio para enfrentar contradicciones políticas internas, y las preparó para la autonomía que experimentarían después de la pérdida de las elecciones de febrero de 1990. En el caso de AMNLAE, como ya vimos, la presión provino de las feministas que se encontraban insatisfechas por la anuencia de su dirigencia a seguir la línea del partido y aceptar la falta de democracia en su seno. Esta asociación había logrado aglutinar a mujeres de distinta procedencia en apoyo a la revolución (en especial las de mayor edad, que eran miembros de los Comités de Defensa Sandinista y de la Asociación de Madres de Héroes y Mártires en los barrios). No obstante, muchas feministas se separaron de AMNLAE a principios de los años noventa y se adhirieron a un programa político para mujeres más amplio y radical que ellas mismas definirían.

El movimiento de mujeres y el feminismo en Nicaragua son temas que ya he abordado y han recibido atención de muchos analistas y participantes². Aquí deseo destacar la importancia del movimiento al ampliar los espacios para el activismo y las feministas, pero también como modelo para otros movimientos. Lo que más impresiona en lo concerniente al feminismo en Nicaragua es su diversidad, pues abarca desde una pequeña pero influyente corriente intelectual y una fuerte presencia de ONG³, hasta una base popular en las distintas organizaciones de mujeres. Esta diversidad ha constituido no sólo una fortaleza sino a veces también motivo de preocupación cuando hay diferencias pronunciadas de clase y de otra índole. Los colectivos feministas de clase media tales como el Partido de la Izquierda Erótica (PIE) y más tarde Las Malinches, Mujer y Cambio, y Cenzontle han estado a la vanguardia de la teorización de la postura de la mujer y de la formulación de estrategias para el cambio. Se han establecido clínicas y bufetes legales para mujeres de las clases populares, como Servicios Integrales para la Mujer (SI-Mujer) e IXCHEN (llamada así por la diosa maya de la fertilidad), a fin de cubrir sus necesidades inmediatas y permitir que estén mejor informadas sobre aspectos de género. Además, la Universidad Centroamericana creó uno de los primeros programas de estudios de género en Centroamérica, y Puntos de Encuentro ofrece cursos a grupos más diversos de mujeres, a través de lo que llaman la “Universidad de la Mujer”, que se centra en temas de género y desarrollo económico. Cuando estamos por llegar al siglo XXI, siguen siendo evidentes las diferencias de este tipo en el movimiento de mujeres: por un lado, la política vanguardista de Las Malinches y, por otro, la estrategia de Puntos de Encuentro de apelar a una amplia base de nicaragüenses (incluyendo hombres, jóvenes y gente de distintas etnias y clases sociales).

El gobierno sandinista había aumentado el apoyo estatal a las mujeres para fines de investigación y acción a través de INIM, pero durante el gobierno de Chamorro el Instituto se dedicó más bien a apoyar a las familias tradicionales. En 1997, esta orientación conservadora se vio reforzada por el gobierno de Alemán con la creación del Ministerio de la Familia. En

fecha reciente, algunas iniciativas más progresistas han recibido financiamiento de fundaciones privadas y gobiernos extranjeros, y se encuentran descentralizadas, aunque algunos grupos se unieron para formar el Comité Nacional Feminista (CNF) después de la conferencia de mujeres nicaragüenses que se llevó a cabo en 1992. El CNF experimentó una ruptura dos años después debido a diferencias internas relacionadas con clase social, nivel educativo, orientación y liderazgo, pero más adelante fue reorganizado. Aunque a veces compiten por recursos de por sí escasos, las feministas siguen trabajando juntas con eficiencia a través de redes en varios temas, como violencia doméstica, salud y derechos fundamentales de identidad y ciudadanía.

Asimismo, las mujeres nicaragüenses han desempeñado un papel importante en la política feminista de la región. Después de la Conferencia de Mujeres Nicaragüenses celebrada en enero de 1992 en Managua, a la que asistieron más de ochocientas mujeres, Nicaragua fue el país anfitrión de la Conferencia de Mujeres Centroamericanas realizada en Montelimar en marzo de ese mismo año, que contó con la asistencia de unas quinientas representantes de toda la región⁴. Más tarde hubo fuerte presencia “nica” en la reunión continental de feministas latinoamericanas y del Caribe, que se celebró por primera vez, en Centroamérica (El Salvador, 1993). Los centros y oficinas de mujeres en Managua publican revistas nacionales como *La Boletina* y *La Feminista*, y regionales como *Malabares: Revista Centroamericana de la Corriente* (proveniente de la oficina del programa de La Corriente en Managua), lo que les permite mayor difusión. La más conocida era *Gente*, el suplemento semanal del diario sandinista *Barricada*, editado por Sofía Montenegro, que cubría a menudo temas feministas, pero ya no se publica. En la actualidad, las feministas han logrado marcar una diferencia tanto en organizaciones de mujeres como en grupos mixtos dedicados a trabajar en asuntos de interés para la sociedad civil.

Al igual que el movimiento de mujeres, el movimiento de base en los barrios cambió con la transición política. Como se indicó en el capítulo 4, los CDS se transformaron en el Movimiento Comunal y éste se centró más en los problemas

locales en áreas como salud y educación que en los intereses políticos más amplias dictados por el FSLN. Aún así, como descubrí en el barrio Monseñor Lezcano, los residentes urbanos confundían a menudo las actividades del FSLN con las del Movimiento Comunal, y muchas veces las mismas personas participaban en ambos. Sin embargo, era crucial que éste se convirtiera en una organización independiente y no partidaria para la supervivencia de las asociaciones de barrio en una sociedad políticamente polarizada. Las diferencias en el seno del movimiento son las mismas que aquejan a la izquierda en el plano nacional, entre aquéllos que siguen pensando que la lucha es contra el capitalismo y a favor del socialismo, y quienes sostienen que hay un sistema mundial único, el capitalismo, y tratan de trabajar en este marco.

Como organizaciones sectoriales, la ATC, la CST y la UNAG se distinguieron por el gran número de trabajadores rurales y urbanos que militaban en sus filas, alrededor de trescientos mil en conjunto. Se consideraba que eran clave para el éxito del gobierno sandinista en el desarrollo agrícola e industrial, y un apoyo para el proyecto revolucionario. Entre todos construyeron el movimiento obrero nacional, aunque a lo largo del tiempo surgieron diferencias políticas. Vale la pena señalar que estas organizaciones tenían secciones de afiliadas activas que a veces criticaban a AMNLAE por no asumir posiciones más firmes en lo concerniente a temas de interés específico, lo cual contribuyó a la formación del movimiento autónomo de mujeres. Aunque la derrota electoral de los sandinistas en 1990 golpeó duramente a las organizaciones de trabajadores, durante las huelgas de ese mismo año se formó una nueva organización, el Frente Nacional de los Trabajadores (FNT), que vendría a dinamizar el movimiento sindical. Una importante victoria para el movimiento laboral recién constituido fue obtener participación en muchas compañías y el control en otras como resultado de su resistencia a la privatización neoliberal de las empresas estatales.

Cualesquiera que hayan sido las deficiencias de la revolución sandinista, no cabe duda de que logró convertir

en sujetos sociales a quienes antes habían tenido muy poca voz o influencia política. Creó organizaciones populares que siguieron exigiendo sus derechos en la década de los noventa, cuando las circunstancias eran muy distintas. Estas organizaciones, fueran o no independientes del FSLN, sirvieron de base para la oposición política al neoliberalismo. Incluso se podría argumentar que fue una ventaja que las organizaciones de base del FSLN no formaran parte del liderazgo político, y que se fortalecieran durante la administración Chamorro, debido precisamente a que los movimientos se sentían más cómodos en un papel de oposición. Dicho de otra manera, las organizaciones encontraron el espacio social y político dentro del cual redefinieron sus prioridades y estrategias, a pesar de la frecuente hostilidad o intransigencia del gobierno.

La Juventud Sandinista 19 de Julio aglutinó a los jóvenes nicaragüenses que simpatizaban con la revolución y más tarde cultivó su activismo a través de intereses culturales, como la música y la danza. Los que eran estudiantes formaron una amplia base dentro del FSLN, y desde 1990 han exigido con beligerancia el derecho de las universidades estatales al 6% del presupuesto nacional, como está garantizado en la Constitución. En los últimos años, ningún grupo estuvo mejor organizado que los estudiantes cuyas protestas anuales referentes al presupuesto gozaban del apoyo popular. Sin embargo, bajo el neoliberalismo cincuenta mil estudiantes de diez universidades públicas competían con otros treinta mil distribuidos en unas veintidós instituciones privadas nuevas. Los gobiernos neoliberales han demostrado escaso compromiso con la educación superior de la clase trabajadora y los jóvenes provenientes de familias pobres. En fecha reciente se formó una organización nacional de jóvenes de derecha con el apoyo de Estados Unidos, en un aparente esfuerzo por oponer una moralidad cristiana y conservadora a la ideología sandinista (Robinson 1997: 33). Al mismo tiempo, algunos jóvenes de las ciudades, con pocas perspectivas de estudiar o trabajar, se dedican a la violencia y a las pandillas de barrio para adquirir un sentido de identidad (Rocha 1999).



*Niños vendiendo
periódicos en los
parques y calles.*

Al igual que en otras partes de Latinoamérica, otro fenómeno de importancia es que los niños y adolescentes se organizaron en fecha reciente para defender su derecho a trabajar y sus derechos humanos en general (Liebel 1998: 28-33). El Movimiento en Solidaridad con los Derechos de los Niños de la Calle, que fue organizado por educadores, se convirtió en el Movimiento de Niños y Adolescentes Trabajadores (NATRAS). La actitud política a favor del derecho al trabajo pero en contra de la explotación adoptada por los NATRAS les llevó a perder el apoyo de UNICEF, cuyo objetivo es eliminar por completo el trabajo infantil en todo el mundo. Los niños y adolescentes han exigido un espacio cultural de encuentro y ayuda mutua, y demandado que los adultos los tomen en serio como actores sociales y económicos. Así fue que surgieron como un sector importante en la sociedad civil.

Después de la histórica conferencia de los obispos latinoamericanos en Medellín, Colombia en 1968, en la cual se hizo un llamado para que la gente común adoptara una “opción preferencial por los pobres”, en Nicaragua se establecieron las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) como un movimiento popular a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Las CEB apoyaban activamente a la revolución nicaragüense y al gobierno sandinista y siguen comprometidas con actividades de base progresistas. Consideradas subversivas y vinculadas a la teología de la liberación por la dictadura de Somoza, las CEB fueron reprimidas, muchas veces con violencia, lo cual tuvo como efecto persuadir a muchos de que la lucha armada era necesaria para lograr justicia (en aquel entonces más del 80% de la población era católica) (Walker 1997: 6-7). Como muchos otros movimientos populares que apoyaron a la revolución, las CEB se dividieron a causa de las diferencias políticas que surgieron en el seno del FSLN después de 1990.

Sin embargo, las CEB siguieron teniendo una presencia activa en Managua, en particular entre las mujeres, que también representan la gran mayoría de la iglesia popular nicaragüense. Junto con otras organizaciones de masas, las CEB adoptaron una postura de oposición al gobierno y han tratado de ofrecer a los nicaragüenses de bajos ingresos servicios sociales que el Estado ya no brinda. Algunas mujeres de las CEB de Managua han organizado “ollas comunales” en los barrios para proporcionar comida y complementar la dieta de mujeres embarazadas, madres con hijos lactantes y niños pequeños, lo cual es de particular importancia pues en 1993 Nicaragua era el país centroamericano que tenía la tasa más alta de mortalidad infantil (83 por cada 1000 niños nacidos vivos) (Linkogle 1996: 140).

En resumen, las organizaciones sectoriales establecidas durante el período sandinista experimentaron considerables cambios después de la derrota del FSLN en las elecciones de 1990. Varias entre éstas, ante todo las organizaciones de barrio y de mujeres, adquirieron mayor autonomía y se concentraron en prioridades propias más que en las del partido. Por lo general,

la construcción de una identidad de oposición a los gobiernos neoliberales tuvo algunas ventajas, pues permitió adoptar posturas políticas más agresivas. Por su parte la organización verticalista de grupos como AMNLAE había conducido a una orientación conformista que no ofrecía mayores posibilidades de crear una agenda política radical. Por esa razón y debido a que el cambio de contexto nacional era más propicio a enfoques pluralistas, en la década de los noventa surgieron cada vez más movimientos sociales y grupos políticos independientes.

Movimientos ambientalistas, de indígenas, y por la paz

A continuación analizo algunos de los movimientos sociales mejor organizados que surgieron en la década de los noventa. En Nicaragua, las agrupaciones indígenas tienen una larga historia, aunque han adquirido mayor protagonismo y efectividad en los últimos años. El movimiento ambientalista empezó durante el período sandinista, pero se ha fortalecido a partir de 1990. El movimiento por la paz tiene sus raíces en los intentos por desmovilizar a la resistencia y ahora se ha institucionalizado. Estos tres movimientos son ejemplos de grupos autónomos organizados alrededor de temas culturales, económicos y políticos de vital importancia para la sociedad civil. Junto con los movimientos feminista y gay, descritos más adelante, abarcan las inquietudes de un creciente número de nicaragüenses y ofrecen perspectivas que promueven un renovado activismo en el país.

Los pueblos indígenas

El mito de la “Nicaragua mestiza” ha contribuido a la idea equivocada de que los indígenas han dejado de tener una presencia significativa o una identidad cultural independiente en el país⁵. Cuando se reconoce la diversidad cultural, se menciona con mayor frecuencia a los pueblos indígenas y afrodescendientes de la costa del Caribe. No obstante, en los

últimos años se han realizado varios estudios académicos acerca de la diversidad cultural del Pacífico y de la región montañosa del centro-norte del país, donde los pueblos indígenas continúan viviendo e identificándose con un origen étnico distinto. Aunque el tema es demasiado complejo como para analizarlo aquí con el detalle que se requiere, quisiera examinar brevemente lo que han aportado algunos estudios históricos y antropológicos y las opiniones de los propios indígenas nicaragüenses sobre sus intereses políticos y culturales.

Como han demostrado Jeffrey L. Gould (1998) y otros, a partir del siglo XIX el discurso oficial ha celebrado el proceso de mestizaje que desde ese punto de vista llevó al triunfo de una identidad cultural única. Este insistente discurso condujo a que muchos indígenas adoptaran el uso del español y el estilo de vestir dominante, pero no logró que dejaran de identificarse con sus comunidades indígenas. Por supuesto que las culturas indígenas mejor conocidas son los miskitos, ramas y mayangnas de la costa del Caribe debido a que han mantenido sus lenguas y prácticas culturales. En los años ochenta, durante el gobierno sandinista, muchos lucharon contra el régimen y por su autonomía política, algo que atrajo la atención de la comunidad internacional y condujo a la creación de la Ley de Autonomía en 1987. En la región del Pacífico, los barrios de Monimbó en Masaya y Sutiaba en León (y algunas comunidades en otras partes) tuvieron una presencia política vital.

A diferencia de la costa del Caribe, conocida por su posición independiente y muchas veces antisandinista, Monimbó y Sutiaba fueron comunidades indígenas que contribuyeron al movimiento revolucionario. Monimbó fue el primer lugar que se levantó cuando empezó la insurrección general a raíz del asesinato de Pedro Joaquín Chamorro en 1978. Por su parte los residentes de Sutiaba, que habían resistido el mestizaje y demandado el derecho de la comunidad a las tierras comunales cuando se vieron amenazados por la privatización en los años cincuenta, se unieron a otros artesanos y trabajadores progresistas en la lucha contra Somoza. La música y danza tradicionales, al igual que las máscaras, se

utilizaron como formas culturales de oposición. Cuando visité estas comunidades en la década de los noventa, encontré que sus habitantes se sentían muy orgullosos de su participación política e identidad cultural como pueblos indígenas, a pesar del poder de la ideología nacional del mestizaje aceptada por algunos.

Aunque los sandinistas admiraran el espíritu rebelde y la participación revolucionaria de las poblaciones indígenas, cuando las diferencias culturales y los deseos de autonomía interferían con sus planes de unificación nacional, el gobierno central trató de imponer su autoridad. La resistencia de las poblaciones de la costa del Caribe y la presión internacional en torno a los derechos humanos llevaron al diseño de una política de autonomía para la región de la costa. Miles de indígenas miskitos que habían sido desplazados por la fuerza pudieron regresar a sus hogares y se les concedió cierta medida de autogobierno como un intento de pacificar la región. Aunque hubo algunos obstáculos, incluyendo la devastación ocasionada por el huracán Joan en 1988, el Estado renunció gradualmente a la esperanza asimilacionista de controlar la región (Butler 1997).

Los grupos indígenas exigen con creciente insistencia que se les reconozca como pueblos con derecho a su propio desarrollo cultural y económico. No obstante, el proceso de autonomía se ha vuelto aún más problemático porque la región de la costa del Caribe contiene una vasta riqueza natural, pero sólo es habitada por una doceava parte de la población nacional y la mayoría no es indígena. Ha sido necesario acomodar diferentes intereses, incluyendo los de las mujeres indígenas, quienes han luchado por su participación en todos los aspectos de la vida regional. En 1987, el mismo año en que los sandinistas aprobaron la Ley de Autonomía, también introdujeron una nueva Constitución en la que por primera vez se reconocía que Nicaragua era una nación multiétnica.

Tan sólo tres años después fue elegido el gobierno neoliberal de Violeta Chamorro, lo que planteó de inmediato la duda de hasta qué punto se respetarían los nuevos derechos de la región. Como era de esperar, su gobierno no cumplió

el acuerdo de nombrar a representantes regionales como ministros y tampoco ejecutó el prometido programa educativo bilingüe y multicultural. Se archivaron otras propuestas y en general la autonomía se vio socavada. En la década de los noventa, durante los gobiernos de Chamorro y Alemán, la Ley de Autonomía se quedó en papel, mientras que a los grupos con intereses económicos se les permitió depredar las áreas forestales y marinas. La Ley debió haber protegido los derechos culturales, lingüísticos y territoriales, pero la falta de títulos de propiedad de tierras que habían estado habitadas por pueblos indígenas durante muchas generaciones permitió que intereses foráneos explotaran la región. Algunos activistas internacionales se han sumado a nicaragüenses preocupados por los derechos indígenas y el medio ambiente para destacar la pérdida de los derechos a la tierra y de los conocimientos indígenas. Las personas y el medio ambiente se han visto amenazados por iniciativas como el “canal seco” (una vía férrea que atravesaría el país del Caribe al Pacífico con los consiguientes daños a la delicada biosfera)⁶.

Como ya he señalado, hay un reconocimiento cada vez mayor de las diferencias culturales y de identidad en Nicaragua. Los sandinistas y otros que antes confiaron en un proyecto unificado de construcción de nación, ahora están persuadidos de la urgencia de formular una política más inclusiva y pluralista. Los indígenas, las mujeres y otros grupos subalternos han contribuido a inspirar este replanteamiento de política cultural. Un interés clave es asegurar que los espacios políticos y culturales estén abiertos para aquéllos cuya participación en la sociedad ha sido limitada tanto históricamente como en el actual contexto neoliberal.

El medio ambiente

Nunca antes se había prestado tanta atención a los asuntos ambientales como después del paso del huracán Mitch, que golpeó Honduras con mayor fuerza pero también a Nicaragua y otros países de la región a finales de octubre de

1998. La pérdida de vidas humanas y la devastación de gran parte del territorio nacional atrajeron la ayuda internacional a la región y generó una respuesta unificada de la sociedad civil nicaragüense cuando el gobierno no actuó con prontitud. Más de trescientos grupos, incluyendo las ONG y los movimientos sociales identificados con un sinnúmero de temas, se unieron para coordinar la ayuda de emergencia y participar en un diálogo sostenido sobre la respuesta de la sociedad civil a la crisis de economía política en el país.

El movimiento ecologista empezó con el advenimiento del gobierno sandinista en 1979 y su nueva política de recursos naturales. Nicaragua tiene abundantes recursos, alrededor de la mitad de su territorio está cubierto de bosques, además de dos grandes lagos, varios ríos y riqueza mineral, en especial en la costa del Caribe. Los sandinistas nacionalizaron gran parte de estos recursos naturales y minas, que habían estado bajo control de la familia Somoza, y suspendieron las concesiones internacionales de los bosques. Se creó el Instituto de Recursos Naturales y el Ambiente (IRENA), con el fin de supervisar el manejo y la protección de los recursos de la nación. Es lamentable que otras prioridades, como la reforma agraria, el desarrollo económico y, más adelante, la defensa, desviarán el compromiso del gobierno con el medio ambiente sin que hubiera una contraparte en la sociedad civil que insistiera en su urgencia (Elizondo 1997).

Durante el gobierno de Violeta Chamorro, la política ambiental y de desarrollo sostenible recibió apoyo sin distinciones de color político. IRENA obtuvo mayor autonomía cuando se independizó del Ministerio de Agricultura y Ganadería, y un par de años después se le otorgó rango ministerial con la creación del Ministerio del Ambiente y Recursos Naturales (MARENA). Asimismo, continuó el apoyo internacional a los programas ambientales, que empezó con el gobierno revolucionario. Sin embargo, las estrategias de desarrollo económico pasaron otra vez a primer plano, sólo que esta vez en el marco neoliberal, y sin planes de protección ambiental. El Ministerio de Economía y Desarrollo promovió la inversión

extranjera en silvicultura, pesca y minería, y con ese propósito trató de liberalizar de la economía y ofrecer incentivos a los inversionistas cuyos proyectos a menudo entraban en contradicción con las leyes ambientales de MARENA. En ese tiempo las ONG y la sociedad civil en general llevaban a cabo proyectos locales muy efectivos. Como señaló una analista, es posible que las poblaciones indígenas posean los mayores conocimientos sobre la biodiversidad y la ecología de Nicaragua, aunque rara vez se les consultaba al formular las políticas de desarrollo (Elizondo 1997: 137).

A principios de los años noventa, surgieron grandes controversias, en particular con relación al uso de varias reservas naturales que son las más extensas e importantes de Centroamérica. El gobierno otorgó concesiones para ganadería, agricultura y minería en terrenos que debía proteger. En consecuencia, todos los años se perdían vastos territorios forestales, lo que se consideraba alarmante en un país que tiene la segunda área de bosques más grande de Latinoamérica. No obstante, aumentó la conciencia pública de la situación y hubo expresiones de preocupación respecto a que su estrategia de desarrollo económico estaba hipotecando el futuro del país.

Como parte de una iniciativa Estado-ONG, el gobierno invitó a estas últimas a presentar propuestas de legislación ambiental. Sin embargo, a pesar de la opinión pública y el surgimiento de las organizaciones ambientales, se seguía pensando que la protección del medio ambiente era un obstáculo para la empresa privada. De ahí que el gobierno casi nunca adoptara medidas que hicieran peligrar los intereses de los inversionistas.

Los bosques también se veían afectados por la necesidad que tiene la población rural de leña y la costumbre de quemar la tierra para sembrar, lo cual aceleraba el deterioro de los recursos naturales. Por su parte, las ONG y la sociedad civil apenas empezaban un proceso educativo que pudiera conducir a prácticas ecológicas más racionales (Elizondo 1997: 142).

El gobierno de Arnoldo Alemán mostró aún menos interés que el gobierno anterior en enfrentar los ya desastrosos problemas ambientales. Es más, el traslado del Instituto

Nacional Forestal (INAFOR) al Ministerio de Agricultura, Ganadería y Forestal y la iniciativa de construir un camino que atravesaba una reserva de bosque tropical constituyeron una muestra de hostilidad. En 1998, se desató una gran cantidad de incendios forestales y agrícolas, al no poder controlar las quemadas, manera tradicional de preparar la tierra para la siembra en las zonas rurales. No sólo arrasaron y erosionaron más de medio millón de hectáreas, sino que el humo provocó un nivel peligroso de contaminación atmosférica, incluso en Managua. Justo antes de que yo viajara a Nicaragua ese año, el aeropuerto internacional había tenido que cancelar todos sus vuelos por varios días debido a la escasa visibilidad. Muchos residentes de Managua me contaron que les costaba respirar, algo que también experimenté. Un año después, las organizaciones de la sociedad civil se reunieron con el ministro de Agricultura para plantearle iniciativas de ley que incluyeran delitos ambientales en el nuevo código penal, la regulación de los territorios indígenas y la aprobación de una ley forestal que impidiera mayores daños (*Envío* 1999b).

Fue en este contexto que pocos meses después ocurrió un enorme desastre ecológico en Nicaragua cuando el huracán Mitch azotó Centroamérica. Aunque no se puede atribuir el huracán a causas antropocéntricas, el daño fue mayor debido a la deforestación y la degradación ambiental existente en la zona afectada, y por la lenta respuesta del gobierno a la crisis. El apoyo a la agricultura y la reconstrucción de viviendas, escuelas y clínicas de salud serán una necesidad urgente por algún tiempo. Los activistas nicaragüenses e internacionales han llamado a cambiar el uso de los suelos para detener el deterioro ambiental, que en este caso hizo de un desastre natural algo tan trágico.

La creciente preocupación por el medio ambiente en la década de los noventa se percibe en nuevos grupos como el Movimiento de Ambientalistas Nicaragüenses (MAN), el Centro Alexander Von Humboldt y la Asociación Club de Jóvenes Ambientalistas (CJA). Cuando los visité y leí sus publicaciones, me impresionó la variedad de proyectos que persiguen fomentar conciencia ambiental entre el público nicaragüense y tratar

temas tan actuales como el impacto de la degradación ambiental y del turismo en los recursos naturales, el trabajo y las tierras indígenas. Aunque hoy por hoy el Centro Humboldt parece tener el perfil más alto, me impresionó el activismo de los jóvenes del CJA, quienes en 1994 empezaron un movimiento social que ahora es una ONG dedicada a organizar a gente joven en todo el país en torno a diversos temas ambientales de carácter local, regional y nacional. El personal de su oficina manifestó un compromiso apasionado y describió los medios creativos que utiliza para educar y movilizar a niños y adultos jóvenes a fin de que aprendan a tener responsabilidad ambiental en sus prácticas y estilos de vida. Otros movimientos sociales, ante todo el de mujeres, han hecho del ambiente y el desarrollo sostenible un asunto de la mayor prioridad organizativa. En una reciente entrevista que le hice a Sofía Montenegro, intelectual y feminista, me dijo que es prioritario “construir un discurso sobre el desarrollo que integre una perspectiva ambiental y de género como la lógica central de la crítica al modelo neoliberal” (Quandt 1999: 5-6). Aunque la política que ella y otras feministas propugnan tenga implicaciones radicales, el medio ambiente como eje tiene la ventaja de ser atractivo para una amplia base no partidaria y de múltiples clases en Nicaragua.

Más aún, el medio ambiente atrae la ayuda internacional que se interesa en marcar una diferencia, sin importar si simpatizaron o no con la revolución sandinista. No es de extrañarse que el ambiente y los problemas originados por el huracán Mitch sean los temas que mayor atención ha generado entre activistas de Estados Unidos y otras partes, quizá porque consideran que los problemas políticos y económicos de Nicaragua son demasiado difíciles de resolver como para asumirlos directamente. Por supuesto que el apoyo internacional para conservar la selva tropical de la nación, proteger el agua de la contaminación causada por la minería y defender su biosfera tan diversa, está vinculado a menudo a demandas más radicales como cancelar la deuda externa y permitir que el país lleve a cabo los costosos proyectos ambientales que son necesarios para controlar la degradación.

La paz

El origen del deseo de paz entre los nicaragüenses se remonta a una historia plagada de guerras civiles. En 1915, casi al final de su vida, Rubén Darío escribió el poema “Pax”, en el que se pregunta en el contexto de la primera guerra mundial: ¿No habrá alguno de raza más joven que rompiendo a la guerra su yugo, pueda unir el poder...?⁷. La súplica del poeta para que terminara el derramamiento de sangre y su esperanza de que hubiera paz tuvieron eco en la década de los ochenta cuando la guerra civil dividió a la sociedad. No cabe duda de que el ansia de paz y estabilidad tuvo un claro impacto en las elecciones de 1990, cuando una mayoría votó por la candidata que prometió poner fin a la guerra y al embargo económico. No obstante, desde entonces se ha discutido mucho sobre la paz como objetivo general de una sociedad en busca de reconciliación y un desarrollo humano sostenible. La inspiración provino del énfasis de las Naciones Unidas en la paz, los derechos humanos, el medio ambiente y el desarrollo en los últimos años. La “cultura de paz” puede resumirse como el objetivo de promover ideales humanistas en un marco de análisis crítico y reflexivo que facilite la transición al siglo XXI. No sólo en Nicaragua sino en toda Centroamérica se invoca la cultura de paz como un nuevo paradigma y plan de acción (Tünnermann Bernheim 1996).

En 1993, se fundó el Instituto de Investigaciones y Acción Social “Martin Luther King” con el apoyo de UNESCO en la Universidad Politécnica de Nicaragua (UPOLI) en Managua. En 1996, el director del Instituto, Denis Alberto Torres, habló con un grupo de internacionalistas en la Casa Ben Linder sobre las metas del programa. Empezó por señalar que muchos visitantes habían venido a Nicaragua en la década anterior debido a su interés en la revolución y oposición a la guerra, pero ahora que el proceso de paz estaba encaminado, llegaban muy pocos. Describió la necesidad no sólo de evitar más conflictos armados sino también de crear una “paz irreversible” en la sociedad, tanto macroestructural como personal. Torres alabó

a las feministas y a los ambientalistas por su trabajo político en contra de las distintas formas de violencia y por abogar a favor de nuevas formas de interactuar con respeto mutuo. El Instituto Martin Luther King ha empezado a ofrecer una maestría en estudios sobre la paz, el primero en Centroamérica. Además de esta iniciativa, hay un programa de radio dirigido a la juventud. Torres es el editor de la revista *Cultura de Paz*, que aborda temas sobre derechos humanos, democracia, género, ambiente y resolución de conflictos; la publicación tiene amplia circulación en las librerías y supermercados de Managua.

Cuando le pregunté a Torres sobre la posibilidad de crear una cultura de paz en el contexto de lo que llamé una “cultura del neoliberalismo”, primero estuvo de acuerdo con que el “capitalismo salvaje” constituye un obstáculo debido a las duras condiciones económicas que supone. No obstante, después argumentó que el desarrollo humano – la gente de “carne y hueso” –es más importante ahora que el desempeño económico. Junto con otros intelectuales nicaragüenses, parecía estar dejando de lado lo económico para enfocarse más bien en la resolución de conflictos, la reconciliación y la justicia como las necesidades más urgentes del país (Denis Alberto Torres, entrevista, 27 de junio de 1996).

El concepto de una cultura de paz está orientado a responder a las numerosas formas de violencia en la sociedad, desde la guerra y el conflicto armado hasta el abuso doméstico. Es innovador porque se centra en los fundamentos sociales y psicológicos de la violencia, al igual que en las diferencias de clase social y de género en la experiencia de la violencia. De ahí que la pobreza y la desigualdad de género se reconozcan como formas de violencia que reproducen la violencia. De acuerdo con sus proponentes, es necesario romper la cultura de la violencia y establecer nuevas formas de interacción humana. Si logra tener éxito, la cultura de paz ofrecerá dignidad, justicia y tolerancia a una sociedad cansada de conflictos sociales y polarización, mientras que para las mujeres significaría democracia en sus hogares y en la sociedad. Es evidente que Nicaragua se encuentra lejos de alcanzar este ideal social, pero

lo que llama la atención es el nivel de seriedad y compromiso que refleja la discusión.

El historiador Alejandro Bendaña, director del Centro de Estudios Internacionales (CEI) ofreció una perspectiva similar en cuanto a las formas más fructíferas de organización política. Describió la Nicaragua de los años ochenta como un campo de prueba de la política de poder durante la guerra fría y me dijo que ahora se ha vuelto un campo de prueba para la reconstrucción de posguerra. Señaló que actualmente el desarrollo social y la paz son clave, y que los ex combatientes de la resistencia deben integrarse al proceso si se quiere que éste tenga éxito. Ahora la tarea no sólo es eliminar armas sino también el impulso de tomarlas. Las ONG y la sociedad civil han empezado a responder organizando una red de promotores de la paz y capacitando a ex combatientes en resolución de conflictos y construcción de comunidad. Bendaña ha observado ejemplos de afirmación cultural en el país, entre gente indígena, mujeres y ambientalistas. Al igual que Torres, señaló que estos grupos habían obligado a los nicaragüenses a examinar patrones de comportamiento individual, una parte del proceso de transformación que por lo general la izquierda ha obviado. En su opinión, una cultura ética es la fuerza que impulsará un cambio en el país (Alejandro Bendaña, entrevista, 24 de junio y 3 de julio, 1996).

El tiempo dirá si los nicaragüenses optan por una resolución pacífica de sus diferencias. Un hombre al que entrevisté en el barrio Monseñor Lezcano expresó que la única manera de acabar con el neosomocismo del gobierno de Alemán era a través de la violencia. Hizo referencia al hambre brutal que sufre el pueblo hoy en día y la necesidad que tiene de servicios de salud. Cuando le pregunté qué pensaba de la idea de una cultura de paz, me respondió que había dos tipos de sandinistas: burgueses y proletarios. Según él, mientras los primeros están a favor de la paz, los últimos, a los que se adhiere, no ven la paz como una estrategia viable.

En 1998, asistí a la celebración del quinto aniversario del Instituto Martin Luther King. Los profesores, estudiantes e invitados se reunieron para festejarlo. Denis Torres habló sobre

la Cultura de Paz ante un público entusiasta. Sea o no cierto que sólo la burguesía considera la paz y la reconciliación como alternativas viables, éstos son objetivos que beneficiarían a todos y todas en esta nación de múltiples clases sociales.

CONAPI, un sindicato nacional

La ubicación de las oficinas y los salones de reunión de CONAPI en el centro recreativo conocido como La Piñata, frente a la Universidad Centroamericana, en el centro de Managua, podría indicar que tiene un alto grado de visibilidad. En efecto, se puede ver un gran letrero con el nombre de la asociación a gran distancia en la muy transitada Pista de la Resistencia, también conocida como Pista Juan Pablo II, dependiendo del mapa y la orientación política que uno tenga. Pero CONAPI rara vez figura en las noticias sobre las actividades de los sindicatos o en los análisis académicos de las organizaciones sectoriales formadas durante el gobierno sandinista, que han seguido existiendo en los años noventa. La ausencia de un amplio reconocimiento es más sorprendente aún a la luz del lugar prominente que ocupan las pequeñas industrias en la economía nicaragüense y en la vida de la mayoría de la gente de la ciudad. Por otra parte, habría que tomar en consideración el limitado apoyo del FSLN a CONAPI, en comparación con otras organizaciones sectoriales tanto antes como después de las elecciones de 1990, y el hecho de que los gobiernos neoliberales empezaron a favorecer a las industrias grandes y competitivas, por un lado, y el desarrollo de la microempresa a través de sus ministerios, por el otro.

La breve historia de CONAPI ofrece otras pistas sobre su bajo perfil como organización sindical⁸. Desde sus inicios, el gobierno sandinista se empeñó en organizar la pequeña industria en cooperativas, lo cual condujo a que la Oficina de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa creara CONAPI en 1983, con 12,000 talleres y 50,000 miembros en todo el país. Cuando la guerra empezó a tener efectos adversos en la economía, se esperaba que la organización facilitara la distribución regional

y nacional a las empresas de materiales a bajo costo. Se identificaron las cuatro áreas de producción más importantes del sector y, por consiguiente, de CONAPI: alimentos, ropa, cuero y zapatos, y madera. A pesar de la fecha de su fundación (1983) y de que en 1993 se celebró el décimo aniversario de la organización, CONAPI no adquirió personalidad jurídica sino hasta 1989, cuando organizó su primer congreso nacional. En esa época aglutinaba alrededor de 250 cooperativas de producción y servicios, y 10,000 talleres afiliados, para un total de 28,000 miembros, cifras que disminuyeron drásticamente pocos años después. Al principio, sólo se afiliaron cooperativas, pero muy pronto se unieron también varios pequeños productores individuales (pero no los del comercio y servicios). CONAPI empezó como una organización estatal, pero se convirtió en una organización privada sin fines de lucro que recibe apoyo de varias fuentes internacionales (cerca de diez ONG con sede en Managua, financiadas por países como Noruega, Holanda y Canadá. Santamaría 1990).

Una placa de bronce en las afueras de las oficinas de CONAPI destaca 1983 y 1989 como fechas históricas de la organización y enumera los nombres de los miembros del Consejo Directivo Nacional cuyos períodos empezaron en 1989. La primera presidenta designada por el gobierno sandinista fue Ana Lorena Rondón, quien más adelante sería reemplazada por el vicepresidente Gustavo Hernández. Antonio Chávez fue secretario de la Tercera Región (Managua) y después presidente durante gran parte del tiempo que duró mi investigación. Cuando se formó su consejo directivo, estaba integrado por cuatro mujeres y once hombres. El mandato de CONAPI consta en su placa: “Para el desarrollo económico, político y social de las medianas y pequeñas industrias y los artesanos de Nicaragua. Somos una fuerza que hace frente al futuro y servimos al pueblo a través del trabajo creativo que producen nuestras manos”. Muchos pequeños productores y miembros de las cooperativas que se incorporaron a CONAPI dirían que la promesa de la placa no se pudo cumplir a cabalidad, ya que la organización apenas estaba poniéndose en marcha cuando

las elecciones de 1990 trajeron consigo cambios políticos radicales que erosionaron la capacidad de la organización para servir a sus miembros.

Al principio, la misión de CONAPI fue brindar apoyo a un sector económico importante, aunque marginal, que se pensaba tenía el potencial de desempeñar un papel mucho más prominente en la producción y el empleo. Los principales objetivos de la organización eran asumir una posición firme frente al Estado y otras instituciones para promover los intereses de la pequeña industria; ofrecer servicios para lograr una producción de calidad en el sector; proporcionar materiales y productos para la comercialización; ofrecer capacitación y contribuir a organizar cooperativas y empresas; ayudar a obtener crédito y ofrecer apoyo legal; crear un programa específico para mujeres; promover el sector en el ámbito nacional e internacional, y buscar financiamiento.

Debido a que CONAPI empezó a funcionar justamente cuando los sandinistas introdujeron medidas de ajuste económico, la organización se vio obligada desde el inicio a adaptar sus expectativas a las nuevas condiciones de mayor austeridad. Cuando los ajustes realizados durante el período neoliberal resultaron incluso mucho más abrumadores, fue necesaria otra etapa de adaptación. Desde que CONAPI se convirtió en una organización independiente y no partidaria, sus críticas han sido más abiertas en cuanto a la falta de controles de calidad durante el sandinismo, lo que redujo la capacidad del sector de la pequeña industria para competir con éxito en la región centroamericana. La falta de competitividad de muchas pequeñas industrias que luchan por mejorar la calidad y comercialización de sus productos ha empeorado la situación actual. Sin embargo, la mayoría de las críticas está orientada a los gobiernos neoliberales por ofrecer aún menos ayuda y crear una economía nacional hostil al sector.

Al igual que otras organizaciones sectoriales formadas durante el gobierno revolucionario, CONAPI cambió apoyo estatal por autonomía y si bien es cierto que la organización perdió el limitado apoyo que recibía del FSLN, también lo es

que se ganó el derecho a representar sus propios intereses en las negociaciones con los gobiernos de Violeta Chamorro y Arnoldo Alemán. CONAPI tiene actualmente la capacidad de adoptar una postura de oposición ante el gobierno, como lo ha hecho recientemente al protestar por la eliminación de los aranceles proteccionistas y créditos a bajo interés que favorecían a las cooperativas. Sin embargo, carece de la fuerza necesaria para ser efectivo y a veces tiene que acomodarse a los intereses de los sectores más moderados entre sus afiliados. Su liderazgo hace grandes esfuerzos por presentar una imagen sin compromisos ideológicos o partidarios para captar apoyo y afiliados, y para posicionarse ante el gobierno como una organización representativa de una amplia base de trabajadores nicaragüenses.

En los últimos años, CONAPI ha defendido los intereses de sus integrantes cuando la pequeña industria se ha visto amenazada por los cambios en la política nacional. Por ejemplo, a pocos días de la fuerte devaluación de la moneda en marzo de 1991, el periódico *Barricada* publicó la reacción inmediata del Consejo, que hacía un llamado a resistir el “plan de *shock* económico” y se quejaba de que la drástica medida supondría un atractivo para la inversión extranjera y la explotación de los nicaragüenses. CONAPI argumentó que este plan violaba flagrantemente los acuerdos suscritos entre el gobierno y los representantes de las organizaciones sectoriales cinco meses antes. Un punto de acuerdo fue que el sector de la pequeña y mediana empresa sería una prioridad para mejorar la economía, pero a la postre el gobierno no les daría ningún tipo de apoyo. Se anticipaba más bien que el Plan de Reconversión Ocupacional engrosaría las filas del sector de la pequeña empresa, e incrementaría los problemas actuales. Junto con otras organizaciones sectoriales, CONAPI exhortó a sus afiliados a prepararse para la lucha que se avecinaba. Por supuesto que las políticas entraron en vigencia y los trabajadores tuvieron que adaptarse lo mejor que pudieron.

Un año después, en 1992, CONAPI sostuvo reuniones para analizar los devastadores efectos que la política neoliberal había tenido en las pequeñas empresas. El 16 de febrero, sus

dirigentes convocaron a una asamblea general a varios cientos de sus miembros, a Gladys Báez como representante del FSLN, y a María Hurtado en representación del gobierno. Al finalizar hubo una marcha a la casa de la presidenta Violeta Chamorro para demandar una reunión. Me uní a los artesanos de la Cooperativa Francisco Estrada para escuchar a Ana Lorena Rondón, presidenta de CONAPI, dirigirse a la gran audiencia. Su argumento era que el libre mercado significaría el fin de los pequeños negocios en el país, puesto que el gobierno no hacía nada para protegerlos, según lo prometido en la concertación, y dijo que CONAPI no aceptaría su “plan de desarrollo”. Rondón hizo una comparación desfavorable de las nuevas políticas en Nicaragua con aquellas de otros países centroamericanos, donde la protección de las pequeñas industrias permitió que éstas se volvieran competitivas. Más aún, señaló que la tasa de desempleo era de un 60% y que la mayoría de los compradores de los que dependían los pequeños productores se encontraba desempleada.

Luego, María Hurtado, directora de la Oficina de la Micro, Pequeña y Mediana Empresa, se dirigió al grupo. Empezó con el ofrecimiento de oír las preocupaciones de CONAPI, pero no tardó en defender las políticas de su gobierno al referirse a los problemas económicos que habían heredado por los errores del gobierno sandinista y argumentar que estaban siendo resueltos a través del programa de ajuste estructural de 1991 y el plan de reactivación actual. Resaltó el esfuerzo por la paz, el fin del servicio militar y el diálogo de concertación. Sostuvo que ese era el momento en que la pequeña industria debía mejorar la calidad de sus productos y encontrar nuevos mercados. A estas alturas, las personas reunidas en el salón empezaron a hablar entre sí y a mostrarse impacientes, pero ella siguió con su discurso. Mencionó que el Banco Central, dirigido por Silvio De Franco, ofrecía crédito en términos más favorables y que ya existía cierta protección para la pequeña industria. Cuando concluyó se escucharon aplausos de cortesía. Antes de que el grupo se dispersara, Rondón leyó la carta que sería presentada a la presidenta Chamorro esa tarde. En ella se afirmaba que

la actual política gubernamental constituía un serio golpe al pueblo de Nicaragua, en su mayoría pequeños productores, por lo cual era crucial proteger el sector a través de la introducción gradual de las nuevas medidas.

El 31 de marzo de 1992, Rondón completó su período como presidenta y Gustavo Hernández le sucedió en el cargo. Como miembro fundador de CONAPI, organización sectorial del FSLN, la experiencia de Rondón se consideraba una ventaja, pero por otra parte el que fuera esposa del Comandante Víctor Tirado, miembro de la Dirección Nacional del FSLN, había representado más bien una desventaja en las negociaciones con el gobierno, pues se pensaba su nombramiento obedecía a motivos políticos⁹. Poco después, el 9 de abril, los representantes de CONAPI se reunieron con el ministro de la Presidencia Antonio Lacayoy algunos miembros de la Asamblea Nacional para presentar sus propuestas, incluyendo una petición de apoyo técnico, la reducción de impuestos, y una aclaración sobre cuánta ayuda estadounidense sería destinada a la pequeña industria.

Sin embargo, los meses posteriores a la asamblea no fueron nada satisfactorios para CONAPI, ya que el gobierno no respondió a la mayoría de puntos planteados, aunque sí extendió la fecha límite para el pago de impuestos. A finales de año, la publicación de CONAPI, *El Pequeño Industrial* (diciembre 1992 - enero 1993), calificó los tratados de libre comercio con México y otras naciones como el “tiro de gracia” para la pequeña industria. En una editorial un par de meses después (marzo - abril 1993:1), Antonio Chávez escribió: “No podemos seguir cargando con el peso del programa de ajuste estructural que al abrir la economía ha provocado una competencia salvaje y desleal para el sector, lo cual desembocó en una grave crisis”. Es más, había una creciente preocupación por el evidente deseo del gobierno de alejar a los pequeños productores de los sindicatos, que todavía eran percibidos como sandinistas, para atraerlos al PAMIC, la organización dedicada a la promoción de las microempresas (aunque años después se realizaron algunas actividades coordinadas entre CONAPI y PAMIC, como se publicó en *El Pequeño Industrial*, no. 16 [1995]: 17).

En ese tiempo, CONAPI buscaba más fuentes de apoyo no gubernamental para el sector de la pequeña industria. Antonio Chávez, entonces su vicepresidente, me preguntó varias veces si yo tenía información sobre cualquier posibilidad y le conté lo poco que sabía. Me habló del objetivo a largo plazo de lograr la autosuficiencia después de recibir ayuda internacional durante ese difícil período. Con el fin de gestionar los fondos necesarios para la administración de CONAPI, la organización había abierto un parque de diversiones en el área recreativa de La Piñata, en el que funcionaba una nueva pista de patinaje, un paseo en tren para niños, un “castillo del terror” y juegos de azar. En los pabellones de los alrededores, habían surgido nuevas tiendas y pequeños restaurantes. Chávez me dijo que ésta era una forma de generar ingresos y promover sus productos, pero reconocía que la asistencia al parque había sido bastante limitada, ya que la alta tasa de desempleo suponía menos recursos para que la gente pudiera gastar en actividades recreativas.

Bajo el liderazgo de Gustavo Hernández, CONAPI perdió la confianza de muchos de sus miembros, en parte por la situación nacional. En 1993, Chávez trató de restablecer cierto grado de confianza cuando asumió la presidencia de CONAPI, aunque pocos años después también fue acusado de malos manejos en la organización, que se encontraba virtualmente en bancarrota. CONAPI reconoció la pérdida de afiliados como resultado del declive de las pequeñas empresas, pero a menudo abultaba el número de sus afiliados con cooperativas y personas que habían sido miembros activos siguieran o no pagando sus cuotas (el pago de cuotas de US\$ 2.00 al mes no era un buen indicador, ya que de todas formas sólo alrededor del 10% de los miembros pagaba con regularidad). Se hicieron esfuerzos por reorganizarse y apelar al sentimiento nacionalista de los consumidores para que “compraran productos nicaragüenses” con consignas nuevas y pegajosas tales como “ropa, zapatos, nacatamal, compra nacional” y “nicaragüense, consumiendo productos nacionales generás empleo”. Otras iniciativas tenían por objeto demostrar al gobierno la eficiencia y el potencial

de la pequeña industria. Se llevaron a cabo concursos para premiar los productos de mejor calidad. Unas cuarenta mujeres y hombres de la pequeña industria fueron seleccionados para viajar a Estados Unidos, a un curso de capacitación técnica financiado por USAID. Asimismo, diez cooperativas de producción y veinte de servicios, que eran consideradas las más “eficientes”, fueron seleccionadas como sujetos de estudio para demostrar resultados positivos a USAID, pero no se logró obtener mayor apoyo financiero. En general, CONAPI era vista por sus miembros, al igual que por el gobierno, como incapaz de prestar mayor apoyo a los miles de trabajadores de pequeñas empresas en condiciones de crisis. Algunos funcionarios de CONAPI afirmaron que no querían volver al paternalismo del período sandinista, pero sí deseaban la oportunidad de tener éxito. La opinión de Chávez era que el gobierno no había ofrecido “una transfusión de sangre, ni siquiera vitaminas” para mitigar los duros efectos de la política neoliberal. La organización recomendó una “mentalidad empresarial” y una “inyección” de capacitación para mejorar la calidad en la pequeña industria.

CONAPI experimentaba cambios por la política económica de transición en el país. La dirección y aquellos miembros que se afiliaron cuando la organización apenas empezaba a principios de los años ochenta, tenían un compromiso más leal con los ideales que los habían aglutinado en aquel entonces, al igual que un compromiso personal con el FSLN. En cambio, los que se unieron al final de la década o más tarde, reflejaban mayor ambivalencia, incluso desdén por la incapacidad de CONAPI de cumplir con sus promesas. Estas diferencias se hicieron evidentes en las cuatro cooperativas que estudié: las de costureras y artesanos (organizadas en 1983 y 1987 respectivamente) demostraron una fuerte lealtad a sus cooperativas y un poco menos a CONAPI. La cooperativa de los panaderos (establecida en 1979), renunció a la organización gremial unos años después para trabajar como negocio independiente (sin embargo, algunos de los panaderos conservaron su afiliación individual a CONAPI).

Las soldadoras (organizadas en 1991), nunca se decidieron a unirse a CONAPI, indecisas como estaban entre identificarse como asociación independiente de mujeres o cooperativa de trabajadoras afiliada a una federación de comercio. Su disolución como asociación un par de años después puede haber sido consecuencia de la falta de apoyo de una organización más amplia, aunque durante el mismo período quebraron muchos pequeños productores afiliados. En 1992, Chávez me dijo que los que habían dejado de ser miembros de CONAPI por su propia voluntad carecían de conciencia y no apoyaban al movimiento sindical. Sin embargo, en 1994 me contó que debido a las condiciones de la economía nacional sólo estaban en funcionamiento 6,000 de las 40,000 pequeñas empresas que existían en el país diez años antes (Close 1999: 140).

Una investigación encargada por CONAPI sobre la participación de las mujeres (Pérez Alemán *et al.* 1991) indicaba que las mujeres se sumaron a la organización en algunas partes del país, como Managua, antes que en otras. Las mujeres miembros de la organización tenían en promedio 38 años, cuatro hijos, sólo educación primaria y eran el principal sustento económico de su hogar. Más de la mitad de las mujeres trabajaba por lo menos cuatro horas al día en su casa, además del tiempo que laboraban en pequeñas industrias. Es más, la investigación determinó que la representación de las mujeres en el consejo de la organización se había mantenido en alrededor del 27% y que un 53% de los presidentes de cooperativas eran mujeres, en estrecha correlación con el número de afiliadas en CONAPI. Pérez Alemán encontró, al igual que yo, que la doble obligación del empleo y las responsabilidades familiares de las mujeres no les permitía asumir más compromisos con la organización tanto en términos de participación en programas de capacitación como en puestos de liderazgo. Esto fue lo que pasó con Carmen, elegida vicepresidenta de la Tercera Región (Managua), aunque poco después tuvo que renunciar cuando se dio cuenta de que entre la cooperativa de artesanos y su familia ya no le quedaba suficiente tiempo para prestar servicio como funcionaria de CONAPI. Además, la cooperativa consideraba

que los demás artesanos estarían en esencia subsidiando a CONAPI si Carmen aportaba su tiempo como funcionaria sin remuneración, algo que difícilmente se podían permitir.

CONAPI estableció la Oficina de Mujeres con el fin de fomentar su participación a todo nivel, pero los miembros del Consejo me comentaron que no tenía una dirección estable ni efectiva, y que en la práctica no había hecho nada por ellas. Por lo general, las buenas intenciones de CONAPI superaban las del gobierno, pero al parecer no se tomaron en cuenta las recomendaciones de Pérez Alemán de adoptar nuevas medidas en beneficio de las mujeres¹⁰. Por ejemplo, se propuso la realización de otros programas en áreas de actividad en las que predominaban las mujeres, aunque no sin dificultades, como confección de prendas de vestir y producción de alimentos. No obstante, no hubo ninguna respuesta de la gerencia. Como hemos visto, la cooperativa de costureras Obreras Unidas Textil se sintió abandonada por la directiva de CONAPI cuando no le brindó apoyo alguno durante la crisis por la que atravesó.

En 1996, una de las principales preocupaciones de CONAPI era el plan del gobierno de reformar la Ley de Cooperativas. Ésta contemplaba eliminar algunas exoneraciones fiscales que beneficiaban a la pequeña industria, lo cual podría duplicar los impuestos que debían pagar. Como presidente de CONAPI, Antonio Chávez estaba preocupado por este cambio, según él impuesto por el FMI y el Banco Mundial, ya que perjudicaría a la pequeña industria justo cuando necesitaba apoyo, y llevaría a la liquidación de muchos negocios. Señalaba que las pequeñas industrias habían logrado avanzar algo, en parte debido a la cosecha agrícola nacional de ese año, que había reforzado la economía. Empero, la legislación propuesta por el gobierno significaría un fuerte retroceso. Se planificaron reuniones con otros sectores y una huelga de transportistas para protestar en contra de las posibles consecuencias de las medidas gubernamentales.

En 1998, cuando regresé a Nicaragua, encontré que CONAPI se había debilitado a tal punto que apenas podía ayudar a las cooperativas y las pequeñas empresas. Por ejemplo, la

cooperativa Francisco Estrada había roto relaciones con CONAPI debido en parte a una deuda que tenía con la organización (y con una ONG) y no había sido capaz de pagar, por lo que había perdido su derecho de afiliación. De todas formas los miembros de la cooperativa sentían que CONAPI ya no tenía mucho que ofrecerles. La percepción era que el sindicato se había vuelto corrupto y que sólo la directiva se beneficiaba de la ayuda externa que recibía. Este mismo año, el puesto de presidente recayó, como era costumbre, en el vicepresidente, quien en este caso era una mujer de nombre Flora Vargas. Cuando visité su oficina, un miembro del personal de CONAPI me dijo que los afiliados sumaban en ese momento 405 hombres y 233 mujeres, lo que de ser cierto, era una cantidad muy baja. Según las cifras sobre pequeñas productoras, 121 se dedicaban a la confección de ropa, 55 a las artesanías, 46 a los alimentos, seis a madera y muebles, y cinco a cueros y zapatos.

CONAPI, al igual que otras organizaciones sectoriales formadas durante el gobierno sandinista, había ido ganando autonomía a partir de las elecciones de 1990 y, a veces, se había beneficiado al adoptar una actitud de oposición a los gobiernos de Chamorro y Alemán. Sin embargo, donde sufrió efectos más graves en comparación con otras organizaciones, fue en las drásticas consecuencias que tuvo la política neoliberal para las cooperativas y pequeñas industrias del país. Las mujeres se encontraban en una situación de particular desventaja, puesto que la mayoría se dedicaba precisamente a las áreas más afectadas por la competencia de las grandes industrias y empresas transnacionales como la producción de ropa y de alimentos. De ahí que los intentos por reformar CONAPI para que se adaptara a los tiempos neoliberales y las demandas de que el gobierno redujera el ritmo de apertura de Nicaragua al mercado global, hayan sido insuficientes para proteger o apoyar a quienes trabajaban en las pequeñas industrias. Es difícil augurar la recuperación de esta organización que en un momento tuvo la visión de trabajar junto con los demás sectores y con la sociedad civil para construir una sociedad más productiva y democrática.

La organización de gays y lesbianas

Hace una década los gays nicaragüenses casi no tenían visibilidad pública para poder identificar sus intereses y preocupaciones comunes. Las lesbianas y los gays¹¹ se comunicaban por medios informales, pero no existían canales, centros ni asociaciones establecidas para hacerlo. De hecho, el sociólogo Barry Adam (1989) escribió sobre la “homosexualidad sin un mundo gay” entre los hombres en Nicaragua. Asimismo, la investigación etnográfica de Roger Lancaster en Managua (1988a, 1992) describía la categoría tradicional de *cochón* en Nicaragua, hombre que tiene relaciones sexuales con otros hombres, pero que difería del concepto de homosexual entre las sociedades occidentales modernas. Aunque las prácticas sexuales entre personas del mismo sexo pueden haber sido comunes desde hace algún tiempo entre los nicaragüenses que no se identifican como gay, en la década de los noventa se ha hecho visible un creciente número de hombres y mujeres que sí se identifican, política y culturalmente, con el movimiento transnacional de lesbianas y homosexuales. Propongo que cualquier análisis sobre la política cultural de esta década tome en cuenta este notable cambio.

Lancaster y Adam estaban mejor informados sobre las prácticas sexuales entre hombres que entre mujeres, y ambos destacaron la gran cantidad de hombres que tenían relaciones sexuales con otros hombres, sin que necesariamente se consideraran “gay”. Por lo general, la pareja “pasiva” es estigmatizada como homosexual (el *cochón*), mientras que a la pareja “activa” (penetrante) se le considera como macho, masculino, que disfruta las relaciones tanto con hombres como con mujeres. Adam (1989: 76) escribe que la ausencia de una cultura urbana desarrollada en Managua, la falta de privacidad en la mayoría de hogares, las penurias económicas y la agitación política durante la década de los ochenta, en combinación con instituciones conservadoras como la familia, la Iglesia católica y el machismo, conspiraban para “inhibir el crecimiento de una vida gay pública que trascendiera de la

escena actual de homosexuales “dando una vuelta en busca de pareja” en bares, calles y salas de cine. Su conclusión fue que “no existe una identidad gay públicamente reconocida” (77).

Lancaster (1988a) llegó incluso a sostener que aunque la sexualidad masculina nicaragüense puede tener algo en común con los antiguos griegos y algunas sociedades no occidentales contemporáneas, debe ser entendida como fundamentalmente diferente a la sexualidad de las sociedades occidentales modernas, donde han surgido las identidades gay. Su insistencia en examinar las tradiciones locales de las prácticas de parejas del mismo sexo sirve para poner en perspectiva aquellos puntos de vista que asumen que las identidades sexuales universales suponen prácticas sexuales similares. En efecto, muestra que las prácticas de los hombres en Nicaragua difieren de las que son comunes entre gays en Estados Unidos y Europa, pero aun cuando son parecidas, varían las interpretaciones que les asignan los hombres y sus sociedades. El enfoque culturalmente sensible de Lancaster es un importante aporte a la comprensión de las dinámicas de la sexualidad y el poder entre los hombres durante el período de la revolución sandinista.

Sin embargo, desde el punto de vista de fines de la década de los noventa y principios del siglo XXI, es evidente que los escritores anteriores a este momento no anticiparon el desarrollo de un movimiento social y una política de identidad gay que ya se encontraba en plena formación. En realidad, el trabajo de Lancaster nos ofrece un breve contexto histórico de las actitudes hacia las prácticas homosexuales, y describe la postura negativa relacionada con la homosexualidad durante el período sandinista como una continuación del imaginario existente antes de la revolución, cuando se asociaban estas prácticas con una vida nocturna algo sórdida, orientada al turismo. No obstante, el hecho de que existiera una cultura gay públicamente reconocida, aunque pequeña, y que fuera tolerada por Somoza, además de un bar en que se reunían gays durante la década de los sesenta (*El País* 1992: 7) es poco conocido por los investigadores. A diferencia de los años de la dictadura somocista, se esperaba que los sujetos sociales de la revolución exhibieran rectitud

moral y abnegación, y las organizaciones de barrio como los CDS imponían el comportamiento “correcto”. La percepción popular era que la burguesía de inclinaciones homosexuales se había mudado a Miami después de 1979, y que era probable que los únicos gays en el país fueran miembros de la comunidad de internacionalistas. Lancaster (1988a: 119) descubrió que algunos jóvenes nicaragüenses se identificaban como gay, pero sostiene que en vista del contexto cultural distinto “lo que un nicaragüense quiere decir cuando se llama a sí mismo ‘gay’ es muy diferente a lo que un estadounidense tiene en mente cuando utiliza el mismo término”. A pesar de que estoy consciente de los peligros de imponer significados transnacionales a las prácticas locales, quiero no obstante plantear que de mis observaciones más recientes y otros informes – en particular relatos escritos por y acerca de mujeres – surge una imagen algo diferente (Ferguson 1991; Randall 1993; Thayer 1997)¹².

A fines de la década de los ochenta había conciencia dentro y fuera de Nicaragua de que el gobierno sandinista apoyaba hasta cierto punto la educación sobre el SIDA y su prevención (Schreiber y Stephen 1989). Sin embargo, lo que por lo general se desconocía era que durante este tiempo el gobierno también restringía a gays y lesbianas que buscaban organizarse. Fue a principios de la década siguiente, después de la derrota electoral, que algunos empezaron a compartir su historia. Por ejemplo, en las entrevistas de Margaret Randall (1994) a mujeres nicaragüenses, Rita Arauz habló como una lesbiana que había regresado al país a mediados de la década anterior después de vivir en Estados Unidos por diez años. A su regreso, había participado en reuniones con otras lesbianas y gays sandinistas que ya en 1986 intentaban organizarse en torno a políticas referentes a los derechos gay. Algunas veces se reunían más de 60 lesbianas y gays, aun cuando el gobierno prohibía organizarse fuera de las estructuras políticas formales. En marzo de 1987, la Seguridad del Estado tuvo conocimiento de estas reuniones casi un año después de que empezaran y procedió a interrogar a unos 30 participantes. Tomaron sus huellas digitales, grabaron sus declaraciones en video

y, en algunos casos, incluyendo el de Arauz, los detuvieron brevemente (fueron puestos en libertad el mismo día).

Al principio, el gobierno silenció con eficiencia a esos sandinistas gay que habían empezado a organizarse, en vista de que acordaron con la Seguridad del Estado no hacer públicas sus reuniones o experiencias. Según describe Rita Arauz el incidente, los detenidos se defendieron con dignidad y cuando salieron, los oficiales de la Seguridad del Estado se mostraron más bien conscientes de lo ridículo de la situación. El apoyo de los activistas a la revolución sandinista protegió al gobierno de la reacción internacional que seguramente los medios de comunicación habrían provocado si se hubieran dado cuenta y difundido la noticia de las medidas tomadas para impedir la organización de personas en pro de sus derechos humanos¹³. Sin embargo, muy pronto empezó a surgir un movimiento mucho más abierto de los gay nicaragüenses¹⁴.

A pesar de la represión a la organización política abierta y los obstáculos a que los activistas ingresaran al FSLN, la educación sobre el SIDA empezó alrededor de un año después, luego de que se abordara el problema en un coloquio sobre salud realizado por activistas de San Francisco, California en 1988, en Managua. Hay que reconocer que el Ministerio de Salud (encabezado por la Comandante Dora María Téllez, simpatizante del movimiento) apoyó al Colectivo de Educación Popular sobre el SIDA (CEPSIDA), un programa de base comunitaria, en momentos en que habían aparecido los primeros casos de SIDA en el país. Se distribuyeron condones en las áreas donde se sabía que circulaban gays y trabajadoras sexuales, y entre los estudiantes. Esta medida allanó el camino para que la comunidad gay fuese más activa y pocos años después surgieron algunos grupos de lesbianas y gays entre los activistas que trabajaban contra el SIDA. En general, el espacio público que los grupos reclamaban y su política incluyente reflejaban su procedencia de un movimiento revolucionario que planteaba una sociedad más abierta, aun cuando la mayor parte de la población no estuviera preparada para aceptar la legitimidad de sus diferencias sexuales.

Un grupo de casi cincuenta lesbianas y homosexuales sandinistas tomaron la decisión de salir a la luz pública por primera vez durante la celebración del décimo aniversario de la revolución. El 19 de julio de 1989 salieron a las calles en camisetas negras con triángulos rosados pintados a mano a celebrar con la multitud congregada en la entonces Plaza Carlos Fonseca. Según lo describe la activista Hazel Fonseca (Randall 1993), su acción no pasó desapercibida para los líderes del partido y los empoderó para realizar más actividades públicas. Este “debut” colectivo ocurrió justo un par de semanas antes de mi primer viaje a Nicaragua, y para cuando empecé a viajar con regularidad al país, ya había claras señales de la actividad política y social gay en Managua. Nimehuatzín, una ONG visible y activa en la educación sobre el SIDA, fundada en 1990 y encabezada por Rita Arauz (cuyos años en Estados Unidos transcurrieron en San Francisco, algo que cabe destacar), estaba contigua a la Universidad Centroamericana. Su logotipo de condones bailando se exhibía con orgullo en un gran letrero a la entrada de su oficina y en camisetas que se veían en la ciudad. Esta ONG ofrecía un espacio acogedor para los gays, y el cual evidentemente era mucho más que sólo un sitio de trabajo relacionado con el SIDA, puesto que en efecto funcionaba como lugar de encuentro para lesbianas y homosexuales. En esa época también se empezaron a formar otros centros y grupos.

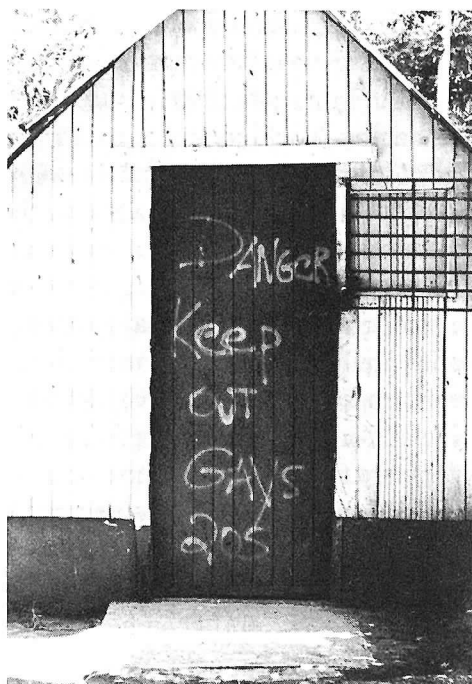
Las lesbianas en Nicaragua tuvieron una buena acogida cuando salieron del *clóset* en el Festival del 52% realizado en el centro recreativo La Piñata, al que asistí en marzo de 1991. Junto con otros grupos de mujeres, las organizaciones de lesbianas tenían un “puesto” informativo en el evento. En la clausura de gala del fin de semana, las mujeres que lo atendían estuvieron muy atareadas atendiendo a la gente que hacía cola para comprar pastel de limón y merengue. Recuerdo el evidente orgullo de una mujer que usaba un broche que decía: “Mi amor tiene nombre de mujer”. Fue una noche inolvidable; tocaron algunos de los músicos favoritos de los nicaragüenses y la gente bailó, hombres con mujeres, mujeres con mujeres, todos juntos.

En junio de 1991, se dio un paso importante en la construcción de un movimiento público que marcó un hito cuando se celebró por primera vez en Nicaragua el desfile del Orgullo Gay. A este evento se le dio amplia publicidad y varios cientos de personas asistieron a la presentación de la película estadounidense “Trilogía de Nueva York” (*Torch Song Trilogy*) junto con música y paneles de discusión sobre las experiencias de lesbianas y homosexuales. Asistí a este evento, que atrajo a un grupo diverso de nicaragüenses y algunos internacionalistas al Coro de Ángeles, un centro cultural que con frecuencia presentaba programas musicales y literarios, además de películas. El ambiente al aire libre se llenó de expectativas y la presencia de varios nicaragüenses muy conocidos resaltó la importancia de la ocasión. Durante la misma semana, una poeta lesbiana leyó su trabajo ante un público universitario, y varias lesbianas y homosexuales fueron entrevistados por una de las radioemisoras sandinistas. Un mes después, el centro feminista Puntos de Encuentro empezó a publicar *La Boletina*, que también destacaba el orgullo y la política gay. También por estos días, varias lesbianas y homosexuales nicaragüenses viajaron a México para asistir a una reunión internacional sobre política gay, lo que contribuyó a una mayor movilización.

En efecto, los activistas gay en Nicaragua estaban al tanto de la existencia de organizaciones gay en otros países y varios pertenecían o habían pertenecido a éstas. Algunos externaban que este movimiento incipiente se inspiraba en parte en los logros alcanzados en Estados Unidos y Europa. Sin embargo, también sostenían que la motivación principal para organizarse había sido su experiencia específicamente nicaragüense o latinoamericana. De la reunión mejicana surgió una red latinoamericana para vincular a quienes habían tenido experiencias parecidas, y a Nicaragua le fue otorgada la representación de Centroamérica (Randall 1992). La tensión entre la influencia internacional y la política local (algunas veces llamada “auténtica”) de la región es evidente en los comentarios hechos por la activista Lupita Sequeira, entrevistada en “*Sex and the Sandinistas*” (1991), un documental hecho para la televisión

británica¹⁵. Lupita, una de las dos nicaragüenses entrevistadas que hablaban inglés (la otra era Rita Arauz), insistía en que su movimiento no era importado, aunque reconocía la conexión entre la lucha nacional y la de gays de otras partes. Así como a las feministas se les acusa a menudo de adoptar ideas “burguesas” de occidente, los nicaragüenses gay también son susceptibles de acusaciones de haber sido corrompidos por ideas foráneas. Algo que cabe resaltar es que se muestra a esta activista pintando diseños indígenas en un mural en las afueras de la Fundación Xochiquetzal, una ONG que ofrece servicios médicos y psicológicos, al igual que educación sobre el SIDA, a la comunidad gay en particular. A principios de la década de los noventa quizá lo más importante era hacer valer una política independiente, aun cuando significaba hasta cierto punto crear mitos (alusiones a las raíces indígenas), lo cual es característico también de los movimientos gay en otras partes. Sin embargo, para fines de la década, los movimientos nicaragüenses reconocieron sus vínculos con grupos en el extranjero en un clima de discusión más abierta.

En el contexto neoliberal, su evidente apoyo al individualismo que fomenta la economía de mercado entra en contradicción con el conservadurismo social del periodo, por el énfasis que da a la familia tradicional como fundamento de la sociedad¹⁶. En este contexto, la reactivación de la ley de sodomía en 1992 aglutinó al incipiente movimiento de gays y lesbianas en torno al tema. El Artículo 204 del código penal criminaliza la sodomía “entre personas del mismo sexo” de una “manera escandalosa”. Más de 25 grupos se reunieron en junio de ese año para pedir la derogación del artículo y lanzar la “Campaña por una Sexualidad Libre de Prejuicios” con paneles, protestas y celebraciones del Orgullo Gay. La Fundación Xochiquetzal, dirigida por Hazel Fonseca y Mary Bolt González, feministas lesbianas, desempeñó un papel de liderazgo a fin de generar apoyo para la campaña (y sigue organizando anualmente eventos para celebrar el Orgullo Gay). La fundación publicó y distribuyó información sobre el Artículo 204 con financiamiento de Noruega, para lo cual hizo



Graffiti escrito en inglés en un parque público advierte: "Danger, Keep Out Gays" (Peligro, fuera gays).

uso de la documentación del Centro de Derechos Constitucionales, con respecto a los distintos modos en que esta ley viola los derechos humanos garantizados en la Constitución de 1987. No obstante su imprecisión, la ley estaba dirigida tanto a lesbianas como a homosexuales y muy pronto fue considerada como una de las más injustas en el continente. A pesar de la fuerte oposición a esta ley en Nicaragua y otros lugares, siguió siendo parte del código¹⁷.

En los primeros años de la década, el activismo gay empezó a establecerse en Nicaragua, ante todo en Managua y en menor grado en Matagalpa. En *El País* (1992), una publicación dirigida a la sociedad en general, apareció un artículo titulado "El mundo gay ha llegado a Nicaragua" que describía las raíces del movimiento y ofrecía una lista de diferentes centros culturales para homosexuales y lesbianas. El mero hecho de haber publicado este artículo era indicativo de cierto grado de

aceptación y el reconocimiento de la cultura y los derechos humanos gay en Nicaragua.

En junio de 1993, para celebrar el Orgullo Gay, la Fundación Xochiquetzal publicó el primer número de *Fuera del clóset*, una revista que contenía poesía y artículos sobre el derecho al placer entre otros derechos de los homosexuales y las lesbianas, la homofobia, la violencia sexual y el SIDA. Su editorial señalaba que los gay nicaragüenses habían decidido unirse a muchos otros países para celebrar el Orgullo Gay todos los años en conmemoración del 28 de junio de 1969, fecha en que los clientes gay del bar Stonewall de la ciudad de Nueva York se enfrentaron a la policía y no permitieron que se efectuara una redada. Quienes se identifican con el movimiento gay transnacional conmemoran este evento, muy conocido por encender el movimiento de liberación gay en Estados Unidos. Rita Arauz señaló un punto importante, y es que se podría haber escogido otra fecha más significativa para la historia de Nicaragua (por ejemplo, la que marcó el acto de resistencia a la Seguridad del Estado) (Randall 1994). Sin embargo, queda claro que para muchos nicaragüenses gay resulta beneficioso identificarse con otros movimientos más allá de sus fronteras. El discurso de la política gay refleja ese punto de vista, por ejemplo al referirse con frecuencia a la decisión que tomó la Asociación Americana de Psiquiatría en 1974 de retirar la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales, con el propósito de contrarrestar la homofobia.

Las mujeres, por lo general feministas, fueron las líderes y portavoces más visibles en el movimiento de lesbianas y homosexuales¹⁸. Como era de esperar, AMNLAE evitaba el tema de la orientación sexual y los derechos de los gays, mientras que el centro feminista Puntos de Encuentro y las clínicas para mujeres como IXCHEN y Sí Mujer ofrecían talleres sobre su sexualidad y apoyaban los derechos gay. En marzo de 1999, empezó a publicarse una nueva revista lesbiana, *Humanas: Por la Visibilidad y los Derechos Humanos de las Lesbianas*. El grupo de lesbianas independientes que editaba la revista declaró su deseo de ofrecer un espacio nuevo y abierto

de expresión cultural y noticias nacionales e internacionales de interés para las lesbianas nicaragüenses.

La distancia que han recorrido las lesbianas para lograr visibilidad en los últimos años se puso de manifiesto durante el evento principal del Orgullo Gay en junio de 1996. Este evento, que se realizó una vez más en el Coro de Ángeles, fue planificado para honrar la publicación, ese mismo mes, del libro de Mary Bolt González, *Sencillamente Diferentes...* (1996). La autora, una psicóloga, estudió la autoestima de las lesbiana en entrevistas que llevó a cabo en áreas urbanas de Nicaragua. El trabajo fue publicado por Xochiquetzal y acogido con entusiasmo en la comunidad gay de Managua. Bolt González compartió un panel con algunas personas entrevistadas en el libro, incluyendo a Hazel Fonseca y Dora María Téllez (la muy respetada comandante sandinista quien un año antes se había sumado al MRS), quien elogió el estudio. Al igual que en celebraciones previas del Orgullo Gay, había un público complacido y numeroso, y muchos manifestaron que era necesario apoyar el movimiento. La noche concluyó con un concierto ofrecido por la popular cantante Norma Elena Gadea¹⁹.

Las exigencias de espacio y visibilidad han tenido un impacto en Managua, ya que las lesbianas han llevado a cabo proyectos sociales y políticos que recibían la atención de los medios de comunicación (en especial del hoy desaparecido diario sandinista *Barricada* y su suplemento semanal *Gente*). Sin embargo las mujeres, en especial las lesbianas, todavía pueden pasar desapercibidas en una sociedad machista en la cual incluso los homosexuales no siempre aprecian su creciente presencia pública. Cuando se inauguró un nuevo bar, *Barricada* anunció que éste ofrecería un espacio de acogida para todos aquellos que fueran “diferentes”, lo que parecía indicar una apertura a todas las minorías sexuales. Yo fui una noche con un pequeño grupo de mujeres²⁰. Todos los demás presentes en este lugar de clase media eran hombres, quienes más noche disfrutaron en el bar de un show de travestís bastante animado. A la mañana siguiente, cuando pasé por

el bar, conversé brevemente con un joven serio, estudiante de periodismo, que había actuado vestido de mujer. Le comenté que la noche anterior habían asistido pocas mujeres, a lo que me respondió sorprendido: “Es que es un bar gay”. Aunque puede ser que las lesbianas estén al frente de la política gay, a menudo siguen siendo ignoradas en el ámbito de la cultura popular²¹.

Los esfuerzos de inclusión son evidentes a nivel de organización política: en lugar de la formulación LGBT (lesbianas-gay-bisexuales-transsexuales) empleada comúnmente en Estados Unidos, se utiliza LGBTTT para incluir a los travestís como otra categoría de diferencia o identidad existente en Nicaragua y en otras partes de Latinoamérica²². Se ha prestado poca atención a las diferencias de clase social en la comunidad de los LGBTTT, ya que una clara mayoría de los que encuentran un foro público para expresarse, escenarios culturales y otros privilegios sociales son de la clase media o de la élite. Las lesbianas se han beneficiado de las delegaciones feministas internacionales que vienen a Nicaragua. Como Rita Arauz le explicara a Margaret Randall: “Nosotros siempre les decimos a nuestras hermanas extranjeras: ‘Preguntá por las lesbianas. Preguntá por nosotras por nombre –mi nombre, el nombre de otras. Recuérdales que existimos, que estamos aquí y que no nos vamos a ningún lugar’” (Randall 1994: 277). Así, la orientación sexual se identificó como un tema feminista, haciendo que los líderes sandinistas y otros nicaragüenses estuvieran más atentos a la existencia de las lesbianas en el país, a lo que contribuyó la formación de organizaciones lesbianas tales como Nosotras, el Grupo para la Visibilidad de las Lesbianas, Entre Amigas y el Colectivo de Feministas Lesbianas.

Quizás un signo de la creciente visibilidad de las lesbianas en Nicaragua es la reacción que causa en ocasiones, incluso por quienes se identifican como sandinistas y feministas²³. Durante mi viaje a Managua en junio de 1998, un tema de debate y atención de los medios de comunicación fue la denuncia que hiciera Zoilamérica Narváez, hija de Rosario Murillo e hijastra de Daniel Ortega, del acoso y abuso sexual prolongado al que fue

sometida por parte de su padrastro. Mientras Ortega guardaba silencio y se amparaba en su inmunidad parlamentaria, Murillo hablaba frecuente y públicamente en contra de los alegatos de su hija, e incluso buscó el apoyo del cardenal Obando y Bravo. En medio de invocaciones a la religión y la familia nuclear, inculpaba a quienes apoyaban a Zoilamérica diciendo que los motivaba su “identidad sexual incierta” para tratar de influir en su hija, “al proyectar conocidos patrones de odio por el sexo opuesto y rechazar el matrimonio, la familia tradicional, la maternidad y, en general, los valores y la cultura de las relaciones heterosexuales” (*La Prensa*, 5 de junio de 1998:1)²⁴.

Durante ese tiempo visité a la directora del Programa de Mujeres de CONAPI y le pregunté sobre los vínculos entre su oficina y el movimiento de mujeres, y ella se sintió con la libertad de decirme que el “aspecto” feminista y de lesbianas del movimiento había alienado a numerosas mujeres de CONAPI. Agregó que no creía en el relato de Zoilamérica y que las mujeres que la apoyaban eran lesbianas. No me pudo decir cuál podría haber sido su motivación, pero sentía a todas luces que dicho apoyo desacreditaría a Zoilamérica²⁵. En efecto, las feministas nicaragüenses y los internacionalistas en general apoyaban el derecho de Zoilamérica a hablar y a ser escuchada, y pensaban que era necesario hacer justicia, independientemente del resultado. El sexo y la política tienen gran peso en este caso y hay mucho en juego en los reclamos de una y otra parte que se ventilan en los medios para consumo público²⁶.

Durante sus últimos años en el poder, los sandinistas abrieron un espacio para una discusión más abierta sobre la sexualidad, la vida personal y política. Ahora, *después* de la revolución, su liderazgo se enfrenta a una crisis profunda precisamente en estos temas. Quizás no sea de extrañar que justo cuando los temas sensibles sobre sexualidad y violencia doméstica se habían hecho públicos en Nicaragua, las angustias culturales que todavía prevalecían en la cultura machista salían de nuevo a flote. Sin embargo, hoy en día, los movimientos sociales independientes (tanto feministas como gay) y el

discurso de derechos humanos prestan apoyo a quienes han sido silenciados en el pasado.

En este período de globalización, ha aumentado el flujo transnacional de ideas, información, gente y tecnologías. A pesar de que las noticias sobre el escándalo sexual en Nicaragua recibieron amplia cobertura en *Newsweek* y otros medios de comunicación internacionales, también cabe mencionar otros aspectos positivos como el surgimiento de movimientos sociales, con historias locales y políticas transnacionales, que no prestan apoyo incondicional a ningún partido o persona, e insisten en la justicia social y la democracia. Por primera vez, el llamado a la justicia y la igualdad abarca la esfera pública y privada, la integridad del cuerpo, de la persona y de la sociedad.²⁷ En este sentido, la “política del cuerpo” y la “política de lugar” se unen para formar una nueva cultura política.

- 1 Véase Polakoff y La Ramée 1997 para una evaluación de estas organizaciones sectoriales.
- 2 Véase Collinson 1990; Murguialday 1990; Rodríguez 1990 para una discusión sobre la participación de las mujeres en la revolución sandinista. Las evaluaciones más recientes del desarrollo del movimiento de mujeres y el feminismo en la década de los noventa son de Randall 1992; Chinchilla 1994; *Barricada Internacional* 1995a; Criquillon 1995; Kampwirth 1996a; Montenegro 1997; y las contribuciones de María Teresa Blandón y Sofía Montenegro en Küppers 1994. Las actas de las conferencias de mujeres que menciono también son fuentes excelentes. En Babb 1997a abordo el movimiento de mujeres nicaragüenses con relación al feminismo en Latinoamérica.
- 3 Ewig (1999) ofrece un análisis útil sobre el potencial democrático del movimiento de mujeres con base en las ONG de Nicaragua desde la perspectiva de mediados de la década de los noventa. Su trabajo se dirige a la importante cuestión de si ahora que el movimiento de mujeres ya no se identifica sólo con AMNLAE ni está controlado por el FSLN, la dependencia del apoyo internacional y la competencia por este apoyo podrían limitar las posibilidades de lograr la autosuficiencia y dictar nuevas agendas. Como señala Ewig, la mayoría de las 59 ONG que en la actualidad se identifican con el movimiento de mujeres está encabezada por mujeres profesionales de clase media que hablan el lenguaje del feminismo transnacional, lo que podría no favorecer a las activistas de la clase trabajadora que buscan apoyo para sus programas.
- 4 Asistí a la conferencia nacional de mujeres en enero de 1992, pero no estuve en el país para la conferencia de Montelimar que reunió a las feministas centroamericanas en marzo del mismo año. Por otra parte, sí estuve en la quinta asamblea nacional de AMNLAE que se llevó a cabo en El Crucero, en las afueras de Managua, pocos días después. Participaron cerca de cuatrocientas delegadas, que recibieron la bienvenida por parte de la coordinadora Gladys Báez, quien se refirió a los logros de las cuarenta y ocho “casas de la mujer” de AMNLAE, que ofrecían servicios médicos y legales, capacitación técnica y talleres de concientización. La inauguración plenaria fue interrumpida por consignas sandinistas como “sin la participación de las mujeres no hay revolución” y “ni un paso atrás”. Daniel Ortega hizo su ingreso bajo una lluvia de aplausos del público, en su mayoría de clase trabajadora y los sectores populares. Más tarde se establecieron comisiones y grupos de trabajo para reunirse y discutir una serie de temas.

- 5 Adams (1957) contribuyó a esta noción con su estudio de la cultura centroamericana. Luego de una breve estancia en Nicaragua, encontró que no había mucha diferencia entre las poblaciones “indígenas” y el resto de la sociedad. El hecho de que los habitantes del barrio indígena de Sutiaba en León hablaran español y se vistieran como mestizos, lo motivó a escribir sobre la “desculturización” de los indígenas de la región. Más recientemente, los investigadores han refutado la tesis de la extinción cultural indígena (Whisnant 1995:179-80; Gould 1998: 7; Field 1999: 29-31). Los intelectuales nicaragüenses también han participado de la discusión, en la que Jaime Wheelock sostuvo que la población indígena fue en esencia extinguida en el siglo XIX y Marcos Membreño hizo un llamado a prestar mayor atención a las culturas de la región del Pacífico que todavía son indígenas.
- 6 Podría ser peligroso equiparar “lo indígena” con “recursos”, o bien idealizar a los pueblos indígenas que de hecho son bastante diversos, cultural y políticamente. Esto puede verse en los discursos de algunos activistas internacionales y entre los investigadores. No quisiera cometer el mismo error en mi análisis sobre los indígenas, el medio ambiente y la paz. Obviamente, los pueblos originarios son sujetos sociales y el medio ambiente y la paz son asuntos sociales (aunque los ecologistas y los activistas por la paz los presenten como sujetos sociales). El que yo haya agrupado a los tres se debe al impacto que han tenido en los movimientos sociales independientes.
- 7 Del poema “Pax”, Rubén Darío (1987).
- 8 Además de mis entrevistas con miembros de CONAPI, he consultado las pocas fuentes escritas que describen la organización. Entre éstas se encuentran Santamaría 1990 y Pérez Alemán *et al.* 1991. El autor principal de esta última, Paola Pérez Alemán, fue comisionada por CONAPI para realizar una investigación sobre la situación de las mujeres en la pequeña y micro industria de Nicaragua. Estoy en deuda con ella por presentarme a CONAPI y a dos de las cooperativas que fueron fundamentales para mi investigación. Desde 1992, CONAPI distribuye una revista bimestral, *El Pequeño Industrial*, entre sus afiliados.
- 9 Cuando entrevisté a Rondón en 1993, ya no pertenecía a CONAPI. Al momento de su nombramiento no trabajaba en la pequeña industria, pero en 1993 abrió un negocio de venta de cuero a los artesanos que hacían zapatos, carteras, fajas, etc. En general, me describió a CONAPI como una organización que había perdido terreno y “espacio” desde la época cuando se fundó durante el gobierno sandinista. También me comentó que el ministro de Economía Silvio De Franco había fundado el PAMIC y dijo que ahora “todo es microempresa” (Ana Lorena Rondón, entrevista, 8 de julio de 1993).
- 10 Este estudio es excepcional porque hace un llamado a que los programas para mujeres se adecuen a sus responsabilidades domésticas. Pérez Alemán instó a que las mujeres que eran miembros de CONAPI participaran en el proceso de planificación y que los programas se llevaran a cabo en lugares convenientes, cercanos a los hogares de las mujeres, tomando en cuenta la necesidad de transporte y cuidado de sus hijos. Es más, recomendó prestar atención a los temas de género en toda la programación de CONAPI y no sólo en los cursos y las reuniones dirigidas específicamente a las mujeres.
- 11 Utilizo los términos “lesbiana” y “gay” para indicar la organización política de mujeres y hombres conscientes de su identidad y que se identifican así en Nicaragua. Con mayor frecuencia se utilizan las palabras *lesbiana* y *homosexual*, pero ocasionalmente también se utiliza *gay*. Tal como indico en este capítulo, algunos nicaragüenses son tan incluyentes que emplean la terminología LGBTTT (lesbiana-gay-bisexual-transsexual-travesti), pero quienes han tenido un cargo público en el movimiento por lo general se identifican como lesbianas o gays.
- 12 Véase también el trabajo de Howe (1999), quien presta especial atención a cómo figuran el género y la sexualidad en las cuestiones de nacionalidad y cómo lo global se articula con lo local en la formación de movimientos sociales a principios del siglo XXI. Le estoy muy agradecida a Cymene Howe por sus útiles comentarios con respecto a mi análisis sobre la organización de gays y lesbianas.
- 13 Hace algunos años, yo habría dudado si contar o no este incidente, pero ahora ya ha sido discutido y publicado por algunos nicaragüenses en un debate más abierto sobre el período sandinista. En las entrevistas publicadas por Randall y que cito aquí, nadie menciona que aquí haya una fuerte represión al movimiento gay como ocurre en algunos otros países. Tampoco comparan el trato a

- las lesbianas y los homosexuales con la más conocida violación de los derechos humanos de los indígenas en la costa del Caribe durante los primeros años del gobierno sandinista.
- 14 Los recuerdos de los detalles de la organización política entre lesbianas y homosexuales varían un poco pero en esencia dicen lo mismo.
 - 15 *Sex and the Sandinistas* es un video dirigido por Lucinda Broadbent (Inglaterra, 1991). Es interesante que el video haya tenido amplia difusión internacional, pero no se exhibió en Managua porque algunos gays nicaragüenses que aparecían en el video expresaron su deseo de no ser “expuestos” en un medio público (*El País* 1992: 9).
 - 16 Esto lo hizo notar la filósofa feminista Ann Ferguson (1992) poco después de las elecciones de 1990.
 - 17 En el ámbito internacional la oposición también era también fuerte. Una carta de la Comisión Internacional de los Derechos Humanos de los Gay y las Lesbianas (con sede en San Francisco) protestó en contra del Artículo 204 que apareció en *Barricada* el 21 de junio de 1992. Amnistía Internacional también protestó.
 - 18 Puede haber muchas razones que expliquen la mayor participación de las mujeres en Nicaragua, incluyendo el activismo más prolongado de las feministas, entre ellas lesbianas (muchas de las cuales participaron en el Comité Feminista Nacional), y una mayor participación de homosexuales en el tema del SIDA. Una asociación de homosexuales muy conocida era SHomos, la que junto con el grupo de lesbianas Nosotras estaban aglutinados en Xochiquetzal.
 - 19 Noté que los periódicos del día siguiente no publicaron nada acerca del evento. Pero *Barricada* sí publicó en primera plana el titular “¡Las mujeres en el ring!” acerca de las mujeres boxeadoras en Managua.
 - 20 Durante el gobierno de Somoza había más bares gay, pero casi todos cerraron durante el gobierno sandinista. Los espacios públicos para homosexuales eran escasos y muchos utilizaban el área cercana al Lago de Managua y la vieja catedral, hasta que empezó su remodelación. Para las lesbianas, el espacio público era virtualmente inexistente. Bares nuevos principalmente para hombres, empezaron a abrir en 1991, en particular con el retorno de los “Miami boys”. Aún así, obtener una licencia para operar era difícil algunas veces, como en el caso de un bar al que se le negó el permiso para abrir en 1991 en Las Palmas, un barrio de clase media cerca de la casa de la Presidenta Chamorro (*Times of the Americas*, 11 de diciembre 1991: 10-11).
 - 21 Aquí la terminología puede ser confusa, ya que un bar “gay” en Nicaragua atraerá principalmente a hombres. Lo interesante en este caso fue que el anuncio en el periódico sobre el nuevo bar parecía inclusivo, pero atrajo casi sólo a hombres. Hablando con este joven, tuve la impresión de que las lesbianas no estaban en su “radar”.
 - 22 El travestismo también se puede observar en la cultura nicaragüense entre hombres que por lo general no son identificados como “gay” o “cochones”. Véase Lancaster 1997 para una discusión sobre la actuación espontánea de un hombre joven en un barrio de Managua. Véase también Codina 1992 para una visión de la participación histórica y cultural de los “travestis” en Nicaragua y en otras partes de Centroamérica, por ejemplo entre vendedores del mercado y en las fiestas tradicionales.
 - 23 Un caso de acoso en contra de una lesbiana ocurrió en 1995 cuando se rumoró públicamente en Radio Ya, de orientación sandinista, que la primera mujer considerada seriamente para ocupar un puesto en la Dirección Nacional (DN) del partido estaba teniendo un *affaire* con la hija del ex vicepresidente de Nicaragua y ahora líder del MRS.
 - 24 El 10 de junio de 1998, Murillo publicó en un campo pagado de media página en *La Prensa* su carta al representante de la Comisión Nacional de Derechos Humanos, en la cual hacía precisamente la misma afirmación. Al día siguiente, este periódico informó que ella había buscado la bendición del Cardenal Obando y Bravo y afirmó su “retorno a Dios”. Una foto la mostraba rezando con él.
 - 25 Esta misma mujer, la directora del Programa de Mujeres de CONAPI, reveló un gran interés en la cultura gay y me dijo que había sido “perseguida” por lesbianas. Había visitado un bar gay una vez y también había informado sobre el desfile de la Miss Gay, que se llevó a cabo la misma semana en que se eligió a Miss Nicaragua, y admiraba el elegante vestido de la reina travesti.
 - 26 Laura Kipnis (1999) ofrece una interpretación particularmente escéptica de este escándalo sexual en Nicaragua. Establece algunos paralelos interesantes con el escándalo Clinton-Lewinsky que

se estaba ventilando al mismo tiempo en Estados Unidos, pero señala que la decisión de Narváez de hacer pública su denuncia fue motivada en gran medida por la política cultural del feminismo occidental y las “narrativas de abuso” dirigidas a un público internacional. El análisis es provocativo, pero subestima las continuas luchas (locales) de las mujeres nicaragüenses en torno a la violencia doméstica, y las circunstancias del caso.

- 27 Por supuesto que podemos ubicar los comienzos de esta preocupación en el período sandinista, cuando la atención y legislación política estaban centradas en lo que Kampwirth (1998) describió como política personal y dinámica del poder en la familia. Ella identifica las nuevas preocupaciones sobre reproducción, control de la natalidad, aborto, prostitución, legitimidad y los derechos de las minorías sexuales. Aunque me dijo personalmente que no interpretaría estas preocupaciones en términos de una “política del cuerpo”, como lo hago yo, destaca que todos estos temas abarcan el derecho a la identidad personal y el cuerpo. En la década postsandinista, los movimientos sociales abordaron estos asuntos con más amplitud, aunque a menudo se encontraron con la resistencia gubernamental.

Capítulo 9

Conclusión

Recordando Nicaragua

El final del siglo XX y del milenio nos ha estimulado a mirar para atrás y hacia adelante a fin de hacer un balance de los cambios globales que han ocurrido durante nuestras vidas e imaginar el futuro que podría estar ya en gestación. En retrospectivas recientes, a diez años del dismantelamiento de la Unión Soviética y la caída del Muro de Berlín, se ha hecho un análisis de las esperanzas que se hicieron realidad y las decepciones que han perdurado en el período postsocialista. No obstante, se ha reflexionado mucho menos sobre los cambios que han ocurrido en las últimas décadas en Latinoamérica, donde la desaparición de gobiernos socialistas en algunas naciones y la persistente represión en otras, han sido por demás desalentadoras para muchas personas de izquierda. Cuba sigue siendo un lugar polémico y blanco de críticas de Estados Unidos, pero debido a que el Período Especial de los años noventa llevó al gobierno cubano a buscar el desarrollo económico a través del turismo y a asociarse con otros países, la isla ha experimentado una especie de renacimiento cultural¹. La Guerra Sucia de

los años setenta en Argentina sigue presente en la marcha silenciosa de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo para recordarle al mundo que todavía siguen esperando justicia y exigen saber dónde están sus familiares desaparecidos². En la región centroamericana, los analistas se han preguntado qué se recuerda o se olvida en aquéllas repúblicas que han experimentado la fuerza brutal de las guerras y la represión en las últimas décadas³. La política de la memoria permite que algunos rehabiliten la historia y justifiquen el pasado, mientras otros se oponen a estas reinterpretaciones escépticas, aún cuestionan su sufrimiento actual y evocan otro pasado de esperanzas revolucionarias postergadas. El desafío que estas sociedades y naciones tienen ante sí es persistir en la justicia y la reconciliación con el afán de lograr una paz duradera.

¿Cómo se recuerda a Nicaragua más de veinte años después del triunfo de la revolución y a diez años de que los sandinistas entregaran el poder a una coalición de partidos de oposición? ¿Cómo reflexionan los mismos nicaragüenses sobre su pasado colectivo, y cómo imagina este pasado el resto del mundo? Se ha venido instalando una amnesia global mientras que la atención internacional se vuelca a nuevos lugares de conflicto. Esta situación ha influido incluso en cómo se ven los propios nicaragüenses y qué recuerdan su historia. Sólo una situación catastrófica o grandes disturbios políticos en el país podrían atraer la atención de los medios de comunicación, tal como se vio hace poco con el paso del huracán Mitch. Sin embargo, si algo queda claro es que hay debate en torno al pasado y en torno al presente, y Nicaragua – como un lugar particular en un momento histórico determinado – es utilizada de múltiples maneras para respaldar reclamos que son al mismo tiempo políticos y culturales⁴. No es de extrañar que éstos difieran drásticamente, dependiendo de las diferencias de género y clase, posición económica (si son o no de élite) y si se plantean a nivel local, nacional o internacional.

A fin de juntar los distintos hilos del análisis etnográfico presentado en este libro, quisiera concluir con el planteamiento de que Nicaragua es como una especie de palimpsesto que muestra rastros del pasado, estrato por estrato, desde la época prerrevolucionaria hasta el período sandinista y los años neoliberales. A continuación, me refiero a varias interpretaciones de estas huellas del pasado y a los estratos actuales de la memoria, tal como las que he descubierto en Nicaragua y más allá de sus fronteras. Del mismo modo en que la figura de Sandino se yergue en silencioso reproche en la Loma de Tiscapa y domina desde lo alto la nueva y costosa catedral y el centro de la ciudad, muchos otros aspectos del presente chocan con el pasado revolucionario, que con frecuencia se encuentra a flor de tierra. Al mismo tiempo, como revela esta investigación, encontramos indicios más recientes de la cultura y la política de oposición en el presente neoliberal. Éstos llevan a pensar que existen esperanzas y posibilidades de un futuro más democrático.

En este último capítulo argumento que el evidente triunfo del neoliberalismo en el continente ha tenido importantes implicaciones para Nicaragua y quienes se identifican con el país y lo han adoptado como suyo. Luego me ocupo de las conclusiones de mi investigación a la luz de las consecuencias particulares que ha tenido la reciente transición económica y política para las mujeres de bajos ingresos y otros sectores subalternos de la sociedad. Sigue una evaluación de las historias que respaldan una u otra posición, enaltecen el pasado revolucionario o justifican el presente neoliberal, al igual que las prácticas culturales y políticas que corresponden a estas narrativas. Vuelvo luego a resaltar un punto que abordé al inicio de este estudio, y es que la historia y la política de ubicación son clave en los recuerdos y olvidos de Nicaragua, y en la manera como la experiencia de esta nación es evocada por sus ciudadanos y otras personas en el mundo. *Después de la Revolución* concluye con una posdata que escribí después de mi última visita a Nicaragua en junio del año 2000.

El triunfo del neoliberalismo

Como hemos visto, a fines de siglo el neoliberalismo se presenta victorioso en Nicaragua y en gran parte del mundo. Al escribir sobre la revolución nicaragüense y otras iniciativas progresistas en Centroamérica, la crítica literaria y cultural Ileana Rodríguez afirma lo siguiente:

Tenemos que reconocer que la constitución del Estado revolucionario excedió los límites. Los revolucionarios emprendieron su construcción cuando la formación del paradigma global que definía la naturaleza del capital productivo estaba, aparentemente, ya en marcha. Las fuerzas de la entropía que tensaban el tejido social precipitaron el colapso del Estado. Más aún, durante su breve ciclo de vida, los Estados revolucionarios discutieron la necesidad de formar parte de estructuras comerciales mayores, ya fueran capitalistas o socialistas (1996: xviii).

Ahora que ya sabemos el resultado, podemos estar de acuerdo en que un proyecto orientado al socialismo en la Nicaragua de los años ochenta tenía probabilidades de éxito casi nulas, sobre todo porque la política de Reagan dominaba la región y el socialismo se desmoronaba en todas partes del mundo. En la década siguiente, algunos sectores de izquierda parecían haber aunado esfuerzos con la derecha en un intento por quedarse con parte de los réditos del capitalismo, aunque la movilización por la justicia social y económica sigue encontrando modos de expresión a través de la sociedad civil.

Al período sandinista le siguió la rápida introducción de drásticas medidas diseñadas para ajustar y estabilizar la economía, al mismo tiempo que se reducía y despojaba al Estado de muchas de sus responsabilidades. La reacción popular fue de alarma ante los efectos de este proceso, al eliminar la red de protección a los sectores sociales vulnerables. La respuesta del FSLN ha sido débil pues no ha pasado de solicitar que la aplicación de estas medidas sea más gradual. Las organizaciones

sectoriales y gremiales, incluyendo CONAPI, discrepan en cuanto al retroceso de los logros de la revolución, pero se han visto obligados a negociar en los términos dictados por el Gobierno para retardar la apertura del mercado a la competencia extranjera. Los miembros de las cooperativas sobrevivientes y los trabajadores del sector informal describen intuitivamente cómo se reflejan las nuevas políticas y condiciones en sus cuerpos y mentes, pero sus palabras se ven eclipsadas con frecuencia por los discursos de desarrollo dominantes.

Los cambios que trajo el neoliberalismo a Nicaragua llaman mucho la atención, al transformar Managua en una ciudad que emula el “progreso” de otros centros urbanos, aun cuando el resultado sea apenas un pálido reflejo de otras ciudades del mundo mejor dotadas. La destrucción de la mayoría de los murales revolucionarios y la desaparición de otros símbolos de la década sandinista, al mismo tiempo que se erigían nuevos monumentos y cambiaban los nombres de calles, plazas y barrios constituían un intento por borrar el recuerdo de la década revolucionaria. En una especie de saludo a la ciudad moderna que se va construyendo, ahora hay grandiosas rotondas para facilitar el tráfico vehicular. Sus fuentes iluminadas con luces de colores, acompañadas de música, utilizan la poca agua que hay en Managua. Los restaurantes y centros comerciales le dan a Managua la apariencia de un lugar moderno en el paisaje social, que ofrece lugares seguros a las élites urbanas cuando se aventuran a salir de sus casas fuertemente resguardadas. Todos estos cambios en la capital nicaragüense evidencian los esfuerzos por construir una nueva identidad nacional centrada en el consumo, pero sólo para quienes pueden permitirse ese lujo en este contexto de economía de mercado.

El desplazamiento de los subalternos

A medida que va cambiando el espacio físico de Managua, éste se vuelve más atractivo para la élite acaudalada pero más hostil para la mayoría que no se beneficia de la modernidad neoliberal. Los proyectos de ornato del gobierno

de Alemán llaman “progreso” y “desarrollo” a la construcción de un nuevo palacio presidencial, nuevos centros comerciales y otros monumentos a la modernidad. La realización de estos proyectos supuso el desalojo de cien familias pobres para construir el parqueo del nuevo palacio de gobierno, y otras doscientas familias fueron forzadas a dejar sus casas para erigir un monumental obelisco en la plaza que ahora lleva el nombre del Papa Juan Pablo II. Como dijo uno de los residentes afectados: “En Nicaragua, la pobreza no se está aliviando, sólo reubicando”. Otro me decía que “El gobierno quiere ‘embellecer’ Managua para que parezca ‘más desarrollada’. Nuestra pobreza los ofende. Sus obras no hacen nada por nosotros los pobres. Sólo somos un obstáculo. Entonces nos reubican” (*Nicaragua Alert!* noviembre de 1999: 5).

Así se objeta el derecho al espacio urbano de la gente de bajos ingresos, se reducen sus oportunidades de empleo, y su capacidad para participar como consumidores en la economía urbana es cada vez más menor. Como ya hemos visto, la reducción del sector estatal significó la pérdida de muchos empleos para una cantidad desproporcionada de sandinistas y mujeres cuya mayoría ingresó al sector informal para tratar de sobrevivir en estas circunstancias adversas. Los vendedores ambulantes no creen que sea posible seguir trabajando en las grandes intersecciones convertidas en rotondas, y los que tienen ventas en sus casas encuentran mucha competencia de parte de sus vecinos, ya que éstos emplean la misma estrategia que ellos para lidiar con la pobreza y el desempleo.

En Managua, el índice de delincuencia y la actividad de las pandillas no dejan de aumentar. Es evidente que ambos fenómenos están relacionados con la crisis económica y la alienación social, y que han convertido la ciudad en un lugar aún menos hospitalario, en especial para las mujeres y las niñas. Éstas (y algunas veces, los hombres jóvenes) se ganan la vida de formas muy inseguras, como la prostitución, por ejemplo, y asumen grandes riesgos personales. El empleo marginal y el desempleo contribuyen al surgimiento de problemas de salud mental y física, como revelan las entrevistas en el barrio

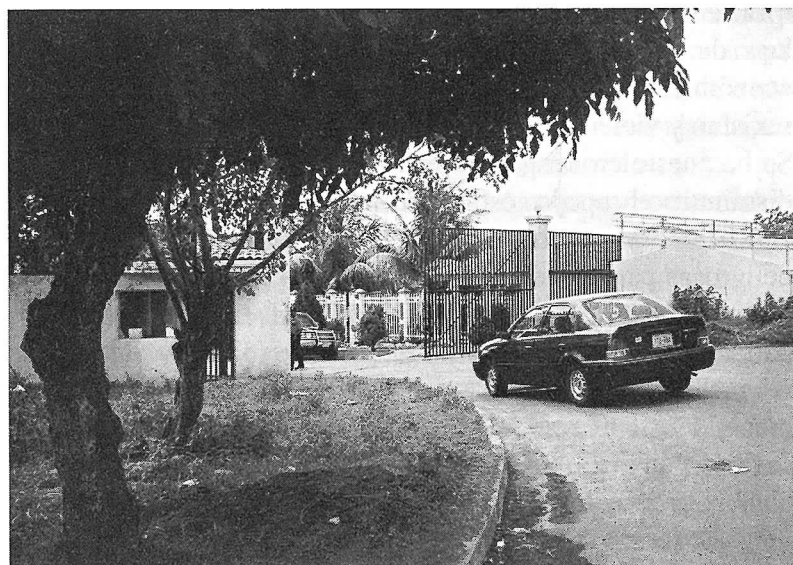


Una de las nuevas rotondas de Managua, con fuentes de agua y coloridas luces nocturnas, ubicada en Metrocentro.

Monseñor Lezcano cuyos residentes no podían permitirse el lujo de tener seguro de salud privado. La incertidumbre económica también coadyuva a los problemas ya existentes de sexismo y violencia doméstica, según diversas investigaciones. Se ha puesto en riesgo el bienestar de las niñas y los niños al disminuir el apoyo estatal a la atención preescolar y la educación, y muchos tienen que trabajar en condiciones peligrosas para ayudar a mantener a sus familias. Desde muy temprana edad, los niños se mantienen en las calles y los parqueos para pedir una propina por cuidar carros, algo que se ve incluso en los modernos centros comerciales, donde a menudo los clientes temen rehusar el servicio ofrecido porque se arriesgan a que sus lujosos automóviles sufran algún tipo de daño. Estos cambios en la época neoliberal nos llevan a preguntarnos con Saskia Sassen ¿de quién es la ciudad?



En Managua mucha gente vive en condiciones de extrema pobreza.



En la ciudad, la élite reside a menudo en comunidades enrejadas.

Narrativas de nación

En este período postsandinista de política económica de transición, los términos de inclusión nacional e identidad se negocian a diario. La pretensión de eliminar cualquier vestigio de la revolución ha estado acompañada de nuevos monumentos nacionales y religiosos destinados a evocar, por un lado, la nostalgia de una historia cultural más lejana en el tiempo, en consecuencia, compartida, y por el otro, el anhelo de una modernidad ya en marcha. Los libros escolares financiados por USAID ofrecen una versión esterilizada de la historia y la sociedad nicaragüenses, al mismo tiempo que reintroduce valores conservadores de clase media respecto de las relaciones de género y la familia. Como ya mencionamos, los funcionarios de más alto nivel, que son quienes formulan la política económica, aplauden el regreso al hogar de las mujeres que perdieron su trabajo en el Estado, algo que indica que su bienestar económico se sacrificaría al proyecto de construcción de la nación neoliberal. La imagen que Violeta Chamorro logró proyectar como presidenta, era ante todo la de “madre” del país, y lo hizo con cierto éxito pues despertaba un sentimiento nacional de sanación y reconciliación.

El giro ideológico neoliberal ha privilegiado a quienes pueden competir en el nuevo contexto de economía de mercado, mientras que aquellos que no tienen los recursos para prosperar en las microempresas o las grandes industrias son víctimas de este proyecto nacional dedicado a desarrollar y comercializar productos de mejor calidad. Si bien es cierto que durante el gobierno sandinista, el subsidio a la producción no resultó en bienes de mejor calidad o en un desarrollo sostenible, también lo es que hoy en día se ha vuelto muy fácil utilizar a las cooperativas y su baja producción como chivo expiatorio del fracaso de las pequeñas industrias del país bajo el régimen neoliberal. Los trabajadores, que una vez fueron considerados “heroicos”, ahora son vistos como “dependientes” del apoyo de las ONG, al igual que antes dependían del Estado para

su supervivencia. En este momento, las microempresas son la *cause célèbre* neoliberal, pero estas pequeñas industrias renovadas parecen destinadas al fracaso, como las cooperativas en años recientes, debido a iniciativas de política económica que las dejan en desventaja.

La mayoría de nicaragüenses concuerda en que la nación está “enferma”, pero hay menos consenso respecto a cómo “curarla”. A menudo se invoca la terapia de *shock* del programa de ajuste estructural como el único remedio disponible, y el debate público gira en torno a la mejor manera de aplicarlo. Sin embargo, como hemos visto, los que necesitan más apoyo económico y social (los pobres, las mujeres y los niños) ofrecen narraciones alternativas de los efectos físicos que tienen en su cuerpo las diversas formas de ganarse la vida, una alimentación insuficiente, viviendas inadecuadas y otras necesidades básicas no atendidas. Sus relatos de dolor personal y sufrimiento colectivo deberían por lo menos servir como una campanada de alerta para el gobierno y los partidos políticos. Las desgracias cotidianas de quienes viven en los barrios pobres y de clase trabajadora, expresadas en relatos de oposición al *statu quo*, podrían ser tema de una discusión productiva de lo que fundamentalmente está en juego en este escenario de desarrollo neoliberal.

No obstante, las dos figuras políticas más poderosas del país, los anteriores rivales Arnoldo Alemán y Daniel Ortega, han hecho un pacto para proteger sus intereses personales y políticos, postergando así el debate abierto y la reconciliación nacional. Los cargos por corrupción y abuso sexual, respectivamente, de los que ambos buscan protegerse han traído deshonor para ambos como personas, pero hasta el momento no han logrado reducir el poder que ejercen en el gobierno del Partido Liberal y en el FSLN. Aún así, la imagen manchada de la nación y la gravedad de los problemas que enfrenta la mayor parte de la ciudadanía han inducido a la sociedad civil a organizarse y protestar contra las condiciones actuales.

Sociedad civil y cultura de oposición

Mi investigación ha demostrado que en Nicaragua se viene gestando una nueva cultura política, en la que los movimientos sociales autónomos y las organizaciones no gubernamentales retoman las tareas que quedaron inconclusas al final del período sandinista. La así llamada “piñata” del FSLN, o sea, la repartición de los bienes del Estado antes de entregar el control del gobierno a las nuevas autoridades y la pérdida de confianza en la voluntad de los dirigentes del partido de avanzar hacia políticas internas transparentes y democráticas, condujo a la división del partido unos años después. Muchos sandinistas volcaron su activismo en un creciente número de ONG y movimientos de base no partidarios que prometían ser menos verticalistas y más inclusivos, y retomar temas que antes eran considerados riesgosos o sin importancia. He venido dando seguimiento a la política nicaragüense durante el tiempo suficiente como para abstenerme de hacer juicios sobre el rumbo que lleva el país, ya que abundan las sorpresas. No obstante, creo que es correcto decir que se han producido cambios importantes en la manera de organizarse políticamente.

Algunos de estos cambios ya eran evidentes a fines de los años ochenta, cuando los sandinistas cedieron más control a las organizaciones sectoriales. Después de la derrota electoral, se otorgó mayor autonomía, en especial a las organizaciones de barrio y AMNLAE. Sin embargo, a medida que avanzaba la década, un fenómeno de particular importancia fue el surgimiento de grupos de mujeres y feministas, indígenas y ambientalistas independientes del FSLN u otros partidos políticos. Es más, después de los recortes en el Estado y el papel secundario asumido por los partidos políticos en lo que atañe a cambios innovadores, las ONG se han beneficiado a menudo de la participación de los sectores progresistas de la población. Es indudable que hay cierta preocupación por la nueva forma de dependencia que podría resultar del financiamiento de las organizaciones internacionales de desarrollo. Mientras tanto, las ONG cumplen una función importante como lugar de

investigación y acción social en beneficio de los que han sido afectados por la agenda neoliberal.

La respuesta inmediata de muchos grupos de la sociedad civil nicaragüense a la crisis que generó el huracán Mitch fue positiva y llevó a la formación de una coalición con el propósito de ofrecer ayuda de emergencia y planificar un desarrollo más sostenible. Algunos observadores dentro y fuera del país recordaban la época después del terremoto de 1972, que destruyó gran parte de Managua, cuando se fortaleció el activismo político. Estos dos desastres naturales expusieron la insensibilidad con que los gobiernos de turno respondieron a las condiciones de emergencia y su falta de capacidad para llevar a cabo la reconstrucción del país con la seriedad que demandaba la situación. Es demasiado pronto para determinar si la reciente movilización social se convertirá en un proyecto nacional más coherente o si se fragmentará por diferencias políticas. Sin embargo, el rasgo más pujante de la cultura política actual es la diversidad de formas de expresión en la sociedad civil, con grupos tan distintos como CONAPI y los activistas gay y feministas solicitando una apertura para que todos los miembros de la sociedad gocen de sus derechos democráticos.



Mujeres en una manifestación con una pancarta que recomienda oponer a “la torpeza machista, la inteligencia feminista”.

Bosquejo de Nicaragua

Hace dos décadas, Nicaragua era un lugar de esperanzas y sueños para muchos de sus residentes, y destino de los “turistas de la revolución”, como decía en tono burlón el poeta Lawrence Ferlinghetti. ¿Qué es lo que representa actualmente esta nación para la ciudadanía de Nicaragua y del mundo? ¿Cómo conciben Nicaragua las personas que viven en su territorio y aquéllas que se encuentran fuera de sus fronteras? Aquí quiero reiterar lo que indiqué en la introducción: que lugar y tiempo – o su ausencia – son factores críticos en la memoria y el discurso sobre Nicaragua en el mundo. Es decir, quiero señalar la manera como se recuerda y olvida, se imagina y se vuelve a imaginar el país tanto en su pasado revolucionario como en su presente neoliberal en este periodo postsocialista de globalización capitalista. Además, deseo insistir en la importancia que tienen las diferencias de género, clase social y de otra índole en este trabajo sobre la memoria y el proceso de cambio que está en marcha⁵.

Bajo el barniz de la creciente modernidad que se aprecia en Managua y en otros lugares de la Nicaragua postsandinista, hay un pueblo desanimado que expresa gran decepción ante un cambio de economía política que no se tradujo en mejoras para sus familias y comunidades. Un año después del devastador huracán Mitch, las torrenciales lluvias causaron serios daños en zonas vulnerables e hicieron evidente la precaria situación en que vivían sus residentes. Mientras tanto, algunas instituciones influyentes como el FMI, el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC) parecen haberse olvidado ya de las drásticas recaídas que los desastres anteriores supusieron para la región, al prever un crecimiento continuo dentro del modelo de desarrollo neoliberal. Estas evaluaciones enmascaran las penurias económicas, físicas y emocionales que muchas mujeres, hombres y niños experimentan en el contexto actual de una Nicaragua que se moderniza.

La mayoría de las veces, los prestamistas internacionales y responsables de formular políticas sólo han contribuido a

perpetuar los problemas en Nicaragua, y muchos analistas y activistas internacionales han trasladado su interés a otros lugares, algunas personas y organizaciones han seguido brindando la vital asistencia que se necesita a través de la reconstrucción material y el apoyo moral. Quienes se quedaron o regresaron han tomado conciencia de las formas en que la pobreza, el estrés y los recuerdos dolorosos se han grabado en las mentes y los cuerpos de muchos nicaragüenses. Asimismo, es evidente la manera particular como las mujeres se han visto afectadas, ya que no sólo mantienen a sus familias en condiciones muy difíciles sino que además tienen que lidiar con el aumento del abuso doméstico y sexual. Estos temas se han vuelto parte del discurso diario, pues el país ha venido enfrentando este tipo de problemas desde el barrio hasta el ámbito nacional, como el caso de los cargos contra el ex presidente y celebrado líder del FSLN, Daniel Ortega. En respuesta a la discusión pública en torno a la violencia familiar, el sufrimiento ocasionado por el paso del huracán Mitch, el movimiento de mujeres en Nicaragua y de organizaciones feministas y progresistas de Estados Unidos y otros lugares han brindado ayuda para la sanación emocional⁶. Algunos investigadores extranjeros comprometidos con Nicaragua a largo plazo se han resistido a la amnesia cultural imperante en el período postrevolucionario⁷.

Los recuerdos de los nicaragüenses abarcan la crisis posterior al terremoto de 1972, el paso del huracán Joan en 1988 y el huracán Mitch en 1998, al igual que la represión ejercida por la dictadura de Somoza, la guerra civil y ahora los devastadores efectos económicos del neoliberalismo, traumas experimentados a lo largo de sus vidas. Además, las mujeres cargan con recuerdos de las desigualdades de género y maltrato familiar. Sin embargo, muchos recuerdan el período sandinista como una época de participación y esperanza en un proceso de transformación social y política, que a la larga fracasó por razones todavía en discusión. Ileana Rodríguez, que vive actualmente en Estados Unidos, ofrece esta evocación lírica y melancólica de su país en

momentos en que se situaba como escritora “después de la derrota electoral de los sandinistas, lejos de los conflictos de la transición revolucionaria que ocurría en esa remota zona geográfica”:

Las plazas públicas encendidas con el clamor de las masas pasaron a ser sólo un recuerdo. Las voces indígenas que identificaban a los pueblos donde se había llevado a cabo la lucha, ahora impresas en textos, se unieron al proceso de retroceso político y se volvieron poesía y retórica (1994: xiii).

Hoy en día los nicaragüenses están enfrascados en polémicas negociaciones políticas y culturales sobre su historia. Aquéllos que desean apoyar el *statu quo* neoliberal se han apropiado de íconos nacionales como Rubén Darío y Augusto César Sandino mediante un proceso de universalización que en efecto neutraliza las posturas radicales en pro de la justicia social de estas figuras culturales (Whisnant 1995: 444). Asimismo, los logros de las mujeres durante el gobierno sandinista se reinterpretan como destructivos para la familia, con el fin de poder restablecer los valores cristianos tradicionales que se oponen a sus derechos reproductivos, al trabajo femenino e incluso a la educación sexual de las mujeres. Así como yo encontré que en los años noventa Managua atravesaba por un período de transformación, David E. Whisnant (Ibíd.: 448) ha escrito sobre cómo los “Miami Boys” han “transformado las noches de Managua: bares encendidos con luces de neón y clubes exclusivos, ropa de diseñadores, la primera tienda de productos de *surf* del país, el revelado de fotos en una hora, carros de lujo, un constante acicalamiento, poses y coqueteos determinados por los antiguos papeles y normas de género”, y concluye como sigue:

Parecía como si la revolución nunca se hubiera dado, como si el terremoto de 1972 nunca hubiera ocurrido y como si la Avenida Roosevelt hubiera resurgido entre los escombros;

como si se volviera a exhibir la ostentosa película de la rica época del algodón en la década de los sesenta, como si el fantasma del viejo Somoza García volviera a caminar, encantando a los estadounidenses con su inglés coloquial, y como si los Miami Boys no estuvieran (como imaginaban) bailando desenfrenadamente al ritmo de Madonna bajo las luces de neón, sino al de “Managua, Nicaragua” de Kay Kyser y su Orquesta. (448)

Al comentar sobre la práctica nicaragüense de utilizar como puntos de referencia lugares que quizá ya no existan, Whisnant identifica los estratos de la memoria que se remontan desde William Walker hasta los Marines de los Estados Unidos y la dinastía Somoza, desde Ronald Reagan y los contras hasta los Miami Boys, y destaca la magnitud de la intervención de Estados Unidos en los últimos dos siglos de la historia de Nicaragua. Con algo de ironía plantea que “lo que importa es el paisaje de la mente – las cosas no como son, sino como han sido” (448-49).

Si en medio de una reestructuración política global que está centrada en otra parte, el mundo ha olvidado en gran medida a este país centroamericano, o simplemente lo ha consignado a la extensa categoría de naciones pobres, necesitadas y subdesarrolladas, entonces todos perdemos. La nueva sociedad que la revolución sandinista empezó a construir, con todo y sus defectos, y los esfuerzos actuales de la sociedad civil por construir algo sobre bases democráticas, aun en condiciones nacionales adversas, debe seguir inspirando nuestra admiración e imaginación como ciudadanos del mundo a las puertas del siglo XXI.

Postdata 2000

Día 5 de junio. Llego al Aeropuerto Internacional de Managua (antes llamado Aeropuerto Augusto César Sandino). Esta vez no bajamos del avión directamente al asfalto caliente, como en mis anteriores viajes a Nicaragua,

sino que más bien atravesamos un fresco pasillo entre el avión y la terminal del aeropuerto recién remodelado y modernizado. Allí somos recibidos por vistosos letreros que anuncian cerveza Victoria y ron Flor de Caña, dos de los más conocidos productos comerciales de Nicaragua, y luego por taxis listos para llevarnos a nuestros destinos. Esta bienvenida a la Nicaragua del nuevo milenio es indicativa de lo que todavía está por venir en su ciudad capital. Después de dos años de ausencia, espero encontrar evidencia del impacto del paso del huracán Mitch por todo el país; sin embargo, los efectos están concentrados en el área del desastre y son menos visibles en Managua que lo esperado⁸. En cambio, encuentro que la transformación es de un tipo muy diferente al que había imaginado. Aunque un par de años antes ya había podido ver la transformación neoliberal de la ciudad, me deja pasmada el desarrollo del centro urbano, porque parece como si por arte de magia hubieran brotado nuevas pistas, hoteles y centros comerciales. Al manejar por una calle conocida, me impresiona encontrar una nueva rotonda con la imponente figura de un Cristo en el centro. Durante mi permanencia de tres semanas en el país, observo cómo la inmensa Plaza de la Fe, con su imponente y fálico obelisco, está ya casi terminada; me sorprende descubrir, poco antes de dejar el país, que se erige con toda rapidez una nueva colonia de clase media en el área donde hasta hace poco vivían familias pobres. Incluso los que viven en Managua desde hace mucho tiempo me comentaran que los cambios parecen haber ocurrido de la noche a la mañana.

Dos años antes, la inauguración de un restaurante McDonald's en Plaza España, atrajo gran atención y actualmente cautiva a las familias nicaragüenses de clase media que llegan en sus automóviles de lujo, sobre todo los domingos por la tarde, y ordenan sándwiches McPollo y Big Macs a precios comparables con los de Estados Unidos. Llama aún más la atención la existencia de dos centros comerciales que compiten en el centro de Managua, aunque la deslumbrante Plaza Metrocentro que describí antes cuando estaba en

construcción, tiene una clientela más elegante que compra en Eclipse, una lujosa tienda de ropa, y disfruta de un café expreso en la sucursal de la Casa del Café. La Plaza Inter atrae más bien a gente de clase trabajadora que por lo general no puede comprar allí, aunque aprenden a subir y bajar las escaleras mecánicas y comen en las áreas de restaurantes de estos centros comerciales. En estos dos centros hay salas de cine que cobran unos dos dólares (\$2) la entrada, lo que los hace accesibles a distintas clases sociales, aunque este precio es prohibitivo para muchos. Estos centros comerciales están dirigidos sobre todo a los nicaragüenses acomodados, si bien es cierto que los de ingresos más modestos también los visitan como si fueran centros de recreación, aun cuando no consuman otra cosa que el espacio físico del centro comercial⁹.

Ahora se ven más urbanizaciones en los alrededores de la ciudad, mientras que los asentamientos pobres son menos visibles, al menos en las calles principales. Los pobres como tal son percibidos como un problema cuando se ven niños pidiendo unas cuantas monedas por lavar los vidrios de los carros en cada uno de los semáforos principales y la delincuencia va en aumento en la ciudad. Altos muros y guardias en posición de firme custodian las residencias de la élite en urbanizaciones exclusivas, igual a la atenta vigilancia que se observa dentro y fuera de los nuevos centros comerciales donde hacen sus compras. Más de una vez, los guardias uniformados me apremian cuando me detengo a tomar fotografías de estos nuevos establecimientos, como si les estuviera robando algo precioso. Las nuevas calles, plazas, edificios gubernamentales y centros comerciales son financiados en gran parte por capital extranjero; sin embargo, los letreros de Alemán que se encuentran en todas partes anuncian: “Obras No Palabras”, dando a entender que todo esto se debe a la generosidad de su gobierno.



El nuevo centro comercial Metrocentro.

El turismo ha crecido en el país hasta convertirse en la segunda industria más importante después de la producción de café. Los cruceros hacen escala en San Juan del Sur, en la costa del Pacífico, y el ecoturismo se vuelve cada vez más popular en las montañas del norte. Montelimar, balneario de cinco estrellas, anuncia atractivos como casinos y servicios de transporte de ida y vuelta al aeropuerto de Managua. En la ciudad capital, los hoteles, las agencias de alquiler de carros y los servicios turísticos aumentan vertiginosamente. La prostitución aumenta para servir a los turistas internacionales y la demanda nacional, y por primera vez puedo ver travestís como trabajadores sexuales en las calles del centro de la ciudad, cerca del Hotel Intercontinental.

Es notorio el nivel de corrupción del gobierno nicaragüense, a tal punto que rivaliza con la dictadura de Somoza. Mientras Alemán se vuelve cada vez más rico, Daniel Ortega también se beneficia del pacto entre ambos, ya que el líder sandinista sigue gozando de inmunidad parlamentaria, lo cual lo protege de las acusaciones de abuso sexual de Zoilamérica Narváez. Los

poderosos pueden escapar del escrutinio por sus fallas morales y comportamiento delictivo, pero la ciudadanía común y corriente todavía experimenta un clima político duro y represivo. El artículo 204 del Código Penal que castiga la sodomía, sigue vigente pero por lo general no se aplica, aunque Aura Rosa Pavón, una joven lesbiana de clase trabajadora fue arrestada en fecha reciente y asesinada después de su liberación, algo que muchos creen que se trató de un crimen de odio¹⁰. Al mismo tiempo que el gobierno se dedica a discutir un nuevo código penal, la intolerancia moral se manifiesta en la rápida erosión de los derechos reproductivos de las mujeres y en la lentitud para derogar el artículo 204.

La economía neoliberal sigue favoreciendo a las industrias más grandes y a las pocas empresas pequeñas que son competitivas en las nuevas condiciones. INPYME (antes PAMIC) todavía organiza ferias muy publicitadas, en las que se promueve la producción local de artesanías, muebles y otros artículos, y los artesanos ahora se instalan en las afueras de Plaza Metrocentro una vez al mes. Sus artesanías contrastan con los artículos de venta en las modernas tiendas del centro comercial. La mayoría de pequeñas industrias y microempresas sufren pérdidas y CONAPI luce aún más débil en el difícil clima económico. Cuando visito las oficinas de la organización, las encuentro virtualmente abandonadas. En cambio FUNDEPYME, una ONG fundada por Noruega, ocupa una oficina y ha asumido la responsabilidad que antes tenía CONAPI de otorgar créditos a las pequeñas industrias.

Visito a los miembros de las cuatro cooperativas a las que di seguimiento en el pasado. Los artesanos y los panaderos todavía siguen funcionando, si bien ya no son miembros de CONAPI. Las costureras siguen trabajando en sus casas y las soldadoras nunca volvieron a trabajar juntas. Los joyeros han experimentado cambios en su taller desde que Marlene vendió parte de sus tierras y su casa, que se encontraba al lado de la tienda hasta que fue demolida, y ocupa la mitad del espacio del taller. Ahora los artesanos trabajan en un área más compacta. Como ellos mismos me informaron hace dos años, están decididos a trabajar

cada uno por su cuenta como joyeros que comparten un espacio de trabajo. Sólo tienen una pequeña cantidad de joyas en venta, aunque están construyendo un pequeño espacio de exhibición afuera de su taller para poder atraer a más clientes. Marlene me dice que sigue buscando nuevos mercados, incluyendo Panamá, con la ayuda de un amigo emprendedor. Aunque los joyeros han expresado su orgullo nacional al utilizar materiales indígenas de la región para sus artesanías, llama la atención que el amigo de Marlene esté animando a los artesanos a adoptar diseños que se encuentra en los catálogos de Christie's de Nueva York.

Luz y Laura, la madre e hija panaderas, siguen luchando por mantenerse en el negocio. Su tienda se ve más triste ahora, sin las innovaciones comerciales y sin el mismo atractivo visual de hace algunos años. Las costureras siguen compitiendo con prendas de vestir hechas en fábricas y en la Zona Franca, pero siguen adelante. En realidad, Teresa parece estar en mejor situación que hace dos años, ya que ha recuperado su salud, pero es la excepción más que la regla. Sigue ofreciendo su tiempo voluntariamente en la oficina de CONAPI de la región de Managua, aunque la escasa actividad allí hace que a menudo sienta que no vale la pena. Por último, al visitar la casa de una antigua coordinadora de la cooperativa de soldadoras, descubro que Doris sigue trabajando en el hospital de mujeres, aunque su madre expresa de nuevo su deseo de que me la lleve a Estados Unidos.

En el barrio Monseñor Lezcano encuentro que no hay ninguno de los dramáticos cambios físicos que llaman tanto la atención en el centro de la ciudad. De hecho, hablando con don Nicolás y otros, escucho numerosas quejas sobre todo por el dinero que se invierte en mejorar el centro de la ciudad, mientras los barrios periféricos siguen con sus calles sin reparar y sin mejoras básicas. El comedor de Mónica, que hace algunos años abrió con tanto entusiasmo junto a otras tres mujeres, tuvo que "cerrar" oficialmente porque no pudieron pagar los impuestos que les exigían, aunque todavía reciben a sus clientes a la hora del almuerzo, y a duras penas sobreviven vendiendo artículos a los vecinos. Me enteró que doña María todavía se encuentra en Estados Unidos y que el año pasado se sintió desconsolada

cuando su esposo murió y no pudo volver para su funeral. Patricia tuvo su tercer bebé y su numerosa familia se encuentra aún más hacinada en su casa, ubicada a la vuelta de la esquina de la Casa Ave María. El último día que pasé en Nicaragua ofrece acompañarme a dar una vuelta por el barrio, lo que se convierte en un *tour* guiado para platicar con las prostitutas y las pandillas locales, gente joven conocida de Patricia. No tengo que aventurarme muy lejos para ver y oír acerca de las hijas, ahora adultas, de la mujer que vive frente a la Casa Ave María, tan bien representada por Grant Gallup:

En esta restaurada democracia capitalista, un grupo de mujeres emprendedoras vive con su mamá en una humilde casa al frente de la Casa Ave María, donde tratan de ganar algo como trabajadoras sexuales, lo que les da lo justo para sobrevivir. Los clientes vienen a buscarlas en sus automóviles de lujo – grandes camionetas 4x4, con vidrios polarizados – y salen en dirección a un motel. Algunos de estos moteles tienen cortinas de lona para esconder las placas de los autos en sus garajes. Muchos clientes se rehúsan a utilizar condones y pagan extra por no hacerlo, lo que pone en riesgo la vida de estas mujeres en esta época de SIDA. Durante la valiente década socialista de los ochenta, los sandinistas cerraron los prostíbulos y se llevaron a las *rameras* y *tamarindos* al campo, donde aprendieron cómo hacer mermelada de piña y apenas se ganaban la vida – ¡aunque de manera algo pegajosa! Pero el capitalismo tiene nociones diferentes de lo que es una dulce mercancía – y la principal oferta en su mercado es la persona humana. La mermelada del mercado (Gallup, comunicación por e-mail, 29 de enero del 2000).

A pesar de las duras condiciones de vida de tanta gente, los logros de la sociedad civil siguen siendo evidentes en Nicaragua, sobre todo a través de varias ONG muy visibles y activas. Un directorio de organizaciones no gubernamentales actualizado con regularidad es mucho más grande ahora y sirve para vincular a grupos y personas que trabajan en proyectos

relacionados entre sí (Liebl 1999). Algunas de las ONG más importantes son verdaderas extensiones de movimientos sociales y muchas han tenido éxito. El centro feminista Puntos de Encuentro se ha ampliado considerablemente y en la actualidad tiene un centro de documentación, numerosas aulas, proyectos de investigación y está empeñada en producir una innovadora novela para televisión titulada “Sexto Sentido”, en la que se introducen personajes gay y otros de tipo no convencional. En reuniones con varios miembros del personal, me impresionó la atención que prestan a los jóvenes, a las minorías raciales, a los gays y lesbianas, a la gente con discapacidad y a otras personas consideradas “diferentes” (en una camiseta que compré allí se lee “Somos diferentes, somos iguales”). Asimismo, cuando visito el Club de Jóvenes Ambientalistas es un hormiguero de actividad. Tienen hospedados a niños y jóvenes de todas partes del país que ganaron concursos para representar temas ambientales a través de sus pinturas y otras formas de expresión artística. Cuando visito Nimehualtán, me muestran una valiosa biblioteca de investigación que ha rebasado el espacio disponible y Rita Arauz está muy ocupada preparándose para partir en unos días a una conferencia mundial sobre SIDA, que se celebrará en Sudáfrica. En Xochiquetzal, Hazel Fonseca me habla de las actividades del desfile del Orgullo Gay que llevan a cabo, incluyendo un sociodrama sobre prácticas sexuales y sexo más seguro, al que asisto. Las directoras de estas dos últimas ONG se muestran ambiguas cuando les pregunto si en Nicaragua existe un movimiento identificable de gays y lesbianas. Me responden que sí hay comunidades, grupos y procesos de cambio que pueden o no constituir un movimiento. Aunque dedican mayores esfuerzos a los proyectos locales de grupos más pequeños, la actividad que observo en todas estas organizaciones me convence que en realidad participan de una cultura política vital con potencial transformador.

La atención que se presta a la política del cuerpo es evidente en las inquietudes tanto de la derecha como de la izquierda en Nicaragua. Por un lado, algunas organizaciones como las que acabo de mencionar abordan temas relacionados con la violencia

contra las mujeres, los derechos reproductivos, la desigualdad racial, el derecho a la expresión sexual y el derecho a vivir y trabajar en ambientes seguros. La apertura cultural es evidente: por ejemplo, se exhibe y discute la película norteamericana “Boys Don’t Cry”, que trata sobre una adolescente transgénero. Intelectuales y activistas encuentran un espacio donde debatir sobre un sinnúmero de asuntos que abarcan desde los derechos indígenas hasta el derecho de todas las personas a los servicios de salud y bienestar. Por otro lado, el gobierno actual amenaza con acabar con los derechos de las mujeres, incluso el aborto terapéutico en el caso de violación o incesto, ya ha cercenado el derecho legal (y algunas veces hasta sus derechos básicos como ciudadanos) de varios destacados activistas a ejercer su profesión. Por consiguiente, están en juego la integridad del cuerpo y el derecho a defenderlo, y el clima político es propicio para que crezcan los movimientos de oposición.

Día 25 de junio, salgo de Managua con destino a Miami. Cuando dejo Nicaragua esta vez, me encuentro en un estado de ánimo reflexivo, pensando en lo que he visto y oído durante este viaje. Me llevo, junto con mis notas de campo en las que consigné muchas de las conversaciones que tuve, algunos libros que ofrecen retrospectivas de la revolución nicaragüense y su significado para quienes participaron en ella (Ramírez 1999), y para los internacionalistas que la admiraron y apoyaron (Brentlinger 1995; Kruckewitt 1999). También compré y vi un video, “Managua en mi corazón”, producido por el Instituto de Cultura del gobierno de Alemán, en el que se recuerdan con nostalgia una ciudad y una nación muy diferentes. El video idealiza los días gloriosos de Somoza, cuando la élite disfrutaba de los placeres urbanos en la venerable y vieja ciudad, y luego pasa rápidamente del catastrófico terremoto de 1972 a los años noventa, ignorando por completo el período revolucionario. La revisión radical y la supresión parcial de la historia en este video, se aclara en sus momentos finales, cuando las imágenes del desarrollo de la nueva Managua en los últimos años celebran el presente neoliberal, y lo vinculan directamente al pasado prerrevolucionario, sin asomo de ironía ni vergüenza.



Uno de los muchos letreros con la consigna de Alemán: "Obras ... No Palabras" a la par de un proyecto de construcción de caminos.

Al dejar Nicaragua, me siento como siempre triste, por un lado, y aliviada, por otro. Trato de ordenar y contrastar las imágenes e ideas que he encontrado. La noche anterior, me despertaron unos ruidos que venían de afuera y temí que se tratara de una pelea callejera. Después de haber pasado el día visitando los lugares frecuentados por las pandillas del barrio, y habiendo oído sobre un reciente tiroteo frente a la Casa Ave María, reuní valor para acercarme a la entrada de la casa y ver con mis propios ojos. Lo que pensaba que eran disparos resultaron ser tambores y escuché a lo lejos a los músicos que iban pasando por el barrio, una forma oportuna de recordarme cómo la violencia y la alegría coexisten a diario en Nicaragua tanto en las calles como en la imaginación.

Ahora, en plena madrugada, en el aeropuerto, me pregunto sobre la moderna tecnología de seguridad, las nuevas máquinas expendedoras de Coca Cola que aceptan monedas de córdobas, el carrito que ofrece diferentes calidades de café de especialidades, y en el segundo piso, la colorida artesanía que les venden a los turistas. Ya en el avión me acomodo

en mi asiento y todavía soñolienta, empiezo a leer el libro de John Brentlinger sobre sus experiencias en Nicaragua durante y después de la revolución. A mi lado se sienta un estadounidense afrodescendiente, de unos 40 años, vestido con jeans y camiseta, que también parece cansado. Aunque me da curiosidad saber qué podría haber estado haciendo en Nicaragua, me abstengo de preguntar por el temor de que el vuelo se me haga largo si me embarco en una conversación con algún misionero apasionado o un hombre en extremo conservador (cada vez más comunes en el país). Después de un rato, por aburrimiento quizá, empezamos a conversar, y resulta que es un militar de carrera, originario de Misisipi, que vuelve de una misión humanitaria de proyectos de construcción en Nicaragua. Cuando me pregunta por mi profesión y le respondo, me dice que en realidad parezco maestra de escuela, y luego se disculpa, quizá demasiado. Le digo que yo no hubiera pensado que él era militar, calculando que esto resultaría más halagador para un militar de permiso. Trato de no revelar demasiado mi punto de vista sobre las relaciones entre Nicaragua y Estados Unidos, aunque finalmente me animo a preguntarle qué había escuchado su grupo sobre Nicaragua antes de llegar. Parece saber poco de la historia y política de la región que acaba de visitar, sin embargo opina que en el pasado, “nosotros” les hemos causado muchos problemas a los nicaragüenses. Sorprendida, y de acuerdo con él, supongo que su conocimiento del tema no proviene del ejército. Sigue diciendo que, debido a la diferencia de idiomas, los estadounidenses no pudieron comunicarse mucho con los nicaragüenses durante las pocas pero largas semanas de arduo trabajo; no obstante, sintieron un ambiente de camaradería. Cuando después me pregunta por qué subrayo algunos lugares en el libro que leo, le confieso que también estoy escribiendo un libro sobre Nicaragua y quiero recordar algunas cosas. Parece impresionado, a tal punto que tengo la sensación de que se burla de mí, pero en realidad no, es sincero. Al final del vuelo ya hemos hablado sobre nuestros hijos adolescentes y nuestras familias, y bromeamos al pasar por la aduana.

De regreso a casa, unas semanas después, leo un breve artículo periodístico que daba cuenta de que los militares nicaragüenses y estadounidenses han empezado maniobras conjuntas para trabajar en proyectos humanitarios y comunitarios. La iniciativa, llamada Nuevos Horizontes, incluye proyectos para construir centros de salud y una escuela en Matagalpa en un período de cuatro meses, con doscientos militares de las tropas de reserva de Estados Unidos. Aunado a los esfuerzos conjuntos de los militares de ambos países por combatir el tráfico de drogas, esta iniciativa es vista como una manera de mejorar las relaciones entre estas naciones que en el pasado fueron enemigas¹.

Vivir en medio de contradicciones e incertidumbres no es nada nuevo para Nicaragua, donde el paisaje social y político ha sido muy complejo desde hace mucho tiempo. Al mismo tiempo que los militares estadounidenses mejoran relaciones con sus contrapartes, los prestamistas estadounidenses e internacionales amenazan con suspender su apoyo si el gobierno no se encarga de frenar la corrupción imperante. Mientras tanto, se acumulan denuncias de que las empresas multinacionales han despedido a cientos de mujeres trabajadoras de la industria de confección de ropa en la Zona Franca de Nicaragua, que se han atrevido a organizarse para mejorar sus condiciones². Dentro de poco habrá elecciones presidenciales y se espera que los dos partidos mayoritarios, liberales y sandinistas, se enfrenten una vez más. El pueblo nicaragüense espera a ver en qué dirección soplará el viento y qué le depara el porvenir, pero mientras tanto no se quedan de brazos cruzados. Tratan más bien de descifrar el momento, recordar el pasado, imaginar el futuro y avanzar con cautela a partir de los logros obtenidos, en pos de una vida mejor.

1 En la reunión de la American Anthropological Association (AAA) realizada en Chicago en 1999, Ruth Behar se refirió al “redescubrimiento” de Cuba y a la “Socialización estilo Buena Vista” de la cultura cubana en Estados Unidos.

2 Véase Bouvard 1994 y Arditti 1999 para una discusión sobre las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, quienes siguen demandando la debida atención a las dos generaciones de familias y parientes “desaparecidos” en Argentina.

3 El tema de uno de los paneles en la mencionada reunión de la AAA fue “Entre recordar y olvidar

- al final del Siglo XX: Verdad, Reconciliación y Justicia Social en Latinoamérica". Con Rosario Montoya, organizamos una sesión para la reunión de la asociación del año 2000 titulada "Memorias de Nicaragua y Cuba". La reciente controversia sobre el testimonio de Rigoberta Menchú revela la carga emocional que supone el proceso de recordar e interpretar historias personales y colectivas en Latinoamérica.
- 4 En la década de los noventa la región centroamericana en su conjunto perdió importancia estratégica para Estados Unidos y fue relegada a un relativo olvido –algo que se puede ver como beneficioso o dañino, dependiendo de las circunstancias (Puig 2000: 33).
 - 5 Véase Massey 1994 para una importante teorización feminista sobre la geografía cultural de género.
 - 6 Por ejemplo, el Wisconsin Coordinating Council on Nicaragua (WCCN) ha auspiciado viajes a Nicaragua de trabajadores de la salud que ofrecen capacitación en "reconstrucción emocional" para mujeres que son líderes locales. Véase *Sister City Update* 15, No. 2 (Otoño 1999). Ford (2000) también describe el proceso de "sanación social" por mujeres nicaragüenses que afrontan problemas de violencia doméstica y mortalidad materna.
 - 7 Por ejemplo, el politólogo Tom Walker, cuyo trabajo he citado en varios capítulos, es quizá el estudioso que más ha investigado la historia reciente del país. Cynthia Chávez Metoyer (2000) ha escrito un libro que trata sobre el cambio de la política económica y el movimiento de mujeres en Nicaragua durante la década postsandinista. Rosario Montoya y James Quesada son otros dos investigadores cuyo importante trabajo sobre Nicaragua está en imprenta, y siguen realizando trabajos de investigación.
 - 8 Mientras que los primeros pronósticos eran que la devastación causada por el huracán Mitch provocaría que grandes cantidades de personas de las áreas afectadas emigraran a Managua, la mayor parte de esa emigración parece haber sido temporal. Desde el punto de vista de algunos que han dado seguimiento a las secuelas del huracán Mitch, los habitantes de la región simplemente consideran que fue una adversidad más entre las muchas que han sufrido en su vida.
 - 9 Estoy muy agradecida con Nadine Jubb (comunicación por e-mail del 25 de julio del 2000) y con las personas de la Casa Ben Linder que conversaron conmigo sobre las implicaciones del desarrollo urbano de Managua en las clases sociales. Jubb señala que en realidad existen dos nuevos centros de Managua. Alemán ha reconstruido el antiguo centro con nuevos edificios de gobierno, especialmente el nuevo palacio presidencial (sobre todo con el apoyo de Taiwán) junto con fuentes de agua y plazas. El centro comercial Metrocentro y los hoteles que están en construcción a lo largo de la carretera a Masaya le hacen la competencia como otro punto focal del centro de la ciudad.
 - 10 Varias organizaciones de derechos humanos, incluyendo el Grupo por la Visibilidad de las Lesbianas, han publicitado el caso a través de panfletos de protesta debido a que los acusados de haber cometido el crimen no fueron llevados a los tribunales. También objetan la falta de protección de los derechos de las lesbianas y los gays.
 - 11 Para mayor información sobre este tema véase *Nicaragua Alert!* (Julio 2000: 7).
 - 12 Mientras escribo esta postdata, National Public Radio está transmitiendo un extenso reportaje acerca del despido de trabajadoras en la fábrica Chentex, una multinacional taiwanesa de la Zona Franca en Managua (NPR, 18 de agosto del 2000).

Bibliografía

- Abercrombie, Thomas. 1998. "Commentary". *Journal of Latin American Anthropology* 3(2): 150–67.
- Aburto, Juan. 1989. *Managua en la memoria*. Managua, Nicaragua: Editorial Vanguardia.
- Adam, Barry. 1989. "Homosexuality without a Gay World: Pasivos y Activos en Nicaragua". *Out/Look* (Winter): 74–82.
- Adams, Richard. 1957. *Cultural Surveys of Panama-Nicaragua-Guatemala-El Salvador-Honduras*. Washington, DC: Oficina Sanitaria Panamericana, Organización Mundial de la Salud.
- Afshar, Haleh y Carolyne Dennis, editores, 1992. *Women and Adjustment Policies in the Third World*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Aguiar, Neuma, editora. 1990. *Mujer y crisis: Respuestas ante la recesión*. Caracas, Venezuela: Editorial Nueva Sociedad.
- Alemán, Verónica. 1993. Sexist Laws Scorched. *Barricada Internacional* XIII (359):19 – 20.
- Alemán, Verónica y Carla Miranda. 1993. Networking to Solve Their Problems. *Barricada Internacional* XIII (362): 23–25.
- Álvarez, Sonia E. 1990. *Engendering Democracy in Brazil: Women's Movements in Transition Politics*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Álvarez, Sonia E., Evelina Dagnino y Arturo Escobar, editores. 1998. *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Revisioning Latin American Social Movements*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Appadurai, Arjun. 1996. *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis: University

of Minnesota Press.

- Appadurai, Arjun, y Carol A. Breckenridge. 1992. "Museums Are Good to Think". En *Museums and Communities: The Politics of Public Culture*. Ivan Karp, Christine Mullen Kreamer y Steven D. Lavine, editores, págs. 34–55. Washington, DC: Smithsonian Institution Press.
- Arana, Mario. 1997. "General Economic Policy". En: *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor, págs. 81–96. Wilmington, DE: SR Books.
- Arditti, Rita. 1999. *Searching for Life: The Grandmothers of the Plaza de Mayo and the Disappeared Children of Argentina*. Berkeley: University of California Press.
- Babb, Florence E. 1986. "Producers and Reproducers: Andean Marketwomen in the Economy". En: *Women and Change in Latin America*. June Nash y Helen I. Safa, editoras, págs. 53–64. South Hadley, MA: Bergin and Garvey.
- . 1989. *Between Field and Cooking Pot: The Political Economy of Marketwomen in Peru*. Austin: University of Texas Press.
- . 1997a. "Women, Informal Economies, and the State in Peru and Nicaragua". En: *Women and Economic Change: Andean Perspectives*. Ann Miles y Hans Buechler, editors, págs. 89–100. Washington, DC: American Anthropological Association.
- . 1997b. "Women's Movements and Feminism". En: *Cross-Cultural Research for Social Science*. Carol R. Ember y Melvin Ember, editores, págs. 23–40. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Balderston, Daniel y Donna J. Guy, editores, 1997. *Sex and Sexuality in Latin America*. Nueva York: New York University Press.
- Barricada Internacional*. 1993. "Recession Decimates Small Businesses". Enero: 7.

- . 1995a. "Separation Time". Enero: 4–5.
- . 1995b. "Divided Forces: The Nicaraguan Feminist Movement". Marzo: 17–24.
- Benería, Lourdes y Shelley Feldman, editoras, 1992. *Unequal Burden: Economic Crises, Persistent Poverty and Women's Work*. Boulder, CO: Westview Press.
- Beverley, John y José Oviedo. 1993. "Introduction". En: *The Postmodernism Debate in Latin America*. John Beverley y José Oviedo, editores. Boundary 2, 20(3):1– 17.
- Beverley, John y Marc Zimmerman. 1990. *Literature and Politics in the Central American Revolutions*. Austin: University of Texas Press.
- Blumberg, Rae Lesser. 1991. "Income under Female versus Male Control: Hypotheses from a Theory of Gender Stratification and Data from the Third World". En: *Gender, Family and Economy: The Triple Overlap*. Rae Lesser Blumberg, editora, págs. 97–127. Newbury Park, CA: Sage.
- Bolt González, Mary. 1996. *Sencillamente diferentes . . . : La autoestima de las mujeres lesbianas en los sectores urbanos de Nicaragua*. Managua, Nicaragua: Centro Editorial de la Mujer (CEM).
- Booth, John A. 1985. *The End and the Beginning: The Nicaraguan Revolution*. Boulder, CO: Westview Press.
- Borland, Katherine. 1994. "The India Bonita of Monimbó: The Politics of Ethnic Identity in the New Nicaragua". En: *Beauty Queens on the Global Stage: Gender, Contexts and Power*. C. Ballerino Cohen, R. Wilk, y B. Stoeltje, editoras. Págs. 75– 88. Nueva York: Routledge.
- Bouvard, Marguerite Guzman. 1994. *Revolutionizing Motherhood: The Mothers of the Plaza de Mayo*. Wilmington, DE: SR Books.
- Brenes, Ada Julia, Ivania Lovo, Olga Luz Restrepo y Sylvia Saakes. 1991a. "La reforma económica y su impacto en

- las mujeres del sector popular urbano de Managua". En: *La mujer nicaragüense en los años 80*. Ada Julia Brenes, Ivania Lovo, Olga Luz Restrepo, Sylvia Saakes y Flor de María Zúniga, editoras. Págs. 207– 44. Managua, Nicaragua: Nicaragua.
- Brenes, Ada Julia, Ivania Lovo, Olga Luz Restrepo, Sylvia Saakes y Flor de María Zúniga. 1991b. *La mujer nicaragüense en los años 80*. Managua, Nicaragua: Nicaragua.
- Brentlinger, John. 1995. *The Best of What We Are: Reactions on the Nicaraguan Revolution*. Amherst: University of Massachusetts Press.
- Broadbent, Lucinda. 1991. *Sex and the Sandinistas*. Video. Inglaterra.
- Burawoy, Michael. 1999. "Afterword". En: *Uncertain Transition: Ethnographies of Change in the Postsocialist World*. Michael Burawoy y Katherine Verdery, editores. Págs. 301–11. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Burawoy, Michael y Catherine Verdery. 1999. "Introduction". En: *Uncertain Transition: Ethnographies of Change in the Postsocialist World*. Michael Burawoy y Katherine Verdery, editores. Págs. 1–17. Lanham, MD: Rowman and Littlefield.
- Burns, E. Bradford. 1991. *Patriarch and Folk: The Emergence of Nicaragua, 1798–1858*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Butler, Judy. 1997. "The Peoples of the Atlantic Coast". En: *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 219–34. Wilmington, DE: SR Books.
- Caldeira, Teresa P. R. 1999. "Fortified Enclaves: The New Urban Segregation". En: *Cities and Citizenship*. James Holston, editor. Págs. 114–38. Durham, NC: Duke University Press.

- Carvajal, Luis. 1996. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua. 3 de julio de 1996.
- . Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 9 de junio de 1998.
- Centro de Investigación y Estudios de la Reforma Agraria (CIERA). 1984. "Managua es Nicaragua". Manuscrito inédito. Managua, Nicaragua.
- Chamorro, Amalia, Mario Chávez y Marcos Membreño. 1989. "El debate sobre el sector informal urbano en Nicaragua (1979–1989)". En: *Informalidad urbana en Centroamérica: Evidencias e interrogantes*. R. Menjívar Larín y J. P. Pérez Sáinz, editores. Págs. 153– 86. Guatemala: Fundación Friedrich Ebert.
- . 1991. "El sector informal en Nicaragua". En: *Informalidad urbana en Centroamérica: Entre la acumulación y la subsistencia*. J. P. Pérez Sáinz y R. Menjívar Larín, editores. Págs. 217–57. Caracas, Venezuela: Editorial Nueva Sociedad.
- Chávez, Antonio. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 8 de mayo de 1991.
- Chinchilla, Norma. 1994. "Feminism, Revolution and Democratic Transitions in Nicaragua". En: *The Women's Movement in Latin America*, segunda edición. Jane Jaquette, editora. Págs. 177–97. Boulder, CO: Westview Press.
- Close, David. 1999. *Nicaragua: The Chamorro Years*. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Codina, Teresa. 1992. "Lesbos en el Nuevo Mundo". *Pensamiento Propio* 10(94): 2–4.
- Colburn, Forrest D. 1991. *My Car in Managua*. Austin: University of Texas Press.
- Collinson, Helen, editora. 1990. *Women and Revolution in Nicaragua*. Londres: Zed Books.

- Cornia, Giovanni Andrea, Richard Jolly y Frances Stewart, editores. 1987. *Adjustment with a Human Face*. Nueva York: Oxford University Press.
- Criquillon, Ana. 1995. "The Nicaraguan Women's Movement: Feminist Reflections from Within". En: *The New Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*. Minor Sinclair, editor. Págs. 209–37. Nueva York: Monthly Review Press.
- Cuadra, Pablo Antonio. 1993. *El nicaragüense*. Managua, Nicaragua: Hispamer.
- Darío, Rubén. 1988. *Selected Poems of Rubén Darío*. Traducido por Lysander Kemp. Austin: University of Texas Press.
- Davis, Peter. 1987. *Where Is Nicaragua?* Nueva York: Simon and Schuster.
- De Franco, Silvio. 1979. "Employment and the Urban Informal Sector: The Case of Managua". Tesis doctoral. Wisconsin University, Wisconsin, EE.UU. University Microfilms.
- De Franco, Silvio y José Luis Velázquez. 1997. "Democratic Transitions in Nicaragua". En: *Democratic Transitions in Central America*. Jorge I. Domínguez y Marc Lindenberg, editores. Págs. 85–110. Gainesville: University Press of Florida.
- di Leonardo, Micaela. 1993. "What Difference Political Economy Makes: Feminist Anthropology in the Postmodern Era". *Anthropological Quarterly* 66(2): 76 – 80.
- Didion, Joan. 1983. *Salvador*. Nueva York: Simon and Schuster.
- Diskin, Martin. 1983. *Trouble in Our Backyard*. Nueva York: Pantheon Books.
- DuBois, Marc. 1991. "The Governance of the Third World: A Foucauldian Perspective on Power Relations in Development". *Alternatives* 16(1): 1–30.
- Einhorn, Barbara. 1993. *Cinderella Goes to the Market*:

Citizenship, Gender and Women's Movements in East Central Europe. Londres: Verso.

Elizondo, Desirée. 1997. "The Environment". En: *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 131–45. Wilmington, DE: SR Books.

Elson, Diane. 1992. "From Survival Strategies to Transformation Strategies: Women's Needs and Structural Adjustment". En: *Unequal Burden: Economic Crises, Persistent Poverty and Women's Work*. Lourdes Benería y Shelley Feldman, editoras. Págs. 26–48. Boulder, CO: Westview Press.

Elson, Diane, editora. 1991. *Male Bias in the Development Process*. Manchester, England: Manchester University Press.

Enríquez, Laura J. 1991. *Harvesting Change: Labor and Agrarian Reform in Nicaragua, 1979–90*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Envío. 1991. "Women in Nicaragua: The Revolution on Hold". 10(119): 30–41.

———. 1992a. "Economic Takeoff: The Little Train That Couldn't". 11(135): 18–20.

———. 1992b. "A National Project". 11(137): 31–40.

———. 1993. "The Far Right: 10 Months on the Offensive and USAID's Strategy in Nicaragua". 12(142): 3–10.

———. 1994. "Happy New Year from the IMF". 12(150): 3–9.

———. 1998a. "Nicaragua: A Country Still in the Making". 17(207): 3–8.

———. 1998b. "A Time for Opportunities and Opportunists". 17(209): 3–13.

———. 1999a. "Nicaragua Briefs". 18(210–11): 28–31.

———. 1999b. "Domestic Violence on the Rise". 18(212): 25.

- . 1999c. "The Zoilamérica Case". 18(215): 30.
- . 1999d. "The Pact's Roots Go Deep and Its Fruits Are Rotten". 18(216): 3–11.
- . 1999e. "Is the Game All Sewn Up? Questions and Contradictions". 18(218): 3–11.
- Escobar, Arturo. 1984– 85. "Discourse and Power in Development: Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World". *Alternatives* 10(3): 377– 400.
- . 1992. "Culture, Economics, and Politics in Latin American Social Movements". En: *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Arturo Escobar y Sonia E. Álvarez, editores. Págs. 62– 85. Boulder, CO: Westview Press.
- . 1995. *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Escobar, Arturo y Sonia E. Álvarez, editores, 1992. *The Making of Social Movements in Latin America: Identity, Strategy, and Democracy*. Boulder, CO: Westview Press.
- Evans, Trevor. 1995. *La transformación neoliberal del sector público*. Managua, Nicaragua: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).
- Ewig, Christina. 1999. "The Strengths and Limits of the NGO Women's Movement Model: Shaping Nicaragua's Democratic Institutions". *Latin American Research Review* 34(3): 75–102.
- Fagen, Richard R., Carmen Diana Deere y José Luis Coraggio, editores. 1986. *Transition and Development: Problems of Third World Socialism*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Feijóo, María del Carmen. 1989. "The Challenge of Constructing Civilian Peace: Women and Democracy in Argentina". En: *The Women's Movement in Latin America*. Jane S. Jaquette, editora. Págs. 72–94. Boston: Unwin Hyman.

- Ferguson, Ann. 1991. "Lesbianism, Feminism, and Empowerment in Nicaragua". *Socialist Review* 21(3-4): 75-97.
- Ferguson, James. 1990. *The Anti-Politics Machine: "Development," Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ferlinghetti, Lawrence. 1984. *Seven Days in Nicaragua Libre*. San Francisco: City Lights Books.
- Fernández Poncela, Anna M. 1996. "The Disruptions of Adjustment: Women in Nicaragua". *Latin American Perspectives* 23(1): 49-66.
- Field, Les W. 1998. "Post-Sandinista Ethnic Identities in Western Nicaragua". *American Anthropologist* 100(2): 431-43.
- . 1999. *The Grimace of Macho Ratón: Artisans, Identity, and Nation in Late Twentieth-Century Western Nicaragua*. Durham, NC: Duke University Press.
- Fincher, Ruth y Jane M. Jacobs, editoras. 1998. *Cities of Difference*. Nueva York: Guilford Press.
- Fisher, Jo. 1993. *Out of the Shadows: Women, Resistance and Politics in South America*. Londres: Latin America Bureau.
- Ford, Paula J. 2000. "Narratives of Social Healing: Cultural Politics and the Nicaraguan Women's Movement". Tesis doctoral, Iowa University, Iowa, EE.UU.
- Foucault, Michel. 1984. *The History of Sexuality*. Vol. 1. Hammondsworth, Inglaterra: Penguin.
- Fox, Richard G. 1972. "Rationale and Romance in Urban Anthropology". *Urban Anthropology* 1(2): 205-33.
- Fundación Internacional para el Desafío Económico Global (FIDEG). 1991a. *Seminario Regional: El impacto de las*

- políticas de ajuste sobre la mujer en Centroamérica y Panamá*. Managua, Nicaragua.
- . 1991b. *Situación del sector informal en la ciudad de Managua*. Managua, Nicaragua.
- Fundación Internacional Rubén Darío. 1995. "Memorias". *Simposio: Identidad y crisis: Influencia del intelectual en la sociedad nicaragüense*. Managua, Nicaragua: Fundación Internacional Rubén Darío.
- Gal, Susan y Gail Kligman. 2000. *The Politics of Gender after Socialism*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Gibson, Bill. 1987. "A Structural Overview of the Nicaraguan Economy". En: *The Political Economy of Revolutionary Nicaragua*. Rose J. Spalding, editora. Págs. 5– 41. Londres: Allen and Unwin.
- Gilbert, Dennis. 1988. *Sandinistas: The Party and the Revolution*. Cambridge, MA: Basil Blackwell.
- Gladwin, Christina, editora. 1991. *Structural Adjustment and African Women Farmers*. Gainesville: University of Florida Press.
- Gordon, Deborah A. 1995. "Conclusion: Culture Writing Women: Inscribing Feminist Anthropology". En: *Women Writing Culture*. Ruth Behar y Deborah A. Gordon, editoras. Págs. 429– 41. Berkeley: University of California Press.
- Gordon, Edmund T. 1998. *Disparate Diasporas: Identity and Politics in an African-Nicaraguan Community*. Austin: University of Texas Press.
- Gordon, Rebecca. 1986. *Letters from Nicaragua*. San Francisco: Spinsters/Aunt Lute.
- Gould, Jeffrey L. 1998. *To Die in This Way: Nicaraguan Indians and the Myth of Mestizaje, 1880–1965*. Durham, NC: Duke University Press.
- Grosfoguel, Ramón, Frances Negrón-Muntaner y Chloé S.

- Georas. 1997. "Introduction: Beyond Nationalist and Colonialist Discourses: The *Jaiba* Politics of the Puerto Rican Ethno-Nation". En: *Puerto Rican Jam: Rethinking Colonialism and Nationalism*. Frances Negrón-Muntaner y Ramón Grosfoguel, editores. Págs. 1–36. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Guillermoprieto, Alma. 1995. "Managua, 1990". En: *The Heart That Bleeds: Latin America Now*. Págs. 23– 46. Nueva York: Vintage Books.
- Hale, Charles R. 1994. *Resistance and Contradiction: Miskitu Indians and the Nicaraguan State, 1894–1987*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Higgins, Michael James y Tanya Leigh Coen. 1992. *Oigame! Oigame! Struggle and Social Change in a Nicaraguan Urban Community*. Boulder, CO: Westview Press.
- Holston, James, editor. 1999. *Cities and Citizenship*. Durham, NC: Duke University Press.
- Holston, James y Arjun Appadurai. 1999. "Introduction: Cities and Citizenship". En: *Cities and Citizenship*. James Holston, editor. Págs. 1–18. Durham, NC: Duke University Press.
- Hostetler, Sharon, Jo Ann Lynen y Leia Raphaelidis. 1996. *A High Price to Pay: Structural Adjustment and Women in Nicaragua*. Washington, DC: Witness for Peace.
- Howe, Alyssa Cymene. 1999. "Re-Engendering Revolution: Nicaraguan Feminism and the Sexualities of Post-Sandinismo". Ponencia leída en el encuentro anual de la American Anthropological Association, Chicago, IL.
- Hoyt, Katherine. 1997. *The Many Faces of Sandinista Democracy*. Athens: Ohio University Press.
- Hurtado de Vigil, María. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 8 de mayo de 1991.
- Jacobs, Jane M. y Ruth Fincher. 1998. "Introduction". En: *Cities of Difference*. Ruth Fincher y Jane M. Jacobs, editoras.

Págs. 1–25. Nueva York: Guilford Press.

Jameson, Fredric. 1984. "Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism". *New Left Review* 146: 53–92.

Jaquette, Jane, editora. 1989. *The Women's Movement in Latin America: Feminism and the Transition to Democracy*. Boston: Unwin-Hyman.

———. 1994. *The Women's Movement in Latin America: Participation and Democracy*. Segunda edición. Boulder, CO: Westview Press.

Kampwirth, Karen. 1996a. "Confronting Adversity with Experience: The Emergence of Feminism in Nicaragua". *Social Politics* (Summer–Fall): 136–58.

———. 1996b. "The Mother of the Nicaraguans: Doña Violeta and the UNO's Gender Agenda". *Latin American Perspectives* 23(1): 67–86.

———. 1998. "Legislating Personal Politics in Sandinista Nicaragua, 1979–1992". *Women's Studies International Forum* 21(1): 53–64.

Kaplan, Caren. 1994. "The Politics of Location as Transnational Feminist Critical Practice". En: *Scattered Hegemonies: Postmodernity and Transnational Feminist Practices*. Inderpal Grewal y Caren Kaplan, editoras. Págs. 137–52. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Keith, Michael y Steve Pile. 1993. "Introduction, Part 1, The Politics of Place . . .". En *Place and the Politics of Identity*. M. Keith y S. Pile, editoras. Págs. 1–21. Nueva York: Routledge.

Kinnaird, Vivian y Janet H. Momsen. 1993. "Geography, Gender and Development". En: *Different Places, Different Voices: Gender and Development in Africa, Asia and Latin America*. Janet H. Momsen y Vivian Kinnaird, editoras. Págs. 3–8. Nueva York: Routledge.

Kipnis, Laura. 1999. "The Stepdaughter's Story: Scandals National and Transnational". *Social Text* 58, 17(1):59–73.

- Kritt, Barbara. 1992. "From Classroom to Class Struggle: Women in the Nicaraguan Student Movement in the 1970s". Ponencia leída en la conferencia de Latin American Studies Association, Los Angeles.
- Kruckewitt, Joan. 1999. *The Death of Ben Linder*. Nueva York: Seven Stories Press.
- Kunzle, David. 1995. *The Murals of Revolutionary Nicaragua, 1979–1992*. Berkeley: University of California Press.
- Küppers, Gaby. 1994. *Compañeras: Voices from the Latin American Women's Movement*. Londres: Latin America Bureau.
- Laenen, Arie. 1988. *Dinámica y transformación de la pequeña industria en Nicaragua*. Amsterdam: CEDLA.
- Lancaster, Roger N. 1988a. "Subject Honor and Object Shame: The Construction of Male Homosexuality and Stigma in Nicaragua". *Ethnology* 27(2): 111–25.
- . 1988b. *Thanks to God and the Revolution: Popular Religion and Class Consciousness in the New Nicaragua*. Nueva York: Columbia University Press.
- . 1992. *Life Is Hard: Machismo, Danger, and the Intimacy of Power in Nicaragua*. Berkeley: University of California Press.
- . 1997. "Guto's Performance: Notes on the Transvestism of Everyday Life". En: *Sex and Sexuality in Latin America*. Daniel Balderston y Donna Guy, editores. Págs. 9–32. Nueva York: New York University Press.
- Leguizamón, Francisco A. 1990. *The Small Business Sector in Central America: A Diagnosis*. Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development, Working Paper no. 46. Washington, D.C.
- LeoGrande, William M. 1998. *Our Own Backyard: The United States in Central America, 1977–1992*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

- . 1999. "Central America's Agony". *The Nation*, 25 de enero.
- Liebel, Manfred. 1998. "When Children Organize to Work". *Envío* 17(202): 28–33.
- Liebl, Justiniano, editor. 1999. *Directorio ONG de Nicaragua 1999–2000*. Managua, Nicaragua: Centro de Apoyo a Programas y Proyectos (CAPRI).
- Linkogle, Stephanie. 1996. *Gender, Practice and Faith in Nicaragua: Constructing the Popular and Making "Common Sense"*. Aldershot, Inglaterra: Avebury.
- Lock, Margaret y Nancy Scheper-Hughes. 1990. "A Critical-Interpretive Approach in Medical Anthropology: Rituals and Routines of Discipline and Dissent". En: *Medical Anthropology: Contemporary Theory and Method*. Thomas Johnson y Carolyn Sargent, editores. Págs. 47–72. Nueva York: Praeger.
- Marchand, Marianne H. y Jane L. Parpart, editores. 1995. *Feminism, Postmodernism, Development*. Nueva York: Routledge.
- Marchetti, Peter. 1995. "Palabras del coordinador de los Centros de Investigación de la Universidad Centroamericana". En: *Nicaragua en busca de su identidad*. Frances Kinlock Tijerino, editora. Págs. 33–39. Managua, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana.
- Marcus, George E. 1998. "Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography". En: *Ethnography through Thick and Thin*, George E. Marcus. Págs. 79–104. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Martin, Randy. 1994. *Socialist Assemblies: Theater and State in Cuba and Nicaragua*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Martínez Cuenca, Alejandro. 1992. *Sandinista Economics*

- in Practice: An Insider's Critical Reflections*. Boston: South End Press.
- Masiello, Francine. 1997. "Gender, Dress, and Market: The Commerce of Citizenship in Latin America". En: *Sex and Sexuality in Latin America*. Daniel Balderston y Donna J. Guy, editores. Págs. 219–33. Nueva York: New York University Press.
- Massey, Doreen. 1987. *Nicaragua*. Philadelphia: Open University Press.
- . 1994. *Space, Place, Gender*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Meiselas, Susan. 1981. *Nicaragua, junio de 1978 – julio de 1979*. Nueva York: Pantheon Books.
- . 1991. *Pictures from a Revolution: A Memoir of the Nicaraguan Conflict*. GMR Films.
- Metoyer, Cynthia Chávez. 1997. "Nicaragua's Transition of State Power: Through Feminist Lenses". En: *The Undermining of the Sandinista Revolution*. Gary Prevost and Harry Vanden, editores. Págs. 114– 40. Nueva York: St. Martin's Press.
- . 2000. *Women and the State in Post-Sandinista Nicaragua*. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Mohanty, Chandra. 1988. "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses". *Feminist Review* 30: 61– 88.
- Molyneux, Maxine. 1986. "Mobilization without Emancipation? Women's Interests, State, and Revolution". En: *Transition and Development: Problems of Third World Socialism*. Richard R. Fagen, Carmen Diana Deere y José-Luis Coraggio, editores. Págs. 280–302. Nueva York: Monthly Review Press.
- Momsen, Janet H. y Vivian Kinnaird, editoras. 1993. *Different Places, Different Voices: Gender and Development in Africa, Asia and Latin America*. Nueva York: Routledge.

- Montenegro, Sofía. 1997. "Un movimiento de mujeres en auge". En: *Movimiento de mujeres en Centroamérica*, por Ana Leticia Aguilar T. et al. págs. 339– 446. Managua, Nicaragua: Programa Regional La Corriente.
- Montoya, Rosario. 1996. "Fractured Solidarities: Utopian Projects and Local Hegemonies among a Sandinista Peasantry, Nicaragua, 1979–1995". Tesis doctoral, University of Michigan, Michigan, EE.UU.
- Moore, David B. y Gerald J. Schmitz, editores. 1995. *Debating Development Discourse: Institutional and Popular Perspectives*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Mujica, María-Elena. 1994. *Meals, Solidarity, and Empowerment: Communal Kitchens in Lima, Peru*. Working Papers on Women and International Development, no. 246. East Lansing: Michigan State University.
- Murguialday, Clara. 1990. *Nicaragua, revolución y feminismo (1977– 89)*. Madrid, España: Editorial Revolución.
- Negrón-Muntaner, Frances y Ramón Grosfoguel, editores. 1997. *Puerto Rican Jam: Rethinking Colonialism and Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Nelson, Diane M. 1999. *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala*. Berkeley: University of California Press.
- Nicholson, Scott. 1999. "The IMF and World Bank vs. the Poor of Nicaragua". *Nicaraguan Developments* 7(1): 4–5.
- O'Kane, Trish. 1995. "New Autonomy, New Struggle: Labor Unions in Nicaragua". En: *The New Politics of Survival: Grassroots Movements in Central America*. Minor Sinclair, editor. Págs. 183–207. Nueva York: Monthly Review Press.
- Padilla, Martha Luz, Clara Murguialday y Ana Criquillon. 1987. "Impact of the Sandinista Agrarian Reform on

- Rural Women's Subordination". En: *Rural Women and State Policy: Feminist Perspectives on Latin American Agricultural Development*. Carmen Diana Deere and Magdalena León, editores. Págs. 124– 41. Boulder, CO: Westview Press.
- El País*. 1992. "Cómo viven los Gays en Nicaragua?" 1(4): 5–10.
- Parpart, Jane L. 1993. "Who Is the 'Other'? A Postmodern Feminist Critique of Women and Development Theory and Practice". *Development and Change* 24(3): 439– 64.
- Pérez Alemán, Paola. 1990. *Organización, identidad y cambio*. Managua, Nicaragua: Editorial Vanguardia.
- . 1992. "Economic Crisis and Women in Nicaragua". En: *Unequal Burden: Economic Crises, Persistent Poverty, and Women's Work*. Lourdes Benería y Shelley Feldman, editoras. Págs. 239–58. Boulder, CO: Westview Press.
- Pérez Alemán, Paola, Diana Martínez y Christa Widmair. 1989. *Industria, género y mujer en Nicaragua*. Managua, Nicaragua: Instituto Nicaragüense de la Mujer (INIM).
- Pérez Alemán, Paola, et al. 1991. *Diagnóstico sobre la situación de la mujer en la pequeña y micro industria de Nicaragua*. Informe inédito. Managua, Nicaragua: CONAPI.
- Pérez Sáinz, J. P. y R. Menjívar Larín. 1994. "Central American Men and Women in the Urban Informal Sector". *Journal of Latin American Studies* 26: 431– 47.
- Petras, James y Morris Morley. 1992. *Latin America in the Time of Cholera: Electoral Politics, Market Economics, and Permanent Crisis*. Nueva York: Routledge.
- Pigg, Stacy Leigh. 1992. "Inventing Social Categories through Place: Social Representations and Development in Nepal". *Comparative Studies in Society and History* 34(3): 491–513.

- Platteau, Stefan. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 24 de febrero de 1992.
- — —. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 23 de julio de 1993.
- Polakoff, Erica y Pierre La Ramée. 1997. "Grass-Roots Organizations". En: *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 185–201. Wilmington, DE: SR Books.
- Prevost, Gary y Harry E. Vanden, editores. 1997. *The Undermining of the Sandinista Revolution*. Nueva York: St. Martin's Press.
- Price, Patricia L. 1999. "Bodies, Faith, and Inner Landscapes: Rethinking Change from the Very Local". *Latin American Perspectives* 26(3): 37–59.
- Programa Nacional de Apoyo a la Microempresa (PAMIC). 1991. *Diagnóstico de las microempresas de producción y servicios*. Managua, Nicaragua: PAMIC.
- Puig, Salvador Martí I. 2000. "Democracy in the Region? A Decade of Paradoxes". *Envío* 19(228): 30–40.
- Quandt, Midge. 1993. "Unbinding the Ties: Popular Movements and the FSLN". *NACLA Report on the Americas* 26(4): 11–14.
- — —. 1999. "Where Is Nicaraguan Civil Society Going? An Interview with Sofía Montenegro". *Nicaragua Monitor*, no. 85: 5–6.
- Quesada, James. 1998. "Suffering Child: An Embodiment of War and its Aftermath in Post-Sandinista Nicaragua". *Medical Anthropology Quarterly* 12(1): 51–73.
- Radcliffe, Sarah and Sallie Westwood. 1996. *Remaking the Nation: Place, Identity and Politics in Latin America*. London: Routledge.
- Radcliffe, Sarah A. and Sallie Westwood, editoras. 1993. *Viva:*

- Women and Popular Protest in Latin America*. Nueva York: Routledge.
- Ramírez, Sergio. 1999. *Adiós muchachos: Una memoria de la revolución sandinista*. Ciudad de México City: Aguilar.
- Randall, Margaret. 1981. *Sandino's Daughters: Testimonies of Nicaraguan Women in Struggle*. Vancouver, BC: New Star Books.
- . 1992. *Gathering Rage: The Failure of 20th-Century Revolutions to Develop a Feminist Agenda*. Nueva York: Monthly Review Press.
- . 1993. "To Change Our Own Reality and the World: A Conversation with Lesbians in Nicaragua". *Signs* 18(4): 907–24.
- . 1994. *Sandino's Daughters Revisited: Feminism in Nicaragua*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press.
- Renzi, María Rosa. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 23 de julio de 1993.
- Renzi, María Rosa, y Sonia Agurto. 1993. *¿Qué hace la mujer nicaragüense ante la crisis económica?* Managua, Nicaragua: Fundación Internacional para el Desarrollo Económico Global (FIDEG).
- Reyes, Fatima. Entrevista con la autora. Managua, Nicaragua, 18 de julio de 1991.
- Ricciardi, Joseph. 1991. "Economic Policy". En: *Revolution and Counterrevolution in Nicaragua*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 247–73. Boulder, CO: Westview Press.
- Rich, Adrienne. 1986. "Notes toward a Politics of Location". En: *Blood, Bread and Poetry, Selected Prose, 1979–1985*, por Adrienne Rich. Págs. 210–31. Nueva York: W. W. Norton.
- Robinson, William I. 1997. "Nicaragua and the World: A Globalization Perspective". En: *Nicaragua without*

- Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 23– 42. Wilmington, DE: SR Books.
- Rocha, José Luis. 1998. “Wiwilí with or without Mitch: An X-Ray of Underdevelopment”. *Envío* 17(209): 44– 49.
- . 1999. “Youth Gangs: Armed Rebels without a Cause”. *Envío* 18(214): 32–36.
- Rodríguez, Ileana. 1990. *Registradas en la historia: 10 años del quehacer feminista en Nicaragua*. Managua, Nicaragua: Editorial Vanguardia.
- . 1994. *House / Garden / Nation: Space, Gender, and Ethnicity in Postcolonial Latin American Literatures by Women*. Durham, NC: Duke University Press.
- . 1996. *Women, Guerrillas, and Love: Understanding War in Central America*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Rosen, Fred y Deidre McFadyen, editores. 1995. *Free Trade Economic Restructuring in Latin America*. Nueva York: Monthly Review Press.
- Rosset, Peter y John Vandermeer, editores. 1983. *The Nicaragua Reader: Documents of a Revolution under Fire*. Nueva York: Grove Press.
- Rushdie, Salman. 1987. *The Jaguar Smile: A Nicaraguan Journey*. Londres: Pan Books.
- Santamaría, Sergio. 1990. *Situación actual de la pequeña industria y artesanía en Nicaragua: Diagnóstico 1990*. Managua, Nicaragua: Fundación Friedrich Ebert.
- Sassen, Saskia. 1999. “Whose City Is It? Globalization and the Formation of New Claims”. En: *Cities and Citizenship*. James Holston, editor. Págs. 177–94. Durham, NC: Duke University Press.
- Scheper-Hughes, Nancy. 1992. *Death without Weeping: The Violence of Everyday Life in Brazil*. Berkeley: University

of California Press.

- Schreiber, Tatiana y Lynn Stephen. 1989. "AIDS Education – Nicaraguan Style." *Out/Look* (Winter): 78–80.
- Solórzano, Carlos José. 1995. *Nosotros los nicaragüenses*. Miami, FL: sin lugar de publicación.
- Spain, Daphne. 1992. *Gendered Spaces*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Spalding, Rose J. 1994. *Capitalists and Revolution in Nicaragua: Opposition and Accommodation, 1979–1993*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- . 1997. "The Economic Elite". En *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 249–64. Wilmington, DE: SR Books.
- Spalding, Rose J., editora. 1987. *The Political Economy of Revolutionary Nicaragua*. Boulder, CO: Westview Press.
- Speer, John G. 1997. "The Urban Informal Economic Sector". En: *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Thomas W. Walker, editor. Págs. 265–79. Wilmington, DE: SR Books.
- Spoor, Max. 1994. "Issues of State and Market: From Interventionism to Deregulation of Food Markets in Nicaragua". *World Development* 22(4): 567–78.
- Stahler-Sholk, Richard. 1997. "Structural Adjustment and Resistance: The Political Economy of Nicaragua under Chamorro". En: *The Undermining of the Sandinista Revolution*. Gary Prevost y Harry Vanden, editores. Págs. 74–113. Nueva York: St. Martin's Press.
- Stephen, Lynn. 1997. *Women and Social Movements in Latin America: Power from Below*. Austin: University of Texas Press.
- Sternbach, Nancy Saporta, Marysa Navarro-Aranguren, Patricia Chuchryk y Sonia E. Álvarez. 1992. "Feminisms

- in Latin America: From Bogotá to San Bernardo". En: *The Making of Social Movements in Latin America*. Arturo Escobar y Sonia E. Álvarez, editores. Págs. 207–39. Boulder, CO: Westview Press.
- Thayer, Millie. 1997. "Identity, Revolution, and Democracy: Lesbian Movements in Central America". *Social Problems* 44(3): 386 – 407.
- Tijerino, Frances Kinlock, editora. 1995. *Nicaragua en busca de su identidad*. Managua, Nicaragua: Instituto de Historia de Nicaragua, Universidad Centroamericana. 11-T1768-BIB 8/1/2001 4:15 PM Pág. 293.
- Tinker, Irene, editora. 1990. *Persistent Inequalities: Women and World Development*. Nueva York: Oxford University Press.
- Traña Galeano, Marcia. 1991. *Breve historia de los cementerios de Managua (1865–1990)*. Colección Managua no. 1. Managua, Nicaragua: Alcaldía de Managua.
- Tünnermann Bernheim, Carlos. 1996. "Cultura de Paz: Un nuevo paradigma en Centroamérica". *Cultura de Paz* 2(9): 37–55.
- UNICEF. 1989. *The Invisible Adjustment: Poor Women and the Economic Crisis*. Santiago, Chile: UNICEF.
- Vanden, Harry E. y Gary Prevost. 1993. *Democracy and Socialism in Sandinista Nicaragua*. Boulder, CO: Lynne Rienner.
- Vargas Ruiz, Rafael. 1998. *Managua en mi corazón*. Video. Instituto Nicaragüense de Cultura, Gobierno de Nicaragua. Distribuido por ManticaWaid Co. Ltd.
- Villarreal, Magdalena. 1996. "Power and Self-Identity: The Beekeepers of Ayquila". En: *Machos, Mistresses, Madonnas: Contesting the Power of Latin American Gender Imagery*. Marit Melhuus y Kristi Anne Stølen, editoras. Págs. 184–206. Londres: Verso.
- Walker, Thomas W. 1986. *Nicaragua: The Land of Sandino*.

- Boulder, CO: Westview Press.
- Walker, Thomas W., editor. 1991. *Revolution and Counterrevolution in Nicaragua*. Boulder, CO: Westview Press.
- , editor. 1997. *Nicaragua without Illusions: Regime Transition and Structural Adjustment in the 1990s*. Wilmington, DE: SR Books.
- Weisskopf, Thomas E. 1992. "Toward a Socialism for the Future, in the Wake of the Demise of the Socialism of the Past". *Review of Radical Political Economics* 24(3-4): 1-28.
- Westwood, Sallie y Sarah A. Radcliffe. 1993. "Gender, Racism and the Politics of Identities in Latin America". En: *Viva: Women and Popular Protest in Latin America*. Sarah A. Radcliffe y Sallie Westwood, editoras. Págs. 1-29. Nueva York: Routledge.
- Whisnant, David E. 1995. *Rascally Signs in Sacred Places: The Politics of Culture in Nicaragua*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Yúdice, George. 1998. "The Globalization of Culture and the New Civil Society". En: *Cultures of Politics, Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*. Sonia E. Álvarez, Evelina Dagnino y Arturo Escobar, editores. Págs. 353-79. Boulder, CO: Westview Press.
- Zamora, Rubén. 1995. *Foreword to Free Trade and Economic Restructuring in Latin America*. Fred Rosen y Deidre McFadyen, editores. Págs. 7-13. Nueva York: Monthly Review Press.

Este texto de Florence Babb aborda un complejo período de la historia contemporánea de Nicaragua: el período de transición de las políticas económicas y sociales que caracterizaron al gobierno revolucionario hasta 1988, al impulso de la reforma neoliberal, empeño central de los gobiernos de la década del noventa. Las políticas neoliberales abrieron las puertas al desarrollo de grandes empresas con la liberalización del comercio exterior, el sistema financiero y otras actividades que había concentrado el Estado y, con la privatización de propiedades estatales y servicios públicos. El impulso de esas políticas no abrió oportunidades, sino que embistió a las comunidades más pobres, a los trabajadores, campesinos, pequeños y medianos empresarios que pasaron de actuar en un ambiente protegido, a uno de sometimiento total a las reglas del mercado sin mayores límites y sin orientación para su adaptación.

Florence no se limita a describir y analizar ese fenómeno, ya bastante conocido, de la aplicación de las políticas neoliberales, sino que se adentra en el cómo, de qué manera, esas políticas influyeron en la modificación de la vida y el trabajo en grupos, familias, personas de comunidades urbanas, en particular de la ciudad de Managua. Y más específicamente aún, cómo el impacto del ajuste estructural y los programas de estabilización económica impusieron un costo elevado a las mujeres, pues el cambio de reglas del juego, sin auxilio o con uno mínimo, introdujo desajustes, muchas veces, insuperables en la forma de ganarse la vida, de resolver los problemas de la familia y del hogar, de vivir, de sobrevivir.

Pero, esta es, también, una historia de esperanza, de admirable y extraordinaria resiliencia, que queda mostrada en la difícil y persistente búsqueda de opciones, de nuevas maneras de hacer las cosas, de formas de organización diferentes y del impulso de una movilización social que reconfiguró la sociedad nicaragüense y cuyos efectos son sentidos en la Nicaragua cotidiana de hoy.

Dora María Téllez
Historiadora

Política y Sociedad

2013104528

ISBN 978-99924-29-07-5



9 789992 429075